ANTOLOGÍA DE LA LITERATURA GRIEGA

CARLOS GARCÍA GUAL
ANTONIO GUZMÁN

Clásicos de Grecia y Roma
Alianza Editorial

*****

Esta ANTOLOGÍA DE LA LITERATURA GRIEGA ofrece una amplia selección de textos de muy varios autores y géneros literarios, desde la épica homérica a los primeros novelistas helenísticos, pasando por los líricos, los trágicos, los historiadores, los filósofos, comediógrafos, oradores y diversos autores de tratados en prosa de las primeras ciencias de nuestra civilización: en conjunto, muestras de un periodo de más de mil años, en el que los griegos sentaron las bases de la cultura occidental. CARLOS GARCÍA GUAL y ANTONIO GUZMÁN GUERRA han hecho esta selección que incluye los más destacados y sugerentes textos en sus mejores traducciones, configurando una amena antología que estimula a la lectura más extensa de las obras de todos estos escritores, poetas y sabios, a la par que evoca la permanente herencia que el mundo griego antiguo nos dejó como legado.

El libro de bolsillo
Biblioteca temática
Clásicos de Grecia y Roma

ANTOLOGÍA DE LA LITERATURA GRIEGA

(ss. VIII a.C.-IV d.C.)

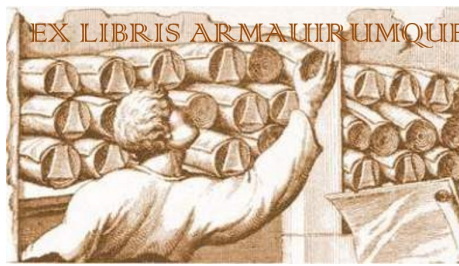
Biblioteca temática

ANTOLOGÍA DE LA LITERATURA GRIEGA

(ss. VIII a.C.-IV d.C.)

SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN
DE CARLOS GARCÍA GUAL
Y ANTONIO GUZMÁN GUERRA

EX LIBRIS ARMAUIRUMQUE



El libro de bolsillo
Clásicos de Grecia y Roma
Alianza Editorial

Primera edición en «El libro de bolsillo»: 1995
Primera edición en «Biblioteca temática»: 2000

Diseño de cubierta: Alianza Editorial
Proyecto de colección: Rafael Sañudo
Ilustración: Rafael Sañudo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la selección y las introducciones: Carlos García Gual y Antonio Guzmán Guerra
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1995, 2000
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
ISBN: 84-206-3910-9
Depósito legal: M. 49.135-2000
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos de Jarama (Madrid)
Printed in Spain

INTRODUCCIÓN

Pervivencia de la literatura griega

«Una misma ola desde Troya ondula su grupa hasta nosotros» escribió Saint-John Perse. Una misma ola, sí, un mismo viento resonante, un antiguo horizonte de figuras míticas nos llega desde los comienzos de la épica en la *Ilíada,* desde la guerra de Troya narrada por Homero. Es cierto que ya estamos lejos y no percibimos toda la música de los hexámetros helenos. Pero nos alcanza aún una persistente familiaridad con esos lejanos relatos, con esos héroes, con ese mundo de ruido y furia recordado en los primeros poemas de nuestra tradición literaria occidental. Tal vez no somos ya los griegos, en contra de lo que dijo Shelley, o somos cada día menos griegos, pero acaso aún recordamos vagamente haberlo sido. Y aún nos reconocemos en esos griegos antiguos, amantes del diálogo, la geometría, las preguntas, el asombro y la libertad. Todavía conservamos muchas palabras griegas, muchos conceptos griegos, y percibimos en algunas creaciones helénicas la expresión vivaz de nuestros propios sentimientos.

La guerra de Troya es una contienda lejana de cierto fondo histórico. Aún podemos visitar las ruinas de las nueve o diez

Troyas superpuestas en Hissarlik, excavadas por Schliemann hace siglo y pico. Pero por encima de un sangriento asedio de una pequeña ciudad amurallada sobre una colina junto al Bósforo, la guerra de Troya es para nosotros el símbolo de todas las guerras. Aunque nosotros sabemos de guerras mil veces más destructivas en nuestra historia, con muchísimos más muertos, mucho más inhumanas y devastadoras, el fantasma de Troya se alza en nuestra imaginación como el paradigma de la guerra y sus horrores. De una guerra que aún tenía, sin embargo, cierta grandeza y una noble ferocidad, sin el aspecto aniquilador y mecánico de la tecnología actual. Y es así porque la *Ilíada,* el primer gran poema de Occidente, nos cuenta de modo inolvidable la fiera batalla de aqueos y troyanos con una intensa poesía y una patética grandeza.

No sólo en su versión épica, sino también en su versión trágica, la leyenda o el mito de la ciudad condenada a la destrucción nos sirve de paradigma. Todavía. Como ha escrito Marguerite Yourcenar –en uno de los breves ensayos de tema helénico recogidos en su libro *Peregrina y extranjera*–, todas las guerras son un eco de Troya: «Una generación asiste al saqueo de Roma, otra al sitio de París o al de Stalingrado, otra al pillaje del Palacio de Verano: la caída de Troya unifica en una sola imagen toda esta serie de instantáneas trágicas, foco central de un incendio que hace estragos en la Historia, y el lamento de todas las viejas madres, cuyos gritos no tuvo tiempo de escuchar la crónica, encuentra una voz en la boca desdentada de Hécuba». La mención de Hécuba, la vieja reina troyana, alude a la tragedia de Eurípides, a esas *Troyanas* que ahora acaban de reponerse en un teatro de Madrid, en la versión de J. P. Sartre. Esta vez en homenaje a los muertos y las madres de Sarajevo. Desde Homero, ¡cuántas Troyas con otros nombres!

La literatura occidental comienza con una epopeya guerrera. Una guerra con dioses y héroes, enaltecida por la poesía. Pero la tradición griega se caracteriza por su versatilidad, por

la rapidez de sus cambios de tema y tono. Y pronto al poema épico bélico le sucede el gran relato de aventuras de horizontes sorprendentes y personajes de cercana humanidad: la *Odisea.* Con su protagonista versátil y astuto, un héroe de abolengo mítico, que de vuelta de Troya a su austera isla de Ítaca cruza un mar fabuloso de monstruos y maravillas, el relato épico deriva hacia lo novelesco. Tal vez lo compuso el mismo Homero que algo antes creó -a partir de una tradición poética oral muy antigua- el gran poema sobre Aquiles y Troya. O, si no fue él, fue un discípulo próximo. Ulises nos parece mucho más moderno que los otros héroes combatientes en Troya. Y bien merece el homenaje de J. Joyce, en su *Ulises,* justamente por su humanidad misma. Desde el siglo VIII a.C. hasta la novela de nuestro siglo XX este curioso eco nos vuelve a recordar la pervivencia de las figuras míticas. Leopold Bloom, en el relato de Joyce, parodia el itinerario de Ulises, lejos del luminoso Mediterráneo, en un Dublín sombrío y prosaico.

Este rasgo de la inagotable pervivencia de los mitos, motivos, y figuras griegas, en una tradición literaria de tantos siglos es lo que queremos destacar en primer lugar. A pesar de la distancia de tantos siglos, más allá de modas y olvidos, ahí están los prototipos, los reflejos, los ecos de la literatura griega, que es el comienzo de nuestra literatura. Hay, ciertamente, otras culturas de tradición literaria más antigua, la mesopotámica y la egipcia, pero es en Grecia donde comienza la nuestra.

Al asomarnos a los inicios de esa larga y vivaz literatura -como, de modo muy modesto, pero con intención un tanto panorámica, nos permite una antología como la que ahora emprendemos-, podemos percibir -incluso a través de traducciones y no de los textos en su versión original- la impresionante frescura y agudeza de esta poesía y esta coloreada expresión del mundo, que, como decíamos, nos es todavía familiar. La presente antología recoge textos que distan más de

diez siglos entre sí. De Homero, en el siglo VIII a.C., hasta Plotino y hasta Nonno hay más de mil años. Y, sin embargo, el lector no dejará de sentir cómo a través de tan extenso y diverso panorama late una cierta continuidad espiritual.

Muchos siglos separan los poemas arcaicos griegos de los que hoy se escriben. Los moldes formales de los antiguos eran distintos y distantes, pero algo pervive, incluso en una antología de traducciones, de su vigor poético, más allá de las traiciones a la forma original. ¡Qué modernos son los líricos arcaicos en muchos sentidos!

Es verdad que, al observar esa tradición cultural con una amplia perspectiva, no podemos olvidar que hemos heredado de los griegos nuestra estética y muchas de nuestras convenciones. Fueron ellos los que inventaron todos o casi todos los géneros literarios practicados en nuestra tradición literaria, desde la épica a la novela. Y, por encima de esos moldes o cánones literarios, también inventaron y practicaron una manera de sentir, de investigar, de expresar el mundo que sigue pareciéndonos actual. Ya en clave patética, cómica o lírica, ya en las prosas de los científicos, los filósofos o los historiadores, nuestra literatura continúa modos griegos de ver el mundo y expresarlo. Nuestro imaginario cultural está lleno de fantasmas helénicos. No sólo porque los griegos están al comienzo de esa tradición cultural, sino porque fueron tremendamente imaginativos y audaces en su pensamiento y su poesía. Nuestro humanismo está enraizado en la antigua Grecia, sin remedio.

Me gustaría expresar esto con unas palabras de A. Malraux –sacadas de su libro *Le musée imaginaire*– que traduzco:

«Para nosotros, el descubrimiento fundamental de Grecia es la constante puesta en cuestión del universo. Esos filósofos que enseñaban a vivir, esos dioses que cambiaban con sus estatuas –sometidos a los artistas como unos sueños– habían modificado el sentido mismo del arte. A pesar de la evolución de las formas en que, de siglo en siglo, se había afirmado en Egipto el orden irreductible de los astros y de lo eterno,

en Asiria el de la sangre, el arte no había sido más que la ilustración de una respuesta, hecha de una vez para todas al destino por cada civilización; la tenaz cuestión que fue la voz misma de Grecia destruyó, en cincuenta años, esa letanía tibetana». En efecto, el arte griego como la literatura cambia incesantemente en su búsqueda de sentido a las formas y retos del existir. Esa versatilidad, ese latido del tiempo fugaz, ese constante inquirir y ese tratar de expresar su visión del mundo de modo nuevo, crítico, vivaz, diferencia a los griegos de otros pueblos de cultura estática, y los aproxima en su inquietud a nosotros.

«Fin de lo único en beneficio de la multiplicidad del mundo, fin del valor supremo de la contemplación y de los estados psíquicos en los que el hombre cree alcanzar lo absoluto en los ritmos cósmicos de una unidad absorbente, el arte griego es el primero que nos parece profano. Las pasiones fundamentales tomaron en él su sabor humano, la exaltación comenzó a llamarse alegría. La danza sagrada en la que aparece la figura helénica es la del hombre liberado al fin de su destino.

»La tragedia aquí nos engaña. La fatalidad de los Atridas es, en principio, el final de las grandes fatalidades orientales. Los dioses se ocupan de los hombres tanto como los hombres de los dioses. Sus figuras subterráneas no vienen de la eternidad de las arenas babilonias, sino que se liberan de ellas al mismo tiempo que los hombres, como los hombres; en el destino del hombre, el hombre empieza y el destino acaba.» Hasta aquí Malraux, que en su brillante prosa glosa ese mismo humanismo que hemos apuntado.

Cierto es que, en comparación con los artistas orientales, los griegos destacan por su movilidad, por su inquietud que les lleva a variar sus modelos, a dudar y criticar. Frente a los imponentes dioses egipcios y mesopotámicos los griegos parecen terriblemente humanos, espléndidamente frívolos, como apuntó Nietzsche.

Esa «constante pregunta por el universo» –que incita a la invención de la filosofía y de la ciencia–, esa humanidad de sus

dioses y sus héroes está muy en consonancia con la movilidad de los estilos y las formas, y con el rechazo de un Destino que negara la libertad del hombre. Justamente la tragedia griega supone esa libertad del héroe para el error, y de ahí la culpa trágica. Los griegos inventaron también y ensayaron las formas políticas que culminan en la democracia, justamente porque afirmaron esa libertad del hombre. Entre esos rasgos de la concepción griega del mundo está también la idea de que la verdad no es algo ligado a la tradición inmutable, sino, por el contrario, algo que se descubre, «descubrimiento», *alétheia.* Con dioses «demasiado humanos», los héroes del mito son algo superiores a los humanos, en coraje y en gloria, pero como los humanos están sujetos al error y al sufrimiento, como ellos luchan por descubrir el sentido de la existencia terrena y sus bellezas, denodadamente.

Por todo eso nos parecen cercanos los antiguos griegos. Por su inquietud espiritual, por su incesante búsqueda del sentido de la vida. En efecto, éste es un mundo de cambios rápidos. En cincuenta años han cambiado los estilos, tanto en la escultura como en la literatura. Incluso en un género tan formalizado como la tragedia, que recuenta los mitos tradicionales, el cambio es impresionante. Entre Esquilo y Eurípides median sólo algunos lustros, pero el segundo muestra un talante crítico muy lejano a su gran maestro. Sus dioses y sus héroes han avanzado tremendamente hacia una crisis espectacular del mito como forma del saber sobre el mundo, que lleva pronto al final del teatro trágico. Entre los *Persas* y la *Ifigenia en Aulide,* la más antigua y la última de las tragedias de los dos autores citados, median menos de setenta años, pero la distancia espiritual es enorme.

La invención y sucesión de los géneros literarios

Los griegos han inventado todos –o casi todos– los géneros literarios de nuestra tradición. Una antología de textos, como ésta o cualquier otra de cierta extensión, avala enseguida este

hecho. Pero, al mismo tiempo, deja constancia de otro fenómeno. Puesto que los géneros literarios corresponden a una cierta disposición cultural, y están relacionados con un cierto modo de difusión y recepción de la literatura, no coexisten todos desde un comienzo, sino que han ido apareciendo a lo largo de la historia cultural griega. Y ese sucesivo imponerse de un determinado género tiene una clara significación cultural y social. Desde los tiempos de la épica a los de la novela cambia no sólo la concepción de lo literario, sino también la sociedad y la función que la literatura asume en su contexto histórico.

Pero vuelvo a lo que pretendo subrayar: mientras que nosotros hemos heredado todos los géneros literarios de un secular acervo cultural –lo que no quiere decir que se cultiven ahora todos, porque ¿cómo es posible escribir ya una epopeya de tipo clásico en estos tiempos prosaicos y descreídos?–, los griegos los fueron inventando, practicando y dejándolos decaer de un modo muy distinto. Como señalaba G. Lukacs, con su hermosa prosa hegeliana, en su *Teoría de la novela:* «La coincidencia entre los griegos de la historia y la filosofía de la historia ha tenido como consecuencia que surgiera cada forma de arte en el instante mismo en que, en el cuadrante del espíritu, se podía leer que su hora había llegado y obligaría a ceder su lugar tan pronto como sus arquetipos desaparecían del horizonte. Las edades posteriores no han conocido esa periodicidad filosófica».

Dicho de modo más llano: los géneros literarios han ido surgiendo en el mundo griego conforme la cultura lo fue requiriendo. Mientras que nosotros vemos como algo natural la coexistencia de los géneros, debemos recordar que su aparición fue un proceso histórico. Tuvieron en Grecia un momento auroral, y luego un momento de apogeo, y, en algunos casos, una vigencia temporal muy limitada. Pensemos, por ejemplo, en las formas dramáticas de la tragedia y la comedia, surgidas y mantenidas en el marco de la Atenas democrática

del siglo V a.C., en unas condiciones sociopolíticas irrepetibles. La tragedia no era ya más que un fósil cuando Aristóteles la estudió y analizó magistralmente en su *Poética* a mediados del siglo IV a.C. El período creador de la tragedia griega es de algo más de un siglo. Y, aunque se trata de un género modélico, jamás ha vuelto a producirse un tipo teatral semejante.

Como decíamos, la sucesión misma de los géneros está ligada a un cierto desarrollo intelectual y social. La épica es el género más antiguo, y está ligado a una larga tradición de poesía oral, que pervive latente en la composición formular que está en la base de la epopeya homérica. Homero es para nosotros el comienzo, el gran comienzo, de la literatura, pero es, en cierto modo, un virtuoso compositor, epígono del final de la épica oral, que, al componer su gran poema, da un salto cualitativo en la tradición épica de la que depende. Homero surge y compone a partir de una tradición poética anterior que no llegó a ponerse por escrito, puesto que era oral y de unos tiempos sin escritura. Pero de la que podemos hacernos una idea gracias a nuestros conocimientos sobre la poesía heroica de tradición oral en varias culturas.

Más tarde aparece, ya en el siglo VII con Arquíloco y con Estesícoro, la lírica personal, en sus dos formas de lírica monódica y coral. La lírica supone un modo distinto de concebir el mundo y la expresión poética. Ahora se quiere reflejar la propia personalidad, un sentir el presente tratando de salvar en la poesía el instante fugitivo, el yo individual, el mundo subjetivo del poeta. Frente al aedo, el *poietés,* el «creador», no es sólo un profesional del canto, sino un maestro del saber y del sentir, alguien que expresa su personalidad. Y alguien tan audaz en su expresión como Arquíloco o Safo nos habla en un lenguaje tan original como íntimo, abriendo un nuevo horizonte para la poesía. Los siglos VI y V son una gran época para la lírica. Y, aunque la tradición textual nos haya legado tan sólo una pequeña parte, unos fragmentos mínimos de la

gran lírica arcaica, breves pavesas de una gran hoguera, a través de esos maltratados y preciosos textos podemos reconocer la impresionante calidad de esas creaciones poéticas.

Tras la lírica viene la dramaturgia, en su doble vertiente de la tragedia y la comedia. Eso fue en la Atenas clásica, en la democracia del siglo v. La tragedia y también la comedia son creaciones complejas, que recogen la herencia de la lírica, y realmente los cantos del coro continúan la tradición de la lírica coral, que se ofrece en otros tonos y en otros festivales en las odas de Píndaro y de Baquílides. También la tragedia, como la épica, hunde sus raíces en el relato de los mitos. Pero con un sesgo importante. Ya no toma como tema central las hazañas de los héroes, sino sus padecimientos. La tragedia es deudora tanto de la épica como de la lírica, pero supone un enorme avance sobre ambas en su saber trágico, que invita a una reflexión constante sobre la condición humana y la divina, al hilo de la escenificación en el teatro de Dioniso de los episodios más inquietantes de las antiguas sagas. Pero frente a los grandes géneros poéticos –y el verso en sus distintos tipos es una marca formal muy indicativa, aunque no suficiente–, surgen otros géneros y otras formas literarias. Como la filosofía y la historia y los primeros tratados científicos, formas de saber que rompen con la tradición mítica. Todavía algunos presocráticos usan el verso como forma literaria –así Parménides y Empédocles, por ejemplo–, pero no están vinculados a la lírica excepto de modo muy marginal; van a la búsqueda de un nuevo saber sobre la realidad a través de la inquisición personal. Como los primeros historiadores, Hecateo y Heródoto. El uso de la prosa frente al verso es indicativo, decíamos, de una nueva disposición personal frente al texto, que ahora deviene documento de una investigación personal. El historiador griego pone su nombre al frente de su «historia» como garantía de su veracidad. Ya no pide auxilio a las Musas para que le suministren los datos de la memoria mítica. Y en estos tratados en prosa comienza la crítica al mito como for-

ma de saber, aquí se prescinde del *mythos* y se recurre sólo al *lógos,* discutible y empírico.

Pero hay también una evolución importante de los géneros, o de algunos. Mientras que la tragedia queda sin nuevas fuerzas creadoras tras la crisis del sentido heroico bien visible en algunas piezas del último Eurípides, la comedia cambia desde la farsa fantasiosa y atrevida de Aristófanes a la comedia de costumbres, la Comedia Nueva, de Menandro. La fascinante fuerza cómica de la Comedia Antigua queda difuminada en un tipo de teatro cómico más burgués, más moderno. Curiosamente, pero muy bien explicable por el contexto social, será ese teatro cómico de enredos cotidianos y de figuras estereotipadas el que influirá en la comedia latina. Pasarán muchos siglos hasta que las piezas chispeantes, políticas, lúbricas, disparatadas, del gran Aristófanes se repongan en teatros europeos. Sólo en estos últimos lustros el teatro aristofánico ha vuelto a ponerse en escena en muchos países con notable éxito.

Toda esta evolución y desarrollo de los géneros literarios tiene poco que ver con las preceptivas poéticas, que vienen siempre después a estudiar lo sucedido y a montar sobre los hechos sus tinglados preceptivos y sus dictámenes poéticos. El último género literario de la larga tradición griega será la novela, la novela de amor y aventuras, tan tardía que no la estudiará ninguna *Poética* ni siquiera tendrá nombre propio helénico. «Forma decadente de la épica», según la define Hegel, la novela es la última forma literaria de esa tradición, apareciendo a los comienzos de una nueva era. Pero también la novela es una creación griega, al menos en su prototipo de ese relato de amor y aventuras que anuncia ya el folletín. Y que recoge muchos ecos de géneros anteriores, como quien toma para adornarse distintos elementos de un rico y ajeno guardarropa.

Junto a ese aparecer de nuevos géneros, no deja de ser muy interesante la pervivencia de los más antiguos o su reapari-

ción a lo largo de los siglos. Por ejemplo, en la épica no deja de ser sorprendente que la narración épica del viaje de los Argonautas, un relato famoso ya en tiempos del autor de la *Odisea,* lo conservemos en la obra pulida del alejandrino Apolonio de Rodas, de mediados del siglo III a.C., y que la *Continuación de Homero,* donde se cuentan los episodios de la conquista de Troya que dejó sin relatar el viejo aedo, esté compuesto por Quinto de Esmirna, según los mismos patrones formales de la épica tradicional. Con los mismos hexámetros, los mismos héroes, los mismos símiles, los mismos epítetos, en ese dialecto épico tradicional y artificial, escribe Quinto de Esmirna su continuación del primer poema griego ¡a más de mil años de distancia! Ya los dioses de Homero se habían jubilado y el cristianismo se extendía inconteniblemente mientras Quinto, y más tarde, ya en pleno siglo y de nuestra era, Nonno de Panópolis cantaban las glorias de los héroes y de los dioses homéricos, en los mismos cauces formales utilizados por el fundador de la épica. Claro está que lo que comenzó por ser un género popular ya se había transformado hacía muchos siglos en un arte erudito, un fantasma polvoriento de bibliotecas y museos. Pero aun así, he ahí una memorable pervivencia de una tradición formal por encima de las condiciones sociales, un curioso indicador de la fascinación de la epopeya.

Otro caso curioso de pervivencia es el de algunas formas de la lírica. Por ejemplo, la del epigrama, compuesto a base de dísticos elegíacos. Desde el siglo V a.C. hasta el siglo V d.C., y aún más allá, en época bizantina, ese tipo de poemas lapidarios perdura con una notable perennidad de sus tópicos, sus convenciones formales, y sus ecos nostálgicos. Desde Simónides a Paladas van muchos siglos. La llamada *Antología Palatina* ofrece centenares de epigramas de muchos siglos y de formato muy homogéneo, en un espléndido ejemplo de la vigencia secular de una tradición poética.

En esta antología hemos seguido una ordenación por géneros literarios, que en buena medida se solapa con la orde-

nación cronológica de autores. Nos ha parecido un criterio discutible, pero bastante claro y habitual. Hemos pasado por alto algunos criterios formales menores, como los diversos tipos de poemas líricos, que se basan en motivos formales, más claros en el texto original griego que en las traducciones. Esperamos que quede claro que no es sólo la forma lo que define a un género, sino que la forma va unida a un contenido, como en la concepción aristotélica el cuerpo al alma, para darle vida propia estéticamente.

Esa división por géneros se combina luego con el orden cronológico, con lo que la selección de textos puede dar una idea de la evolución de una forma literaria. Evolución no sólo formal, sino a la vez de contenido y de perspectiva. Pongamos, como ejemplo, la ordenación de los autores historiográficos aquí presentados. La nómina va de Heródoto a Apiano, pasando por Tucídides, Jenofonte, Polibio, Estrabón, Josefo, Plutarco y Arriano. Son sólo unos pocos textos los aquí presentados. Pero incluso en su brevedad ya sugieren los diversos enfoques y perspectivas diversas que la historiografía griega ha seguido durante el trayecto de los siglos que separan al «Padre de la Historia», el viajero jonio del siglo VI a.C., de los historiadores griegos que redactan sus tratados en tiempos del Imperio Romano. Hay una notable continuidad en el género, marcado por la impronta del austero y canónico Tucídides, que llega hasta los últimos epígonos, pero hay siempre la huella de un talento individual, un estilo personal ligado a una circunstancia histórica y a una determinada posición en esa tradición historiográfica.

Época arcaica, clásica y helenística

Hay una distinción que no hemos utilizado en esta antología. Es habitual considerar que en la historia de la cultura griega se pueden distinguir tres períodos: el arcaico (de los orígenes

a fines del siglo VI a.C.), el clásico (siglos V y IV), y el período helenístico, que va desde el siglo III a.C. hasta la época del Imperio Romano o bien hasta los comienzos del mundo bizantino. Esa distinción es útil a ciertos respectos, pero no resulta muy interesante aquí. Si la épica, la lírica y la filosofía presocrática pertenecen a la primera época, y la tragedia, la historia, la oratoria, a la plena madurez clásica, por ejemplo, eso no nos dice aquí gran cosa. Cada género, con su complejidad formal y su hondura espiritual propia ha surgido cuando podía surgir, a la altura de un tiempo y de una madurez formal e intelectual adecuada. En todo caso, la característica del período clásico es que el centro de la cultura y la literatura es Atenas, la ciudad ilustrada y democrática, mientras que en los otros dos períodos son varios los centros intelectuales y artísticos del mundo griego. En el helenismo la cultura griega se ha expandido por todo el Mediterráneo y el dialecto ático ha sido sustituido por el griego cosmopolita de la llamada *koiné*. El horizonte se ha ampliado enormemente, la lengua se ha hecho más internacional, la sociedad se ha vuelto consecuentemente más abierta y menos homogénea políticamente, y la literatura refleja todo eso, así como la larga herencia cultural que en época helenística se ha difundido por todo el oriente helenizado y todo el Mediterráneo civilizado.

A cada período le corresponde un contexto cultural e histórico distinto, pero la distinción de tres épocas (o de cuatro, si preferimos dividir el último trecho en dos etapas, una helenística y otra helenísticorromana) no corresponde a un progreso cualitativo, en el sentido de que el momento clásico represente la perfección después de una etapa inmadura y antes de una decadencia. La valoración clasicista ha sido usada en algunos momentos, pero no es, pensamos, justa. Cada época tiene su propia norma y su centro. No hay un autor más perfecto y más sabio que Homero, y los filósofos postaristotélicos no son la muestra de una decadencia del pensamiento, incapaz de mantener la hondura del período anterior. Cada

época tiene su propio valor y alcanza en sí misma su madurez.

Pero hay otro rasgo notable en la literatura griega. Los géneros literarios se inauguran ya con creaciones magistrales. La épica comienza con la *Ilíada,* su obra cumbre. El primer autor trágico es Esquilo, el maestro insuperado. El primer gran prosista filósofo es Platón, el más sutil y más flexible escritor griego en prosa. Y la lírica comienza con poetas inigualables, como Arquíloco o Safo, por ejemplo. Se ha dicho alguna vez que la literatura griega está compuesta por genios y es excepcional en ese aspecto. Cabe dar alguna explicación: lo que conservamos es el producto de una larga selección secular. Se han copiado los textos de mayor prestigio y se han dejado perder otros de menor relieve. Ciertamente, así fue, y es ya tarde para quejarnos, aunque no compartamos en muchos aspectos los criterios selectivos y pedagógicos de esos copistas esforzados que nos han conservado largos discursos de oradores y han dejado perderse casi toda la maravillosa producción lírica arcaica y tantas tragedias y textos filosóficos de gran interés. Pero, volviendo al punto que queremos destacar, es cierto que no hay un desarrollo lineal en la literatura griega, en que se vaya de lo más juvenil y en agraz a los productos más acabados del espíritu, como según un esquema ingenuo se podría sospechar. No deja por ello de ser verdad que la literatura griega conservada es el producto de una selección en la que han intervenido los criterios valorativos de varias épocas, y también el azar y el olvido.

También en los estudiosos modernos hay modas respecto a privilegiar unos momentos sobre otros. Y a un tiempo en que la predilección por la época clásica era la pauta de la valoración más académica, ha sucedido una atención muy clara a los restos conservados de la época arcaica, tan sugerentes y espléndidos, minuciosamente estudiados. Y hemos vuelto, con renovado interés, a admirar a Homero, a medida que los estudios sobre la oralidad y sus procedimientos nos eran me-

jor conocidos. Y, en gran medida, ahora estamos mucho más abiertos a la comprensión de la época helenística, tan moderna muchas veces. Somos menos estrictos en la consideración de lo clásico como un período cerrado, normativo, paradigmático. Hemos aprendido del historicismo a ver la cultura como el resultado de varios factores históricos y a apreciar cada época en sí misma, cada producción cultural en su propio contexto.

Los clásicos y nosotros

Los grandes autores griegos son los clásicos por excelencia, porque lo han sido desde antes que los otros y porque esa propia antigüedad –los autores clásicos griegos lo fueron ya para los latinos, que a su vez serían clásicos para los escritores europeos de la Edad Media y el Renacimiento– les ha conferido una cierta universalidad, por encima de los clásicos «nacionales». Pero el concepto de «clásico» está hoy un tanto devaluado, y tampoco pretendemos usarlo aquí en todo su rigor, como «modelo que suscita por su valor perenne la imitación», o algo parecido.

No está de más recordar unas frases de J. L. Borges en un bien conocido ensayo sobre los clásicos. Son textos muy citados, pero que conviene meditar a este propósito, para indicar que en la consideración de un texto como clásico interviene no sólo la tradición, sino el reconocimiento presente de su valor y su interés actual. Y que, junto al texto clásico, está la tradición de comentarios y lecturas que lo enriquecen, y que están posibilitadas por su propia hondura. Cito los conocidos párrafos borgianos.

«Clásico es aquel libro que una nación o un grupo de naciones o el largo tiempo han decidido leer como si en sus páginas todo fuera deliberado, fatal, profundo como el cosmos y capaz de reinterpretaciones sin término.»

«Clásico no es un libro... que necesariamente posee tales o cuales méritos: es un libro que las generaciones de los hombres, urgidas por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad.»

La tradición es muy importante para el prestigio de un texto clásico, pero no es una garantía para siempre. Cada época privilegia y prefiere unos autores y unos textos a otros, entre los clásicos, y un autor puede dejar de ser un clásico en cuanto no sea leído con ese misterioso fervor y esa larga lealtad. El mismo Borges lo explica: «Las emociones que la literatura suscita son quizás eternas, pero los medios deben constantemente variar, siquiera de modo levísimo, para no perder su virtud. Se gastan a medida que las reconoce el lector. De ahí el peligro de afirmar que existen obras clásicas y que lo serán para siempre».

Los clásicos griegos tienen a su favor el haberse mantenido en ese fervor durante muchas generaciones. Han sido leídos y comentados durante siglos. Pero nuestras impresiones de lectura son distintas de las de nuestros precursores, y deben confirmar su valor. Ahí está el reto que esos textos nos proponen. Incluso cuando no seamos capaces de leerlos en su lengua original, sino en esos espejos algo apagados de las traducciones a nuestra lengua.

Citaremos otro texto importante de una reflexión sobre los clásicos. De Schopenhauer –en un ensayo de sus *Paralipomena*, de 1851–, que dice así:

«No hay ningún deleite mayor para el espíritu que la lectura de los clásicos antiguos, tan pronto como uno toma en la mano a cualquiera de ellos, se siente al pronto refrescado, aligerado, purificado, elevado y fortalecido; no de modo distinto a como uno se habría refrescado en una fresca fuente al pie de unas rocas. ¿Fúndase eso en las antiguas lenguas y en su perfección o en la grandeza de los espíritus antiguos cuyas obras permanecen sin ser melladas y deslucidas por los milenios? Quizás en ambas cosas a la vez. Sólo sé esto: que si,

como ahora amenazan (los bárbaros ya estan ahí, los vándalos no se acaban nunca), cesara alguna vez la enseñanza de las lenguas antiguas, vendría entonces una nueva literatura, formada de una escritura tan bárbara, roma e indigna como no se ha presentado nunca hasta ahora».

Tremendo era el fervor del filósofo alemán hacia los clásicos griegos y latinos, y está bien atestiguado en sus obras, tan pertrechadas de citas de singular oportunidad. Para Schopenhauer la clásica es «la literatura que permanece», *die bleibende Literatur,* frente a la más actual y efímera, la de consumo, la de leer y tirar. Quizás no podamos compartir el riguroso fervor de A. Schopenhauer, pero la distinción en sí resulta aceptable. La permanencia define a lo clásico, aunque no para siempre, pues debe ser revalidada por cada generación. Los clásicos antiguos, en todo caso, han pasado durante siglos esos exámenes. Los griegos forman el estrato más antiguo de esa «literatura permanente», son los que más tenazmente han persistido en la admiración de los lectores, durante muchos siglos. Han permanecido como «clásicos» más allá de los veintitantos siglos que van desde el esplendor de Atenas hasta nuestros días. A pesar de que, al menos desde una perspectiva clasicista o neoclásica, los autores griegos parecen menos imitables que los latinos: Homero es menos modélico que Virgilio, Sófocles menos que Séneca, Píndaro menos que Horacio, Tucídides menos que Tácito, por sugerir unos cuantos gloriosos ejemplos. Y, sin embargo, basta pensar en estos mismos nombres para advertir que nos parecen mucho más grandes los autores griegos, y mucho más originales que sus admiradores latinos.

Como decíamos, hay otro aspecto que merece subrayarse: los textos son los mismos, inmutables, pero las interpretaciones son diversas. Ahí está la riqueza de esos textos y de ahí su valor canónico. Ofrecen una irisada profundidad a incontables reinterpretaciones, dicen algo a lectores distintos y distantes, permiten perspectivas varias. No entendemos a los lí-

ricos griegos como los entendían los románticos alemanes, ni vemos la tragedia con los mismos ojos que los lectores o espectadores de siglos atrás, ni tampoco la comedia. (Por ejemplo, en nuestra admiración por la fantasía y el lúbrico lenguaje de Aristófanes.)

Por otro lado, no todos los textos aquí seleccionados proceden de grandes textos clásicos. No es un clásico Quinto de Esmirna, a no ser por contagio y benevolencia crítica, ni tampoco Artemidoro, a pesar del enorme interés de su curioso libro *Sobre la interpretación de los sueños,* un manual para oniromantes profesionales. Hemos sido generosos, como lo ha sido la misma transmisión textual y la tradición, recogiendo, junto a fragmentos de los indiscutibles clásicos, textos de autores menores. Pero que creemos de gran interés, y que dan una idea de la riqueza de la literatura (en un sentido amplio del término) antigua.

Debemos excusarnos, los antólogos, de un grave delito. Hemos troceado y sacado de contexto los textos aquí presentados en traducciones varias. Si los traductores ya no han respetado las formas originarias, por motivos muy comprensibles, los antólogos, que extraen un texto fragmentario de una obra, como quien saca una muestra de una tela, alejan aún más al lector de los grandes textos. Verdadero es el delito, pero alegamos en nuestra defensa sólo esto: estamos tan convencidos de la fuerza literaria de esos textos que pensamos que incluso en los fragmentos se refleja mucho de su valor clásico. Y pensamos que leer unos cuantos fragmentos da una idea inicial de los atractivos de una obra, y puede ayudar a una primera aproximación y estimular una segunda, más cabal.

En estos tiempos de apresuramiento, pensamos, una antología de urgencia, como ésta, puede ser un atajo para una primera vista panorámica a la literatura griega. A través de unas cuantas muestras, si están bien elegidas, puede un lector avispado darse una idea y sacar una primera impresión del mundo poético y filosófico, a sabiendas de que el horizonte es mu-

cho más extenso y sus contenidos mucho más sustanciales en una aproximación más amplia. Al menos, eso hemos pensado. Ojalá que esta breve selección invite a proseguir y completar las lecturas. Que sirva de estímulo, a la vez que de motivo de reflexiones y de meditación y conocimiento.

Una antología no puede reflejar la armonía y elegancia de las obras enteras. ¿Cómo unos cuantos fragmentos van a dar idea de la magnífica arquitectura de la *Ilíada* o de la complejidad narrativa de la *Odisea,* de la graduada expectación de *Edipo rey* o de la fina argumentación y estructura de un diálogo platónico? Sí puede, en cambio, sugerir la riqueza de motivos y la variedad de tonos y voces de una época o de un género. En tal sentido, hemos buscado dar unas muestras que sean representativas del panorama literario helénico, aun a sabiendas de que es mucho lo que queda fuera del breve muestrario.

Hemos procurado seleccionar algunos textos significativos, sugerentes, muy conocidos algunos y menos otros, de los grandes autores y unos cuantos de otros menos famosos y algo más tardíos. Comenzamos por los textos épicos y concluimos por algunos novelescos. Era imprescindible comenzar por Homero, y resulta muy justificado concluir con Heliodoro, el más barroco de los novelistas griegos, aquel con el que quería competir nuestro Cervantes, y con esa fabulosa ascensión de Alejandro a los cielos en el misterioso relato del Pseudo Calístenes de tantos ecos en el mundo medieval. La antología da una idea de la riqueza temática de la literatura griega, avanzando desde la épica, la lírica y la dramaturgia clásica, a los géneros en prosa (la filosofía, la historia, la oratoria, los tratados científicos) y la ficción romántica ya tardía de los novelistas griegos y del satírico y fantasioso Luciano (siglo II d.C.). Un panorama de más de diez siglos, como ya dijimos. Del mito al *lógos* y vuelta al mito.

Tal vez vale la pena que comentemos, aunque sea muy brevemente, el hecho de que hayamos recogido, junto a textos li-

terarios y filosóficos, unos cuantos que nos recuerdan que en el legado griego figuran también algunos escritos pioneros en la historia de algunas ciencias, como la medicina, la geometría, la física, la botánica, la mecánica, etc. Aquí hemos querido dejar constancia de que los antiguos griegos fundaron también la tradición científica en muchos ámbitos del saber especializado y empírico, así como en las matemáticas y la astronomía. Así que hemos querido que, aunque fuera de modo muy sucinto y testimonial, figuraran unos cuantos párrafos –significativos o programáticos– de los tratados atribuidos a Hipócrates y su escuela, a los escritos de «ciencias naturales» de Aristóteles, y a los de Teofrasto, a los escritos matemáticos representados por las extensas obras de Arquímedes y Euclides, a los textos botánicos de Dioscórides, e incluso al tratado sobre la interpretación de los sueños de Artemidoro. Los párrafos seleccionados son sólo unas citas mínimas y de valor un tanto simbólico, si pensamos en la extensión y el interés histórico de los textos a los que aludimos.

Por poner un ejemplo, recordemos que el *Corpus hippocraticum,* que ahora podemos leer traducido casi por completo en castellano, fue la primera biblioteca científica especializada del mundo antiguo. Esos textos médicos, atribuidos al gran Hipócrates –aunque sea muy discutible cuántos y cuáles de esos cincuenta y pico tratados hayan salido realmente de su mano– constituyen una aportación inolvidable a la medicina y al pensamiento acerca del hombre y su entorno. En esos textos, de plena época clásica –es decir de los decenios finales del siglo V y los primeros del IV a.C. en su gran mayoría– tenemos una magnífica muestra de la actitud humanista de los médicos griegos, de su racionalismo y de su capacidad crítica y empírica en el tratamiento y la teorización de un saber metódico y práctico como requiere la *téchne* médica. La escuela hipocrática es una manifestación del mismo espíritu ilustrado y humanista que está presente en los autores de las tragedias y en los historiadores de la misma época. Y en un

breve texto como es el famoso *Juramento hipocrático* (uno de los textos que sabemos de cierto que no perteneció al gran maestro y tampoco al núcleo original de su círculo), tenemos una clara muestra de la ética profesional de ese gremio de médicos antiguos que supo guiar su profesión con un impulso programático y un claro ideal que combinaba el amor a la ciencia y el amor al hombre, la *philotechnía* y la *philanthropía*, con ejemplar dedicación profesional. Podríamos resaltar también cómo estos primeros escritos científicos, con su estilo escueto y su prosa clara, han influido en la configuración de un estilo y la formación de un léxico especializado de muy larga influencia. Del mismo modo podemos subrayar algo muy semejante en el terreno de las matemáticas donde Euclides ha sido el clásico indiscutible durante dos milenios. En fin, no es éste el momento de alargarnos sobre estos temas, muy sabidos. Quizás las páginas que dedicamos a recordar esos textos sean excesivamente pocas en relación a la importancia de los mismos. Van sólo como un mínimo homenaje a su significación cultural, puesto que nuestra selección antológica es fundamentalmente literaria.

Una antología –como ésta, e incluso mejor una más extensa– pone de manifiesto la enorme riqueza imaginativa y la extraordinaria capacidad crítica y el empeñado esfuerzo racional de los antiguos griegos. Ya no está de moda hablar del «milagro griego» para referirse a los comienzos del pensamiento filosófico e histórico en la Jonia del siglo VI a.C. o en el Ática del siglo V. Sabemos bien cuánto debe el arte y la poesía griega a los influjos del Oriente y de Egipto, sabemos cuán receptivos fueron siempre los griegos. Es justamente sobre ese trasfondo de influencias como se percibe bien lo que ellos inventaron y reformularon.

Detrás de la literatura escrita, que es la que hemos conservado y de la que recortamos nuestros textos antologizados, está la tradición oral que ha nutrido sus raíces. Tanto en mitología como en otros aspectos. La literatura surge gracias a la

escritura y no es obra colectiva, sino de unos determinados creadores y escritores. Pero tiene una deuda con el marco social y político que la hace posible y la impulsa. En tal sentido la sociedad griega antigua, con sus ciudades, su apertura al mar, su inquietud histórica, está condicionando esa literatura. Y ésta se entiende cabalmente referida a ese contexto histórico. Pero que, a su vez, lo rebasa por su fuerza plástica y su imaginación, por su humanismo y su búsqueda de lo universal. Y eso es lo que hizo tan espléndida a la cultura griega, como ha subrayado J. de Romilly en su admirable libro *Pour quoi la Grèce? (¿Por qué Grecia?).* La cuestión de por qué todavía los griegos nos siguen interesando, siendo quizás todavía modelos, emocionándonos, queda en el aire. Tal vez el lector de esta antología encuentre algunas pistas para la respuesta.

Sobre las traducciones utilizadas

No vamos a gastar tiempo y papel en justificar la traducción como instrumento de comunicación. Remitimos al lector interesado al espléndido libro de G. Steiner, *Después de Babel,* donde se tratan los aspectos fundamentales y más generales de la cuestión. Diremos tan sólo que aquí hemos procurado servirnos de las traducciones castellanas que nos han parecido más claras y correctas. No pretendemos, sin embargo, haber acertado en todos y cada uno de los casos con la versión más exacta o más elegante. Lo hemos intentado, compulsando varias cuando era posible. Alguna vez nos hemos dejado llevar por la comodidad y hemos tomado la más asequible y a nuestro alcance. Las versiones de los clásicos griegos, y de los latinos, han aumentado mucho en estos últimos años. Es éste un fenómeno editorial curioso, el de la multiplicación de las traducciones, de modo que hemos visto aparecer en pocos años cinco traducciones de Píndaro, cuatro de Tucídides, tres completas de la *Ilíada* y dos más en curso, etc. Se trata de un

hecho alentador, sin duda, para quienes creemos en la importancia cultural de la difusión de la lectura de los autores antiguos, pero también de un dato que dificulta la selección de una determinada traducción, ya que la gran mayoría de esas versiones son de una calidad muy alta, sobre todo por lo que toca a su fidelidad a la letra del original.

De modo que no estamos seguros de que las elegidas sean siempre las mejores de un modo objetivo, ni que eso pueda decirse sin cierta subjetiva preferencia, pero sí de que hemos elegido traducciones correctas y actuales, que merecen citarse y usarse. Sólo en algún caso hemos utilizado traducciones diversas para dar una idea de que existen varias posibilidades de romancear a un autor, con distintos formatos y estilos. Es el caso de los poemas homéricos. Así, por ejemplo, en los textos que hemos seleccionado de la *Ilíada* encontrará el lector versiones en forma métrica y en prosa, desde la versión de Gómez Hermosilla (de 1831), la primera moderna y digna en castellano, a la de L. A. de Cuenca, todavía inconclusa, y la de E. Crespo, de ejemplar fidelidad. Y para la *Odisea* hemos buscado también muestras de varias traducciones, como la hexamétrica de J. M. Pabón, la añeja de F. Baráibar, también en verso, y la más reciente de J. L. Calvo. El procedimiento de presentar varios ejemplos de traducciones de varios estilos no es fácil de aplicar a otros autores aparte de Homero y hemos desistido de ello, en general, aunque en algunos autores presentemos versiones de más de un traductor.

Como ya hemos dicho, asistimos a una proliferación de traducciones de los clásicos griegos y latinos, tal como nunca antes la había habido en España. Muchas de ellas están apareciendo en colecciones muy asequibles y de bolsillo, de modo que el lector interesado en cualquier autor de la Antigüedad no encontrará difícil el acceso a sus textos. Muchas de ellas están cuidadosamente anotadas y bien prologadas.

Aquí, en cambio, hemos decidido prescindir de las notas. Habría sido muy difícil utilizar las de las ediciones de las que

sacamos los textos seleccionados y presentarlas de manera homogénea. Por otro lado, no pretendemos en esta rápida panorámica explicar los textos, sino tan sólo ofrecerlos a una lectura primera y directa. El lector interesado en algunos aspectos sólo aludidos en ellos o desconocedor de alguno de los nombres propios, de personas o de instituciones antiguas, cuando quiera una explicación más detallada puede acudir a las obras de referencia que se mencionan en nuestra breve nota bibliográfica.

Finalmente queremos señalar que, en la selección de los varios géneros, Carlos García Gual se ha ocupado de la épica, la lírica, la filosofía y la novela, mientras que Antonio Guzmán Guerra ha cuidado de la tragedia y la comedia, la historia y la oratoria. Pero hemos leído ambos el conjunto y hemos comentado la selección de todos los textos en varias reuniones. Uno y otro hemos repasado atentamente todos los textos, de modo que ambos nos hacemos responsables del volumen editado. A. Guzmán se ha encargado además de confeccionar los índices y las notas bibliográficas, y C. García Gual ha redactado esta introducción.

C. G. G. y A. G. G.
Madrid, noviembre 1994

CATÁLOGO DE TEXTOS

I. ÉPICA

HOMERO

1. **Invocación a la Musa. De cómo surgió la cólera de Aquiles**
   Ilíada I 1-129
2. **Despedida de Héctor y Andrómaca**
   Ilíada VI 392-496
3. **Muerte de Licaón**
   Ilíada XXI 34-129
4. **Encuentro entre Príamo y Aquiles**
   Ilíada XXIV 477-570
5. **Comienza la *Odisea*. Asamblea de los dioses**
   Odisea I 1-95
6. **Ulises frente a Nausícaa**
   Odisea VI 110-185
7. **Ulises y el Cíclope Polifemo**
   Odisea IX 360-398
8. **Ulises y Aquiles en el Hades**
   Odisea XI 467-491

9. **Ulises y las Sirenas**
   Odisea XII 165-200
10. **Reconocimiento de Penélope**
    Odisea XXIII 173-240

HESÍODO

11. **Hesíodo y las Musas**
    Teogonía 1-80
12. **Los primeros dioses**
    Teogonía 103-130
13. **Prometeo y Pandora, la primera mujer**
    Trabajos y días 42-105
14. **El mito de las cinco edades**
    Trabajos y días 109-202
15. **Fábula del halcón y el ruiseñor**
    Trabajos y días 202-22

HIMNOS HOMÉRICOS

16. **Rapto de Perséfone**
    Himno a Deméter 1-23
17. **La fiesta jonia y el aedo ciego**
    Himno a Apolo 146-178
18. **Afrodita avanza al encuentro con Anquises**
    Himno a Afrodita 64-110

APOLONIO DE RODAS

19. **Singladura de la nave Argo hasta Lemnos. Las lemnias homicidas**
    Argonáuticas I 546-653
20. **Inquieto sueño y vaivenes de la enamorada Medea**
    Argonáuticas III 616-660
21. **Jasón destruye a los guerreros surgidos de la tierra tras la siembra de los dientes del dragón**
    Argonáuticas III 1340-1404

QUINTO DE ESMIRNA

22. Muerte de Pentesilea
Posthoméricas I 575-675

II. LÍRICA

CALINO DE ÉFESO

1. Exhortación al combate
Fragm. 1 D

TIRTEO DE ESPARTA

2. Dulce y hermoso es morir por la patria
Fragm. 6-7 D
3. La verdadera virtud
Fragm. 9 D

ARQUÍLOCO DE PAROS

4. Guerrero y poeta
Fragm. 1 D
5. Un mercenario
Fragm. 2 D
6. Resignación
Fragm. 67a D
7. Ansias de amor
Fragms. 25 D, 26 D, 112 D, 104 D, 118 D, 71 D, 72 D
8. Cantor del ditirambo
Fragm. 77 D

SEMÓNIDES DE AMORGOS

9. De las razas de las mujeres
Fragm. 7 D

MIMNERMO DE COLOFÓN

10. Los placeres y los días
Fragm. 1 D
11. Breve es el vivir
Fragm. 2 D
12. El viaje cotidiano del Sol
Fragm. 10 D

HIPONACTE DE ÉFESO

13. El poeta mendigo
Fragm. 24 D

ALCEO DE MITILENE

14. Consuelo y alegría del vino
Fragm. 73 D
15. Helena y Tetis
Fragm. 74 D
16. Desdichas del poeta exiliado
Fragm. 130 L-P

SAFO DE LESBOS

17. Himno a Afrodita
Fragm. 1 D
18. Me parece igual a los dioses
Fragm. 2 D
19. Lo mejor es lo que uno ama
Fragm. 27 D
20. Soledad y noche
Fragm. 94 D
21. Canción de tela
Fragm. 114 D

ANACREONTE

22. La vejez
Fragm. 44 D
23. Amor tardío
Fragm. 5 D

ALCMÁN DE ESPARTA

24. Canto coral (Partenio)
Fragm. 1 P
25. ¡Ojalá fuera un alción!
Fragm. 94 D
26. Serenidad del paisaje
Fragm. 58 D

ESTESÍCORO DE HÍMERA

27. Palinodia de Helena
Fragm. 11 D
28. Las hijas de Tindáreo
Fragm. 17 D

ÍBICO DE REGIO

29. El amor y el tiempo
Fragm. 6 D
30. El amante añejo
Fragm. 7 D

SOLÓN DE ATENAS

31. Elegía a las Musas
Fragm. 1 D
32. Para la felicidad
Fragm. 14 D
33. Apología personal
Fragm. 24 D

JENÓFANES DE COLOFÓN

34. El banquete
Fragm. 1 D
35. Atletas y sabios
Fragm. 2 D
36. Sobre las creencias en los dioses
Fragms.10, 12, 14, 15, 16, 19 D

TEOGNIS DE MÉGARA

37. Los tiempos cambian
Vv. 53-68
38. El poeta inmortaliza a su amado
Vv. 237-254
39. Protesta a Zeus por su injusticia
Vv. 373-392
40. Pesimismo
Vv. 425-439
41. La Esperanza
Vv. 1135-1150

EMPÉDOCLES DE AGRIGENTO

42. Presentación
Fragm. 112 D-K
43. El terrible destino de los hombres
Fragm. 115 D-K
44. Metamorfosis y buena memoria
Fragm. 117 D-K

SIMÓNIDES DE CEOS

45. La virtud es limitada
Fragm. 4 D
46. Orfeo
Fragm. 27 D

47. Epitafios
Fragms. 92, 118, 121, 122, 123 D

PÍNDARO DE TEBAS

48. La gloria de Olimpia y el fulgor de la victoria
Olímpica I
49. El poder de la música y la grandeza de Hierón
Pítica I
50. Encomio de Teóxeno de Ténedos
Encomio de Teóxeno

BAQUÍLIDES DE CEOS

51. La divinidad da la victoria y premia la piedad
Epinicio III

TEÓCRITO DE SIRACUSA

52. La bruja enamorada
Idilio II 1-85
53. Polifemo y Galatea
Idilio XI
54. El galanteo
Idilio XXVII 1-29

BIÓN

55. Llanto por Adonis
Idilio I 1-86

CALÍMACO

56. La muerte de un amigo
Antología Palatina VII 80
57. Un suicidio filosófico
Antología Palatina VII 471

58. Piadoso enterramiento de un desconocido
Antología Palatina VII 277
59. Timón, implacable misántropo
Antología Palatina VII 317

ASCLEPÍADES

60. Melancolía juvenil
Antología Palatina XII 46
61. Ofrenda de una guirnalda sobre la puerta del amado
Antología Palatina V 145
62. El poeta quiere consolarse con el vino de las penas de amor
Antología Palatina XII 50
63. Cenotafio de Evipo
Antología Palatina VII 50

MELEAGRO DE GÁDARA

64. El alegre y terrible dios del amor, hijo de Afrodita
Antología Palatina V 176
65. Elogio de la cigarra cantora
Antología Palatina VII 196
66. La taza donde bebe la amada
Antología Palatina V 171
67. El poeta pide piedad al amor
Antología Palatina V 215

PÁLADAS DE ALEJANDRÍA

68. La vida es farsa de teatro
Antología Palatina X 72
69. El amor a la *Ilíada*, causa de pobreza
Antología Palatina IX 169
70. Penas de los paganos perseguidos por los cristianos
Antología Palatina X 82

71. **A una estatua de la diosa Fortuna, que acabó en una taberna**
    Antología Palatina IX 183
72. **Nada hay tras la muerte**
    Antología Palatina X 59
73. **Despedida**
    Antología Palatina X 49

III. TEATRO

Esquilo

1. **Liberad a la patria...**
   Persas 353-432
2. **Todas las artes y oficios de los hombres son regalo de Prometeo**
   Prometeo encadenado 436-506
3. **Brilla con fulgor siniestro la culpa**
   Agamenón 355-397

Sófocles

4. **Tus proclamas no podrán pasar por encima de las leyes no escritas e inmutables de los dioses**
   Antígona 441-507
5. **Ciego de oídos, de mente, y de ojos eres, Tiresias**
   Edipo Rey 300-403
6. **Te unirás a tu madre y serás el asesino de tu padre**
   Edipo Rey 774-822
7. **De nada valen los venerables oráculos de los dioses**
   Edipo Rey 924-1026

Eurípides

8. **No, alma mía, no ejecutes tú eso**
   Medea 1021-1081

9. Eros encanta a aquel sobre cuyo enloquecido corazón se lanza alado
   Hipólito 1268-1282
10. De Heracles quiero cantar... sus trabajos
    Heracles loco 348-441
11. No consideréis feliz a nadie de los poderosos hasta el momento de su muerte
    Las Troyanas 463-510
12. Sencillo es el relato de la verdad y no requiere rebuscados comentarios
    Fenicias 470-554
13. Compadéceme, madre, no mates a tu hijo por mis yerros
    Bacantes 1114-1147

ARISTÓFANES

14. Las aves somos los dioses más antiguos... de amor las herederas
    Aves 685-768
15. Las mujeres hemos decidido salvar la ciudad
    Lisístrata 507-98
16. Que las mujeres estemos tan enfadadas con Eurípides, nada tiene de raro
    Tesmoforias 372-519

MENANDRO

17. ¡Anda que no era dichoso por partida doble el Perseo aquel!
    Misántropo 1-178

IV. HISTORIADORES Y GEÓGRAFOS

Heródoto

1. **Giges, prueba a verla desnuda**
   Historia I 8-12
2. **Se hicieron muy amigos del rey de los tartesios, cuyo nombre era Argantonio**
   Historia I 163
3. **La construcción de las pirámides**
   Historia II 124-134.2

Tucídides

4. **El método historiográfico**
   Guerra del Peloponeso I 20-22
5. **¡Qué clase de hombres son los atenienses y los espartanos!**
   Guerra del Peloponeso I 70
6. **La guerra es una maestra de modales violentos**
   Guerra del Peloponeso III 82-83
7. **Nosotros no hemos establecido esta ley, ni la hemos aplicado los primeros**
   Guerra del Peloponeso V 85-113
8. **Una ciudad son sus hombres y no unos muros ni unas naves**
   Guerra del Peloponeso VII 76-77

Jenofonte

9. **Los conducirá a un lugar desde donde verán el mar**
   Anábasis IV 7.19-8
10. **No hacer pactos con ellos**
    Helénicas II 2.10-23

POLIBIO

11. El ejercicio más seguro en materia de gobierno es la enseñanza a partir de la historia
Historias I 1-2

ESTRABÓN

12. Iberia se asemeja a una piel de buey extendida a lo largo de Oeste a Este
Geografía III 1-3 y 9

13. Iberia, país minero
Geografía III 8-9

JOSEFO

14. No hay que fiarse únicamente de los griegos
Contra Apión I i-ii.10

PLUTARCO

15. Fue la edificación de monumentos lo que sus enemigos miraban con peores ojos...
Vida de Pericles 12-14

16. La carencia de persuasión
Vida de Coriolano 40-44

ARRIANO

17. Estaba vaticinado que gobernaría en toda el Asia
Anábasis de Alejandro Magno II 3.1-7

18. Murió, pues, Alejandro, en la 114.ª Olimpíada
Anábasis de Alejandro Magno VII 25-28.1

APIANO

19. De los libios pereció un gran número, de los saguntinos en cambio la totalidad
Sobre Iberia I 9-13

V. FILOSOFÍA Y CIENCIA

Platón

1. **Sócrates comienza su defensa**
   Apología de Sócrates 18a-20c
2. **¿Qué es un sofista?**
   Protágoras 312b-314c
3. **La verdadera política según Sócrates**
   Gorgias 517a-519d
4. **El mito de la caverna**
   República VII 514a-517c
5. **El mito de Eros**
   Banquete 202e-204c
6. **Un ameno lugar junto al Iliso**
   Fedro 230b-e
7. **La invención de la escritura: Theuth y Thamus**
   Fedro 274c-275e

Aristóteles

8. **La estructura de la sociedad: elementos básicos**
   Política 1252a-1253
9. **Autarquía y amistad**
   Ética Eudemia 1244b-1246a
10. **Sobre la composición de las tragedias**
    Poética 1452b-1453a
11. **El afán de saber. Comienzo de la *Metafísica***
    Metafísica 980a-981a
12. **Interés del estudio de los animales**
    Sobre las partes de los animales 644b-645a

Epicuro

13. **El camino de la felicidad**
    Carta a Meneceo 122-127
    (Diógenes Laercio X 122-135)

CLEANTES

14. La religiosidad del filósofo estoico
Himno a Zeus

EPICTETO

15. Los primeros principios éticos
Manual 1-5

MARCO AURELIO

16. Consejos para cada mañana
Meditaciones II 1-3
17. No confíes en la utopía de Platón
Meditaciones IX 28-31

PLOTINO

18. Ascender hacia el Bien y la Belleza
Enéadas I 6.6, 24-7, 26

HIPÓCRATES/*CORPUS HIPPOCRATICUM*

19. El juramento médico
Juramento
20. La mirada del médico
Pronóstico 1-2
21. Atención al medio ambiente
Sobre los aires, aguas y lugares 1-2

ARQUÍMEDES DE SIRACUSA

22. Comienzos de un tratado metódico
El Método. **Prólogo**

EUCLIDES

23. Definiciones
Geometría. Libro I

TEOFRASTO

24. Descripción de una planta: la zarzaparrilla
Historia de las plantas III 18, 11-12

ARTEMIDORO DE DALDIS

25. Soñar con coronas significa muchas cosas
Interpretación de los sueños I 77

DIOSCÓRIDES

26. La adormidera
Materia médica IV 66

VI. ORADORES, RÉTORES Y GRAMÁTICOS

GORGIAS

1. Yo me propongo liberar a Helena de la mala fama de que es acusada
Encomio de Helena 1-4

LISIAS

2. Jueces, no me parece difícil comenzar mi acusación, sino dar término a mis palabras...
Contra Eratóstenes XII 1-11 y 79-91

ISÓCRATES

3. No es muy difícil dominar la ciencia de los discursos
Contra los sofistas 1-3 y 12-18

DEMÓSTENES

4. **Lo peor del pasado resulta precisamente la mejor arma de cara al futuro**
   Filípica III 1-5
5. **Escuchar con placer las injurias y las acusaciones e irritarse contra los que se alaban a sí mismos**
   Sobre la corona 1-17

DIONISIO DE HALICARNASO

6. **Llaman vocales a las que pueden sonar de modo independiente o con otros...**
   Sobre la composición literaria 14

«LONGINO»

7. **Si yo escribo, ¿cómo lo recibirá la posteridad?**
   Sobre lo sublime 14 y 30

APOLONIO DÍSCOLO

8. **También hay (verbos) que significan una disposición mental o física**
   Sintaxis III 147-150 y 157

VII. PROSA DE FICCIÓN Y NOVELESCA

LUCIANO DE SAMÓSATA

1. **Diógenes y Alejandro en el Hades**
   Diálogos de los muertos 13
2. **El nacimiento de Atenea**
   Diálogos de los dioses 8
3. **Elogio de los relatos de ficción**
   Relatos verídicos I 1-4

4. **Tragados por la gran ballena**
   Relatos verídicos I 29-32

CARITÓN DE AFRODISIAS

5. **Los protagonistas del relato romántico**
   Quéreas y Calírroe I 1.1-7
6. **Reencuentro en la corte persa**
   Quéreas y Calírroe V 7.10-8.6

LOLIANO

7. **Un criminal banquete**
   Fenicíacas, Fragm. 2

LONGO DE LESBOS

8. **Dafnis cuenta a Cloe la historia de Eco**
   Dafnis y Cloe III 22-24

HELIODORO DE EMESA

9. **Un intrigante y patético panorama: piratas y misterios**
   Las Etiópicas o Teágenes y Cariclea I 1^{1}-2

PSEUDO CALÍSTENES

10. **Alejandro cuenta su ascensión celeste**
    Vida de Alejandro II 41

TRADUCTORES

A. B.	Alberto Bernabé
A. D. T.	Alberto Díaz Tejera
A. F. L.	Andrés Fernández Laguna
A. G. G.	Antonio Guzmán Guerra
A. G. P.	Aníbal González Pérez
A. O.	Ángel Ortega
A. P. J.	Aurelio Pérez Jiménez
C. G. G.	Carlos García Gual
C. S.	Carlos Schrader
D. L.	Dolores Lara
D. P.	Domingo Plácido
E. G.	Emilio Crespo
E. F. G.	Emilio Fernández-Galiano
E. G. N.	Elsa García Novo
E. Ll.	Emilio Lledó
E. R.	Elisa Ruiz
E. S.	Emilio Suárez
F. B.	Francisco Baráibar
F. G. R.	Fernando García Romero
J. G. H.	Juan M. Guzmán Hermida
J. Gz. H.	José Gómez Hermosilla
J. G. L.	José García López
J. I.	Jesús Igal
J. L. C.	José Luis Calvo
J. L. N.	José Luis Navarro
J. M.	Julia Mendoza
J. M.ª D. R.	José María Díaz Regañón
J. M.ª L.	José María Lucas
J. M. P.	José Manuel Pabón
J. P.	Julio Pallí
J. R. B.	José Ramón Busto
J. Z.	Juan Zaragoza
L. A. C.	Luis Alberto de Cuenca
L. S.	Luis Segalá
M. B.	Máximo Brioso
M. F. G.	Manuel Fernández-Galiano
M. G. T.-	Manuel García
M.ª T. M.	Teijeiro-M.ª Teresa Molinos

F. J. G. E.	Francisco Javier Gómez Espelosín
F. R. A.	Francisco Rodríguez Adrados
I. C.	Inés Calero
J. A. L. F.	Juan Antonio López Férez
J. C.	Julio Calonge
J. F.	Juan Ferraté
M.ª J. M.	M.ª José Meana
M.ª L. P.	M.ª Luisa Puertas
M.ª L. P.-L. V.	María Luisa Puertas-Luis Vega
P. B.	Pedro Bádenas
P. O.	Paloma Ortiz
R. B.	Ramón Bach
T. C.	Tomás Calvo
V. B.	Vicente Bécares

TEXTOS

La llamada que aparece entre paréntesis a continuación de las iniciales del traductor remite a la relación de versiones utilizadas en la elaboración de la presente antología que figura en la página 489.

I. ÉPICA

HOMERO

La Ilíada *es el primer poema de la literatura griega, es decir, de la literatura de nuestro mundo occidental. Con la epopeya de la conquista de Troya comienza, en el siglo* VIII *a.C., la tradición literaria de la que Homero es el gran patriarca. En algo menos de dieciséis mil hexámetros, que luego los filólogos de Alejandría dividieron en veinticuatro cantos, la* Ilíada *cuenta algunos episodios del largo asedio de la ciudad de Príamo, Ilion. El amplio poema está centrado sobre un tema singular: la cólera de Aquiles, el mejor de los griegos. Pero no es sólo una relación de las hazañas del hijo de Peleo, sino una narración heroica, llena de ruidos y furia, de la lucha en torno a la ciudad durante unos días decisivos para la guerra. El marco del espléndido relato está dado por la ira de Aquiles. El cruce de ambos temas: la gran guerra y los combates de los famosos héroes, y la pasión funesta del gran protagonista, Aquiles, determinan la composición de la epopeya.*

Si Homero es para nosotros un comienzo, es, a la vez, el final de una larga tradición poética que culmina en su extenso y magnífico poema, la tradición de la poesía épica oral. Homero es contemporáneo de la introducción de la escritura alfabética en Grecia. Tras los llamados siglos oscuros, el siglo VIII *significa*

la aparición de un extraordinario auge cultural: se introduce el alfabeto de origen fenicio, se construyen los primeros templos, se redacta la Ilíada, *etc.*

Algunos lustros después, tal vez a finales del siglo, se compone la Odisea, *la segunda epopeya griega, atribuida al mismo Homero. Ya fuera suya o de otro poeta de su escuela, la* Odisea *refleja un mundo de intereses épicos distintos al de la* Ilíada.

Como su título indica, la Odisea *es «el poema de Odiseo» y la figura y hechos de su protagonista dan unidad a todo el poema. Incluso en aquellos cantos en que Odiseo (Ulises) no aparece directamente, es su ausencia que todos recuerdan lo que impulsa la narración. Con sus variados escenarios que son tres: el de la guerra de Troya, evocada por los relatos nostálgicos de Néstor y de Menelao, el de las fabulosas aventuras marinas, relatadas por el propio protagonista, y el de la isla de Ítaca, donde Penélope aguarda el regreso de su marido asediada por los pretendientes, la* Odisea *se abre a otros horizontes más fantasiosos, más costumbristas, más novelescos.*

Ambos poemas comienzan con sendas invocaciones a la Musa, a la que el poeta le pide que cante o cuente los episodios memorables de la saga. Las Musas, hijas de la Memoria (Mnemosyne) *garantizan la veracidad del relato, inspiran al poeta los hechos de un pasado lejano, son los archivos divinos de la fama.*

La Ilíada *es, sin duda, de modo paradigmático, un gran poema épico, resonante de furor guerrero, que comienza con el agravio de Agamenón a Aquiles y concluye con los funerales de Patroclo y de Héctor. La patética escena en que el viejo rey Príamo suplica al feroz Aquiles que le devuelva el cadáver de su hijo, y el implacable Pelida solloza frente a él recordando a su padre y accede a sus ruegos, es de una espléndida humanidad. Tanto en la construcción del relato, centrado no en torno al desarrollo de la guerra, sino al furor de Aquiles, se manifiesta, pensamos, lo más propio del genio trágico del autor del poema, y ese final en el que la compasión supera la sed de venganza expresa muy bien la profunda visión humanista de Homero.*

La Odisea *es, en cambio, un estupendo relato de aventuras, por mar y por tierra, en torno a ese personaje sin duda muy humano y más moderno que es Odiseo, «fecundo en ardides el muy sufrido, el de los muchos trucos». También aquí nos muestra el autor una notable habilidad en la composición de una narración muy compleja, donde podemos advertir claramente tres secciones: la «Telemaquia» (cantos I-IV), las «aventuras marinas», contadas en gran parte por el propio Odiseo (cantos V-XII), y el «retorno y venganza en Ítaca» (cantos XIII-XXIV). Aunque Odiseo viene de la guerra de Troya -y está como héroe destacado en la* Ilíada- *ahora se mueve en otro ámbito distinto del guerrero. Y lo hace con una inolvidable soltura personal.*

Ambos poemas homéricos marcan el comienzo de la tradición literaria griega y extienden sobre ella su larga sombra. En su lenguaje formulario, con sus epítetos tradicionales, en el repertorio de motivos míticos, en su poética reconstrucción del mundo heroico, Homero es deudor de la tradición oral anterior, pero su amplio genio dramático, su indudable grandeza en la presentación de los personajes, su fina psicología, su sentido del detalle expresivo, su uso de los símiles, muestran su personalidad como autor.

1. Invocación a la Musa. De cómo surgió la cólera de Aquiles

Canta, Diosa, la cólera de Aquiles el Pelida, la que, funesta, trajo dolor innumerable a los aqueos y sepultó en el Hades tantas fieras almas de héroes, a quienes hizo presa de perros y de todas las aves -la voluntad de Zeus se cumplía- a partir del instante en que por vez primera se enemistaron disputando el Atrida, rey de hombres, y Aquiles el divino.

¿Cuál de los dioses los lanzó en disputa a pelearse mutuamente? El hijo de Leto y de Zeus. Airado con el rey, introdujo

una peste maligna en el ejército. Y perecían los guerreros por culpa del ultraje que infiriera el Atrida al sacerdote Crises. Éste, para liberar a su hija, se había presentado en las veloces naves de los aqueos con un rescate inmenso y con las ínfulas del flechador Apolo, colgando de áureo cetro, en las manos; y a todos los aqueos y especialmente a los dos Atridas, jefes de pueblos, así les suplicaba:

«¡Atridas y demás aqueos de hermosas grebas! Ojalá os concedan los dioses, que habitan olímpicos palacios, saquear la ciudad de Príamo y volver felizmente a casa. Poned en libertad a mi hija y recibid a cambio este rescate, si es que teméis al hijo de Zeus, al flechador Apolo».

Todos los aqueos aprobaron con unánime voz que se respetara al sacerdote y se recibiese el espléndido rescate. Pero al Atrida Agamenón no le pareció bien el trato. Con violentas palabras despidió noramala a Crises:

«Que no te encuentre, anciano, junto a las cóncavas naves, o porque te retrases, o porque vuelvas luego, pues de nada van a servirte ese cetro y las ínfulas del dios. No pienso liberar a tu hija. Le sobrevendrá la vejez en mi casa, en Argos, lejos de su patria, atendiendo el telar y compartiendo mi lecho. Pero vete. No excites mi ira, si quieres irte sano y salvo».

Así dijo. El anciano sintió miedo y obedeció. Silencioso, se fue por la ribera del estruendoso mar. Y, alejándose, se dirigió al soberano Apolo, a quien engendró Leto, la de la hermosa cabellera:

«¡Óyeme, tú, el del arco de plata, que proteges a Crisa y a la sagrada Cila y en Tonados gobiernas con todo tu poder, Esmínteo! Si alguna vez fui a postrarme a tu gracioso templo, o si quemé en tu honor pingües muslos de toros o de cabras, cúmpleme el deseo de que los dánaos paguen mi llanto con tus flechas».

Fue su plegaria. La escuchó Febo Apolo y bajó desde las cimas del Olimpo, irritado en su corazón, con el arco y el bien

cerrado carcaj sobre los hombros. Resonaron las flechas en los hombros del Irritado cuando se puso en movimiento. Iba parecido a la noche. Se apostó lejos de las naves, disparó un dardo, y del arco de plata brotó un terrible silbido. Apuntaba primero a los mulos y a los ágiles perros; lanzó luego las agudas saetas contra los hombres, y ardían sin cesar numerosas hogueras de cadáveres.

Durante nueve días se pasearon las flechas del dios por el ejército. En el décimo, Aquiles convocó al pueblo a la asamblea. Se lo puso en la mente la diosa de los blancos brazos, Hera; estaba preocupada por los dánaos, a quienes veía morir. Cuando todos se hubieron reunido, se levantó Aquiles, el de los pies ligeros, y dijo:

«Atrida, creo que tendremos que regresar a casa, errantes de nuevo, si es que escapamos a la muerte, si la guerra y la peste unidas no terminan con los aqueos. Consultemos sin pérdida de tiempo a un adivino, sacerdote o intérprete de sueños –también el sueño viene de Zeus– que nos diga por qué se irritó tanto Febo Apolo, si está quejoso por culpa de algún voto o de alguna hecatombe, y si, participando del olor de la grasa quemada de corderos y cabras sin tacha querrá alejar de nosotros la muerte».

Después de haber hablado así, se sentó. Se levantó entonces Calcante, hijo de Téstor, el mejor de los augures, que conocía lo que es, lo que fue y lo que será, y había conducido las naves de los aqueos hasta Ilión por medio del arte adivinatoria que le otorgara Febo Apolo; se dirigió discretamente a la asamblea y dijo:

«¡Oh Aquiles querido por Zeus! Me ordenas explicar la cólera de Apolo, el soberano que nunca yerra un blanco. Lo haré. Pero tú prométeme y jura que estarás dispuesto a defenderme de palabra y de obra, pues temo irritar a un hombre que ejerce gran poder entre todos los argivos y a quien obedecen los aqueos. Es peligroso un rey cuando se enoja con un inferior; y si hoy reprime su ira, nutre mañana en su corazón

el rencor hasta que lo ve satisfecho. Dime si estás resuelto a protegerme».

Aquiles, de ligeros pies, le respondió:

«Confía en mí y declara el augurio que sabes. Pues te juro por Apolo querido por Zeus –a quien tú, Calcante, invocas cada vez que revelas augurios a los dánaos– que, mientras yo viva y mis ojos se mantengan abiertos sobre la tierra, ninguno de los dánaos alzará contra ti su pesada mano junto a las cóncavas naves, aunque hablares de Agamenón, que hoy se jacta de ser el más poderoso de los Aqueos».

Cobrando entonces ánimos, dijo el irreprochable adivino:

«No está quejoso por culpa de ningún voto o hecatombe, sino a causa del ultraje que Agamenón ha inferido a su sacerdote, a quien no devolvió la hija ni admitió el rescate. Por esto nos dio males el Flechador, y todavía nos dará más. Y no alejará de los dánaos la odiosa muerte hasta que, sin rescate y sin precio, sea devuelta a su padre la muchacha de negros ojos, y ofrezcamos en Crisa una sacra hecatombe. Sólo entonces conseguiremos aplacarlo».

Después de haber hablado así, se sentó. Se levantó entonces el héroe Agamenón Atrida, señor de anchos dominios, muy irritado, con las negras entrañas llenas de cólera y los ojos llameantes como el fuego. Mirando torvamente a Calcante, dijo:

«¡Adivino de males! Jamás me has anunciado nada bueno. Siempre te es grato profetizar males y nunca diste ni cumpliste ningún presagio favorable. Y ahora, vaticinando ante los dánaos, dices que el Flechador les envía desgracias porque yo no quise admitir el espléndido rescate de la joven Criseida, a quien mucho deseo retener en mi casa. La prefiero, sin duda, a Clitemnestra, mi legítima esposa, pues no le es inferior ni en talle ni en belleza, ni en inteligencia ni en habilidades domésticas. Aun así, consiento en devolverla, si es lo mejor; yo quiero que el pueblo se salve, no que perezca. Pero me habéis de compensar por ello, para que no sea yo el único de los argivos

que se quede sin recompensa, pues no sería decoroso. Podéis ver todos cómo el premio que obtuve se me va por otro camino».

Aquiles el divino, de ágiles pies, le respondió:

«¡Atrida gloriosísimo, el más codicioso de todos! ¿Cómo podrían darte otra recompensa los magnánimos aqueos? No sé que exista tesoro común. Lo que hemos obtenido de las ciudades, al saquearlas, ha sido repartido, y no es justo que los hombres tengan que juntarlo de nuevo. Entrega ahora tú la joven al dios, y los aqueos te pagaremos el triple o el cuádruple de su valor, si algún día Zeus nos concede rendir bien la amurallada ciudad de Troya».

Ilíada I, 1-129
(L. A. C.)[1]

2. Despedida de Héctor y Andrómaca

Cuando atravesó la gran ciudad y llegó a las puertas
Esceas, por donde se disponía a salir a la llanura,
allí le salió al paso corriendo su esposa, rica en regalos,
Andrómaca, la hija del magnánimo Eetión,
del Eetión que había habitado bajo el boscoso Placo,
en Teba bajo el Placo, y había sido soberano de los cilicios.
De éste era hija la esposa de Héctor, de broncíneo casco.
Le salió entonces al paso, y con ella se acercó la sirvienta,
llevando en su regazo al delicado niño, todavía sin habla,
el preciado Hectórida, semejante a un bello astro.
Héctor solía llamarlo Escamandrio, pero los demás
Astianacte; pues Héctor era el único que protegía Ilio.
Éste sonrió mirando al niño en silencio,
y Andrómaca se detuvo cerca, derramando lágrimas;
le asió la mano, lo llamó con todos sus nombres y le dijo:
«¡Desdichado! Tu furia te perderá. Ni siquiera te apiadas

de tu tierno niño ni de mí, infortunada, que pronto viuda
de ti quedaré. Pues pronto te matarán los aqueos,
atacándote todos a la vez. Y para mí mejor sería,
si te pierdo, sumergirme bajo tierra. Pues ya no
habrá otro consuelo, cuando cumplas tu hado,
sino sólo sufrimientos. No tengo padre ni augusta madre:
a mi padre lo mató Aquiles, de la casta de Zeus,
cuando saqueó la bien habitada ciudad de los cilicios,
Teba, la de elevadas puertas. Dio muerte a Eetión,
mas no lo despojó, pues se lo impidió un escrúpulo religioso.
En lugar de eso, lo incineró con sus primorosas armas
y erigió encima un túmulo; y alrededor plantaron olmos
las montaraces ninfas, hijas de Zeus, portador de la égida.
Y los siete hermanos míos que había en el palacio,
todos ellos el mismo día, penetraron dentro de Hades;
pues a todos mató el divino Aquiles, de pies protectores,
junto a los bueyes, de tornátiles patas, y las cándidas ovejas.
A mi madre, que reinaba bajo el boscoso Placo,
tras traerla aquí con las demás riquezas,
la liberó de regreso, luego de recibir inmensos rescates,
y en el palacio de su padre le disparó la sagitaria Artemis.
¡Oh Héctor! ¡Tú eres para mí mi padre y mi augusta madre!
y también mi hermano, y tú eres mi lozano esposo.
Ea, compadécete ahora y quédate aquí, sobre la torre.
No dejes a tu niño huérfano, ni viuda a tu mujer.
Detén a la hueste junto al cabrahigo, donde más accesible
es la ciudad y la muralla más expugnable ha resultado.
Pues por allí vinieron e hicieron tres intentos los paladines
en torno de los dos Ayantes, del muy glorioso Idomeneo,
y en torno de los Atridas y del fornido hijo de Tideo.
Sin duda, un buen conocedor de los vaticinios se lo indicó,
o quizá su propio ánimo les incita a ello y se lo manda».

Le dijo, a su vez, el alto Héctor, de tremolante penacho:

«También a mí me preocupa todo eso, mujer; pero tremenda vergüenza me dan los troyanos y troyanas, de rozagantes mantos,

si como un cobarde trato de escabullirme lejos del combate.
También me lo impide el ánimo, pues he aprendido a ser valiente
en todo momento y a luchar entre los primeros troyanos,
tratando de ganar gran gloria para mi padre y para mí mismo.
Bien sé yo esto en mi mente y en mi ánimo:
habrá un día en que seguramente perezca la sacra Ilio,
y Príamo y la hueste de Príamo, el de buena lanza de fresno.
Mas no me importa tanto el dolor de los troyanos en el futuro
ni el de la propia Hécuba ni el del soberano Príamo
ni el de mis hermanos, que, muchos y valerosos,
puede que caigan en el polvo bajo los enemigos,
como el tuyo, cuando uno de los aqueos, de broncíneas túnicas,
te lleve envuelta en lágrimas y te prive del día de la libertad;
y quizá en Argos tejas la tela por encargo de una extraña
y quizá vayas por agua a la fuente Meseide o a la Hiperea
obligada a muchas penas, y puede que te acose feroz necesidad.
Y alguna vez quizá diga alguien al verte derramar lágrimas:
"Ésta es la mujer de Héctor, el que descollaba en la lucha sobre
los troyanos, domadores de caballos, cuando se batían por Ilio".
Así dirá alguien alguna vez, y tú sentirás un renovado
dolor por la falta del marido que te proteja del día de la esclavitud.
Mas ojalá que un montón de tierra me oculte, ya muerto,
antes de oír tu grito y ver cómo te arrastran».
Tras hablar así, el preclaro Héctor se estiró hacia su hijo.
Y el niño hacia el regazo de la nodriza, de bello ceñidor,
retrocedió con un grito, asustado del aspecto de su padre.
Lo intimidaron el bronce y el penacho de crines de caballo,
al verlo oscilar temiblemente desde la cima del casco.
Y se echó a reír su padre, y también su augusta madre.
Entonces el esclarecido Héctor se quitó el casco de la cabeza
y lo depositó, resplandeciente, sobre el suelo.
Después, tras besar a su hijo y mecerlo en los brazos, dijo
elevando una plegaria a Zeus y a los demás dioses:
«¡Zeus y demás dioses! Concededme que este niño mío
llegue a ser como yo, sobresaliente entre los troyanos,

igual de valeroso en fuerza y rey con poder soberano en Ilio.
Que alguna vez uno diga de él: "Es mucho mejor que su padre",
al regresar del combate. Y que traiga ensangrentados despojos
del enemigo muerto y que a su madre se le alegre el corazón».

Tras hablar así, en los brazos de su esposa puso
a su hijo, y ésta lo acogió en su fragante regazo,
entre lágrimas riendo. Su marido se compadeció al notarlo,
la acarició con la mano, la llamó con todos sus nombres y dijo:

«¡Desdichada! No te aflijas demasiado por mí en tu ánimo,
que ningún hombre me precipitará al Hades contra el destino.
De su suerte te aseguro que no hay ningún hombre que escape,
ni cobarde ni valeroso, desde el mismo día en que ha nacido.
Mas ve a casa y ocúpate de tus labores,
el telar y la rueca, y ordena a las sirvientas
aplicarse a la faena. Del combate se cuidarán los hombres
todos que en Ilio han nacido y yo, sobre todo».

Tras hablar así, el esclarecido Héctor cogió el casco
hecho de crines de caballo, mientras su esposa marchaba a casa
volviéndose de vez en cuando y derramando lozanas lágrimas.

Ilíada VI 392-496
(E. C.)[2]

3. Muerte de Licaón

Allí se encontró Aquiles con Licaón, hijo de Príamo Dardánida, el cual, huyendo, iba a salir del río. Ya anteriormente habíale hecho prisionero encaminándose de noche a un campo de Príamo: Licaón cortaba con el agudo bronce los ramos nuevos de un cabrahígo para hacer los barandales de un carro, cuando Aquiles, presentándose cual imprevista calamidad, se lo llevó mal de su grado. Transportóle luego en una nave a la bien construida Lemnos, y allí lo puso en venta: el hijo de Jasón pago el precio. Después Eetión de Imbros, que era hués-

ped del troyano, dio por él un cuantioso rescate y enviólo a la divina Arisbe. Escapóse Licaón, y volviendo a la casa paterna, estuvo celebrando con sus amigos durante once días su regreso de Lemnos; mas, al duodécimo, un dios le hizo caer nuevamente en manos de Aquiles, que debía mandarle al Hades, sin que Licaón lo deseara. Como el divino Aquiles, el de los pies ligeros, le viera inerme –sin casco, escudo, ni lanza, porque todo lo había tirado al suelo– y que salía del río con el cuerpo abatido por el sudor y las rodillas vencidas por el cansancio; sorprendióse, y a su magnánimo espíritu así le habló:

«¡Oh dioses! Grande es el prodigio que a mi vista se ofrece. Ya es posible que los teucros a quienes maté resuciten de las sombrías tinieblas; cuando éste, librándose del día cruel, ha vuelto de la divina Lemnos donde fue vendido, y las olas del espumoso mar, que a tantos detienen, no han impedido su regreso. Mas, ea, haré que pruebe la punta de mi lanza para ver y averiguar si volverá nuevamente o se quedará en el seno de la fértil tierra, que hasta a los fuertes retiene».

Pensando en tales cosas, Aquiles continuaba inmóvil. Licaón, asustado, se le acercó a tocarle las rodillas; pues en su ánimo sentía vivo deseo de librarse de la triste muerte y de su negro destino. El divino Aquiles levantó en seguida la enorme lanza con intención de herirle, pero Licaón se encogió y corriendo le abrazó las rodillas; y aquélla, pasándole por cima del dorso, se clavó en el suelo, codiciosa de cebarse en el cuerpo de un hombre. En tanto, Licaón suplicaba a Aquiles; y abrazando con una mano sus rodillas y sujetando con la otra la aguda lanza, estas aladas palabras le decía:

«Te lo ruego abrazado a tus rodillas, Aquiles; respétame y apiádate de mí. Has de tenerme, oh alumno de Zeus, por un suplicante digno de consideración; pues comí en tu tienda el fruto de Deméter el día en que me hiciste prisionero en el campo bien cultivado, y llevándome lejos de mi padre y de mis amigos, me vendiste en Lemnos: cien bueyes te valió mi persona. Ahora te daría el triple para rescatarme. Doce días

ha que, habiendo padecido mucho, volví a Ilión: y otra vez el hado funesto me pone en tus manos. Debo de ser odioso al padre Zeus, cuando nuevamente me entrega a ti. Para darme una vida corta, me parió Laótoe, hija del anciano Altes, que reina sobre los belicosos léleges y posee la excelsa Pédaso junto al Sátniois. A la hija de aquél la tuvo Príamo por esposa con otras muchas; de la misma nacimos dos varones y a entrambos nos habrás dado muerte. Ya hiciste sucumbir entre los infantes delanteros a Polidoro, hiriéndole con la aguda pica; y ahora la desgracia llegó para mí, pues no espero escapar de tus manos después que un dios me ha echado en ellas. Otra cosa te diré que fijarás en la memoria: No me mates; pues no nací del mismo vientre que Héctor, el que dio muerte a tu dulce y valiente amigo».

Con tales palabras el preclaro hijo de Príamo suplicaba a Aquiles; pero fue amarga la respuesta que escuchó:

«¡Insensato! No me hables del rescate, ni lo menciones siquiera. Antes que a Patroclo le llegara el día fatal, me era grato abstenerme de matar a los teucros y fueron muchos los que cogí vivos y vendí luego; mas ahora ninguno escapará de la muerte, si un dios lo pone en mis manos delante de Ilión y especialmente si es hijo de Príamo. Por tanto, amigo, muere tú también. ¿Por qué te lamentas de este modo? Murió Patroclo, que tanto te aventajaba. ¿No ves cuán gallardo y alto de cuerpo soy yo, a quien engendró un padre ilustre y dio a luz una diosa? Pues también me aguardan la muerte y el hado cruel. Vendrá una mañana, una tarde o un mediodía en que alguien me quitará la vida en el combate, hiriéndome con la lanza o con una flecha despedida por el arco».

Así dijo. Desfallecieron las rodillas y el corazón del teucro que, soltando la lanza, se sentó y tendió ambos brazos. Aquiles puso mano a la tajante espada e hirió a Licaón en la clavícula, junto al cuello: metióle dentro toda la hoja de dos filos, el troyano, dio de ojos por el suelo y su sangre fluía y mojaba la tierra. El héroe cogió el cadáver por el pie, arrojóle al río

para que la corriente se lo llevara, y profirió con jactancia estas aladas palabras:

«Yace ahí entre los peces que tranquilos te lamerán la sangre de la herida. No te colocará tu madre en un lecho para llorarte; sino que serás llevado por el voraginoso Escamandro al vasto seno del mar. Y algún pez, saliendo de las olas a la negruzca y encrespada superficie, comerá la blanca grasa de Licaón. Así perezcáis los demás teucros hasta que lleguemos a la sacra ciudad de Ilión, vosotros huyendo y yo detrás haciendo gran estrago».

Ilíada XXI 34-129.
(L. S.)[3]

4. Encuentro entre Príamo y Aquiles

Sin ser visto
entró el doliente rey; y con sus manos
abrazando de Aquiles las rodillas,
besó humilde la diestra poderosa,
homicida, terrible, que con sangre
de tantos hijos suyos se manchara.
Como atónitos quedan y admirados
los que a la casa ven de un poderoso
de repente llegar a un suplicante
que un hombre ha muerto en su país nativo
y el castigo temiendo amparo busca
en extraña región; tan admirado
quedó Aquiles al ver dentro de su tienda
al venerable Príamo; y los otros
Mirmídones también, y se miraban
los unos a los otros. El primero
habló el anciano rey, y en dolorido
acento dijo al campeón de Acaya:

«De tu padre te acuerda, ilustre Aquiles,
que en rugosa vejez ya de la vida
al término se acerca, y tan anciano
es como yo. ¿Quién sabe si a estas horas
los reyes comarcanos poderosos
le oprimen con sus armas, sin que tenga
quien le socorra y de la muerte libre?
Pero tu padre en fin, oyendo ahora
que tú vives espera cada día
verte llegar de Troya y se consuela;
y yo, el más desdichado de los hombres,
habiéndome los dioses concedido
tantos hijos valientes que de Troya
eran los defensores, decir puedo
que ninguno me queda. Cuando vino
la hueste de los griegos a esta playa,
cincuenta hijos tenía (diecinueve
de Hécuba me nacieron, y los otros
de diversas mujeres), y la vida
a casi todos el furioso Marte
habiendo ya quitado, me quedaba
uno solo que a Troya defendiese;
y tú, no ha mucho, lo mataste, ¡ay triste!,
mientras él por su patria combatía.
De Héctor hablo, y él es quien me ha traído
a las naves aqueas. Que me entregues
su cadáver te pido, y un rescate
traigo de gran valor. Respeta, Aquiles,
a los eternos dioses, y te duele
de este infeliz anciano a la memoria
recordando la imagen de tu padre.
Yo soy más infeliz; pues obligado
a sellar con mis labios ya me veo
la mano del varón que dio la muerte
a tantos hijos míos; desventura

a que jamás llegaron las desgracias
de otro ningún mortal». Así decía
el afligido rey; y de su padre
acordándose Aquiles, gran deseo
le vino de llorar, y con la mano
a Príamo intentó de sus rodillas
alejar blandamente; pero el triste
anciano de sus pies no se apartaba,
y en lágrimas los dos se deshacían.
A Héctor lloraba Príamo, y Aquiles
por su padre, y a veces a Patroclo;
y en contorno la tienda resonaba
de los dos con los llantos y gemidos.
Pero después que de llorar el héroe
se hubo cansado y satisfecha el alma
quedó del tierno lloro, de la silla
se levantó cortés. Y por la mano
asiendo al rey y alzándole de tierra,
y sus albos cabellos y su barba
encanecida respetando, dijo:

«¡Ah, monarca infeliz, que tantos males
has padecido ya! ¿Cómo tuviste
valor para venir de los aqueos
a las tiendas, y solo, y presentarte
a un hombre que la vida y la armadura
a tantos hijos tuyos valerosos
ha quitado en la lid? De duro hierro
tienes el corazón. Siéntate ahora
en esta silla; y las amargas penas,
aun estando los dos tan afligidos,
dentro del alma reposar dejemos.
Ninguna utilidad del triste llanto
el hombre saca; los eternos dioses
le condenaron a pasar la vida
en tristeza y dolor, y solos ellos

exentos siempre de pesares viven.
Hay dos grandes toneles a la entrada
del palacio de Júpiter, y dentro
de ellos están los dones que su mano
alternativamente distribuye:
uno es de males, y de bienes otro.
Aquel mortal a quien mezclados diere
males y bienes Jove, en desventuras
a veces cae; pero muchas otras
vive en prosperidad. El infelice
a quien sólo desgracias haya dado,
objeto de la burla y el ludibrio
es para siempre; y a do quier que vaya
la desdicha le sigue y por la tierra
errante vaga, de los altos dioses
aborrecido y de los hombres todos.
Así a Peleo de mercedes altas
colmaron las olímpicas Deidades,
desde su nacimiento. En poderío,
en riqueza, en honor, en feliz suerte,
a todos los mortales excedía,
y sobre los Mirmidones reinaba;
y aunque mortal él fuese, por esposa
una Deidad le dieron; pero Jove
estos bienes mezcló con amarguras.
No en su palacio le nacieron hijos
que su reino heredasen; y uno solo
que al fin le dieron engendrar los hados,
en prematura muerte a la sombría
región ha de bajar. Pero yo ahora
no del anciano cuido, y de mi patria
ausente estoy; y en apartado clima
haciendo cruda guerra, duro azote
soy de ti y de tus hijos. Otro tiempo
tú también, si la fama es verdadera,

dueño fuiste feliz de los tesoros
que contenían la opulenta Lesbos,
puebla de Mácar, la anchurosa Frigia
y el inmenso país que el Helesponto
con su corriente rápida circunda,
y de prole te hicieron numerosa
padre los Dioses. Pero desde el día
que contigo ensañados te trajeron
la guerra asoladora, de continuo
en torno a tu ciudad muertos y sangre
y batallas no más, tus ojos miran.
Resígnate, infeliz, y no en perpetuo
llanto así te consumas; porque nada
lograrás con llorar al hijo amado,
ni ya la vida le dará tu lloro;
y acaso todavía te prepara
nuevos pesares el cruel Destino».

Príamo respondió: «No ya en la silla
tú quieras que me siente, mientras yace
Héctor sin enterrar dentro la tienda.
Entrégame su cuerpo y me concede
que mis ojos le vean: y recibe
los numerosos dones que te traigo
por su rescate, y de ellos venturoso
largo tiempo disfruta, y a tu patria
vuelve feliz, pues el primero has sido
que matarme pudiendo me has dejado
vivir y ver del sol la luz brillante».

Con torva faz mirándole el fogoso
Aquiles, respondió: «No más excites,
anciano, mi furor: yo no rehúso
darte el cadáver de Héctor; que por Jove
enviada mi madre vino ahora
a mandármelo así. Ni se me oculta,
Príamo, que a ti mismo te ha guiado

algún Dios a las naves; pues ninguno
de los mortales, aunque fuese joven,
y robusto, y valiente, se atreviera
en este campo a entrar. Ni de la guardia
así habría pasado sin ser visto,
ni fácilmente la pesada viga
quitado hubiera que de barra sirve
de la estacada a la anchurosa puerta
que nuestro pabellón circunda todo.
Así, cuando me ves tan afligido,
no mi cólera excites: guarte, anciano,
que ni más en la tienda te permita
permanecer y de los altos Dioses
el mandato no cumpla, ni respete
la calidad en ti de suplicante».

Ilíada XXIV 477-570
(J. G. H.)[4]

5. Comienza la *Odisea*. Asamblea de los dioses

Musa, dime del hábil varón que en su largo extravío,
tras haber arrasado el alcázar sagrado de Troya,
conoció las ciudades y el genio de innúmeras gentes.
Muchos males pasó por las rutas marinas luchando
por sí mismo y su vida y la vuelta al hogar de sus hombres,
pero a éstos no pudo salvarlos con todo su empeño
que en las propias locuras hallaron la muerte. ¡Insensatos!
Devoraron las vacas del sol Hiperión e, irritada
la deidad, los privó de la luz del regreso. Principio
da a contar donde quieras, ¡oh diosa nacida de Zeus!

Cuantos antes habían esquivado la abrupta ruina,
en sus casas estaban a salvo del mar y la guerra;
sólo a él, que añoraba en dolor su mujer y sus lares,

reteníale la augusta Calipso, divina entre diosas,
en sus cóncavas grutas, ansiosa de hacerlo su esposo.
Vino al cabo, al rodar de los años, aquel en que habían
decretado los dioses que el héroe volviese a sus casas
en las tierras de Ítaca. En vano seguía con sus penas
y sin ver a los suyos. Dolidas las otras deidades
disentía Posidón de continuo, enconado en su ira
contra Ulises divino, que erraba de vuelta a su patria.
Mas, atento a grandiosa hecatombe de toros y cabras,
embargaban al dios esta vez los lejanos etiopes,
que poseen los fines del mundo formando dos pueblos,
el del lado en que nace Hiperión y el del lado en que muere.
Allá estaba sentado gozando el festín y los otros
entretanto reuníanse en las casas de Zeus el Olimpio.
Comenzó por hablarles el padre de dioses y hombres:
se acordaba en su mente de Egisto, el varón intachable
al que Orestes, famoso en el mundo, quitara la vida
y con este recuerdo les dijo a los dioses eternos:
«Es de ver cómo inculpan los hombres sin tregua a los dioses
achacándonos todos sus males. Y son ellos mismos los que
traen por sus propias locuras su exceso de penas.
Así Egisto, violando el destino, casó con la esposa
del Atrida y le dio muerte a él cuando a casa volvía.
No accedió a prevenir su desgracia, que bien le ordenamos
enviándole a Hermes, el gran celador Argifonte,
desistir de esa muerte y su asedio a la reina, pues ello
le atraería la venganza por mano de Orestes Atrida
cuando fuese en edad y añorase la tierra paterna.
Pero Hermes no pudo cambiar las entrañas de Egisto,
aun queriéndole bien, y él pagó de una vez sus maldades».
Atenea, la diosa ojizarca, repúsole entonces:
«Padre nuestro Cronión, soberano entre todos los reyes,
bien de cierto que él yace abatido por justa ruina
–¡que lo mismo perezca quienquiera que imite su ejemplo!–,
pero a mí el corazón se me parte pensando en Ulises,

infeliz, que hace tanto padece de miles trabajos,
alejado de todos los suyos y preso en la isla
que circundan las olas allá en la mitad del océano.
En sus frondas habita la diosa nacida de Atlante,
el astuto malvado que intuye los senos marinos
y vigila las largas columnas, sustento del cielo.
Ella es quien allí le retiene penando y lloroso
y lo adula sin fin con palabras sutiles de halago
por que olvide a su Ítaca. En vano, que Ulises en ansias
de mirar cómo el humo se eleva del suelo paterno
prefiriera morir. ¿No conmueven, Olimpio, tu pecho
tales cosas? ¿Quizás es que Ulises allá en la llanura
de Ilión y su campo naval omitió sacrificios,
no hizo ofrenda en tu honor? ¿Cómo así le aborreces, oh Zeus?».
Contestando a su vez dijo Zeus, que agrupa las nubes:
«¿Qué palabra, hija mía, escapó del vallar de tus dientes?
¿Por ventura podré yo olvidarme de Ulises divino,
del varón sin igual por su ingenio y también por los dones
que ofrendó a los eternos, señores del cielo anchuroso?
No en verdad: Posidón, batidor de la tierra, es quien sigue
enconado por mor del cíclope, del gran Polifemo
al que Ulises cegó siendo él el mayor por su fuerza
entre aquellos gigantes: pariólo la ninfa Toosa
la nacida de Forcis, ministro del mar infecundo,
que amorosa se dio a Posidón en las cóncavas grutas.
Desde entonces el dios, respetándole sólo la vida,
fuerza a Ulises a errar alejado del suelo paterno.
Pero, ¡ea!, tratemos nosotros de acuerdo su vuelta
y que el héroe regrese a su hogar; Posidón por su parte
cederá en sus enconos, pues nada podrá en contra nuestra
ni luchar solo él contra todos los dioses eternos».
Contestando a su vez dijo Atenea, la diosa ojizarca:
«¡Padre nuestro Cronión, soberano entre todos los reyes!
Si de cierto los dioses de vida feliz determinan
que regrese a sus casas Ulises, el rico en ingenios,

enviemos a Hermes, el guía luminoso: que vaya
al islote de Ogigia y en él sin demora transmita
a la ninfa de hermosos cabellos el firme decreto
de la vuelta del héroe sufrido de entrañas. Yo misma
iré en tanto a las tierras de Ítaca; allí de su hijo
en el pecho pondré diligencia y valor por que llame
en el ágora a junta a los dánaos crinados y en ella
haga frente a los muchos galanes que matan sin duelo
sus ovejas y bueyes rollizos de pasos de rueda;
le haré ir hasta Pilo arenosa y Esparta a que trate
de saber del regreso del padre querido y consiga
para él mismo también favorable renombre en las gentes».

Odisea I 1-95
(J. M. P.)[5]

6. Ulises frente a Nausícaa

Pero cuando ya se disponían a regresar de nuevo a casa, después de haber uncido las mulas y doblado los bellos vestidos, la diosa de ojos brillantes, Atenea, dispuso otro plan: que Odiseo se despertara y viera a la joven de hermosos ojos que lo conduciría a la ciudad de los feacios. Conque la princesa tiró la pelota a una sirvienta y no la acertó. La pelota fue a caer en un profundo remolino, ellas gritaron con fuerza, despertó el divino Odiseo, y sentado meditaba en su mente y en su corazón:

«¡Ay de mí! ¿De qué clase de hombres es la tierra a la que he llegado? ¿Son soberbios, salvajes y carentes de justicia o amigos de los forasteros y con sentimientos de piedad hacia los dioses? Y es el caso que me rodea un griterío femenino como de doncellas, de ninfas que poseen las elevadas cimas de los montes, las fuentes de los ríos y los prados cubiertos de hierba. ¿O es que estoy cerca de hombres dotados de voz articulada? Pero, ea, yo mismo voy a comprobarlo e intentaré verlo».

Cuando hubo dicho así, salió de entre los matorrales el divino Odiseo, y de la cerrada selva cortó con su robusta mano una rama frondosa para cubrirse alrededor las vergüenzas. Y se puso en camino como un león montaraz que confiado en su forma marcha empapado de lluvia y contra el viento y le arden los ojos al tiempo que persigue a bueyes o a ovejas o anda tras los salvajes ciervos; pues su vientre lo apremia a atacar a los rebaños y a intentar entrar en una casa bien cerrada. Así iba a mezclarse Odiseo entre las doncellas de lindas trenzas, aun estando en cueros. Y apareció ante ellas terriblemente afeado por la salmuera.

Temblorosas se dispersaron cada una por un lado sobre las salientes riberas. Sola la hija de Alcínoo se quedó, pues Atenea le infundió valor en su pecho y arrojó el miedo de sus miembros. Y permaneció a pie firme frente a Odiseo.

Odiseo dudó entre suplicar a la muchacha de lindos ojos abrazado a sus rodillas o pedirle desde lejos, con dulces palabras que le señalara su ciudad y le entregara ropas. Y mientras esto cavilaba, le pareció mejor suplicar desde lejos con dulces palabras, no fuera que la doncella se irritara con él al abrazarle las rodillas. Así que pronunció estas dulces y astutas palabras:

«A ti suplico, soberana. ¿Eres diosa o mortal? Si eres una divinidad de las que poseen el espacioso cielo, yo te comparo a Artemis, la hija del gran Zeus, en belleza, talle y distinción, y si eres uno de los mortales que habitan la tierra, tres veces felices tu padre y tu venerable madre; muy felices también tus hermanos, pues bien seguro que el ánimo se les ensancha por tu causa viendo entrar en el baile a tal retoño y con mucho el más feliz de todos en su corazón aquel que venciendo con sus presentes te lleve a su casa. Que jamás he visto con mis ojos semejante mortal, hombre o mujer. Al mirarte me atenaza el asombro. Una vez en Delos vi que crecía junto al altar de Apolo un retoño semejante de palmera (pues también he ido allí y me seguía un numero-

so ejército en expedición en que me iban a suceder funestos males). Así es que contemplando aquello quedé entusiasmado largo tiempo, pues nunca árbol tal había crecido de la tierra.

»Del mismo modo te admiro a ti, mujer, y te contemplo absorto al tiempo que temo profundamente abrazar tus rodillas. Pero me abruma un terrible pesar. Ayer escapé del ponto, rojo como el vino, después de veinte días en los que continuamente me arrastraban turbulentas tempestades desde la isla Ogigia. Ahora por fin me ha arrojado aquí algún dentón, sin duda para que sufra algún contratiempo, pues no creo que éstos vayan a cesar, sino que todavía los dioses me preparan muchas desventuras.

»Pero tú, soberana, ten compasión, pues es a ti a quien primero encuentro después de haber soportado muchas desgracias, que no conozco a ninguno de los hombres que poseen esta ciudad. Y dame algo de ropa para cubrirme si al venir trajiste alguna para envoltura de tus vestidos. ¡Que los dioses te concedan cuantas cosas anhelas en tu corazón: un marido, una casa, y te otorguen también una feliz armonía! Seguro que no hay nada más bello y mejor que cuando un hombre y una mujer gobiernan su casa con el mismo parecer; pesar es para el enemigo y alegría para el amigo, y, sobre todo, ellos consiguen buena fama».

Odisea VI 110-185
(J. L. C.)[6]

7. Ulises y el Cíclope Polifemo

Así hablé, y él la tomó, bebió y gozó terriblemente bebiendo la dulce bebida. Y me pidió por segunda vez:

«Dame más de buen grado y dime ahora ya tu nombre para que te ofrezca el don de hospitalidad con el que te vas a

alegrar. Pues también la donadora de vida, la Tierra, produce para los Cíclopes vino de grandes uvas y la lluvia de Zeus se las hace crecer. Pero esto es una catarata de ambrosía y néctar».

Así habló, y yo le ofrecí de nuevo rojo vino. Tres veces se lo llevé y tres veces bebió sin medida. Después, cuando el rojo vino había invadido la mente del Cíclope, me dirigí a él con dulces palabras:

«Cíclope, ¿me preguntas cuál es mi nombre? Te lo voy a decir, mas dame tú el don de hospitalidad como me has prometido. Nadie es mi nombre, y Nadie me llaman mi madre y mi padre y todos mis compañeros».

Así hablé y él me contestó con ánimo cruel:

«A Nadie me lo comeré el último entre sus compañeros, y a los otros antes. Éste será tu don de hospitalidad».

Dijo, y reclinándose cayó boca arriba. Estaba tumbado con su robusto cuello inclinado a un lado, y de su garganta saltaba vino y trozos de carne humana; eructaba cargado de vino.

Entonces arrimé la estaca bajo el abundante rescoldo para que se calentara y comencé a animar con mi palabra a todos los compañeros, no fuera que alguien se me escapara por miedo. Y cuando en breve la estaca estaba a punto de arder en el fuego, verde como estaba, y se calentaba terriblemente, me acerqué y la saqué del fuego, y mis compañeros me rodearon, pues sin duda un demón les infundió gran valor. Tomaron la aguda estaca de olivo y se la clavaron arriba en el ojo, y yo hacía fuerza desde arriba y le daba vueltas. Como cuando un hombre taladra con un trépano la madera destinada a un navío –otros abajo la atan a ambos lados con una correa y la madera gira continua, incesantemente–, así hacíamos dar vueltas, bien asida, a la estaca de punta de fuego en el ojo del Cíclope, y la sangre corría por la estaca caliente. Al arder la pupila, el soplo del fuego le quemó todos los párpados, y las cejas y las raíces crepitaban por el fuego. Como cuando un herrero sumerge una gran hacha o una garlopa

en agua fría para templarla, y ésta estrinde grandemente –pues éste es el poder del hierro–, así estridía su ojo en torno a la estaca de olivo. Y lanzó un gemido grande, horroroso, y la piedra retumbó en torno, y nosotros nos echamos a huir aterrorizados.

Odisea IX 360-398
(J. L. C.)[6]

8. Ulises y Aquiles en el Hades

Y acudieron entonces las sombras de Aquiles Pelida,
de Patroclo, de Antíloco, el hombre sin tacha ninguna,
y de Áyax, el más bello en figura y también en facciones
de los dánaos, empero, después del Pelida famoso.
Y me reconoció allí la sombra del rápido Eácida,
y, llorando, me dijo con estas palabras aladas:

–Laertíada, raza de Zeus, ingenioso Odiseo,
¡desdichado! ¿Qué empresa mayor que las otras meditas?
¿Cómo al Hades viniste, aquí donde se alojan los muertos
insensibles, imagen de aquellos que ya perecieron?

Dijo así, y en seguida repuse con estas palabras:

–¡Oh tú, Aquiles Pelida, el mejor de los hombres de Acaya!
Vine aquí a visitar a Tiresias, pidiendo consejo
sobre cómo volver a encontrarme en la aspérrima Ítaca.
No he podido acercarme aún a Acaya, ni he entrado siquiera
en mi patria, pues siempre y sin tregua padezco infortunios.
Mas no hay hombre ni habrá tan feliz como tú eres, Aquiles,
puesto que antes, en vida, te honraban los hombres de Argos
como a un dios, y ahora aquí sobre todos los muertos gobiernas,
y por esto, ¡oh Aquiles!, no debe apenarte estar muerto.

Dije así, y en seguida él repuso con estas palabras:

–No le des tu consuelo a mi muerte, Odiseo magnánimo.
Más quisiera ser un labrador en la tierra de otro,
de quien bienes no tiene y apenas procura a su vida,
que ser rey y mandar sobre todos los que fenecieron.
Pero, vamos, hablemos ahora de mi hijo famoso;
dime si es o no es él el que más se destaca en la guerra.
Y también qué noticias conoces del sabio Peleo,
si entre el pueblo de los mirmidones mantiene su honra,
o si desde la Hélade a Ftía lo tienen a menos,
porque ya la vejez ha trabado sus pies y sus piernas.
¡Si estuviese yo allí, bajo el sol, y pudiera ayudarle
como cuando me hallaba en la anchísima Troya matando
a los más vigorosos guerreros, y junto a los de Argos!
Si tal, por un momento, volviese al hogar de mi padre,
¡cómo haría terrible mi fuerza y mis brazos ilesos
contra quienes violencia le hicieran o su honra quitasen!

Odisea XI 467-491
(J. M. P.)[5]

9. Ulises y las Sirenas

Dijo, y el Alba de dorado trono
Apareció al instante. Por la isla
Se fue la diosa, y me volví al navío,
Y de embarcarse y de soltar los cables
Órdenes di a mi gente; obedeciéronme,
Y al remo se sentaron [azotando
De seguida a compás las olas canas].
Tras la galera de azulada proa
Un favorable viento sopló pronto,
Y las velas hinchó; buen compañero

Que la augusta deidad de bellas trenzas
Y delicada voz, nos enviaba.
Puestos los aparejos, nos sentamos
En los bancos, y el viento y el piloto
Dirigían la nave. Entonces triste
Hablé así a mis queridos compañeros:
«Amigos, no conviene que sepamos
Uno tan sólo o dos los vaticinios
Revelados por Circe; así es que ahora
Os los voy a decir, y conocida
Por todos la verdad, o moriremos
O escaparemos a la triste muerte.
Nos ordena el oráculo divino
Evitar lo primero de las pérfidas
Sirenas las praderas y los cánticos:
Yo sólo debo oírlas; pero atadme
Firmemente con lazos resistentes
A la base del mástil, y si os pido
Y os ordeno soltarme, con más cuerdas
Deberéis sujetarme todavía».
Mientras así instruía a mis amigos
En todas estas cosas, la galera
Empujada por viento favorable
Llegó de las Sirenas a la isla.
Al acercarnos serenóse el viento,
Y un numen amansó las crespas olas.
Alzáronse mis hombres y plegaron
Las velas, arrojándolas al fondo
De la nave, y después con los pulidos
Remos las canas olas azotaban.
Una bola de cera con mi acero
Corté a seguida en diminutos trozos;
Amaséla en mis manos vigorosas,
Y ablandóse al instante, con la fuerza
Con que yo la apretaba y con los rayos

Del Sol, de Hipérion hijo. Uno a uno
Tapé a mis compañeros los oídos,
Y ellos, manos y pies al propio tiempo,
Dejándome derecho, contra el mástil
Con resistentes cuerdas me amarraron,
Y volviendo a sus bancos azotaban
El mar, blanco de espuma, con los remos.
Y cuando navegando raudamente,
A la distancia a que la voz alcanza
Llegamos, no escapó nuestro navío
A sus miradas, y al instante alzaron
Las Sirenas su canto delicioso:
«¡Ven, acércate acá, famoso Ulises
Gran gloria de los Griegos! Tu galera
Detén para que escuches nuestras voces.
Nadie ha pasado en rápido navío
Delante de esta isla, sin que oyese
Nuestro canto melifluo, volviéndose
Deleitado y sabido de mil cosas,
Porque sabemos todas las fatigas
Que Griegos y Troyanos resistieron
En Troya por decreto de los dioses,
Y cuanto ocurre en la espaciosa tierra».
Esto decían con hermoso canto;
Y yo ansiando escucharlas, ordenaba,
Enarcando las cejas, a mis hombres
Que me soltasen; mas remaron ellos
Sobre el banco encorvados; y al instante
Perimedes y Euríloco con nuevas
Cuerdas me ataron al robusto palo.
Y cuando ya pasamos y no oíamos
La voz de las Sirenas, ni sus dulces
Cantos, mis compañeros al instante
Se quitaron la cera del oído
Y a mí me desataron de los lazos.

Apenas apartados de la isla,
Vi humo, y grandes olas, y un estruendo
Muy temeroso oí: mis compañeros,
Espantados, soltaron de las manos
Los remos, que cayeron sobre el agua
Con no poco fragor; y de su impulso
Privada la galera, quedó inmóvil.
Yo iba por el navío, con afables
Palabras animando a cada uno.

Odisea XII 165-200
(F. B.)[7]

10. Reconocimiento de Penélope

Contestando a su vez la discreta Penélope dijo:
«¡Oh varón singular! No hay en mí ni desprecio ni orgullo
ni te extraño en verdad demasiado: te veo como eras
al partir de la costa itaquesa en bajel que impulsaban
largos remos. Mas anda, Euriclea, ve y tiende su lecho
allá dentro, en la sólida alcoba nupcial construida
en un tiempo por él; pon la recia armazón y haz su cama
sobre ella con pieles y mantos y colchas vistosas».

Tal habló tanteando al marido, mas hete que Ulises
irritado le dijo a su esposa, la fiel y discreta:
«¡Oh mujer! Lo postrero que has dicho es lo más doloroso:
¿quién mi lecho cambió de lugar? No era cosa hacedera
ni por un buen experto a no ser que algún dios en persona
con su solo querer trasladáralo a algún otro sitio.
Ningún hombre viviente y mortal ni en su edad más lozana
removido lo hubiera: tenía la labor de aquel lecho
su secreto y su marca y lo hice yo mismo y no otro.

Un olivo de grráciles hojas se alzaba en el patio,
floreciente, crecido, como una columna de grueso
en su tallo; y en torno de éste con piedras bien juntas
levanté mi aposento, cubrílo con un buen tejado
y le puse unas puertas trabadas de sólido ajuste.
Corté luego el ramaje al olivo de grráciles hojas
y mondé de raíz para arriba su tronco, pulido
lo dejé por el bronce con arte y destreza, reglélo
a cordel como pata de cama, le abrí los taladros
y empezando por ello hice el lecho completo que luego
revestí con marfil, oro y plata, y al fin sus costados
con correas uní de buen cuero teñidas de rojo.
Tales fueron del lecho el trabajo y señal, mas ahora,
¡oh mujer!, yo no sé si él está firme allá o algún hombre
lo ha llevado a otro sitio serrando por bajo aquel tronco».
Tal le dijo y en ella quebró el corazón: flaquearon
las rodillas oyendo el preciso relato de Ulises;
rompió en llanto, a su encuentro corrió con los brazos tendidos
y estrechando su cuello besábale el rostro y decía:
«No te enojes, Ulises, conmigo, que siempre el más cuerdo
te mostraste de todos los hombres. Los dioses desgracias
nos han dado envidiando a los dos que gozáramos juntos
de la flor de la vida hasta entrar en vejez. No te irrites
contra mí, pues, por ello, ni tomes a mal que yo misma
no te diera, una vez que te vi, bienvenida más grata:
en el fondo del alma sentí siempre horror de que alguno
de los hombres mortales viniendo a estas casas pudiera
engañarme con falsas razones, pues muchos maquinan
las más pérfidas trazas. Ni Helena nacida de Zeus
enlazado se hubiera en amor con un hombre extranjero
si llegara a saber que los dánaos marciales un día
de regreso la habrían de llevar a su tierra y su casa,
mas un dios inspiróle aquel acto afrentoso, pues nunca
antes de ello asentarse en su alma dejó la locura
perniciosa que trajo también nuestros propios dolores.

Pero ahora que acabas de dar tan precisas y claras
las señales de aquel lecho nuestro que nunca vio nadie
sino sólo los dos y la hija de Áctor, la sierva
que mi padre me dio cuando vine a esta tierra y que en tiempos
custodiaba las puertas del tálamo hermoso, mi alma
se ha sentido rendida ante ti con ser ella tan dura».
Tal le habló, creció en él un afán de gemir y lloraba
apretando en su pecho a la esposa leal y entrañable.
Cual de grata se muestra la tierra a unos hombres que nadan,
cuya nave rompió Posidón en el mar, agredida
por la fuerza del viento y el recio oleaje, y muy pocos
a la costa escaparon a nado del agua grisácea
con la piel recubierta de costra salina, y contentos
en la tierra afirmaron el pie tras rehuir la desgracia,
tal de dulce mostrábase a ella el esposo al mirarle
sin poder desprender de su cuello los cándidos brazos.
Y llorando los viera la Aurora de dedos de rosa
si no viene otra cosa a pensar la ojizarca Atenea:
largo rato a la noche paró ya en su fin y retuvo
bajo el mar a la Aurora de trono de oro, impidiendo
que enganchase a Faetonte y a Lampo, los rápidos potros
que subiéndola al cielo les llevan la luz a los hombres.

Odisea XXIII 173-240
(J. M. P.)[5]

HESÍODO

Aunque escribe también en hexámetros y en el mismo lenguaje convencional de la época, Hesíodo es un poeta muy distinto. Habría que situar su obra a poca distancia de la Odisea, *al menos en el tiempo. En la campesina Beocia, a fines del* VIII *compuso Hesíodo sus poemas. Cantó el origen y la genealogía de los dioses en la* Teogonía *y explicó la dura condición de los humanos en la Edad de Hierro que le había tocado vivir en* Trabajos y días. *También él es un narrador de mitos, pero con un espíritu muy distinto del homérico, como diversos son sus temas. Didáctico sentencioso, sabio a su manera, Hesíodo es maestro de la épica sapiencial de este nuevo tipo, sin duda un género muy antiguo y con paralelos orientales. Es también el primer poeta que nos habla de sí mismo -de cómo se le aparecieron las Musas y le incitaron a cantar sólo la verdad- y de su tiempo duro, distinto del de los héroes homéricos.*

En la Teogonía, *de acuerdo con su materia mítica, domina la forma narrativa y arcaica del catálogo, mientras que en* Trabajos y días *encontramos diversos mitos sueltos -como el de las Edades y el de Prometeo- junto a sentencias y a la primera fábula, la del Halcón y el Ruiseñor. Y un tono personal que le hace el precursor de la lírica, en cierto modo, como también por*

su afán de explicar el orden del mundo, es un precursor de los primeros pensadores griegos.

11. Hesíodo y las Musas

Comencemos nuestro canto por las Musas Heliconíadas, que habitan la montaña grande y divina del Helicón. Con sus pies delicados danzan en torno a una fuente de violáceos reflejos y al altar del muy poderoso Cronión. Después de lavar su piel suave en las aguas del Permeso, en la Fuente del Caballo o en el divino Olmeo, forman bellos y deliciosos coros en la cumbre del Helicón y se cimbrean vivamente sobre sus pies.

Partiendo de allí, envueltas en densa niebla marchan al abrigo de la noche, lanzando al viento su maravillosa voz, con himnos a Zeus portador de la égida, a la augusta Hera argiva calzada con doradas sandalias, a la hija de Zeus portador de la égida, Atenea de ojos glaucos, a Febo Apolo y a la asaeteadora Artemis, a Posidón que abarca y sacude la tierra, a la venerable Temis, a Afrodita de ojos vivos [a Hebe de áurea corona, a la bella Dione, a Eos, al alto Helios y brillante Selene,] a Leto, a Jápeto, a Cronos de retorcida mente, a Gea, al espacioso Océano, a la negra Noche y a la restante estirpe sagrada de sempiternos Inmortales.

Ellas precisamente enseñaron una vez a Hesíodo un bello canto mientras apacentaba sus ovejas al pie del divino Helicón. Este mensaje a mí en primer lugar me dirigieron las diosas, las Musas Olímpicas, hijas de Zeus portador de la égida:

«¡Pastores del campo, triste oprobio, vientres tan sólo! Sabemos decir muchas mentiras con apariencia de verdades; y sabemos, cuando queremos, proclamar la verdad».

Así dijeron las hijas bienhabladas del poderoso Zeus. Y me dieron un cetro después de cortar una admirable rama de florido laurel. Infundiéronme voz divina para celebrar el futuro

y el pasado y me encargaron alabar con himnos la estirpe de los felices Sempiternos y cantarles siempre a ellas mismas al principio y al final. Mas, ¿a qué me detengo con esto en torno a la encina o la roca?

¡Ea, tú!, comencemos por las Musas que a Zeus padre con himnos alegran su inmenso corazón dentro del Olimpo, narrando al unísono el presente, el pasado y el futuro. Infatigable brota de sus bocas la grata voz.

Se torna resplandeciente la mansión del muy resonante Zeus padre al propagarse el delicado canto de las diosas y retumba la nevada cumbre del Olimpo y los palacios de los Inmortales.

Ellas, lanzando al viento su voz inmortal, alaban con su canto primero, desde el origen, la augusta estirpe de los dioses a los que engendró Gea y el vasto Urano y los que de aquéllos nacieron, los dioses dadores de bienes. Luego, a Zeus padre de dioses y hombres, [al comienzo y al final de su canto, celebran las diosas], cómo sobresale con mucho entre los dioses y es el de más poder. Y cuando cantan la raza de los hombres y los violentos Gigantes, regocijan el corazón de Zeus dentro del Olimpo las Musas Olímpicas, hijas de Zeus portador de la égida.

Las alumbró en Pieria, amancebada con el padre Crónida, Mnemósine, señora de las colinas de Eleuter, como olvido de males y remedio de preocupaciones. Nueve noches se unió con ella el prudente Zeus subiendo a su lecho sagrado, lejos de los Inmortales. Y cuando ya era el momento y dieron la vuelta las estaciones, con el paso de los meses, y se cumplieron muchos días, nueve jóvenes de iguales pensamientos, interesadas sólo por el canto y con un corazón exento de dolores en su pecho, dio a luz aquélla, cerca de la más alta cumbre del nevado Olimpo.

Allí forman alegres coros y habitan suntuosos palacios. Junto a ellas viven, entre fiestas, las Gracias e Hímero. Y una deliciosa voz lanzando por su boca, cantan y celebran las nor-

mas y sabias costumbres de todos los Inmortales, [lanzando al viento su encantadora voz].

Aquéllas iban entonces hacia el Olimpo, engalanadas con su bello canto, inmortal melodía. Retumbaba en torno la oscura tierra al son de sus cantos, y un delicioso ruido subía de debajo de sus pies al tiempo que marchaban al palacio de su padre. Reina aquél sobre el cielo y es dueño del trueno y del llameante rayo, desde que venció con su poder al padre Cronos. Perfectamente repartió por igual todas las cosas entre los Inmortales y fijó sus prerrogativas.

Esto cantaban las Musas que habitan las mansiones olímpicas, las nueve hijas nacidas del poderoso Zeus: Clío, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsícore, Erato, Polimnia, Urania y Calíope. Ésta es la más importante de todas, pues ella asiste a los venerables reyes.

Teogonía 1-80
(A. P. J.)[8]

12. Los primeros dioses

¡Salud, hijas de Zeus! Otorgadme el hechizo de vuestro canto. Celebrad la estirpe sagrada de los sempiternos Inmortales, los que nacieron de Gea y del estrellado Urano, los que nacieron de la tenebrosa Noche y los que crió el salobre Ponto. [Decid también cómo nacieron al comienzo los dioses, la tierra, los ríos, el ilimitado ponto de agitadas olas y, allí arriba, los relucientes astros y el anchuroso cielo.] Y los descendientes de aquéllos, los dioses dadores de bienes, cómo se repartieron la riqueza, cómo se dividieron los honores y cómo además, por primera vez, habitaron el muy abrupto Olimpo. Inspiradme esto, Musas que desde un principio habitáis las mansiones olímpicas, y decidme lo que hubo antes de aquéllos.

En primer lugar existió el Caos. Después Gea la de amplio pecho, sede siempre segura de todos los Inmortales que habitan la nevada cumbre del Olimpo. [En el fondo de la tierra de anchos caminos existió el tenebroso Tártaro.] Por último, Eros, el más hermoso entre los dioses inmortales, que afloja los miembros y cautiva de todos los dioses y todos los hombres el corazón y la sensata voluntad en sus pechos.

Del Caos surgieron Erebo y la negra Noche. De la Noche a su vez nacieron el Éter y el Día, a los que alumbró preñada en contacto amoroso con Erebo.

Gea alumbró primero al estrellado Urano con sus mismas proporciones, para que la contuviera por todas partes y poder ser así sede siempre segura para los felices dioses. También dio a luz a las grandes Montañas, deliciosa morada de diosas, las Ninfas que habitan en los boscosos montes. Ella igualmente parió al estéril piélago de agitadas olas, el Ponto, sin mediar el grato comercio.

Teogonía 103-130
(A. P. J.)[8]

13. Prometeo y Pandora, la primera mujer

Pues oculto retienen los dioses el sustento a los hombres. Porque también podrías haber trabajado sólo un día de modo que tuvieras para todo un año, aunque lo vivieras ocioso. Y al momento podrías colgar el timón sobre el hogar, y mandar a paseo las faenas de los bueyes y los sufridos mulos.

Pero Zeus lo ocultó al encolerizarse en sus entrañas, cuando le engañó Prometeo de torva astucia. Por eso entonces contra los humanos meditó calamidades lamentables, y ocultó el fuego.

Mas, a su vez, el buen hijo de Jápeto se lo robó para los hombres al providente Zeus en una hueca cañaheja, sin que Zeus lo advirtiera, él que se goza con el rayo.

Enfureciéndose, le dijo el amontonador de nubes, Zeus:

«Japetiónida, tú que sobre todos destacas en saber astucias, te alegras de haber robado el fuego y de haber burlado mi entendimiento, ¡gran desdicha para ti mismo y para los hombres futuros! A ellos yo, a cambio del fuego, les daré un mal con el que todos se gocen en su ánimo, encariñándose con su propia desgracia».

Así habló y se echó a reír el padre de hombres y dioses. Y al muy ilustre Hefesto le ordenó que a toda prisa hiciera una mezcla de tierra y agua que le infundiera voz y hálito humanos y hermosa figura de doncella para que en su rostro seductor se asemejara a las diosas inmortales. Y que luego Atenea le enseñara sus labores, a tejer la tela de fino trabajo. Y que sobre su cabeza vertiera la áurea Afrodita la gracia y un irresistible atractivo y cautivadores encantos. E infundirle un espíritu cínico y un carácter voluble le encargó a Hermes, el mensajero matador de Argos.

Así dijo, y los otros obedecieron al soberano Zeus.

Al instante, de tierra moldeó el ilustre Patizambo una figura tal como de candorosa doncella de acuerdo con los designios del Crónida. La vistió y engalanó la diosa de ojos glaucos Atenea. Sobre su pecho colocaron las divinas Gracias y la venerable Persuasión collares de oro. Y las Horas de hermosas melenas la coronaron con flores de primavera. De ajustar a su cuerpo todo el tocado se encargó Palas Atenea. Y el mensajero Matador de Argos implantó en su pecho falsedades, palabras taimadas y un voluble carácter según las órdenes de Zeus, de sordo retumbo. Le infundió el habla el heraldo de los dioses, y llamó a esta mujer Pandora, porque todos los que tienen mansiones olímpicas le dieron su regalo, desdicha para los hombres comedores de pan.

Así que, una vez que hubo armado su trampa aguda, irresistible, envió el Padre hacia Epimeteo al ilustre Matador de Argos, veloz mensajero de los dioses llevándole el regalo. No meditó Epimeteo que le había dicho Prometeo que jamás

aceptara un regalo de Zeus Olímpico, sino que lo devolviera de rechazo, para que no les aconteciera algún daño a los mortales. Entonces él lo aceptó y, cuando ya tenía la desgracia se dio cuenta.

El caso es que antes vivían sobre la tierra las tribus de los hombres lejos de los males, tanto del duro trabajo como de las angustiosas enfermedades, que traen a los hombres la muerte. Pero la Mujer, al levantar con sus manos la gran tapa de la tinaja, los esparció y trajo a los hombres calamidades terribles.

Sola quedó allí dentro la Esperanza, entre las compactas paredes de la jarra, por debajo de sus bordes, y no salió volando por la abertura, pues antes cayó la tapadera de la tinaja de acuerdo con los designios de Zeus, el amontonador de nubes.

Y diez mil varias calamidades vagan ente los humanos. Llena está de males la tierra, y lleno el mar. Las enfermedades durante el día y la noche a su capricho visitan a los humanos, trayendo sus daños a los humanos en silencio, porque el providente Zeus las privó de habla.

Conque de ningún modo es posible evitar el designio de Zeus.

Trabajos y días 42-105
(C. G. G.)[9]

14. El mito de las cinco edades

Ahora si quieres te contaré brevemente otro relato, aunque sabiendo bien –y tú grábatelo en el corazón– cómo los dioses y los hombres mortales tuvieron un mismo origen.

Al principio los inmortales que habitan mansiones olímpicas crearon una dorada estirpe de hombres mortales. Existieron aquéllos en tiempos de Cronos, cuando reinaba en el cielo; vivían como dioses, con el corazón libre de preocupacio-

nes, sin fatiga ni miseria; y no se cernía sobre ellos la vejez despreciable, sino que, siempre con igual vitalidad en piernas y brazos, se recreaban con fiestas ajenos a todo tipo de males. Morían como sumidos en un sueño; poseían toda clase de alegrías, y el campo fértil producía espontáneamente abundantes y excelentes frutos. Ellos contentos y tranquilos alternaban sus faenas con numerosos deleites. Eran ricos en rebaños y entrañables a los dioses bienaventurados.

Y ya luego, desde que la tierra sepultó esta raza, aquéllos son por voluntad de Zeus démones benignos, terrenales, protectores de los mortales [que vigilan las sentencias y malas acciones yendo y viniendo envueltos en niebla, por todos los rincones de la tierra] y dispensadores de riqueza; pues también obtuvieron esta prerrogativa real.

En su lugar una segunda estirpe mucho peor, de plata, crearon después los que habitan las mansiones olímpicas, no comparable a la de oro ni en aspecto ni en inteligencia. Durante cien años el niño se criaba junto a su solícita madre pasando la flor de la vida, muy infantil, en su casa; y cuando ya se hacía hombre y alcanzaba la edad de la juventud, vivían poco tiempo llenos de sufrimientos a causa de su ignorancia; pues no podían apartar de entre ellos una violencia desorbitada ni querían dar culto a los Inmortales ni hacer sacrificios en los sagrados altares de los Bienaventurados, como es norma para los hombres por tradición. A éstos más tarde los hundió Zeus Crónida irritado porque no daban las honras debidas a los dioses bienaventurados que habitan el Olimpo.

Y ya luego, desde que la tierra sepultó también a esta estirpe, estos genios subterráneos se llaman mortales bienaventurados, de rango inferior, pero que no obstante también gozan de cierta consideración.

Otra tercera estirpe de hombres de voz articulada creó Zeus padre, de bronce, en nada semejante a la de plata, nacida de los fresnos, terrible y vigorosa. Sólo les interesaban las luctuosas obras de Ares y los actos de soberbia; no comían

pan y en cambio tenían un aguerrido corazón de metal. [Eran terribles; una gran fuerza y unas manos invencibles nacían de sus hombros sobre robustos miembros.] De bronce eran sus armas, de bronce sus casas y con bronce trabajaban; no existía el negro hierro. También éstos, víctimas de sus propias manos, marcharon a la vasta mansión del cruento Hades, en el anonimato. Se apoderó de ellos la negra muerte aunque eran tremendos, y dejaron la brillante luz de sol.

Y ya luego, desde que la tierra sepultó también esta estirpe, en su lugar todavía creó Zeus Crónida sobre el suelo fecundo otra cuarta más justa y virtuosa, la estirpe divina de los héroes que se llaman semidioses, raza que nos precedió sobre la tierra sin límites.

A unos la guerra funesta y el temible combate los aniquiló bien al pie de Tebas la de siete puertas, en el país cadmeo, peleando por los rebaños de Edipo, o bien después de conducirles a Troya en sus naves, sobre el inmenso abismo del mar, a causa de Helena de hermosos cabellos. [Allí, por tanto, la muerte se apoderó de unos.]

A los otros el padre Zeus Crónida determinó concederles vida y residencia lejos de los hombres, hacia los confines de la tierra. Éstos viven con un corazón exento de dolores en las Islas de los Afortunados, junto al Océano de profundas corrientes, héroes felices a los que el campo fértil les produce frutos que germinan tres veces al año, dulces como la miel, [lejos de los Inmortales; entre ellos reina Cronos.

Pues el propio > padre de < hombres > y < dioses le libró, y ahora siempre > entre ellos goza de respeto como < benigno. Zeus a su vez > otra estirpe creó < de hombres de voz articulada, los que ahora > existen sobre < la tierra fecunda.]

Y luego, ya no hubiera querido estar yo entre los hombres de la quinta generación sino haber muerto antes o haber nacido después; pues ahora existe una estirpe de hierro. Nunca durante el día se verán libres de fatigas y miserias ni dejarán de consumirse durante la noche, y los dioses les procurarán

ásperas inquietudes; pero no obstante, también se mezclarán alegrías con sus males.

Zeus destruirá igualmente esta estirpe de hombres de voz articulada, cuando al nacer sean de blancas sienes. El padre no se parecerá a los hijos ni los hijos al padre; el anfitrión no apreciará a su huésped ni el amigo a su amigo y no se querrá al hermano como antes. Despreciarán a sus padres apenas se hagan viejos y les insultarán con duras palabras, cruelmente, sin advertir la vigilancia de los dioses –no podrían dar el sustento debido a sus padres ancianos aquellos [cuya justicia es la violencia–, y unos saquearán las ciudades de los otros]. Ningún reconocimiento habrá para el que cumpla su palabra ni para el justo ni el honrado, sino que tendrán en más consideración al malhechor y al hombre violento. La justicia estará en la fuerza de las manos y no existirá pudor; el malvado tratará de perjudicar al varón más virtuoso con retorcidos discursos y además se valdrá del juramento. La envidia murmuradora, gustosa del mal y repugnante, acompañará a todos los hombres miserables.

Es entonces cuando Aidos y Némesis, cubierto su cuerpo con blancos mantos, irán desde la tierra de anchos caminos hasta el Olimpo para vivir entre la tribu de los Inmortales, abandonando a los hombres; a los hombres mortales sólo les quedarán amargos sufrimientos y ya no existirá remedio para el mal.

Trabajos y días 109-202
(A. P. J.)[8]

15. Fábula del halcón y el ruiseñor

Ahora contaré una fábula a los reyes, aunque sean sabios. Así habló un halcón a un ruiseñor de variopinto cuello mientras le llevaba muy alto, entre las nubes, atrapado con sus garras.

Éste gemía lastimosamente, ensartado entre las corvas uñas y aquél en tono de superioridad le dirigió estas palabras:

«¡Infeliz! ¿Por qué chillas? Ahora te tiene en su poder uno mucho más poderoso. Irás a donde yo te lleve por muy cantor que seas y me servirás de comida si quiero o te dejaré libre. ¡Loco es el que quiere ponerse a la altura de los más fuertes! Se ve privado de la victoria y además de sufrir vejaciones, es maltratado».

Así dijo el halcón de rápido vuelo, ave de amplias alas.

¡Oh Perses! Atiende tú a la justicia y no alimentes soberbia; pues mala es la soberbia para un hombre de baja condición y ni siquiera puede el noble sobrellevarla con facilidad cuando cae en la ruina, sino que se ve abrumado por ella. Preferible el camino que, en otra dirección, conduce hacia el recto proceder; la justicia termina prevaleciendo sobre la violencia, y el necio aprende con el sufrimiento. Pues al instante corre el Juramento tras de los veredictos torcidos cuando la Dike es violada, se oye un murmullo allí donde la distribuyen los hombres devoradores de regalos e interpretan las normas con veredictos torcidos.

Trabajos y días 202-222
(A. P. J.)[8]

«HIMNOS HOMÉRICOS»

Los llamados «Himnos Homéricos» son poemas de varia extensión y de distintas épocas en honor de distintos dioses, reunidos bajo esa denominación tradicional y convencional. Los más antiguos, y más largos, como los de Deméter, Apolo, Hermes y Afrodita, se compusieron en torno al siglo VII *a.C. y rondan los quinientos hexámetros. Relatan algún episodio del dios o diosa a quien están dedicados, y tal vez se recitaban en ciertas fiestas locales, o servían como proemios a recitaciones rapsódicas de poemas más extensos. Otros son mucho más breves y mucho más tardíos. La colección conservada abarca treinta y cuatro himnos. Los mencionados son, sin duda, los más interesantes y los más próximos a los grandes poemas de Homero y, sobre todo, Hesíodo. Tienen un elevado tono poético y relatan mitos de un notable atractivo, en conexión con ritos y ceremonias del culto de una u otra divinidad.*

16. Rapto de Perséfone

Comienzo por cantar a Deméter de hermosa cabellera, la augusta diosa; a ella y a su hija de esbeltos tobillos, a la que raptó Aidoneo (y lo permitió Zeus tonante, cuya voz se oye de le-

jos), cuando, apartada de Deméter la del arma de oro de hermosos frutos, jugaba con las muchachas de ajustado regazo, hijas de Océano, y recogía flores: rosas, azafrán y hermosas violetas, en el tierno prado, y también gladiolos, y jacinto, así como el narciso, que, como señuelo, hizo brotar para la muchacha de suave tez de flor la Tierra, según los deseos de Zeus, por halagar al que a muchos acoge; flor de prodigioso brillo, asombro entonces de ver para todos, tanto dioses inmortales como hombres mortales. Y es que de su raíz habían crecido cien brotes, y al fragante aroma todo el ancho cielo en lo alto, y la tierra toda sonreían, así como el acre oleaje del mar. De modo que ella, atónita, tendió ambas manos para tomar el hermoso juguete.

Pero se abrió la tierra de anchos caminos en la llanura de Nisa y de allí surgió con ímpetu, con sus yeguas inmortales, el Soberano que a muchos acoge, el hijo de Crono de múltiples advocaciones. Se apoderó de ella, mal de su grado, y se la llevaba entre lamentos sobre su áureo carro. Lanzó agudos gritos, invocando a su padre, el Crónida, el más excelso y poderoso.

Mas ninguno de los inmortales ni de los hombres mortales oyó su voz, ni siquiera los olivos de hermosos frutos. Sólo la hija de Perses, la de ingenuos sentimientos, la oyó desde su antro: Hécate, la de brillante tocado (y asimismo el soberano Sol, el ilustre hijo de Hiperión), cuando la muchacha invocaba a su padre, el Crónida.

Himno a Deméter 1-23
(A. B.)[10]

17. La fiesta jonia y el aedo ciego

Mas tú, Febo, regocijas tu corazón especialmente con Delos, donde en honor tuyo se congregan los jonios de arrastradizas túnicas con sus hijos y sus castas esposas. Y ellos, con el pugi-

lato, la danza y el canto, te complacen, al acordarse de ti cuando organizan la competición. Quien se halle presente cuando los jonios están reunidos, podría decir que son inmortales y están exentos por siempre de la vejez. Pues podría ver la gracia de todos, deleitaría su ánimo al contemplar los varones y las mujeres de hermosa cintura y los raudos bajeles y sus múltiples riquezas.

Y más aún, una gran maravilla, cuya gloria jamás perecerá: las muchachas de Delos, servidoras del Certero flechador, las cuales, después de que han celebrado el primero a Apolo y luego a Leto y a Artemis diseminadora de dardos, acordándose de los varones y las mujeres de antaño, entonan un himno y fascinan a las estirpes de los hombres. Las voces e incluso el chapurrear de todos los hombres saben imitarlo. Aseguraría cada uno que es él mismo el que habla. ¡Con tal fidelidad se adapta su hermoso canto!

Mas ¡ea!, sedme propicios, Apolo, junto con Artemis, ¡salud a todas vosotras! Y en adelante, acordaos de mí cuando alguno de los hombres de la tierra, un extranjero que llegue aquí después de haber sufrido mucho, os diga:

–¡Muchachas! ¿Quién es el más dulce varón de los aedos que aquí os frecuentan y con el que más os deleitáis?

Vosotras todas, sin excepción, responded elogiosamente:

–Un ciego. Habita en la abrupta Quíos. Todos sus cantos son por siempre los mejores.

Nosotros llevaremos vuestra fama en tanto que sobre la tierra recorramos las ciudades populosas de los hombres. Ellos de seguro nos creerán, pues es la verdad.

Yo por mi parte no cesaré de celebrar con mis himnos al certero flechador, Apolo, el del arco de plata, al que parió Leto, la de hermosa cabellera.

Himno a Apolo 146-178
(A B.)[10]

18. Afrodita avanza al encuentro con Anquises

Encaminándose a Chipre penetró en su fragante templo, en Pafos, donde tiene un recinto y un altar perfumado. Allí empujó al entrar las resplandecientes puertas y allí las Gracias la bañaron y la ungieron con el divino aceite que cubre a los dioses que por siempre existen, de ambrosía, exquisito, que se había perfumado para ella. Preciosamente ataviada con toda su hermosa vestimenta sobre su cuerpo, y adornada de oro, la risueña Afrodita se encaminó presurosa a Troya, tras abandonar el huerto fragante, haciendo raudamente su camino por las alturas, entre nubes.

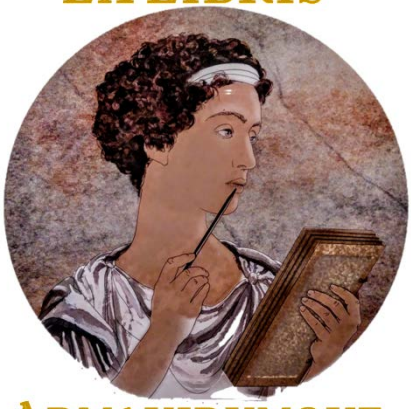
Llegó al Ida pródigo en veneros, madre de fieras, y se encaminó en derechura al aprisco, monte a través. Tras ella, haciéndole halagos, marchaban grisáceos lobos, leones de feroz mirada, osos y veloces panteras, insaciables de corzos. Y ella al verlos regocijó su ánimo en su fuero interno e infundió el deseo en sus pechos, así que todos a una se aparearon en los valles umbríos.

Llegó ella a las bien construidas cabañas. Y encontró allí a Anquises, que se había quedado solo, lejos de los demás, al héroe que poseía de los dioses la hermosura. Todos a la vez habían seguido a las vacas por los herbosos pastizales, pero él, que se había quedado solo en los apriscos, lejos de los demás, iba y venía de un lado a otro tañendo su cítara con sones penetrantes.

Se detuvo ante él la hija de Zeus, Afrodita, tomando la apariencia en talla y figura de una virginal doncella, no fuera que se espantara al percibirla con sus ojos. Anquises, al verla, la examinaba y admiraba su figura, su talla y sus resplandecientes vestidos. Pues iba ataviada con un peplo mas brillante que el resplandor del fuego. Llevaba retorcidas espirales y brillantes pendientes en forma de flor. Primorosos eran los collares en torno a su delicada garganta, hermosos, de oro, totalmente cincelados. Como la luna resplandecía en sus delicados pe-

chos, maravilla de ver. De Anquises se adueñó el amor, y se dirigió a ella con estas palabras.

Himno a Afrodita 64-110
(A. B.)[10]

EX LIBRIS

ARMAUIRUMQUE

APOLONIO DE RODAS

El poema épico titulado Argonautiká *–en cuatro cantos y unos seis mil y pico hexámetros– es el único poema largo conservado de época helenística. Su autor, Apolonio de Rodas, lo compuso a mediados del siglo III a.C., probablemente en Alejandría. Sobre un mito muy prestigioso y antiguo (pues el viaje de los navegantes de la Argo era ya famoso en tiempos de la* Odisea, *que alude a la nave en su canto XII), Apolonio, un poeta erudito y refinado, compuso este relato donde las hazañas de los héroes capitaneados por Casón encuentran un contrapunto en la pasión de Medea, que contribuye decisivamente al éxito de la empresa. Los héroes consiguen llegar hasta la remota Cólquide y allí Casón obtiene el botín deseado, el Vellocino de Oro, gracias a la ayuda de Medea. Con singular destreza poética Apolonio, en el mismo lenguaje y metro tradicional de la épica desde Homero, canta las aventuras de los Argonautas y cuenta los encuentros amorosos y apasionados de Casón y la joven princesa, así como los soliloquios de la joven enamorada. Apolonio influirá claramente en Virgilio, y su poema es la primera muestra de la épica docta, distante de la época popular de la que, sin embargo, conserva toda la elegancia formal. Su Casón es un héroe más dubitativo y sentimental que los antiguos héroes de*

Homero, y su Medea, más joven que la vengativa maga que retrató Eurípides en la tragedia de su nombre, es una figura de inolvidable carácter, mientras que el desaforado viaje de la expedición argonáutica invoca una curiosa geografía en su larga navegación.

19. Singladura de la nave Argo hasta Lemnos. Las lemnias homicidas

Todos los dioses aquel día contemplaban desde el cielo la nave y el grupo de hombres semidivinos, los mejores que entonces navegaban el altamar. Desde las más altas atalayas las ninfas Pelíades se pasmaban admirando la obra de Atenea Itónida y a los héroes aquellos que movían en sus manos los remos.

A su vez desde su extrema montaña había bajado hasta el mar Quirón Filírida. Se mojaba las patas en la espumante lengua de las olas y, agitando muchas veces su robusto brazo, deseó un regreso feliz a los que se iban. Junto a él su esposa, que llevaba en brazos a Aquiles, el hijo de Peleo, temía por la suerte del padre de éste.

Cuando ellos hubieron dejado atrás la contorneada costa del puerto, bajo la prudente guía del hábil Tifis Hagníada, que en sus manos tenía el bien trabajado timón con gran pericia, para gobernarlo firmemente, entonces enderezaron el mástil sobre la crujía y lo sujetaron con cables, tensándolo por ambos lados. Después desplegaron la vela, sujetándola al palo, y la hinchó un viento ligero. Anudando sobre la cubierta los cables fijamente sobre sus pulidas amarras, con tranquilidad sobrepasaron el promontorio Tiseo. Tocando la lira con un canto equilibrado les deleitaba Orfeo, el hijo de Eagro, cantando a Artemis, Salvadora de naves, la biennacida, que defiende y cuida de aquellas alturas marinas y también la tierra de Yolcos. Y los peces saltaban por encima del profundo mar

y les seguían, los grandes mezclados con los chicos, saltando por los húmedos caminos.

Como cuando tras las huellas de su guía campesino numerosas ovejas avanzan ya saciadas de yerba, hacia el establo, y él marcha delante, con su aguda flauta tocando dulcemente un aire pastoril, así entonces les acompañaban. Un constante viento impulsaba la nave.

Pronto la muy fértil tierra de los Pelasgos, de por la mañana, desapareció, y pasaron a lo largo de los acantilados del Pelión, siempre corriendo hacia delante; y pronto también se había ocultado el cabo de Sepias. Aparecía la marina Escíato, y se mostraba a lo lejos Piresias y Magnesa, serena costa del continente, y la tumba de Dólope. Entonces, como es normal, ya al anochecer sacaron la nave a tierra ante los soplos contrarios del viento. Y en honor de Dólope en la oscuridad quemaron unos sacrificios de corderos mientras el mar se levantaba con oleaje; y por dos días reposaron en aquellas riberas.

Luego, al tercero, botaron la nave, extendiendo por encima la gran vela. A esta costa llaman todavía la Salida de Argo. Desde aquí primero pasaron de largo Melibea, procurando evitar esta costa y ribera de malos vientos. Y al alba en seguida vieron a Omola que está inclinada hacia el mar y la costearon. No mucho después iban a alcanzar el curso del río Amiro. Desde allí vieron Eurímena y los acantilados muy agitados por las olas del Osa y del Olimpo; luego, después alcanzaron los límites de Palene, más allá del cabo Canastreo, avanzando por la noche al soplo del viento.

Al amanecer surgió ante los navegantes el monte Ates de Tracia, que aunque dista de Lemnos el camino que recorrería una nave rápida en medio día, con su altísima cumbre da sombra, incluso, hasta Mirina. Les había soplado durante el día y al atardecer un viento muy favorable, y estaban desplegadas las velas de la nave. Luego, cuando cesó el viento al tiempo que los rayos del sol, a fuerza de remos llegaron a Lemnos, la pedregosa isla de los Sintes.

Allí toda la población masculina había perecido a la vez, cruelmente, bajo la acción revolucionaria de las mujeres, el año anterior. Sucedió que antes los hombres habían rechazado a sus esposas legítimas por desprecio, y tenían un escabroso amor hacia las cautivas, que se habían traído del otro lado del mar, al saquear Tracia. Las perseguía la cólera terrible de Afrodita, a causa de que no la habían honrado con presentes durante mucho tiempo. ¡Ah, desgraciadas y lamentablemente desbocadas de celos! No sólo junto con las cautivas asesinaron a sus esposos en el lecho, sino también a todo el linaje masculino a la vez, para no pagar ninguna venganza de este cruel crimen. Una sola entre todas respetó a su padre anciano, Hipsípila, hija de Toante, que entonces reinaba sobre el pueblo, y en un cóncavo arcón lo lanzó a ser llevado por el mar, por si podía escapar. Y le cogieron los pescadores en la isla Enea, llamada así antes y después Sicino. (Por Sicino a quien la náyade Enea, una ninfa, engendró después de unirse con Toante.)

A ellas el pastoreo de los bueyes y vestir las armas de bronce y arar los campos de cereales les resultaba a todas más fácil que las obras de Atenea, de las que de continuo antes se ocupaban. Pero sin embargo, ¡cuán a menudo escudriñaban con sus ojos el amplio horizonte marino con tenebroso temor cuando cruzaban los tracios! Así también en cuanto vieron la Argo navegando con los remos cerca de la isla, inmediatamente con precipitación afluyeron desde las puertas de Mirina a vestir sus belicosas armas sobre la costa, semejantes a las carniceras bacantes, pues creían sin duda que llegaban los tracios. Junto con las demás, la hija de Toante, Hipsípila, se había calado la armadura de su padre. Estaban presas de asombro, sin voz. ¡Tal temor estaba suspenso sobre ellas!

Entonces los héroes, desde la nave, enviaron como heraldo al rápido Etálida, al que habían confiado el cuidarse de las embajadas y el cetro de Hermes, su padre, quien le otorgó la imperecedera facultad de recordar todas las cosas. Ni siquie-

ra ahora, cuando se ha alejado por los torbellinos irresistibles del Aqueronte, el olvido se ha deslizado sobre su alma, sino que ésta sufre el destino de cambiar continuamente, unas veces hallándose en el número de los que habitan bajo la tierra, y otras bajo la luz del sol, entre los vivos. Pero, ¿qué necesidad hay de que yo relate con detalle la historia del Etálida? Éste convenció entonces a Hipsípila a acoger durante la noche a los que llegaban concluyendo el día. Mas tampoco al alba desataron las amarras de la nave a causa del soplo del Bóreas.

Argonáuticas I 546-653
(C. G. G.)[11]

20. Inquieto sueño y vaivenes de la enamorada Medea

A la joven, reclinada en su lecho, le daba reposo en sus dolores un sueño profundo. Pero pronto un ensueño engañoso (como de quien mucho sufre) y aciago vino a turbarla. Le pareció que aquel extranjero se sujetaba a tal prueba no porque fuese todo su afán llevarse la piel del carnero, y que tampoco por ese motivo había venido hasta la ciudad de Eetes, sino para llevársela a ella de legítima esposa a su casa. Creía que era ella la que se medía con los toros y sin esfuerzo alguno coronaba su tarea, pero sus padres no cumplían su promesa porque fue a él al que impusieron uncir los toros y no a la muchacha. Y por ello, pues, se producía una querella, sin clara decisión, entre los extranjeros y su padre. Ambos bandos ponían en manos de ella que fuera tal como su corazón lo decidiese. Y al punto, sin miramiento hacia sus padres, prefería al extranjero, y un amargo dolor se apoderaba de ellos y gritaron furiosos, y fue con este clamor como el sueño la dejó. De un salto se levantó agitada por el miedo, recorriendo con la vista todo en torno los muros de la alcoba. Y sólo a duras pe-

nas recuperó su ánimo, como antes, en su pecho y prorrumpió en sonoras voces.

«¡Desdichada de mí, cómo me han espantado tan gravosos sueños! Temo que ese viaje de los héroes acarree ya algún gran infortunio. Por el extranjero tengo el alma en vilo. Que pretenda la mano allá lejos, entre su pueblo, de una joven Aquea, y ponga yo mis desvelos en mi doncellez y en la casa de mis padres... Sin embargo, con el corazón de una impúdica perra, sin apartarme ya de mi hermana veré si viene a por mi ayuda en esa lucha, acongojada por sus propios hijos. Esto aplacaría en mi corazón este cruel padecimiento.»

Dijo, y ya de pie abrió las puertas de la estancia, descalza y con sólo la túnica puesta. Ansiaba ir donde su hermana, y franqueó el umbral de su cuarto. Mas allí permaneció largo rato en la antecámara, impedida por la vergüenza. Luego de nuevo volvió sobre sus pasos, y otra vez tornó a salir y aun a retirarse al interior. Sin sentido sus pies la llevaban de un lado a otro. Siempre que avanzaba la retenía un íntimo pudor, y, cuando el pudor la sujetaba, la incitaba el deseo atrevido. Tres veces lo intentó y tres veces se contuvo, a la cuarta de nuevo, tras darse la vuelta, se arrojó de bruces en su lecho. Y como cuando una joven desposada llora en su alcoba por su lozano marido, al que la entregaron sus hermanos o sus padres, y aún no se reúne con todas las sirvientas por pudor y discreción, y se queda sentada en un rincón con su dolor; y es que a él le ha quitado la vida algún azar del destino antes que ambos hubieran disfrutado de sus mutuos sentimientos, y ella con el fuego interior de su pasión llora a raudales en silencio, mientras contempla su lecho vacío, no sea que las mujeres le dirijan sus burlas ultrajantes; semejante a ésta, Medea se lamentaba.

Argonáuticas III 616-660
(M. B.)[12]

21. Jasón destruye a los guerreros surgidos de la tierra tras la siembra de los dientes del dragón

A la hora en que queda la tercera parte del día, contando a partir de la aurora, cuando los fatigados labradores desean que les llegue el momento agradable de desatar los bueyes entonces ya había quedado labrado bajo el arado inflexible el terruño, aunque era de cuatro acres. Desató el arado de los bueyes. Y a éstos los espantó para que huyeran por la llanura. Luego Jasón regresó de nuevo a la nave, ya que vio los surcos aún vacíos de los guerreros terrígenos.

A su alrededor sus compañeros le exhortaban con palabras. Sacando agua del río, con el mismo casco apagó su sed. Flexionó sus rodillas para mantenerlas ágiles y llenó su ánimo de valor, impetuoso, semejante a un jabalí que aguza sus colmillos contra los cazadores mientras le cae, en su furia, abundante la espuma de sus fauces a tierra.

Ya por toda la tierra empezaban a brotar como espigas los terrígenos. Se erizó en derredor de pesados escudos, de lanzas dobles y cascos brillantes, el terreno de Ares, destructor de mortales. El brillo llegaba, en su refulgir, desde abajo hasta el Olimpo a través del aire. Como cuando, después de caer sobre la tierra una gran nevada, de nuevo rasgan las nubes tempestuosas los vientos en una noche tenebrosa, y brillan de pronto todas las estrellas reunidas refulgiendo en la tiniebla, así entonces brillaban los guerreros, al surgir sobre la tierra.

De nuevo Jasón recordó las instrucciones de la provechosa Medea y tomó de la llanura una gran roca redonda horrible disco de Ares Enialio. Cuatro hombres en su pleno vigor no la hubieran alzado ni siquiera un poco de la tierra. Cogiéndola en alto en su mano, muy desde lejos la lanzó en medio de aquéllos con ímpetu. Detrás de su escudo se sentó en un lugar oculto animosamente. Los Colcos daban grandes gritos, como cuando grita el mar bramando sobre los

agudos acantilados. A Eetes, en cambio, le sobrecogió el asombro ante el lanzamiento del pesado disco. Los guerreros, como rápidos perros en acoso, unos a otros se destruían con estruendo y caían sobre la tierra su madre, bajo sus propias lanzas, como pinos o robles que las ráfagas de viento arrancan.

Como desde el cielo se dispara una estrella fugaz, dejando un surco de luz, prodigio para los hombres que la ven surcando con su rutilar a través del aire sombrío, tal el hijo de Esón se lanzó contra los terrígenos. Sacó desnuda la espada de la funda. Golpeaba segando a diestro y siniestro, a muchos que se alzaban a medias hasta el vientre y los costados en el aire, y a los otros que sólo se mostraban hasta los hombros; a los unos que se habían puesto en pie un momento antes y a los otros que ya se apresuraban sobre sus pies al combate.

Como cuando, al despertarse una guerra entre pueblos convecinos, el labrador, temeroso de que no talen su cosecha antes que él, ase en sus manos la curva hoz recién afilada y corta la cosecha verde, presuroso, y no aguarda a que se seque con los rayos del sol en la estación propicia, así entonces cortaba Jasón la cosecha de terrígenos. Con sangre los surcos, como las acequias con el agua de las fuentes, rebosaban. Y caían los unos de cara, mordiendo con los dientes el abierto terruño, y otros de espaldas, y los otros sobre un codo o los costados, semejantes en su aspecto corporal a los grandes cetáceos marinos.

Muchos quedaban tendidos, heridos antes de alzar sus plantas de la tierra, con todo el cuerpo con que sobresalían en el aire, arrastrándose sobre la tierra con sus cuellos desmochados. De igual modo que los retoños recién surgidos, tras una interminable tormenta de Zeus, se reclinan sobre la tierra en la plantación, tronchados de raíz, vana fatiga de los sembrados, y al capataz de la labranza de la hacienda le alcanza el desaliento y una pena asesina, así entonces pesadas angustias llegaban al pensamiento del soberano Eetes. Iba de regreso a

su ciudad en medio de los Colcos, meditando con ansiedad de qué modo se opondría a Jasón con más rapidez.

El día se hundía, y la prueba había sido cumplida por Jasón.

Argonáuticas III 1340-1404
(C. G. G.)[11]

QUINTO DE ESMIRNA

Sabemos muy poco de Quinto de Esmirna, que escribió un poema épico en catorce cantos para contar lo que sucedió en la guerra de Troya más allá de lo que contó Homero en la Ilíada. *Otras epopeyas antiguas, como la llamada* Ilíou Persis *o «Destrucción de Troya», ya habían tenido un tema parecido, pero se perdieron pronto. Quinto compuso su extenso poema en una época sorprendentemente tardía: en el siglo III o en el IV después de Cristo. Es decir, más de mil años después de Homero. Y sin embargo, lo hizo con el mismo lenguaje resonante y artificial de la épica canónica, de modo semejante a como lo hiciera Apolonio en su poema unos seis siglos antes. Resulta muy curioso leer sus relatos sobre los mismos héroes iliádicos y sobre los mismos dioses olímpicos, verle utilizar los mismos epítetos y unos símiles muy semejantes a los homéricos cuando ya el mundo mítico al que su épica se refiere estaba tan remoto y cuando su imitación resulta ya a todas luces extraño juego de erudición y arcaísmo no exento de ciertos toques barrocos.*

22. Muerte de Pentesilea

Un gran grito dio ella, cuando arrojó en vano las lanzas, y le dijo entonces con injurias el hijo de Peleo: «Mujer, cuán inútiles han sido tus palabras con las que te has jactado, cuando, deseosa de combatir, te has enfrentado a nosotros, que somos los mejores héroes que viven sobre la tierra. De la estirpe del tonante Cronión nos ufanamos de haber nacido. Nos temía también el rápido Héctor, aunque nos viese desde lejos lanzarnos al combate que provoca gemidos. Mi lanza lo mató, aunque era muy fuerte. Has enloquecido enteramente en tu corazón tú, que te has atrevido hoy a amenazarnos con la muerte. Sin embargo, en seguida te va a llegar el último día, porque tu propio padre Ares ya no te defenderá de mí. Sufrirás en castigo la funesta muerte, como una cierva que en las montañas se encuentra con un león matador de vacas. ¿Acaso no te has enterado de cuántos cuerpos cayeron bajo nuestras manos junto a la orilla del Santo? ¿O es que, si lo sabías, los bienaventurados te han quitado la razón y la mente, para que las implacables Keres te engullan?».

Después de hablar así se lanzó blandiendo en su fuerte mano la larga lanza, asesina de hombres, fabricada por Quirón. De inmediato hirió bajo el seno derecho a la belicosa Pentesilea. Su negra sangre corría a borbotones; en seguida se le desplomaron los miembros y saltó de su mano la gran segur. La noche oscureció sus ojos y en sus entrañas penetró el dolor. Pero aun así recobró el aliento y se percató de que el enemigo iba a tirarla de su rápido caballo. Pensó o desenvainar con la mano su gran espada y aguardar el impetuoso ataque del rápido Aquiles o aprisa saltar de su velocísimo corcel y suplicar al divino hombre con promesas de donarle de inmediato abundante bronce y oro, algo que reconforta el corazón de los mortales por muy valiente que uno sea, por si con ellos se dejaba persuadir la fuerza asesina del Eácida o si por piedad a su misma edad le concediese el día del regreso a ella que tan deseosa estaba de escapar a la muerte.

Mientras así meditaba esto, los dioses determinaron otra cosa. Le atacó, lleno de cólera, el hijo de Peleo y de repente la traspasó juntamente con el cuerpo de su caballo de tempestuoso casco. Como cuando alguien ensarta unas vísceras en el asador encima de la llama del fuego, impaciente por comer, o como un cazador en los montes atraviesa por medio del vientre a una cierva, tras lanzarle su jabalina, provocadora de gemidos, con tanto ímpetu que su fuerte punta pasa de parte a parte y se clava en el tronco de una frondosa encina o de un pino; así a Pentesilea y a su hermoso caballo ensartó el Pelida en su impetuosa pica. Ella al instante se mezcló con el polvo y con la muerte, cayendo con decencia en el suelo; ningún acto vergonzoso mancilló su cuerpo valeroso. Quedó tendida sobre el vientre, convulsionándose con su larga lanza, y recostada sobre su rápido caballo.

Como un abeto se troncha por la fuerza del helador Bóreas, al que, el más alto de todos, entre largos valles y bosques, la tierra alimenta, para orgullo de ella, junto a una fuente; de manera tal cayó Pentesilea del veloz caballo, a la que, a pesar de conservar su encanto, se le quebrantaron, sin embargo, las fuerzas.

Cuando los troyanos vieron que había muerto en la batalla, llenos de miedo, corrieron en masa hacia la ciudad muy afligidos en su corazón por un gran dolor. Como cuando en el anchuroso ponto unos marineros, que han perdido la nave por el embate del viento, escapan a la muerte sólo unos pocos, tras grandes esfuerzos dentro del maldito mar, pero al fin la tierra se les aparece cerca y también la ciudad; entonces con todos sus miembros cansados por la fatiga que provoca gemidos salen del mar, muy afligidos por su nave y sus compañeros, a los que la ola sumergió bajo la terrible oscuridad; así los troyanos en su huida desde la batalla a la ciudad lloraban todos a la hija del invencible Ares y a sus huestes, que perecieron en el combate provocador de gemidos.

Muy ufano ante ella se vanagloriaba el hijo de Peleo: «¡Quédate ahora en el polvo como pasto de perros y aves!, ¡desventurada! ¿Quién te sedujo, para que te enfrentaras a mí? ¿Y no decías que al regresar de la guerra te llevarías inmensos regalos del anciano Príamo después de matar a los argivos? Sin embargo, los inmortales no cumplieron esta idea tuya, puesto que somos los mejores héroes, somos luz para los Linaos y azote para los troyanos y también para ti, malhadada. Fueron las tenebrosas Keres y tu mente las que te incitaron a que dejases los trabajos femeninos y a dirigirte a la guerra que temen incluso los hombres».

Después de hablar así el hijo de Peleo le sacó la lanza a la terrible Pentesilea y a su veloz caballo, que todavía palpitaban abatidos por una sola lanza. Le quitó de la cabeza el casco brillante como los rayos del sol o como el resplandor de Zeus. Ésta, incluso, tumbada en el polvo y en la sangre, mostraba bajo sus encantadoras cejas una hermosa faz, a pesar de estar muerta. Los argivos la rodearon y, al verla, se quedaron maravillados, porque se parecía a los bienaventurados. Yacía en el suelo entre sus armas semejantes a la invencible Artemis, hija de Zeus, mientras duerme cuando tiene agotados sus miembros de tanto perseguir velozmente leones en las altas montañas. La hizo así tan atractiva en su muerte Cipris de hermosa corona, ella misma, la novia del fuerte Ares, para causar aflicción también al hijo del irreprochable Peleo. Muchos desearon, de regreso a sus casas, poder dormir en el lecho junto a una esposa tal cual. Pero especialmente Aquiles se sentía sin cesar atormentado en su corazón, porque le quitó la vida en vez de conducirla como divina esposa a Ptía, rica en potros, pues su estatura y su figura eran tan intachables que se asemejaba a las inmortales.

Posthoméricas I 575-675
(I. C.)[13]

II. LÍRICA

LÍRICOS

De los primeros líricos griegos nos han llegado tan sólo unos cuantos fragmentos, que constituyen, a pesar de su brevedad, una muestra significativa de la belleza y originalidad de la poesía arcaica. «Lírica» es aquella poesía que se cantaba al son de la lira, poesía personal, de autor, distinta de la que recitaban los rapsodas que en las fiestas y las plazas rememoraban las epopeyas homéricas. Frente a la épica, la lírica habla del presente, del propio cantor, de la vida cotidiana, del tiempo que fluye, del amor que conmueve, del destino que amaga y de la muerte que acecha. Frente al anonimato del aedo, ahora el poeta –poietés *en griego significa «creador»– nos habla de sí mismo y de su mundo. Más que las divisiones por motivos formales –en yambógrafos, elegíacos y mélicos–, nos interesa distinguir entre la poesía monódica y la coral. La primera distinción básica es la de poesía compuesta para ser cantada por un solista (en principio, el propio poeta) y aquella compuesta para un coro. Lírica coral es la de Píndaro y Baquílides, que está escrita por encargo para grandes ocasiones, como son las victorias en unos juegos atléticos. También es coral la lírica que en las tragedias y comedias entonan los coreutas en la orquesta. (Aquí, sin embargo, prescindimos de esos coros trágicos y cómicos, de los que se da alguna muestra en otro apartado.)*

El primer rasgo que hay que resaltar en la lírica monódica es el «descubrimiento del Yo», es decir, la expresión de la personalidad individual. El poeta no canta ahora a los héroes del pasado glorioso, sino sus propias experiencias, sus penas de amor, sus inquietudes, sus ilusiones, su sentir dolorido y su personal visión del mundo. En voces como las de Arquíloco, Solón, Alceo, Safo y Teognis, por ejemplo, escuchamos las palabras de un individuo irrepetible y único en su circunstancia concreta. El poeta expresa su propio sentir de modo directo, audaz, dolorido e íntimo. Ahí quedan las angustias y rencores de Arquíloco, mercenario y enamorado, que combate no sólo con su lanza alquilada, sino con sus versos aguzados. Ahí están las quejas de amor de Safo, sus nostalgias y sus esperas en un huerto lunar entre manzanos frecuentado por su amiga la diosa Afrodita. O las penas del exiliado Alceo, amigo del vino y de las luchas civiles. Y las preocupaciones y las reflexiones del sabio Solón, que ruega a las Musas ya no inspiración sobre el pasado, sino protección para su ciudad alterada por las revueltas y las ambiciones.

Pero la lírica sirve también para expresar los ideales del tiempo. El poeta es portavoz de las consignas de la polis. *Así Calino y Tirteo escriben cantos de exhortación al combate patriótico en plena época hoplítica, cuando ya los paladines no son los grandes héroes solitarios de la epopeya, sino los ciudadanos que combaten en filas prietas cubriendo con su escudo al compañero y avanzando en formación cerrada. Y proclaman que «es bello morir por la patria» (no por la gloria personal, como en Homero, sino por la tierra de los suyos y la ciudad que los educó y los alberga). También Solón se sirve de la poesía elegíaca para exponer sus ideas políticas. Y Teognis habla también en nombre de los suyos, los aristócratas empobrecidos y angustiados por la marcha de la historia. Jenófanes, en cambio, critica las convenciones míticas -como el antropomorfismo de los dioses- y nos habla de un dios mucho más abstracto y solitario que los dioses de Homero.*

Algunos líricos siguen la línea sentenciosa inaugurada por Hesíodo. Así Semónides, con su «Yambo de las mujeres». Otros llegan a criticar a Homero, al tiempo que exponen los nuevos ideales de su pensamiento, y utilizan la poesía para ofrecer nuevas ideas en los viejos moldes del hexámetro, como hace, como decíamos, Jenófanes.

En fin, el mundo de la lírica -que tan fragmentariamente ha llegado a nosotros- es un mundo fascinante por su colorido, su originalidad, su polifonía. Tan sólo algunos poetas están representados por una obra bastante extensa, como Píndaro, Baquílides y Teognis.

El tiempo de la lírica, posterior a la épica, abarca desde el siglo VII, *al que pertenecen los poetas más antiguos, como Calino, Arquíloco, Estesícoro, hasta el siglo* V. *Pero también los trágicos y el comediógrafo Aristófanes fueron grandes poetas líricos, conviene no olvidarlo, aunque sus poemas están incluidos en sus dramas. Hay una abundante y excelente bibliografía sobre los líricos arcaicos. Por razones de espacio diremos tan sólo unas palabras de presentación sobre los mayores.*

Más tarde, en la época helenística, vuelve a florecer la lírica, como arte refinado, con nuevos estilos y acentos, ensayando el género bucólico, que puede expresar una cierta nostalgia por el campo entre los pobladores de las grandes ciudades, como Alejandría de Egipto, o imitando con sutil parodia los géneros más clásicos, como los himnos religiosos, tal como hace el docto Calímaco en sus Himnos, *o utilizando la forma breve del epigrama para expresar los sentimientos más diversos con una elegancia un tanto encorsetada. Es curioso advertir cómo la* mímesis *se combina con un afán de originalidad y cómo, en la poesía de autores muy refinados y cultos, se recuperan motivos populares, con ese gusto por el costumbrismo y lo popular que es propio del helenismo.*

Los autores de los varios epigramas que cierran esta selección proceden de distintos siglos del periodo helenístico y del romano. El último poeta representado, Páladas, es ya de bien

entrado el siglo IV de nuestra era. En el epigrama se cruzan de modo singular los tonos tradicionales y el sello personal de cada poeta, una voz irrepetible en este concierto a muchas voces. El quejumbroso Páladas asiste al final del mundo pagano, en la Alejandría decadente y ya sometida al culto cristiano. Usa el mismo esquema métrico que Simónides, pero no asiste ya al esplendor del mundo griego clásico, sino al ocaso de su cultura pagana.

CALINO DE ÉFESO

1. Exhortación al combate

¿Hasta cuándo estaréis así echados? ¿Cuándo tendréis,
[muchachos,
ánimo de combate? ¿Vergüenza no sentís ante vuestros vecinos
de tan extremo abandono? ¿Confiáis en que es tiempo de paz
cuando ya la guerra arrebata a todo el país?
...
... Y que cada uno, al morir, arroje el último dardo.
Honroso es, en efecto, y glorioso que un hombre batalle
por su tierra, sus hijos, y por su legítima esposa
contra los adversarios. La muerte vendrá en el momento
en que la hayan urdido las Moiras. Que todos avancen
empuñando la espada y albergando detrás del escudo
un corazón valeroso, apenas se trabe el combate.
Porque no está en el destino de un hombre escapar
a la muerte, ni aunque su estirpe viniera de dioses.
A menudo rehúye alguno el combate y el son de los dardos,
se pone a cubierto, y en casa le alcanza la muerte fatal.
Pero ése no va a ser recordado ni amado por el pueblo,
y al otro, si cae, lo lamentan el grande y el pequeño.

Pues a toda la gente le invade la nostalgia de un bravo
que supo morir. Y si acaso pervive, es rival de los héroes
porque a su paso le admiran cual si fuera una torre del muro.
Hazañas acomete que valen por muchos, siendo él solo.

Fragm. 1 D
(C. G. G.)[14]

TIRTEO DE ESPARTA

2. Dulce y hermoso es morir por la patria

Pues es hermoso morir si uno cae en la vanguardia
cual guerrero valiente que por su patria pelea.
Que lo más amargo de todo es andar de mendigo,
abandonando la propia ciudad y sus fértiles campos,
y marchar al exilio con padre y madre ya ancianos,
seguido de los hijos y de la legítima esposa.
Porque ése será un extraño ante quienes acuda
cediendo a las urgencias de la odiosa pobreza.
Afrenta a su linaje y baldona su noble figura
y toda clase de infamia y ruindad le persigue.
Si un vagabundo así ya no obtiene momento de dicha
ninguno, ni vergüenza ni estima ninguna,
entonces con coraje luchemos por la patria y los hijos,
y muramos sin escatimarles ahora nuestras vidas.
¡Ah jóvenes, pelead con firmeza y codo a codo;
no iniciéis una huida afrentosa ni cedáis al espanto;
aumentad en vuestro pecho el coraje guerrero,
y no sintáis temor de hacer frente al enemigo!
Y a vuestros mayores, que ya no conservan ligeras rodillas,

a los viejos, no les abandonéis atrás al retiraros.
Vergonzoso es, desde luego, que caiga en vanguardia
y quede ante los jóvenes tumbado un hombre ya maduro,
que tiene ya blanca la cabeza y canosa la barba,
y queda exhalando su ánimo audaz en el polvo,
con el sexo cubierto de sangre en las manos
–bochornoso espectáculo es ése y exige venganza–
y su cuerpo desnudo. En cambio, todo es bello en un joven,
mientras la flor flamante de amable juventud posee.
Es admirado por los hombres y suscita amor en las mujeres
mientas está vivo, y hermoso es si cae en la vanguardia.
Así que todo el mundo se afiance en sus pies
y se hinque en el suelo mordiendo con los dientes el labio.

Fragm. 6-7 D
(C. G. G.)[14]

3. La verdadera virtud

No quisiera recordar ni evocar con elogios a nadie
por su excelencia en correr o en la pelea de puños,
ni aunque tuviera la altura y la fuerza de un Cíclope,
y venciera en carreras al tracio Bóreas,
ni si fuera de figura más bello que Titono,
y superara en riquezas a Midas y a Ciniras,
y más regio fuera que Pélope, hijo de Tántalo,
y una lengua más dulce que Adrasto tuviera
y una fama cabal, mas careciera de ánimo de lucha.
Que no hay hombre de valer en el campo de guerra
más que el que osa presenciar la matanza sangrienta
y se lanza a enfrentarse de cerca al feroz enemigo.
Ésa es la virtud, ésa entre los hombres la máxima gloria,
y el más hermoso premio al alcance de un joven guerrero.
Un bien común a la ciudad y al pueblo entero es

el hombre que, erguido en vanguardia, se afirma
sin descanso, y olvida del todo la fuga infamante,
exponiendo su vida y su ánimo audaz y sufrido;
y enardece con sus palabras al que combate a su lado.
Éste es el hombre que resulta valioso en la guerra.
Y pronto las feroces falanges de los enemigos rechaza,
y con su esfuerzo detiene el oleaje que alza la batalla.
Pero a quien en vanguardia caído la vida perdiera,
tras dar gloria al país, a sus gentes y a su padre,
traspasado cien veces de frente, a través de su pecho
y del escudo de forma de ombligo y su coraza,
a éste lo lloran lo mismo los viejos que los jóvenes
y con hiriente nostalgia lo añora su pueblo en conjunto.
Y su tumba y sus hijos son entre los hombres famosos,
y los hijos de sus hijos y toda su estirpe futura.
Jamás su noble fama se extinguió ni su nombre,
sino que, aunque esté bajo tierra, se hace inmortal
el que ha destacado en saber resistir y en pelear
por su tierra y sus hijos, a quien el cruel Ares matara.
Mas si escapa a la Ker de una muerte doliente,
y victorioso consigue con su lanza el flamante triunfo,
todos le honran, los jóvenes como los viejos, a un tiempo,
y habrá vivido con mucha ventura antes de irse al Hades.
Al envejecer destaca entre sus conciudadanos y nadie
se atreve a faltarle en su honra y derecho.
Todos a un tiempo, los jóvenes y los de su edad,
y aun los más viejos, le ceden su asiento en los bancos.
Que ahora intente todo hombre la cumbre de esa virtud
con coraje alcanzar, y que nadie flojee en la pelea.

Fragm. 9 D
(C. G. G.)[14]

ARQUÍLOCO DE PAROS

Arquíloco de Paros, que floreció hacia el 650 a. C., es el primer poeta lírico de marcada personalidad, el Inventor de la poesía yámbica, agresivo y rebelde, mercenario desvergonzado, que contaba en sus elegías y yambos, los pesares y los empeños de su vivir esforzado, como hijo que fue de un noble y una esclava desdichado en amores, y aventurero que se ganaba el pan con la lanza en época de ásperas penurias y no ya de glorias épicas.

Inolvidable por su sinceridad y la hondura de su poesía, casi como un antepasado de François Villon, Arquíloco es el inolvidable maestro del yambo y la elegía.

4. Guerrero y poeta

Soy yo, a la vez, servidor del divino Enialio
y conocedor del amable don de las Musas.

Fragm. 1 D
(C. G. G.)[14]

5. Un mercenario

En la lanza tengo mi pan negro, en la lanza
mi vino de Ismaro, y bebo apoyado en mi lanza.

Fragm. 2 D
(C. G. G.)[14]

6. Resignación

Corazón, corazón, de irremediables penas agitado,
¡álzate! Rechaza a los enemigos oponiéndoles
el pecho, y en las emboscadas traidoras sosténte
con firmeza. Y ni, al vencer, demasiado te ufanes
ni, vencido, te desplomes a sollozar en casa.
En las alegrías alégrate y en los pesares gime
sin excesos. Advierte el vaivén del destino humano.

Fragm. 67a D
(C. G. G.)[14]

7. Ansias de amor

Jugueteaba ella con un ramo de mirto
y una linda flor del rosal...
Su melena
le aureolaba de sombra los hombros y la frente.

... De su perfumado cabello y su pecho
hasta un viejo se habría enamorado.

Tal ansia de amor me envolvió el corazón
y densa niebla derramó sobre mis ojos
robando de mi pecho el suave sentido.

Yazgo, infeliz, por la pasión vencido
sin vida, hasta los huesos traspasado
de fieros colores que los dioses me envían.

Pero el perturbador deseo me domina
y no me cuido de yambos ni placeres.

Ojalá que pudiera tocar la mano de Neobula...

Y caer, presto a la acción, sobre el odre,
y aplicar el vientre al vientre y mis muslos a sus muslos.

Fragms. 25 D, 26 D, 112 D, 104 D, 118 D, 71 D y 72 D
(C. G. G.)[14]

8. Cantor del ditirambo

Cómo marcar el inicio del bello canto del divino Dioniso,
el ditirambo, sé yo, cuando el vino fulmina mis entrañas.

Fragm. 77 D
(C. G. G.)[14]

SEMÓNIDES DE AMORGOS

9. De las razas de las mujeres

Dios hizo a las mujeres diferentes
desde un principio. A una, la sacó
de la híspida cochina, y en su casa
anda todo rodando por el suelo,
revuelto y rezumando porquería;
pero ella, sucia y con la ropa sucia,
aposentada en la basura, engorda.
Otra, a quien Dios formó de la maligna
zorra, lo sabe todo. Nada malo
se le escapa y tampoco nada bueno;
pues siempre está diciendo que algo es malo
o que al contrario es bueno; a cada rato
se nos presenta de un humor distinto.
Otra sale a la perra, vivaracha
como ésta, fiel estampa de su madre,
que quiere oírlo todo y enterarse,
y atisbando se mete en todas partes,
y, aun no viendo a nadie, a ése le ladra.
No la para el marido, que amenace

o que a pedradas, furioso, el diente
le quebrante o que le hable con cariño;
hasta sentada con extraños, sigue
empeñada en ladrar inútilmente.

A otra la modelaron los olímpicos
con barro, y salió torpe, y a los hombres
se la dieron tal cual. No sabe nada,
bueno ni malo, esa mujer; no entiende
sino en hincar el diente, de labores.
Y si el invierno aprieta, pasa frío,
no atinando a acercar su asiento al fuego.

Otra es del mar y tiene dos maneras.
Ríe contenta un día, y el extraño
que la vea en la casa, hará su elogio
diciendo: «No se ha visto otra mujer
mejor ni más amable en todo el mundo».
Y al otro, no soporta que la miren
ni que le ronden cerca: se enfurece,
hosca como una perra con cachorros,
y es áspera con todos, y disgusta
igual a los amigos y enemigos;
como el mar, que unas veces está en calma
y propicio, en verano, para gozo
del marinero, y otras se enfurece
y se levanta en olas resonantes.
Sí, es al mar a quien más se le parece
esa mujer, en la índole inestable.

Otra es un asno apaleado y gris
que apenas por la fuerza y con insultos
consiente en algo al fin, y a quien le duele
hacer un buen trabajo; mientras tanto,
come toda la noche dentro el cuarto
y todo el día, e incluso ante el hogar.
Para hacer el amor, de todos modos,
cualquier patán que venga le resulta.

Y otra, la comadreja, es una especie
mala y ruin, sin nada amable o bello,
nada que satisfaga o se desee.
Estando loca por ir a la cama,
le da náuseas al hombre disponible.
A escondidas prepara la desgracia
de los vecinos; y a menudo come
ofrendas rechazadas por los dioses.

A otra debió parirla una exquisita
yegua de largas crines, pues no quiere
hacer de criada ni matarse en eso,
y no le da al molino ni levanta
la criba ni echa fuera la basura,
y como quiera que el hollín podría
tiznarla, cabe el horno no se sienta;
y es por fuerza si al fin conquista a un hombre.
Se quita el pringue dos veces al día,
y a veces tres, y se unge con esencias;
y siempre lleva el pelo bien peinado,
largo, y con lindas flores que lo adornan.
Bella es de ver una hembra así, a lo menos
para el otro, aunque no para su dueño,
de no tratarse de un tirano o un rey,
a quienes tales seres regocijan.

Otra sale a la mona: es la peor
calamidad que Zeus envía al hombre.
Es muy fea de cara, y cuando cruza
el pueblo, a todo el mundo le entra risa
de tan enana, apenas adelanta,
y anda, de tan delgada, sin trasero.
¡Pobre, el hombre que tenga que abrazarla!
Sabe todos los trucos y ademanes,
como una mona. ¡Qué importa que se rían!
No quiere hacer el bien: muy al contrario,
todo el día examina y considera

cómo hacerle a la gente el mayor daño.
Y la abeja, ¡dichoso el que la tiene!
Sola a quien no le va ningún reproche,
ella estira y aumenta nuestra vida.
Y, amada al lado del marido amante,
envejece cuidando de los hijos.
Se distingue entre todas las mujeres
y una divina gracia la rodea.
Y no quiere sentarse con las otras
para contarse cuentos sobre el sexo.
De las mujeres que da Zeus al hombre
éstas son las más buenas y prudentes.
Y todas las demás, porque él lo quiso,
son un horror, y han de seguirlo siendo.
Pues la cosa más mala que hizo Zeus
es la mujer. Pensamos que nos sirve,
y es lo más malo para el que la tiene.
Pues no pasa tranquilo un día entero
el que vive casado con mujer,
ni le es tan fácil echar de la casa
el hambre, huésped cruel, dios implacable.
Y cuando el hombre piensa que es más propio
que esté contento en casa, pues los dioses
le dan favor y a todos les es grato,
sale ella armando guerra a reprenderlo.
Donde hay mujer, no se recibe a gusto
en la familia a un huésped de pasada.
Y la que tiene un aire más discreto
es la que a fin de cuentas más ofende:
se le emboba el marido, y los vecinos
gozan de ver que falla también ése.
Todos alabarán la mujer propia,
si hablan de ella, y execrarán la ajena;
y, sin embargo, hay que reconocerlo,
de todos es idéntica la suerte.

Es la cosa más mala que hizo Zeus,
y es un nudo en los pies, que nadie suelta,
desde que el Hades recibiera a aquellos
que por una mujer se hicieron guerra.

Fragm. 7 D
(J. F.)[15]

MIMNERMO DE COLOFÓN

10. Los placeres y los días

¿Qué vida, qué placer hay al margen de la áurea Afrodita?
Morirme quisiera cuando ya no me importen
el furtivo amorío y sus dulces presentes y el lecho,
las seductoras flores que da la juventud
a hombres y mujeres. Pues más tarde acude penosa
la vejez, que a un tiempo feo y débil deja al hombre.
De continuo agobian su mente tristes presentimientos
y no disfruta ya al contemplar los rayos del sol,
entonces es odioso a los niños, y despreciable a las mujeres.
¡Tan horrible implantó la divinidad la vejez!

Fragm. 1 D
(C. G. G.)[14]

11. Breve es el vivir

Nosotros, cual las hojas que cría la estación florida
de primavera, apenas se difunde a los rayos del sol,

semejantes a ellas, por breve tiempo gozamos de flores
de juventud, sin conocer por los dioses ni el mal
ni el bien. Pero al lado se presentan las Keres oscuras,
la una con el embozo de la funesta vejez,
la otra con el de la muerte. Un instante dura el fruto
de la juventud, mientras se esparce sobre la tierra el sol.
Mas apenas ha pasado esa sazón de la vida,
entonces resulta mejor estar muerto que vivo.
Muchos males entonces asaltan el ánimo. Unas veces el hogar
se arruina y vienen los duros acosos de la miseria.
Otro, en cambio, carece de hijos, y con ese ansia extrema
emprende bajo tierra su camino hacia el Hades.
A otro le apresa una angustiosa enfermedad. Ninguno
entre los hombres hay a quien Zeus no le dé muchos males.

Fragm. 2 D
(C. G. G.)[14]

12. El viaje cotidiano del Sol

Helios, pues, consiguió una tarea para todos los días,
y jamás se le ofrece descanso ninguno, ni a él
ni a sus caballos, en cuanto la Aurora de dedos rosados
abandona el Océano y asciende hasta el cielo.
A él sobre la mar lo transporta su lecho encantado,
cóncavo, moldeado por las manos de Hefesto,
de oro precioso, provisto de alas, sobre las ondas marinas.
Durmiendo plácido viaja desde el País de las Hespérides
a la región de los Etíopes, donde su raudo carro y corceles
le aguardan, en tanto aparece la Aurora nacida en el alba.
Y entonces se sube a su carro el hijo de Hiperión.

Fragm. 10 D
(C. G. G.)[14]

HIPONACTE DE ÉFESO

13. El poeta mendigo

Hermes, querido Hermes, hijo de Maya, nacido en Cilene,
a ti te suplico, que de modo terrible tirito de frío...
Dale a Hiponacte una capa y una camisetilla,
unas sandalias y unas pantuflejas y unas
sesenta estateras de oro de la casa vecina.
Dale una capa a Hiponacte, que tirito ya mucho
y me castañetean los dientes de frío...

Fragm. 24 D
(C. G. G.)[14]

ALCEO DE MITILENE

14. Consuelo y alegría del vino

Bebe y emborráchate, Melanipo, conmigo. ¿Qué piensas?
¿Que vas a vadear de nuevo el vorticoso Aqueronte,
una vez ya cruzado, y de nuevo del sol la luz clara
vas a ver? Vamos, no te empeñes en tamañas porfías.
En efecto, también Sísifo, rey de los eolios, que a todos
superaba en ingenio, se jactó de escapar a la muerte.
Y, desde luego, el muy artero, burlando su sino mortal,
dos veces cruzó el vorticoso Aqueronte. Terrible
y abrumador castigo le impuso el Crónida más tarde
bajo la negra tierra. Conque, vamos, no te ilusiones.
Mientras jóvenes seamos, más que nunca, ahora importa
gozar de todo aquello que un dios pueda ofrecernos.

Fragm. 73 D
(C. G. G.)[14]

15. Helena y Tetis

Es fama, Helena, que la amarga ruina
a Príamo y a sus hijos les sobrevino
por tu culpa y Zeus arrasó con fuego
la santa Troya.
Cuán distinta era aquella doncella gentil
que el Eácida tomó del hogar de Nereo,
invitando a su boda a todos los dioses,
al conducirla
a casa de Quirón. La joven esposa
soltó su cinto virginal. Y unió el amor
a Peleo y la mejor de las Nereidas.
Y ella, al año
le dio a luz un hijo, héroe supremo,
feliz conductor de sus bayos corceles;
mientras que por culpa de Helena murieron
Troya y los frigios.

Fragm. 74 D
(C. G. G.)[14]

16. Desdichas del poeta exiliado

... yo, desdichado,
vivo a la manera de un campesino,
anhelando escuchar, Agesilaidas,
los gritos que pregonan la asamblea
y el consejo. Eso que mi padre y el padre
de mi padre tuvieron hasta viejos
entre esos ciudadanos siempre en rencilla.
Pero estoy alejado de ellos yo,
exiliado en la lejanía, y aquí,
como Onomacles, en país de lobos

habito resignado a la guerra.
No es mejor soportar la revuelta...
Aquí el recinto de los dioses felices
frecuento cruzando esta oscura tierra,
con otras compañeras de camino...
y con mis pies lejos de males, vivo
donde las lesbias de rozagante peplo
vienen a competir en belleza. Aquí
en torno retumba el griterío inmenso
de mujeres en sus anuales fiestas sacras.
... ¿Cuándo de mis muchos pesares
me van a liberar los Olímpicos?

Fragm. 130 L-P
(C. G. G.)[14]

SAFO DE LESBOS

Safo de Mitilene, en Lesbos, que floreció hacia el 600, es una de las indiscutibles voces de la mélica griega, y de la de todos los tiempos. Pese a lo fragmentario de su obra, percibimos en sus versos una gracia y una sensibilidad prodigiosas. Platón la llamó la «décima Musa», con un cumplido muy acertado. Sensibilidad femenina en la evocación de las cosas y los ambientes, en breves trazos, con palabras justas y adjetivos de color. Nostalgias y deseos, delicados aromas y colores, y ruegos a la diosa del amor se combinan en unos poemas de enorme musicalidad y de inimitable tono personal.

17. Himno a Afrodita

Inmortal Afrodita, la de trono pintado,
hija de Zeus, tejedora de engaños, te lo ruego;
no a mí, no me sometas a penas ni angustias
el ánimo, diosa.
Pero acude acá, si alguna vez en otro tiempo,
al escuchar de lejos de mi voz la llamada,
la has atendido y, dejando la áurea morada
paterna, viniste,

tras aprestar tu carro. Te conducían lindos
tus veloces gorriones sobre la tierra oscura.
Batiendo en raudo ritmo sus alas desde el cielo
cruzaron el éter,
y al instante llegaron. Y tú, oh feliz diosa,
mostrando tu sonrisa en el rostro inmortal,
me preguntabas qué de nuevo sufría y a qué
de nuevo te invocaba,
y qué con tanto empeño conseguir deseaba
en mi alocado corazón. «¿A quién, esta vez
voy a atraer, oh querida, a tu amor? ¿Quién ahora,
ay Safo, te agravia?
Pues si ahora te huye, pronto va a perseguirte;
si regalos no aceptaba, ahora va a darlos,
y si no te quería, en seguida va a amarte,
aunque ella resista.»
Acúdeme también ahora, y líbrame ya
de mis terribles congojas, cúmpleme que logre
cuanto mi ánimo ansía, y sé en esta guerra
tú misma mi aliada.

Fragm. 1 D
(C. G. G.)[14]

18. Me parece igual a los dioses

Me parece que es igual a los dioses
el hombre aquel que frente a ti se sienta,
y a tu lado absorto escucha mientras
dulcemente hablas
y encantadora sonríes. Lo que a mí
el corazón en el pecho me arrebata;
apenas te miro y entonces no puedo
decir ya palabra.

Al punto se me espesa la lengua
y de pronto un sutil fuego me corre
bajo la piel, por mis ojos nada veo,
los oídos me zumban,
me invade un frío sudor y toda entera
me estremezco, más que la hierba pálida
estoy, y apenas distante de la muerte
me siento, infeliz.

Fragm. 2 D
(C. G. G.)[14]

19. Lo mejor es lo que uno ama

Dicen unos que un ecuestre tropel, la infantería
otros, y ésos, que una flota de barcos resulta
lo más bello en la oscura tierra, pero yo digo
que es lo que uno ama.
Y es muy fácil hacerlo comprensible a cualquiera.
Pues aquella que mucho en belleza aventajaba
a todos los humanos, Helena, a su esposo,
un príncipe ilustre,
lo abandonó y marchóse navegando hacia Troya,
sin acordarse ni de su hija ni de sus padres
en absoluto, sino que la sedujo Cipris.
...
... También a mí ahora a mi Anactoria ausente
me has recordado.
Cómo preferiría yo el amable paso de ella
y el claro resplandor de su rostro ver ahora
a los carros de guerra de los lidios en armas
marchando al combate.

Fragm. 27 D
(C. G. G.)[14])

20. Soledad y noche

Ya se ocultó la luna
y las Pléyades. Promedia
la noche. Pasa la hora.
Y yo duermo sola.

Fragm. 94 D
(C. G. G.)[14]

21. Canción de tela

Dulce madre mía, no puedo ya tejer mi tela,
consumida de amor por un joven, vencida por la suave
Afrodita.

Fragm. 114 D
(C. G. G.)[14]

ANACREONTE

22. La vejez

Canosas ya tengo las sienes
y blanquecina la cabeza,
pasó ya la juventud graciosa,
y tengo los dientes viejos;
del dulce vivir el tiempo
que me queda ya no es mucho.
Por eso sollozo a menudo,
estoy temeroso del Tártaro.
Pues es espantoso el abismo
del Hades, y amargo el camino
de bajada... Seguro además
que el que ha descendido no vuelve.

Fragm. 44 D
(C. G. G.)[14]

23. Amor tardío

Echándome de nuevo su pelota de púrpura
Eros de cabellera dorada
me invita a compartir el juego
con la muchacha de sandalias de colores.
Pero ella, que es de la bien trazada Lesbos,
mi cabellera, por ser blanca, desprecia,
y mira, embobada, hacia alguna otra.

Fragm. 5 D
(C. G. G.)[14]

ALCMÁN DE ESPARTA

24. Canto coral (Partenio)

Coro de muchachas y bellezas rivales

Existe una venganza de los dioses.
Y feliz aquel que, alegre,
del día, sin llorar, la trama
teje hasta el fin. Pero yo canto
de Agido el resplandor: la veo
igual que el sol, el mismo
a quien invoca Agido
para que brille sobre nosotras. Aunque,
loarla o reprenderla, me lo impide
nuestra corifea ilustre: ella,
distinta, sí, se me aparece, como
si uno pone entre reses un caballo
robusto, un campeón de cascos
sonoros, un sueño alado.

¿Que no ves? Enético, tal vez
será el corcel; pero el cabello

de mi prima Hagesikhora
tiene el frescor lozano
del oro puro y sin liga,
y su cara de plata
–¿a qué decirlo con palabras?
Hagesikhora está ahí: mírala.
En cuanto a Agido, después de ella segunda en hermosura,
ya correrá como un corcel escita junto a un corcel lidio.
Pues las Palomas, contra
nosotras, que llevamos el arado
para la diosa del albor temprano,
luchan. Y en la noche inmortal emergen como Sirio.

No basta la abundancia
de púrpura a vencerlas,
ni el elegante brazalete de oro
en forma de serpiente, ni el tocado
lidio, adorno
de las muchachas de dulces párpados,
ni las trenzas de Nanno,
ni aun Areta, a una diosa semejante,
ni Thylakís ni Kleesithera bastan;
y no irás a decirle a Ainesimbrota, en casa:

«¡Si yo a Astaphís tuviera,
y si por mí miraran
Philylla y Damareta y la amada Vianthemís!».
Antes, Hagesikhora es quien me rinde.

Pues no es allí donde está Hagesikhora
la de tobillos lindos, sino que
no se aparta de Agido un solo instante
y cumplimenta el festival con ella.
Dioses, oíd su ruego;
porque a los dioses tocan

sazón y término. En cuanto a mí, «Maestra del coro»,
diría, «yo no soy sino una virgen,
y canté en vano, como un búho
que grazna en el tejado, y, aunque
quiero agradar a Aotis sobre todo,
ya que es ella quien cura nuestra llaga,
es a Hagesikhora a quien le deben las muchachas
tener el pie en la paz que anhelan».

Pues como a mi caballo guía
me enseñaron a obedecerla,
y asimismo conviene que en la nave
al timonel se atienda sobre todo.
Ella no cantará más dulcemente
que las Sirenas, que son diosas,
y somos niñas sólo, en nuestro grupo
de diez que canta en vez de once;
y aunque nuestra voz es la de un cisne en la corriente
del Xanthos, ella, con sus lindos bucles rubios...

Fragm. 1 P
(J. F.)[15]

25. ¡Ojalá fuera un alción!

Muchachas de palabras de miel y voces claras,
ya no pueden alzarme mis rodillas. ¡Ojalá yo
un alción macho fuera para volar con otros
con bravo corazón sobre la flor de las olas,
un ave sagrada, del color cambiante del mar!

Fragm. 94 D
(C. G. G.)[14]

26. Serenidad del paisaje

Duermen de los montes cumbres y valles,
picachos y barrancas,
cuantas razas de bestias la oscura tierra cría,
las fieras montaraces y el enjambre de abejas,
y los monstruos en el fondo del agitado mar.
Y las bandadas de aves de largas alas duermen.

Fragm. 58 D
(C. G. G.)[14]

ESTESÍCORO DE HÍMERA

27. Palinodia de Helena

No es cierta la leyenda,
no fuiste en las naves de buenos bancos,
ni llegaste a los palacios de Troya.

Fragm. 11 D
(C. G. G.)[14]

28. Las hijas de Tindáreo

... Porque Tindáreo, en cierta ocasión,
al sacrificar a todos los dioses tan sólo olvidóse
a Cipris, la de dulces regalos; y ella, irritándose,
a las hijas de Tindáreo las hizo mujeres de dos
y tres bodas, y traidoras a sus esposos.

Fragm. 17 D
(C. G. G.)[14]

ÍBICO DE REGIO

29. El amor y el tiempo

En primavera los membrillos,
regados por las aguas corrientes
de los arroyos, allí en el jardín
intacto de las Vírgenes florecen,
y rebrotan y crecen los racimos
bajo los tallos umbrosos de los pámpanos.
Mas conmigo el amor no reposa en ninguna estación.
Sino que, como el tracio Bóreas,
encendido por el rayo, precipitándose
desde la casa de Cipris, con abrasadores delirios,
oscuro e impertérrito asedia
con fuerza y desde el fondo
mi corazón.

Fragm. 6 D
(C. G. G.)[14]

30. El amante añejo

Eros, de nuevo, bajo sus párpados azuloscuro,
me examina con ojos de lánguido mirar,
y con toda clase de hechizos
a las inmensas redes de Cipris me lanza.
En verdad que tiemblo al verlo cerca,
como un caballo de carreras,
ganador de trofeos antaño,

que, pesaroso, bajo el carro veloz
se ve uncir para otro certamen.

Fragm. 7 D
(C. G. G.)[14]

SOLÓN DE ATENAS

31. Elegía a las Musas

Hijas espléndidas de la Memoria y del Zeus del Olimpo,
Musas de la Piéride, oíd esta súplica;
dadme bonanza, tocante a los dioses felices; y en cuanto
toca a los hombres, que tenga siempre un buen nombre;
que endulce la vida al amigo y amargue la del enemigo,
respetado por unos, terrible a los otros.
Riquezas, deseo tenerlas, pero con fraude no quiero
guardarlas conmigo: la pena al final siempre llega.
Los bienes que donan los dioses se quedan al lado del hombre
firmes desde la última raíz a la copa;
pero aquellos que el hombre persigue abusando no vienen
con orden; ceden a injustos manejos e indóciles
siguen, pero no tarda en ponerse en medio el desastre.
El principio es cosa de poco, igual que el del fuego,
desdeñable al comienzo, pero que acaba en molestia;
para el hombre no duran las obras de abuso.
Zeus de todas las cosas ve el término, y tan de repente
como al instante dispersa las nubes el viento
de primavera que, habiendo revuelto hasta el fondo las olas

del mar sin cosecha y barrido los bellos cultivos
de la tierra triguera, llega hasta el cielo empinado,
morada divina, y lo aclara otra vez a la vista;
y resplandece la fuerza del sol sobre el suelo fecundo,
hermosa, y ya no pueden verse más nubes:
igual se presenta el castigo de Zeus; y no siempre con todos,
como el hombre mortal, se enfada igualmente,
pero jamás se le oculta del todo aquel que en su pecho
alberga injusticia, y siempre al final lo descubre.
Paga éste enseguida, el otro más tarde; uno escapa,
y no le toca el destino que envían los dioses;
no obstante, él vuelve al cobro; y sin culpa pagan la pena
los hijos de aquél o su posterior descendencia.
Los hombres, igual el bueno que el malo, pensamos así:
cualquiera tiene excelente opinión de sí mismo,
mientras no hay daño; y entonces llora; pero antes nos tuvo
boquiabiertos a todos la necia esperanza.
Uno que vive apretado por males terribles no piensa
sino que día vendrá en que otra vez esté sano;
otro, que es un cobarde, se cree ser muy valiente,
y que es muy buen mozo, y no tiene gracia en el cuerpo;
y el pobre, al que agobian las obras de la miseria, imagina
que se hará todavía con muchas riquezas.
Cada cual se afana a su modo. Hay quien en sus naves
recorre el mar rico en peces, queriendo llevar
ganancia a la casa, y lo azotan en tanto vientos terribles,
y no pone a su vida resguardo ninguno;
otro se pasa el año labrando un terreno plantado,
sirviendo al que tiene a su cargo los curvos arados;
otro, instruido en las obras de Atena y de Hefesto inventor,
se gana el sustento con la labor de sus manos,
y otro, iniciado en su don por las propias Musas olímpicas,
con su saber de las normas del arte que agrada;
a otro lo hizo adivino su amo Apolo flechero,
y el daño anticipa que al hombre de lejos se acerca,

cuando lo ayudan los dioses, aunque no hay nadie que aparte
de sí lo fatal mediante agüeros ni ofrendas;
otros, los médicos, tienen de Peón experto en remedios
la técnica, pero ningún poder sobre el éxito:
de un dolor muy ligero resulta a menudo un tormento
que nadie cura, por muchos remedios que aplique,
y a otro, ofuscado por males acerbos, con sólo tocarlo
con las manos, lo pone sano otra vez.
Es el Hado el que envía a los hombres el mal como el bien,
y los dones de un dios inmortal no se excusan.
Sí, y en toda empresa hay peligro, y no hay nadie que sepa
dónde habrá de parar el negocio empezado:
uno, que trata de hacer bien las cosas con toda inocencia
se echa encima un desastre tremendo, odioso;
y a otro, un incapaz, los dioses en todo momento
le dan buena suerte, remedio de su incompetencia.
No tiene un término claro, el afán de riquezas del hombre;
así, los que tienen hoy día fortuna mayor
se esfuerzan el doble; y ¿cómo es posible saciarlos a todos?
Los inmortales les dan su ganancia a los hombres,
y de ellos procede también el desastre que, cuando Zeus
lo envía en castigo, sufre cada uno a su tiempo.

Fragm. 1 D
(J. F.)[15]

32. Para la felicidad

En verdad que por igual son ricos quien tiene mucho oro,
plata y campos de tierra que siembra de trigo,
y caballos y mulos, y quien sólo se ocupa de esto:
de dar gozo a su vientre, su costado y sus pies,
y disfrutar, si la ocasión se lo ofrece, de una mujer
o un muchacho en sazón. A su tiempo todo es grato.

Ése es el colmo de ventura para el hombre. Pues nadie
con todas sus muchas riquezas se va hacia el Hades,
ni, ofreciendo rescate, se escapa a la muerte ni a duras
dolencias ni a la maldita vejez cuando ella acude.

Fragm. 14 D
(C. G. G.)[14]

33. Apología personal

Y yo ¿por qué me retiré antes de conseguir
aquello a lo que había convocado al pueblo?
De eso podría atestiguar en el juicio del tiempo
la madre suprema de los dioses olímpicos
muy bien, la negra Tierra, a la que entonces
yo le arranqué los mojones hincados por doquier.
Antes era esclava, y ahora es libre.
Y reconduje a Atenas, que por patria les dieron
los dioses, a muchos ya vendidos, uno justa
y otro injustamente, y a otros exiliados
por urgente pobreza que ya no hablaban
la lengua del Ática, de tanto andar errantes.
Y a otros que aquí mismo infame esclavitud
ya sufrían, temerosos siempre de sus amos,
los hice libres. Eso con mi autoridad,
combinando la fuerza y la justicia,
lo realicé, y llevé a cabo cuanto prometí.
Leyes a un tiempo para el rico y el pobre,
encajando a cada uno una recta sentencia,
escribí. Si otro, en mi lugar, tiene la vara,
un tipo malévolo y codicioso de bienes,
no hubiera contenido al pueblo. Si yo decido
un día lo que a unos les gustaba entonces,
y al otro lo que maquinaban sus contrarios,

esta ciudad habría quedado viuda de muchos.
Frente a eso, sacando coraje de todos lados
me revolví como un lobo acosado por perros.

Fragm. 24 D
(C. G. G.)[14]

JENÓFANES DE COLOFÓN

34. El banquete

Ahora, pues, limpio está el suelo y las manos de todos,
y las copas. Trenzadas coronas nos pone uno encima,
y otro presenta en un frasco el ungüento aromático.
La crátera en medio se yergue colmada de gozo.
Otro vino hay dispuesto que dicen que nunca traiciona,
dulce en los cántaros, y con perfume de flores.
En el centro su santo aroma exhala el incienso,
y hay también agua fresca, gustosa y muy clara.
Al lado hay rubios panes y se halla la mesa admirable
cargada de queso y de miel estupenda y dorada.
El altar en el medio cubierto de flores se encuentra, y el
canto y la fiesta se extienden por toda la casa.
Conque deben, primero, los hombres sensatos a Dios
celebrar con relatos piadosos y puras palabras.
Y, tras hacer libaciones y orar ser capaces de actuar
con justicia –que nada es, pues, preferible a tal cosa–,
no hay exceso en beber cuanto puedas con tal de que llegues
sin ayuda de criado a tu casa, si no eres muy viejo.
Alaba entre todos a aquel que ha bebido y bien muestra

que su memoria y su afán la virtud de continuo persiguen,
y no se ocupa en contar las batallas de Titanes, Gigantes,
ni de Centauros tampoco –ficciones de nuestros
mayores–, sino que siempre conserva el respeto debido a los
[dioses.

Fragm. 1 D
(C. G. G.)[14]

35. Atletas y sabios

Pero si por la rapidez de sus pies la victoria uno logra,
o en el pentatlo –allí en el recinto sagrado de Zeus,
junto al río de Pisa, en Olimpia–, o bien en la lucha,
o en el pugilato que causa tremendos dolores,
o bien en ese espantoso certamen que llaman «pancracio»,
muy ilustre se hace a los ojos de sus convecinos,
y puede alcanzar la gloriosa «proedría» en los Juegos,
y recibir alimentos a cargo del público erario,
y de su ciudad un regalo, que tenga por premio.
Incluso lo puede lograr con caballos todo eso,
sin ser tan valioso como yo. Pues mejor que la fuerza
de los caballos y los hombres es nuestro saber.
Pero todo eso se juzga con mucho desorden; injusto
es preferir al saber verdadero la fuerza corpórea.
Pues, aunque en el pueblo se encuentre un buen luchador,
o un campeón del pentatlo o un as de la palestra,
o alguien ligero de pies, que es lo más apreciado
en las pruebas de fuerza que van a certamen,
por eso no va la ciudad a tener buen gobierno.
Mínimo gozo consigue sacar la ciudad de eso,
de que alguno compita y venza en la orilla de Pisa.
Pues tal hecho no va a engrosar los tesoros del pueblo.

Fragm. 2 D
(C. G. G.)[14]

36. Sobre las creencias en los dioses

A los dioses todo han atribuido Homero y Hesíodo
cuanto entre humanos es causa de escarnio y reproche:
robar, cometer adulterio, y el mutuo engañarse.

Mas piensan los mortales que hubo un nacer de los dioses
y que tienen, como ellos, vestidos y voz y figura.

Pero si manos tuvieran los bueyes, caballos y leones,
para pintar con sus manos y crear, como hombres, sus obras,
también pintarían figuras de dioses y harían sus cuerpos
los caballos igual a los caballos y los bueyes a los bueyes,
tales cual cada animal su figura tuviera.

Los Etíopes afirman que sus dioses son chatos y negros,
y los Tracios los tienen de ojos azules y pelirrojos.

No todo al comienzo enseñaron los dioses a los hombres
mas, con el tiempo, buscando ellos logran hallar lo mejor.

Hay un único dios, el más grande entre dioses y humanos,
no semejante en su forma ni en su pensamiento a los hombres.

Fragms. 10, 12, 14, 15, 16, 19 D
(C. G. G.)[14]

TEOGNIS DE MÉGARA

37. Los tiempos cambian

Ah, Cirno, ésta es aún nuestra ciudad, pero es otra su gente.
Los que antes no sabían de leyes ni derechos,
los que cubrían sus flancos con pieles de cabras,
y fuera de esta ciudad, como gamos, pastaban,
ahora son gente de bien, Polipaides; y los nobles de antes
ahora son pobres gentes. ¿Quién puede soportar el ver eso?
Unos a otros se engañan burlándose entre sí,
y desconocen las normas de lo bueno y lo malo.
No te hagas amigo de ninguna de estas personas, Polipaides,
de corazón, por grande que sea tu apuro.
Pero de palabra aparenta ser amigo de todos,
y no colabores con nadie en cosas de importancia.
Porque te darás cuenta del talante de esos miserables,
cómo no puede haber confianza ninguna en sus hechos,
sino que aman las trampas, engaños y enredos,
tal como los hombres que no tienen remedio ninguno.

Vv. 53-68
(C. G. G.)[14]

38. El poeta inmortaliza a su amado

Alas a ti yo te he dado; con ellas el mar infinito
y toda la tierra en un vuelo podrás recorrer
sin fatigas. En todo banquete y festejo presente
te hallarás, albergado en las bocas de muchos.
Y al son de las flautas de tonos agudos los jóvenes
en rondas de amor, con bellas y suaves tonadas
te citarán. Y cuando a las cavernas de la oscura tierra
desciendas, a las lamentables mansiones del Hades,
ni siquiera entonces, muriendo, te ha de faltar tu gloria,
sino que conservarás entre la gente tu nombre inmortal,
Cirno; y vas a viajar por la tierra de Grecia y las islas,
y a cruzar la incansable alta mar habitada por peces,
sin montarte a lomos de caballos, pues van a llevarte
los espléndidos dones de las Musas de trenzas violeta.
Y para todos aquellos, incluso del mañana, que aprecien el canto,
tú vivirás por igual, en tanto existan la tierra y el sol.
Y, sin embargo, de ti yo no recibo ni un poco de aprecio,
sino que, como a un niño pequeño, me engañas con cuentos.

Vv. 237-254
(C. G. G.)[14]

39. Protesta a Zeus por su injusticia

Querido Zeus, asombrado me tienes. Pues tú a todos
gobiernas con gloria y enorme poder personal.
Bien conoces la mente y el ánimo de uno y otro hombre,
tuyo es el dominio supremo de todas las cosas, oh rey.
¿Cómo, entonces, oh Crónida, decide tu mente otorgar
un mismo destino a los hombres malvados y al justo,
tanto si el ánimo humano se goza en lo recto, o bien
al exceso se da, cumpliendo los hombres injustas acciones?
Nada ha dejado el destino prescrito a los hombres,

ni siquiera un camino a seguir que agradara a los dioses.
No obstante, unos tienen fortuna sin mengua, y otros,
que de acciones malignas apartan su mente, reciben a cambio
pobreza, que es madre de ahogo –por más que practican lo
[justo–,
y ésta arrastra el ánimo humano al error, y corrompe
en el pecho el pensar bajo el yugo de su ruda violencia,
y a soportar le acostumbra, a su pesar, numerosos ultrajes,
cediendo a la miseria, que es maestra en muchas desdichas,
en mentiras y fraudes y muy lastimosas discordias,
incluso para aquel que se niega. Ya nada encuentra mal.
Porque engendra pobreza esa amarga y dura impotencia.

Vv. 373-392
(C. G. G)[14]

40. Pesimismo

De todas las cosas la mejor es no haber nacido
ni ver como humano los rayos fugaces del sol;
y una vez nacido cruzar cuanto antes las puertas del Hades,
y yacer bajo una espesa capa de tierra tumbado.
Engendrar y criar a un hombre es más fácil que darle
un ánimo noble. Pues nadie aún ha ingeniado tal cosa:
hacer un sensato de un necio y un noble de un malandrín.
Si un dios a los Asclepíadas lo hubiera otorgado,
el curar la maldad y el tortuoso carácter humano,
de eso habrían sacado ganancias cuantiosas y múltiples.
Si la inteligencia de un hombre forjarse e implantarse
pudiera, jamás de un buen padre un mal hijo saldría,
al atender a razones virtuosas. Mas por aprendizaje
nunca harás de un villano un hombre de bien.

Vv. 425-439
(C. G. G.)[14]

41. La Esperanza

La Esperanza es la única diosa que habita entre humanos,
las demás se marcharon, dejándola atrás, al Olimpo.
Se fue la Confianza, gran diosa, se fue de los hombres
la Cordura, y las Gracias, amigo, dejaron la Tierra.
Ya no hay juramentos de fiar entre humanos ni justos,
ni nadie demuestra respeto a los dioses eternos;
se ha extinguido el linaje de hombres piadosos; ahora
ni normas legales conocen ni aún la Piedad.
Mas en tanto uno vive y ve el brillo del sol,
conserve piadoso su fe en la divina Esperanza,
rece a los dioses y, al ofrendarles los grasientos muslos,
en sus sacrificios invoque, al comienzo y al fin, la Esperanza.
Guárdese siempre del torvo discurso de hombres injustos,
que, sin recelo ninguno del ser de los dioses eternos,
de continuo a los bienes ajenos su vista dirigen,
y establecen infames apaños con ruines propósitos.

Vv. 1135-1150
(C. G. G.)[14]

EMPÉDOCLES DE AGRIGENTO

42. Presentación

Oh amigos que la gran ciudadela en el rubio Agrigento
habitáis, de la villa en lo alto, ocupados en nobles tareas,
venerables asilos de extraños, de maldad inexpertos,
os saludo. Que yo entre vosotros, un dios inmortal, no más
[hombre,
camino, ensalzado por todos, como bien me merezco,
coronando mi frente con cintas y verdes guirnaldas.
Cuando con ellas acudo a las muy florecientes ciudades
sus hombres y mujeres me adoran. Y a miles me siguen,
indagando la senda que puede al provecho llevarles,
los unos me piden oráculos, y otros reclaman
mi palabra que sirve de cura a sus varias dolencias,
traspasados por muy largo tiempo de crueles dolores.

Fragm. 112 D-K
(C. G. G.)[14]

43. El terrible destino de los hombres

Hay una sentencia del Destino, una ley de los dioses,
sempiterna, sellada con grandes juramentos, que dice:
Cuando alguien con culpas en crimen de sangre las manos
se manche, y por odio pronuncie un traidor juramento,
de entre los seres divinos que muy larga vida lograron,
de los Felices se aleje errando en treinta mil estaciones,
naciendo en el curso del tiempo en cualquier forma mortal,
de las que entrecruzan las rutas del fiero existir.
Pues, de un lado, la fuerza del aire hacia el mar los empuja,
el mar los escupe hacia el suelo terrestre, y la tierra
a los rayos del sol fulgurante, y el sol los sumerge en el aire.
El uno del otro los toma, mas todos los odian.
Es que ahora uno de ellos soy yo, exiliado de los dioses
y vagabundo, confiado al furioso dominio del Odio.

Fragm. 115 D-K
(C. G. G.)[14]

44. Metamorfosis y buena memoria

Pues yo he sido ya, antaño, muchacho y muchacha,
y un arbusto y un pájaro y un pez escamoso en el mar.

Fragm. 117 D-K
(C. G. G.)[14]

SIMÓNIDES DE CEOS

45. La virtud es limitada

Llegar a ser de verdad un hombre bueno,
equilibrado de manos, pies, y espíritu,
forjado sin tara, es arduo empeño.
...
Ni siquiera la sentencia de Pítaco
me parece acertada, aunque de un sabio
dicha. Afirmaba que es arduo ser bueno.
Sólo un dios puede tener tal privilegio.
Un hombre no puede evitar el ser malo
si un desastre invencible lo derriba.
Con buena fortuna cualquier hombre es bueno,
y malo es cuando todo le va mal...
En general, son los mejores aquellos
a los que los dioses tratan con cariño.
Por eso nunca, persiguiendo lo imposible,
yo arrojaré la vida que me dé el destino
en pos de una esperanza irrealizable:
un hombre sin reproche de entre cuantos
consumimos el fruto de la ancha tierra.

Pero, si lo encuentro, os lo vendré a decir.
Ahora elogio y aprecio a todo aquel
que no hace por su gusto ningún daño.
Contra Necesidad ni los dioses batallan.
...
No soy amigo de censuras, que a mí
me basta quien no es malo ni intratable
en exceso, y conoce la justicia
que beneficia al pueblo, un hombre sano.
Y no seré yo quien le haga reproches.
Porque es infinita la estirpe de los necios.
En verdad, bien está todo aquello
a lo que no está mezclado lo vicioso.

Fragm. 4 D
(C. G. G.)[14]

46. Orfeo

Sobre su cabeza infinitos
los pájaros revoloteaban
y los peces saltaban
fuera del agua azul
al son de su bella canción.

Fragm. 27 D
(C. G. G.)[14]

47. Epitafios

Epigramas atribuidos a Simónides

1 (En Termópilas)

Extranjero, anuncia a los Lacedemonios que aquí
yacemos, obedeciendo las órdenes que nos dieron.

2 (En Platea)

Si es el bien morir la más alta muestra de virtud,
a nosotros entre todos nos la otorgó el destino.
Porque, empeñándonos en defender la libertad de Grecia,
hemos caído, logrando así un perenne prestigio.

3 (En Platea)

Dejando una fama inmortal aquí éstos en pro de su patria
se vieron envueltos en la negra nube de la muerte.
No están muertos, aunque murieran, pues su valor
del dominio de Hades los alza y corona de gloria.

4 (En Tegea)

Gracias al valor de estos hombres al cielo no llegó
el humo de la vasta Tegea presa del incendio.
Habían decidido legar a sus hijos una ciudad floreciente
en libertad, y morir ellos en las primeras filas.

5 (En Tegea)

Recordemos a hombres de recto valor, cuya tumba aquí está.
Ellos murieron salvando a Tegea, la de buenos rebaños,
guerreros en pro de su ciudad, para no permitir la ruina
de Grecia, cuando iba a perecer su libertad tan preciada.

Fragms. 92, 118, 121, 122, 123 D
(C. G. G.)[14]

PÍNDARO DE TEBAS

De la amplia producción poética de Píndaro -que los filólogos alejandrinos ordenaron en diecisiete libros- nos han quedado los cuatro de sus Epinicios: *las* Olímpicas, Píticas, Ístmicas y Nemeas, *además de unos cuantos fragmentos. Esos cantos de victoria en honor de los vencedores de los juegos atléticos más ilustres de Grecia nos dan una clara visión del genio poético del poeta beocio, maestro de la lírica coral, cantor de las glorias de los aristócratas y príncipe de los líricos helenos. Las odas de Píndaro representan un tipo de poesía de amplio ritmo y elevado estilo, poesía difícil, al menos para nosotros, que no podemos percibir bien su música coral. En sus poemas se mezclan las imágenes grandiosas, los mitos aludidos de modo rápido e impresionista, los detalles históricos de las victorias y una atmósfera inspirada, que canta a los nobles y los alecciona en la virtud protegida por los dioses. Contemporáneo de Esquilo, Píndaro (522-448 a.C.) es un poeta sabio y piadoso, solemne y de elegancia arcaica en pleno periodo clásico. A su lado, su rival y colega en componer por encargo el mismo tipo de canciones de victoria, Baquílides, un excelente poeta, muestra el buen oficio, sin la genialidad del inimitable Píndaro.*

48. La gloria de Olimpia y el fulgor de la victoria

Excelsa es el agua; pero el oro, cual fuego ardiente,
se destaca en la noche por encima de la riqueza que al hombre
[enorgullece.
Si los juegos deportivos proclamar
deseas, corazón mío,
ni trates tú ya de contemplar
en pleno día astro luminoso, a través del éter yermo, más cálido
[que el sol,
ni nosotros un certamen superior al de Olimpia cantaremos,
lugar de donde procede el himno, por muchos entonado,
que envuelve el ingenio de los poetas, para que canten
al hijo de Crono cuando lleguen al próspero
hogar bienaventurado de Hierón,
quien ostenta el cetro dictaminador en la fructífera
Sicilia, recolectando los capullos de todas las virtudes,
mientras resplandece a la vez
en lo más exquisito del arte musical
con diversiones como las que nos reúnen
a los hombres con frecuencia alrededor de su mesa hospitalaria.
¡Vamos! ¡Descuelga del clavo la forminge doria,
si es verdad que la gloria de Pisa y de Ferenico
sometió tu espíritu a dulcísimas inquietudes
cuando junto al Alfeo se lanzó a la carrera
sin que su cuerpo en su transcurso fustigado fuera
y fundió a su amo con su victoria,
al rey siracusano de ecuestres aficiones!
Reluce su fama
en la colonia, por sus hombres célebres, del lidio Pélope.
Por éste sintió pasión el poderoso Posidón,
el que la tierra conduce, cuando Cloto lo sacó del inmaculado
[caldero
provisto de un brillante hombro de marfil.
¡En verdad que es mucho lo asombroso!

E incluso puede acontecer que los rumores
de los mortales, habladurías adornadas con abigarradas
ficciones, trasgrediendo el relato verdadero,
nos engañen por completo.

El Encanto, que apresta para los mortales todo lo que les es grato,
como además les aporta honra, también consigue que se crea lo
[increíble
las más de las veces;
y los días restantes
son sus testigos más cualificados.
Decoroso es que el hombre sólo tenga palabras hermosas
acerca de los dioses,
pues así será menor su culpa.
¡Hijo de Tántalo! En contra de lo dicho por mis predecesores
[afirmaré
que, cuando tu padre invitó a los dioses al muy irreprochable
[festejo en su querida Sípilo,
para ofrecerles un banquete en reciprocidad,
entonces el del brillante tridente te arrebató,

domeñados sus sentidos por el deseo, y en áureo carro
te subió a la morada excelsa de Zeus, el muy honorado;
allí en posterior ocasión
llegó también Ganimedes
para prestar a Zeus el mismo servicio.
Como visible no eras y a tu madre,
por más que te buscaban, los hombres no te devolvían,
uno de tus envidiosos vecinos dijo en secreto
que, desmembrado con un cuchillo,
te habían arrojado al agua en su extremo hervor por obra del
[fuego,
y que en la mesa, en un segundo reparto de carnes,
te habían troceado y devorado.

¡Imposible me resulta llamar glotón a un bienaventurado!
¡Me aparto de ello!
¡Cuántas veces la miseria ha caído en suerte a los
maledicentes!
En verdad que si hubo un mortal honrado
por los vigías del Olimpo, ése fue Tántalo,
mas no pudo digerir
su gran fortuna, y por causa del hartazgo
se ganó un castigo espantoso, la pesada
piedra que sobre él colgó el Padre:
el continuo deseo de apartarlo de su cabeza
le hace perder el rumbo de la felicidad.

Ésa es la clase de vida, sin remedio, que lleva en continuo
[suplicio,
cuarto castigo, junto a otros tres, porque robó
a los inmortales y dio a sus congéneres convidados
el néctar y la ambrosía,
que fueron instrumento de su inmortalidad.
Mas si alguien espera ocultar
sus obras a los dioses, yerra.
Por ello los inmortales arrojaron a su hijo de nuevo
a la búsqueda de la efímera raza humana;
y cuando, al alcanzar la flor de su edad,
el vello cubrió de sombra su barbilla,
brotó en él la inquietud por un oportuno matrimonio:
de su padre el de Pisa a la gloriosa Hipodamía
conseguir. Acercóse solo al mar gris en la oscuridad.
Llamó a voces al de profundo estruendo,
el del poderoso tridente. Éste
se le apareció cerca, junto a los pies.
Díjole: «¡Vamos! ¡Si es que los amables dones de la Cipria,
Posidón, producen algún efecto maravilloso,
traba la lanza broncínea de Enómao,
encamíname sobre tu velocísimo carro

hasta la Elide y acércame a la victoria,
pues ya ha matado a trece pretendientes,
para aplazar el matrimonio

de su hija! El peligro grande no admite a un hombre cobarde.
Si hemos de morir, ¿por qué preparar en vano
una vejez sin gloria sentados en la oscuridad,
privados de todo lo bello?
A mí me corresponderá esta hazaña.
Y tú concédeme su realización según quiero».
Así dijo; y no quedaron sin cumplimiento
las palabras con que le conmovió. El dios le honró
con el don de un carro áureo y de caballos de infatigables alas.

Sojuzgó la violencia de Enómao y a la doncella como cónyuge;
engendró seis hijos, caudillos esforzados en sus virtudes,
y ahora comparte espléndidas ofrendas cruentas,
yacente cabe el curso del Alfeo,
en tumba que culto recibe junto a un altar
por muchos visitantes frecuentado. La gloria
de Pélope desde lejos nos contempla, en los certámenes
de las Olimpiadas, donde dirime la velocidad de las piernas
y la madurez valiente de la fuerza.
El vencedor, para el resto de su vida,
conserva meliflua bonanza

por mor de sus proezas; el galardón que se conserva en
[cotidiana sucesión
es el más excelso que a cualquier mortal sobreviene.
Mas yo he de coronar a aquél con el modo ecuestre
en melodía eolia.
Persuadido estoy
de que no he de llegar a adornar
con los gloriosos pliegues de mis himnos
a ningún huésped que a un tiempo sea del bien conocedor
y en poder superior a los actuales.

Un dios protector se ocupa, Hierón,
de tus inquietudes con solicitud por ello; y si presto no te deja
tengo la esperanza de que una victoria
aún más dulce, lograda con raudo carro, he de celebrar

cuando encuentre camino de palabras que sea mi aliado,
al llegar junto al Cronio, desde lejos visible. La Musa, es cierto,
alimenta con vigor su más poderosa flecha
para mí. Diversa es la grandeza en cada uno;
pero la más escogida guarda su cima
para los reyes. Ya no mires más allá.
¡Que tú puedas hollar un tiempo así de excelsitud
y que yo me vea en compañía de los vencedores,
en otras tantas ocasiones, siendo renombrado
por mi poesía entre los griegos por doquier!

Olímpica I
(E. S.)[16]

49. El poder de la música y la grandeza de Hierón

Estrofa 1

¡Áurea lira, de Apolo y de las Musas de trenzas violáceas
tesoro justamente compartido! A ti te escucha
el paso de danza, comienzo de la fiesta,
y obedecen los cantores tus señales
cuando de los preludios que guían los coros
los primeros acordes preparas vibrante.
¡Hasta el rayo apagas, lancero
de inextinguible fuego! Y duerme sobre el cetro
de Zeus el águila, su rauda
ala a entrambos costados relajando,

Antístrofa

la reina de las aves, cuando una nube de ojos oscuros
sobre su corva cabeza, de los párpados dulce cerrojo,
le has derramado, y ella dormitando
la húmeda espalda levanta, por tus
impulsos cautivada. Y aun el violen-
to Ares, a un lado dejando la hiriente
punta de sus lanzas, calienta su corazón
en sueño profundo, y tus dardos embelesan también
las almas de los dioses, gracias a la pericia
del hijo de Lete y de las Musas de apretada cintura.

Epodo

Todos los seres, empero, que no ama Zeus, se aterran cuando
[la voz
oyen de las Piérides, tanto en la tierra como
en la mar invencible,
incluso aquel que en el horrible Tártaro yace,
el enemigo de los dioses,
Tifón, el de cien cabezas, a quien antaño
crió la gruta famosa de Cilicia. Mas ahora por cierto
los escollos cercados del mar ante Cumas
y Sicilia le oprimen
el pecho velludo, y la columna celeste le aprisiona,
el nevado Etna, todo el año nodriza de punzante hielo.

Estrofa 2

De sus cavernas son vomitados de fuego inabordable
manantiales purísimos; y sus ríos de día
vierten ardiente torrente de humo,

mas en las noches oscuras piedras
arrastra rodando la llama purpúrea a la honda
llanura del mar con estruendo.
Aquel monstruo reptando lanza a lo alto
las fuentes terribilísimas de Hefesto; un portento
que es maravilla contemplar,
y una maravilla también oírlo de los que allí estuvieron:

Antístrofa

cómo está él amarrado entre las cumbres de frondas oscuras
del Etna y su llanura, y el lecho arañante toda
la espalda recostada le lacera.
¡Sea, Zeus, séanos dado agradarte a ti,
que esa montaña dominas, frontal de una tierra
rica de frutos hermosos! Con su nombre glorificó
su ilustre fundador la ciudad vecina,
y en la pista de la Pítica fiesta
la proclamó un heraldo anunciando
la hermosa victoria de Hierón con su carro.

Epodo

A los hombres que suben a un barco es un gozo primero
que, al comenzar la ruta, les llegue acompañando
un viento favorable, pues es probable
que también se tenga al final un regreso mejor. Razonamiento tal
sobre estos prósperos sucesos trae la esperanza
de que en futuro tiempo será por las coronas hípicas ciudad
[famosa
y renombrada en sus banquetes de bellas canciones.
¡Licio y de Delos señor,
Febo, que amas del Parnaso la fuente Castalia,

quieras poner en tu mente estos votos y hacer rica
esa tierra de buenos varones!

Estrofa 3

Pues de los dioses vienen todos los medios a las humanas
excelencias, por ellos nacen los hombres sabios y de brazos
vigorosos y hábiles de lengua. Y al desear yo enaltecer
a ese hombre famoso, confío
no de modo cualquiera lanzar fuera de pista
la jabalina de mejillas de bronce, tras blandirla en mi mano,
sino con mi largo tiro superar a los rivales.
Pues ojalá el tiempo todo venidero así la dicha
y la dádiva de riquezas le encamine
rectas, y le otorgue el olvido a sus fatigas.

Antístrofa

Ciertamente podría el tiempo recordar en qué batallas, en
[guerras,
se mantuvo él con calma resistente, cuando encontraron
por manos de los dioses (Hierón y los suyos), un honor
cual ninguno de los helenos cosecha,
de su riqueza corona arrogante. Ahora, por cierto,
de Filoctetes la guisa siguiendo,
en campaña se puso. Y en la necesidad alguno,
aun siendo un egregio varón, le halagó como amigo.
Cuentan que a traerle de Lemnos, por su llaga
torturado, acudieron

Epodo

unos héroes semidivinos al hilo de Peante, al arquero,
que destruyó la ciudad de Príamo, y acabó
los sufrimientos a los Dánaos,
aunque con cuerpo enfermo caminaba, pero así era el destino.
Talmente haya para Hierón un dios enderezador
durante todo el tiempo venidero, y la exacta medida
le dé de cuanto él desea.
Musa, también ahora sígueme para cantar ante Dinómenes
la victoria, recompensa de esa cuadriga;
que no es ajeno gozo el triunfo que el padre reporta.
¡Vamos, encontremos después un himno grato al rey de Etna!

Estrofa 4

Para él, en la libertad establecida por los dioses, esa ciudad
fundó Hierón según las leyes de la plomada de Hilo:
quieren los descendientes de Pánfilo
y, en suma, de los Heraclidas
que habitan bajo las cumbres del Taigeto,
persistir para siempre en las normas de Egimio,
como Dorios. Y ocuparon Amidas dichosos
desde el Pindo atacando, y de los hijos de Tíndaro
–jinetes de blancos corceles– son muy famosos
vecinos, y floreció la gloria de sus lanzas.

Antístrofa

¡Zeus cumplidor, que siempre junto al agua del Amenas
la tal debida suerte conceda a ciudadanos y a sus reyes
el relato veraz de los hombres!
¡Que con tu favor ese valiente caudillo pueda en verdad,

dando mandato a su hijo, conducir al pueblo con honor
a la armónica Paz!
¡Otorga, te suplico, Crónida, que en pacífico
hogar se contenga el fenicio y de los tirsenos
el grito de guerra, ya que ha visto
el orgullo gimiendo en sus naves delante de Cumas!

Epodo

Cuáles dolores sufrieron domeñados por el Señor de Siracusa,
que de las naves de rumbos veloces al mar
les arrojó su juventud,
a Hélade librando de esclavitud gravosa. Ganar quiero
en recompensa, junto a Salamina, el favor
de los Atenienses, y en Esparta recuerdo
las luchas al pie del Citerón,
en las que fueron batidos los Medos, los de curvos arcos,
y cabe la ribera de buen agua
del Hímera acabar deseo mi himno a los hijos de Dinómenes,
que por su valor lo merecieron, vencidos ya los enemigos.

Estrofa 5

Si a sazón anuncias lo preciso, los términos de muchas cosas
con brevedad tensando, menor será el reproche
de la gente. Porque el exceso interminable embota
las raudas esperanzas,
y de los ciudadanos apesadumbra el ánimo en secreto
lo que se oye en demasía sobre dichas ajenas.
Pero con todo -pues mejor que la compasión es la envidia-,
no abandones las bellas empresas. Rige con justo
timón a tu pueblo, y en no engañoso
yunque forja tu lengua.

Antístrofa

Que si aun pequeña cosa te fallare, como grande será propalada,
sí, por venir de ti. De múltiples asuntos eres juez: múltiples
son los testigos fieles de buena o mala decisión.
Pero si tú, permaneciendo en floreciente afán,
prefieres siempre oír reputación amable,
no te canses asaz en tus dispendios generosos:
suelta, como un piloto,
toda la vela al viento. No te dejes engañar,
oh amigo, por lucros torna-
dizos. El blasón de gloria, que al mortal sobrevive,

Epodo

sólo él, revela la vida de los hombres que son idos,
por medio de cronistas y cantores. No se extingue de Creso
la grandeza amante de prudencia.
Pero al que en un toro de bronce (a los hombres) torraba,
al de mente cruel, a Fálaris, odiosa fama doquiera le apresa,
ni las liras, que bajo los techos resuenan, lo acogen
como amable compañía con los cantos de los jóvenes.
Sentir el éxito es el primero de los premios;
escuchar alabanzas es la segunda suerte. Y el hombre que
[lo uno
y lo otro encuentra y consigue, la más alta corona ha recibido.

Pítica I
(A. O.)[17]

50. Encomio de Teóxeno de Ténedos

En la ocasión justa debiste los frutos de amor recoger,
oh corazón, en el tiempo de tu juventud.
Mas quien, mirando los rayos que fulgen en los ojos

de Teóxeno, no siente el oleaje del deseo amoroso
en su alma, tiene forjado de bronce o de hierro
su negro corazón, en la llama de una frígida fragua,
desamparado de Afrodita, la de vivaces párpados.
O acaso se tortura de modo brutal en su afán de riquezas
o tras la femenina desvergüenza azacanea su alma
con esfuerzo servil toda su ruta. Pero yo,
cual devorado por la honda pasión, como la cera
de las santas abejas me derrito, cuando veo
el frescor de la adolescencia en los miembros de los muchachos.
Así, ahora habitan en Ténedos la Persuasión y la Gracia,
que acompañan al hijo de Agesilao.

(C. G. G.)[14]

BAQUÍLIDES DE CEOS

51. La divinidad da la victoria y premia la piedad

En honor de Hierón de Siracusa, vencedor en las carreras de cuadrigas en los Juegos Olímpicos, en 468 a.C.

A la Soberana de Sicilia, de óptimas cosechas,
a Deméter, y a su hija, Cora, de violetas coronada,
celebra, Clío de dulces dones, y a los raudos
corceles de Hierón que en Olimpia vencieron.
Porque se lanzaron con la soberbia Victoria
y la Gloria en las márgenes del Alfeo de amplios
remolinos, y han hecho que el hijo feliz
de Dinómenes allí coronas obtuviera.
Y el gentío, admirado, clamó:
«Ah, tres veces bienaventurado el hombre
que, tras haber recibido de Zeus el dominio
del máximo poderío entre los griegos,
sabe no encubrir el torreón de su riqueza
bajo la tiniebla de oscuro manto!».
Rebosan los templos de festivos sacrificios
de bueyes, y rebosan de hospitalidad las calles.

Brilla con sus centelleos el oro
de los trípodes de borde labrado que se yerguen
delante del templo, donde el magnífico recinto
de Febo junto a las aguas que brotan de Castalia
gobiernan los delfios. A la divinidad, al dios,
dé uno gloria. Pues es la mejor de las dichas.
Es así que, antaño, al soberano
de Lidia, domadora de caballos,
cuando su famosa fatal decisión
Zeus llevó a término y fue Sardes
capturada por las tropas de los persas,
a Creso le salvó la vida
Apolo el del arma de oro.
Aquél, llegado a tan desesperado día,
no pensaba persistir ya más en una esclavitud
fecunda en llantos, sino que una pira
ante el patio de muros de bronce vio alzar,
y a ella con su esposa muy fiel
y con sus hijas de hermosas trenzas, que lloraban
inconsolablemente, se subía. Y sus manos
levantó al alto cielo y clamó a voces:
«Divinidad de irresistible poder,
¿dónde está la gratitud de los dioses?
¿Dónde el soberano hijo de Leto?
Se derrumba el palacio de Aliates,
el que antes rebosaba de incontables
riquezas, y ahora es sólo escombros.
Está devastada la muy noble ciudad,
y se cubre de rojo de sangre el Pactolo
de áureas corrientes; y de modo ultrajante
sacan a las mujeres de sus sólidos hogares.
Lo que antes odiaba me es grato. Morir es dulcísimo».
Así habló, y dio a un esclavo lidio la orden
de prender fuego a la leñosa construcción.
Gemían las muchachas y hacia su madre alzaban

sus brazos. Pues para los mortales resulta
la previsible la más odiosa de las muertes.
Pero una vez que saltó del fuego tremendo
la fulgurante furia, Zeus
colocó encima una nube de negros repliegues
e iba apagando la rubia llama.
Nada es increíble de lo que cumple
el designio de los dioses. Entonces Apolo,
el nacido en Delos, llevándose al anciano
al país de los Hiperbóreos allí lo afincó,
en compañía de sus hijas de gráciles tobillos,
por su piedad, porque mayores regalos que nadie
había enviado a la muy santa Delfos.
Al menos de cuantos mortales en Grecia habitan,
ninguno, muy alabado Hierón, pretenderá
decir que más oro que tú a Loxias ha enviado.
Elogiar puede aquel
que no se sustenta de envidia
a un hombre piadoso, amante de los caballos, combativo
guerrero que el cetro de Zeus Hospitalario posee
y no olvida a las Musas de violáceas trenzas.
... en otro tiempo ...
... al efímero (¿goce?) ...
.. atiendes. Breve es la vida.
La alada esperanza desboca el pensar
de los efímeros. El soberano Apolo
... le dijo al hijo de Feres:
«Siendo mortal, puedes albergar dos
opiniones: que sólo mañana
vas a ver la luz del sol,
y que durante cincuenta años
conseguirás una vida de profunda riqueza.
Así que alegra tu ánimo con pías acciones.
Pues eso es la más excelsa de las ganancias».
Para el sensato voceo cosas razonables.

Alto es el éter impecable. El agua del mar
no se corrompe. Alegría es el oro.
Y al hombre no le es lícito, una vez que le llega
la canosa vejez, recobrar de nuevo la flor
de su juventud. Pero el brillo de la virtud
de los humanos no se marchita a la par del cuerpo,
sino que lo alimenta la Musa. Hierón, tú
mostraste a los mortales las más hermosas
flores de la dicha. A quien gran éxito tuvo
no le proporciona prestigio el silencio.
Y al tiempo que con la verdad te celebre,
también cantará todo el mundo la gracia
del poeta de lengua de miel, el ruiseñor de Ceos.

Epinicio III
(C. G. G.)[14]

TEÓCRITO DE SIRACUSA

Teócrito (que vivió de 320 a 260 a.C.), nacido en Siracusa, pero que escribió en Cos y en Alejandría, es el primero y más flexible de los poetas bucólicos. Ya antes de él existió, sin duda, alguna poesía pastoril, pero es Teócrito quien la introduce en la gran literatura, con un magnífico arte, que sabe alzar lo natural a lo artificioso. Su conocimiento de la naturaleza está unido a un saber poético excepcional, y a un gusto exquisito en la evocación de escenas idílicas. El idilio, es decir, el poema breve, con tonos costumbristas a veces, como un pequeño cuadro de género arcádico otras, es el marco habitual de la poesía de Teócrito, que tendrá luego incontables admiradores, tanto en lengua griega como en Roma -donde el más grande será Virgilio-, como en toda la poesía europea. El amor y el paisaje campestre se armonizan en esas pequeñas escenas de jóvenes pastores, escenas de talante lúdico y de un arte refinado y sensual. Pero caben muchos temas y tonos en el idilio, como muestra el II de Teócrito, titulado «La hechicera» o el XI «el Cíclope», que cuenta el amor de Polifemo por la hermosa Galatea (que será imitado por Góngora). El gusto por el costumbrismo está en otros poemas, como en el XV («Las siracusanas»). Vemos en estas poesías breves el mismo gusto que

muestra el arte contemporáneo en la escultura atenta a escenas realistas y de género.

Entre los seguidores de Teócrito en lengua griega hay que mencionar a Mosco (siglo II a.C.) y a Bión (siglo I a.C.). De éste hemos recogido parcialmente el Llanto por Adonis, *que evoca el ritual con el que en las fiestas Adonias las mujeres entonaban el planto por el amado de Afrodita muerto en plena juventud. Es un buen ejemplo de cómo el arte helenístico sabe conjugar elementos tradicionales con nuevos tonos y colorido sentimental. Algo que ya encontramos en Calímaco y en Apolonio de Rodas.*

52. La bruja enamorada

¿Dónde están mis ramos de laurel? Tráelos, Testílide. ¿Dónde están los hechizos de amor? Corona el vaso con fina lana carmesí, que he de encadenar al desdeñoso hombre que yo quiero con vínculos mágicos. Once días ha que ni me visita, el muy cruel; ni siquiera le importa si estoy viva o estoy muerta. No, el ingrato no ha llamado a mi puerta. Cierto, a otra parte Amor y Afrodita han llevado su corazón voluble. Iré mañana a la palestra de Timageto para verlo y reprocharle cómo me atormenta; pero ahora deseo apresarlo con mis hechizos. Luce, Luna, brillante: a ti, muy quedo, entonaré mis encantamientos, diosa, y a Hécate infernal, que hasta a los perros estremece cuando pasa entre los túmulos de los muertos y la oscura sangre. Salve, Hécate horrenda, asísteme hasta el fin en la preparación de estos bebedizos para que tengan la virtud de los de Circe, Medea y la rubia Perimede.

Rueda mágica, trae tú a mi hombre a casa.

Primero se quema en el fuego harina de cebada. Anda, Testílide, espárcela. ¿Dónde tienes la cabeza, estúpida?

A ver si hasta tú, desgraciada, vas a reírte de mí. Espárcela y ve diciendo: «los huesos de Delfis esparzo».

Rueda mágica, trae tú a mi hombre a casa.

Delfis me ha causado una pena, y yo por Delfis laurel quemo: como el laurel crepita vivamente en el fuego y se consume de repente sin que ni siquiera veamos su ceniza así la carne de Delfis se deshaga en la llama.

Rueda mágica, trae tú a mi hombre a casa.

Ahora voy a quemar el salvado. Tú, Ártemis, puedes quebrantar el durísimo metal de las puertas del Hades y vencer toda resistencia... ¡Testílide! Escucha, las perras aúllan en la ciudad. Ya está la diosa en las encrucijadas. Haz enseguida resonar el bronce.

Rueda mágica, trae tú a mi hombre a casa.

Mira, calla el mar, callan los vientos; pero dentro del pecho no calla mi pena: toda me abraso por ese hombre, que ha hecho de mí, ¡desgraciada!, en vez de esposa una mujer infeliz y deshonrada.

Rueda mágica, trae tú a mi hombre a casa.

Como esta cera con ayuda de la diosa yo derrito, así de amor se derrita Delfis de Mindo; y como gira este rombo de bronce por obra de Afrodita, así gire él a mi puerta.

Rueda mágica, trae tú a mi hombre a casa.

Por tres veces hago la libación y por tres veces, Augusta, digo esto: ora si con él duerme mujer, ora si duerme hombre,

que tanto olvido embargue a Delfis como cuentan que, en Día, Teseo olvidó a Ariadna, de hermosa cabellera.

Rueda mágica, trae tú a mi hombre a casa.

Hay en Arcadia una planta, la hipómanes, por la que enloquecen en los montes todas las potrancas, todas las raudas yeguas; así pueda yo ver también a Delfis, y venga a esta casa como enloquecido, dejando la lustrosa palestra.

Rueda mágica, trae tú a mi hombre a casa.

De su manto ha perdido Delfis esta fimbria, que yo ahora echo desmenuzada al voraz fuego. ¡Ay! Amor cruel, ¿por qué, pegado a mí cual sanguijuela de pantano, me has chupado toda la obscura sangre?

Rueda mágica, trae tú a mi hombre a casa.

Un lagarto he de machacar mañana, y le llevaré una maligna pócima. Ahora, Testílide, toma tú estas hierbas mágicas y estrújalas en secreto sobre el umbral de su casa mientras aún es de noche, y murmura entretanto: «los huesos de Delfis estrujo».

Rueda mágica, trae tú a mi hombre a casa.

Sola ya ahora, ¿desde cuándo he de llorar mi amor? ¿Por dónde comenzaré? ¿Quién me ha traído esta pena? Fue la hija de Eubulo, nuestro Anaxo, de *canéfora* al bosque de Ártemis, en cuyo honor iban alrededor muchos animales salvajes, a más de una leona.

Mira de dónde llegó mi amor, augusta Luna.

Y la nodriza tracia de Teumáridas, que en gloria esté, mi vecina, me pidió y suplicó que fuera a ver la procesión. Yo, infeliz de mí, la acompañé luciendo un hermoso vestido largo de lino y envuelta en el manto de Clearista.

Mira de dónde llegó mi amor, augusta Luna.

Cuando estaba ya a medio camino, donde se halla la posesión de Licón, vi a Delfis y a Eudamipo que iban juntos. Sus barbas eran más rubias que las siemprevivas, sus pechos brillaban más que tú, oh Luna, como si acabaran de dejar el placentero ejercicio del gimnasio.

Mira de dónde llegó mi amor, augusta Luna.

En cuanto lo vi, me volví loca, y mi pobre corazón quedó abrasado. Desvanecióse mi prestancia. Ya no paré mientes en aquella procesión, y no sé cómo volví a casa. Comencé a tiritar de ardiente fiebre y estuve en cama diez días y diez noches.

Idilio II 1-85
(M. G. T. -M.ª T. M.)[18]

53. Polifemo y Galatea

Ninguna otra medicina, Nicias, hay contra Amor, ni ungüento, creo yo, ni polvo alguno, sólo las Piérides. Es éste suave y dulce alivio entre los hombres, mas no fácil de hallar. Bien lo sabes tú, pienso, que eres médico y favorito de las nueve Musas. Así fue como mejor se consolaba nuestro paisano el Cíclope, el antiguo Polifemo, cuando se enamoró de Galatea, con el bozo apenas asomando en el labio y las sienes. No mostraba su amor él con manzanas, ni con rosas, ni rizos, sino con verdadero frenesí; ninguna cosa le importaba nada. Mu-

chas veces sus ovejas al redil volvieron solas desde los verdes pastos. Él, cantando a Galatea, se consumía solitario en ribera poblada de algas desde la aurora, con cruel herida en lo hondo de su corazón, que el dardo de la gran diosa de Chipre había puesto en sus entrañas. Halló, empero, un remedio, y, sentado en elevada roca, mirando al mar, cantaba de este modo:

¡Oh blanca Galatea! ¿Por qué rechazas a quien te quiere? Más blanca eres a la vista que la leche cuajada, más tierna que el cordero, más alegre que una ternerilla, más lozana que la uva verde. Vienes en cuanto el dulce sueño me domina, marchas en cuanto el dulce sueño me abandona, huyes cual oveja que viera a cano lobo.

De ti me enamoré, doncella mía, en cuanto aquí llegaste con mi madre para coger jacintos en el monte, y era yo vuestro guía. Después de haberte visto, ni antes pude dejar de amarte, ni puedo ahora, no, desde aquel día. Pero a ti nada te importa, por Zeus, nada.

Yo sé, doncella encantadora, por qué me rehúyes. Es porque una sola ceja llena toda mi frente, de oreja a oreja, larga e hirsuta; debajo de ella hay un solo ojo, y una chata nariz sobre la boca. Mas, siendo cual me ves, apaciento mil reses, cuya mejor leche ordeño y bebo. El queso no me falta ni en verano, ni en otoño, ni al final del invierno; mis cañizos están siempre colmados. Sé tocar la siringa como aquí ningún Cíclope la toca, cuando te canto a ti, dulce manzana mía, y a mí mismo también, muchas veces cerrada ya la noche. Para ti crío yo once cervatos, todos acollarados, y cuatro oseznos. Vamos, ven a mí, que no habrá de pesarte. Deja que el verde mar bata la costa, tú pasarás la noche más a gusto en mi gruta conmigo. Allí hay laureles, hay cipreses esbeltos, hay oscura hiedra, hay una parra de dulces frutos, hay agua fresca, bebida de dioses que de su blanca nieve para mí envía el arbolado Etna. ¿Quién a esto preferiría el mar y las olas?

Mas si yo te parezco demasiado velludo, tengo leña de encina y, bajo la ceniza, el fuego infatigable por tu mano quemar me dejaría el alma y este único ojo, que es lo que más quiero.

¡Ay, que no me haya parido con branquias mi madre para zambullirme e ir a tu encuentro, y besarte la mano, si no quieres la boca! Te llevaría o jacintos blancos o suaves amapolas de colorados pétalos; pero como éstas nacen en verano, aquéllos en invierno, no podría llevártelos juntos.

Mas ahora, al menos, amor mío, ahora enseguida, aprenderé a nadar, si por ventura un extranjero llega aquí navegando con su nave, y sabré así por qué os gusta vivir en el fondo de los mares.

¡Sal fuera, Galatea, y, tras salir, olvídate, como ahora yo, aquí sentado, de volver a tu casa! ¡Ay, si quisieras pastorear conmigo, ordeñar la leche, poner el agrio cuajo y hacer queso!

Sólo mi madre es causa de mi daño, de ella sola me quejo. Nunca jamás te dijo nada grato en favor mío, por más que me ve adelgazar día tras día. Diréle que siento palpitaciones en la cabeza y en ambos pies, para que se entristezca, pues que yo estoy triste.

¡Oh Cíclope, Cíclope! ¿Dónde tienes la cabeza? Si fueras a trenzar canastos y a recoger ramas verdes para tus corderas, demostrarías mucho más juicio. Ordeña la que tienes a tu lado; a la que huye, ¿por qué la persigues? Encontrarás, quizás, otra Galatea aún más hermosa. Muchas son las zagalas que me invitan a que juegue con ellas por la noche; y si les hago caso, las pícaras se ríen. Es claro que en la tierra demuestro yo ser alguien.

Así cantando, Polifemo su amor entretenía, y tan bien no estuviera, si gastara su oro.

Idilio XI
(M. G. T.-M.ª T. M.)[18]

54. El galanteo

...

Muchacha

A Helena, sabia como era, un boyero raptóla.

Dafnis

O ella más bien al boyero raptó con sus besos.

Muchacha

No presumas ya más, satirillo, que un beso no es nada.

Dafnis

No será nada, pero hay gran deleite en el darlo.

Muchacha

Me lavo la boca y escupo ese beso en seguida.

Dafnis

¿Te lavas la boca? Pues trae que de nuevo te bese.

Muchacha

Besa a tus chotos, que no a una muchacha soltera.

Dafnis

No presumas, que suele pasar la sazón como un sueño.

Muchacha

Vieja seré, pero hoy vivo de miel y de leche.

Dafnis

La uva algún día se pasa y la rosa se seca.

Muchacha

¿La mano otra vez? ¡Que te voy a arañar ese labio!

Dafnis

Ven debajo de aquel acebuche y te digo una cosa.

Muchacha

No quiero; antes ya me engañaste con dulces palabras.

Dafnis

Ven bajo el álamo y me oyes tocar la siringa.

Muchacha

Diviértete tú; no me gusta el cantar quejumbroso.

Dafnis

¡Ay, moza, a la Pafia también y sus iras respeta!

Muchacha

¡Ártemis guárdeme y vaya a paseo la Pafia!

Dafnis

No vaya a herirte y te atrape en su red sin remedio.

Muchacha

¡Que hiera a su gusto, pues Ártemis siempre me ayuda!

Dafnis

Al amor no podrás escapar ni ninguna doncella.

Muchacha

Pues escapo, por Pan; ¡que a ti siempre su yugo te oprima!

Dafnis

Temo que acaso a varón aun peor te destine.

Muchacha

Muchos me han pretendido, mas nadie a mi espíritu agrada.

Dafnis

Pues aquí vengo yo a cortejarte, uno más de esos muchos.

Muchacha

Pero, ¿qué voy a hacer? El casarse son todo tristezas.

Dafnis

No trae pena o dolores la boda, mas sólo contento.

Muchacha

Dicen, con todo, que teme al esposo la esposa.

Dafnis

No, mas domínale; ¿a quién temerán las mujeres?

Muchacha

La preñez me da miedo, Ilitía y sus dardos agudos.

Idilio XXVII 1-29
(M. F. G.)[19]

BIÓN

55. Llanto por Adonis

Lloro la muerte de Adonis, «Murió el bello Adonis»,
y «Murió el bello Adonis» responden también los Amores.

Cipris, despierta, no sigas durmiendo en tus rojos
cobertores, ¡oh, mísera!, viste de luto, golpea
tus pechos y diles a todos: «Murió el bello Adonis».

Lloro a Adonis y lloran conmigo también los Amores.

Yace en los montes Adonis herido en el muslo
blanco por blanco colmillo y a Cipris aflige
su débil aliento y se manchan de sangre negruzca
sus carnes nevadas, los ojos se llenan de sueño
bajo las cejas, ya rosas no tienen sus labios,
en él muere hasta el beso que ya no podrá dar a Cipris.
A Cipris le gustan los besos incluso de un muerto,
pero Adonis ni aun sabe al morir que está siendo besado.

Lloro a Adonis y lloran conmigo también los Amores.

Terrible, terrible es la herida en el muslo de Adonis,
pero peor la que en su alma sufrió Citerea.
Aúllan en torno a aquel mozo sus canes queridos,
le lloran las Ninfas oréades y ella va errante
por las breñas, doliente, deshechas sus trenzas, descalza,
suelta su ropa; las zarzas al paso la hieren
y recogen su sangre sagrada; mas ella con gritos
agudos recorre los valles inmensos clamando
por su esposo de Asiria y llamándole mil y mil veces.
Y pende su negro vestido y se ven, en el pecho
que las manos hirieron, los senos que níveos fueran
y que ahora están llenos de sangre en honor de su amante.

«¡Ay, ay, Citerea!» responden también los Amores.

Perdió al hombre hermoso, perdió su belleza sagrada.
Era bello el aspecto de Cipris en vida de Adonis,
mas con él su hermosura ya ha muerto. «¡Ay, ay, Cipris!» se [quejan
todos los montes y «¡Ay, ay!» por Adonis repiten
las encinas. Y al duelo los ríos se suman de Cipris
y en el monte las fuentes añoran a Adonis y rojas
de pena se ponen las flores y canta Citera
con dolor a lo largo de todos sus cerros y valles:

«¡Ay, ay, Citerea, ay de mí, que murió el bello Adonis!»
y Eco a sus quejas repuso: «¡Murió el bello Adonis!».
¿Quién «ay» no dijera ante amor tan funesto de Cipris?

Cuando vio y se dio cuenta de que era incurable la herida
de Adonis y halló lacerado y sangrante su muslo,
sus brazos tendió y dolorida exclamó: «Espera, Adonis,
espera, infeliz, que por última vez a ti vaya,
que en mis brazos te tome y se junten tu boca y mi boca.
Un instante despiértate, Adonis, y a mí únete en beso

postrero tan largo como haya de serlo tu vida,
hasta que expires con tu alma en mi boca y penetre
tu aliento en mi entraña y un filtro dulcísimo beba
en ti con tu amor. Este beso será el propio Adonis
para mí, pues te vas, desdichado, te vas sin remedio;
marchas lejos, Adonis, al río Aqueronte, en la casa
del rey triste y feroz entrarás; pero yo, que soy diosa,
no podré, desdichada, en tu viaje seguirte. Recibe
a mi esposo, Perséfone; tú más potente con mucho
eres que yo y todo aquello que es bello te incumbe.
Yo sufro el mavor infortunio y dolor insaciable;
la muerte de Adonis lamento y de ti tengo miedo.
¡Oh, añorado mil veces, has muerto, mi amor ha volado
como un sueño, viuda quedé y mis Amores ociosos!
Mi cintura contigo perdióse. ¿Por qué siendo bello
ibas de caza y ardido luchabas con fieras?».

Así Cipris gemía y lloraban también los Amores:
«¡Ay, ay, Citerea, ay de mí, que murió el bello Adonis!».

Mucho es el llanto que vierte la Pafia y es mucha
la sangre que Adonis derrama y en rosas se torna
la sangre y en flores del viento conviértese el llanto.

Lloro la muerte de Adonis, «Murió el bello Adonis».

No recorras ya más la espesura llorando a tu esposo,
Cipris; a Adonis no cuadra un jergón solitario
de hojas, mas debe tener, Citerea, tu cama
aun difunto; es un bello cadáver, parece que duerme.
Ponle en los blandos cojines del áureo lecho
en que toda la noche contigo tu rito sagrado
practicaba y que amante el cadáver de Adonis recibe.
Échale encima coronas y flores; si ha muerto,
que todas las flores perezcan también a su lado.

Con sirios ungüentos y aromas inúndale; mueran
todos ellos también, pues Adonis, tu aroma, no vive.

Yace ya el tierno Adonis en mantos purpúreos; lloran
los Amores por él, rodeándole gimen, cortaron
en su honor sus cabellos. El uno los dardos ofrenda,
su arco el segundo, un tercero sus plumas y aljaba.
La sandalia de Adonis desata el primero, los otros
en áurea jofaina agua llevan, le lava los muslos
éste y de aquel por detrás le abanican las alas.

«¡Ay, ay, Citerea!», responden también los Amores.

Idilio I 1-86
(M. F. G.)[19]

ALGUNOS EPIGRAMAS

La Antología Palatina *ha recogido en sus volúmenes centenares de epigramas, esas poesías breves, de muy diverso contenido y de estilos muy varios, en que el poeta apunta un deseo, entona una queja, elogia un regalo, lamenta la muerte de un amigo, etc. Son muy numerosos los temas de esa serie de poemas de formato breve y retórica un tanto convencional. Son muchas también las voces. Si el epigrama tiene un claro abolengo clásico, como muestran ya los excelentes epigramas de elogio fúnebre atribuidos a Simónides, es en la época helenística cuando el género alcanza su perfección. Calímaco, Asclepíades, Meleagro y Páladas figuran entre los más grandes epigramatistas. Pero hay, desde luego, muchos otros ilustres y agudos e impresionantes escritores de epigramas en tan larga y excelente colección. Ésta es, por tanto, sólo una breve muestra de ese género de larga tradición y perduración, pero una muestra significativa.*

CALÍMACO

56. La muerte de un amigo

Alguien contóme tu muerte, Heráclito, y mi llanto
provocó; recordé cuántas veces ponerse
el sol vimos charlando. Y ahora, ya no eres, amigo
de Halicarnaso, sino vieja ceniza, pero
vivirá el ruiseñor de tus cantos y nunca su mano
pondrá en ellos Hades, que todo lo arrebata.

Antología Palatina VII 80
(M. F. G.)[20]

57. Un suicidio filosófico

Diciendo: «Sol, adiós», Cleómbroto de Ambracia desde lo alto de un muro saltó al Hades. Ningún mal había visto merecedor de muerte, pero había leído un tratado, uno solo, de Platón: *Sobre el alma.*

Antología Palatina VII 471
(L. A. C.)[20]

58. Piadoso enterramiento de un desconocido

Náufrago, ¿quién eres tú? Muerto hallóte en la playa
Leóntico y aquí te enterró en esta tumba
por su vida azarosa llorando; tampoco él navega
tranquilo por los mares, mas como la gaviota.

Antología Palatina VII 277
(M F. G.)[20]

59. Timón, implacable misántropo

–¿Qué odias más, la tiniebla o la luz, oh Timón, que ya has muerto?
–La tiniebla, pues hay más gente en el Hades.

Antología Palatina VII 317
(M F. G.)[20]

ASCLEPÍADES

60. Melancolía juvenil

Veintidós todavía mis años no son y ya hay tedio
en mi vida. ¿Qué es esto? ¿Por qué me dais, Amores,
tormento? ¿Qué haréis si yo muero? Sin duda a la taba,
ligeros como siempre, seguiréis jugando.

Antología Palatina XII 46
(M. F. G.)[20]

61. Ofrenda de una guirnalda sobre la puerta del amado

Quedad, ¡oh guirnaldas!, en este dintel suspendidas
y no sacudáis de momento las hojas
que regué con mis lágrimas, lluvia que son del amante;
mas, cuando le veáis salir de la casa,
su cabeza mojad con mi llanto, pues bueno es que sepa
cómo son mis lágrimas su cabellera rubia.

Antología Palatina V 145
(M. F. G.)[20]

62. El poeta quiere consolarse con el vino de las penas de amor

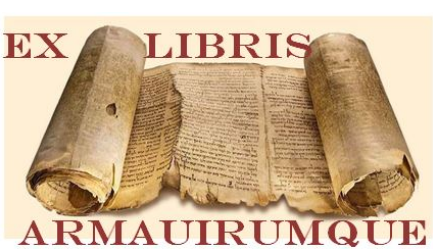
¡Bebe, Asclepíades! ¿Por qué ese llorar? ¿Qué te ocurre?
No eres entre los hombres el único a quien Cipris
cautivó ni al que el dardo y el arco atacaron de Eros
el amargo. ¿Por qué muerto estás en vida?
El don puro de Baco bebamos, que un dedo de noche
queda. ¿O bien esperamos que la luz nos acueste?
Bebamos y nada de amor, que, tras breve jornada,
toda una larga noche descansar podremos.

Antología Palatina XII 50
(M. F. G.)[20]

63. Cenotafio de Evipo

Viajero que pasas y ves mi sepulcro vacío,
cuenta a Meleságoras, mi padre, cuando llegues,
a Quíos, que a mí y a mi nave y mi carga un funesto
Euro perdió y de Evipo no queda sino el nombre.

Antología Palatina VII 50
(M. F. G.)[20]



MELEAGRO DE GÁDARA

64. El alegre y terrible dios del amor, hijo de Afrodita

¡Terrible, terrible Eros es! Pero ¿a qué andar diciendo,
entre mil gemidos, que es Eros terrible?
Ríe el niño con ello y así, cuanto más se le injuria,
más goza y se crece con mis vituperios.
Un enigma es, ¡oh Cipris!, que tú, la nacida del glauco
oleaje de mar, fuego hayas parido.

Antología Palatina V 176
(M. F. G.)[20]

65. Elogio de la cigarra cantora

Cigarra locuaz, que cultivas la rústica Musa,
embriagada de líquidas gotas de rocío,
y tañes, posada en la punta de un tallo, la lira
con tus patas dentadas y tu tostado cuerpo,
canta, amiga, algo nuevo que guste a las ninfas silvestres,
a los sones de Pan tus notas acompañen

y yo de Eros me salvo y el sueño me rinda a la sombra
del plátano umbroso tendido al mediodía.

Antología Palatina VII 196
(M. F. G.)[20]

66. La taza donde bebe la amada

Dulcemente se goza la taza rozada un momento
por la boca locuaz de Zenófila amante.
¡Feliz ella! ¡Ojalá que, poniendo en los míos sus labios
sin respirar entera mi alma te bebieses!

Antología Palatina V 171
(M. F. G.)[20]

67. El poeta pide piedad al amor

Eros, te ruego, esta insomne pasión de Heliodora,
en gracia a mi Musa suplicante, adormece.
Si no, por el arco que en mí solamente se ensaña
y que siempre me inunda con dardos alados,
inscripción sepulcral dejaré, si me matas, que diga:
«Un crimen de Eros tienes ante ti, forastero».

Antología Palatina V 215
(M. F. G.)[20]

PÁLADAS DE ALEJANDRÍA

68. La vida es farsa de teatro

Escena y farsa es la vida entera. O aprende a actuar
sin tomártela en serio, o soporta los dolores.

Antología Palatina X 72
(C. G. G.)[20]

69. El amor a la *Ilíada*, causa de pobreza

La ira de Aquiles también para mí fue motivo
de funesta miseria: soy profesor de letras.
¡Ojalá con los Dánaos me hundiera la ira famosa
antes de que me mate del magisterio el hambre fiera!
Para que otra vez raptara Agamenón a Briseida
y a Helena su Paris, yo me he hecho mendigo.

Antología Palatina IX 169
(C. G. G.)[20]

70. Penas de los paganos perseguidos por los cristianos

¿Acaso hemos muerto y tan sólo en imagen vivimos,
camaradas helenos, en la desdicha hundidos,
y estamos fingiendo en la trama de un sueño esta vida?
¿O vivimos nosotros, cuando ha muerto la vida?

Antología Palatina X 82
(C. G. G.)[20]

71. A una estatua de la diosa Fortuna, que acabó en una taberna

Incluso tú, Fortuna, de un vuelco burlada te ves,
sin que vayas a ahorrarte el más bajo infortunio.
Tú, que antes un templo tenías, de vieja en tendera
acabaste y trajinas en la taberna las jarras.
Ya puedes gemir ahora tú, inestable deidad,
tu mudada fortuna, casi humana y doliente.

Antología Palatina IX 183
(C. G. G.)[20]

72. Nada hay tras la muerte

No vayas a llorar al que escapó de la vida.
Después de la muerte no queda otro dolor.

Antología Palatina X 59
(C. G. G.)[20]

73. Despedida

Esperanza y también tú, Fortuna, ¡adiós! Llegué a puerto.
Con vosotras nada comparto. Jugad ya con otros ahora.

Antología Palatina X 49
(C. G. G.)[20]

III. TEATRO

ESQUILO

(525-456 a.C.) El primero de los tres grandes trágicos atenienses, participó en la batalla de Maratón (490) y quizás también en la de Salamina en el 480 (descrita en sus Persas). *Pasa por ser el auténtico fundador de la tragedia; amplió el número de actores (es decir, del diálogo y de la acción dramática) en detrimento relativo del canto del coro. Visitó la corte de Hierón I en Siracusa, y murió en Gela. De las 90 obras que compuso se han conservado siete, entre ellas la trilogía Orestea* (Agamenón, Coéforos, Euménides). *Según los testimonios antiguos obtuvo con sus obras en veintiocho ocasiones el premio de los festivales dramáticos. Algunos de los conceptos esenciales de que está imbuido su teatro son el convencimiento de que la Justicia divina (de Zeus) preside el orden del mundo; que el orgullo y la demasía (hybris) del hombre le conducen a la obcecación y la ceguera (ate), y que ello arrastra su inexorable castigo, sobre sí o sobre sus herederos (culpa hereditaria). La solemnidad y grandeza de estas nociones y de los personajes que los impostan van acompañadas de la grandilocuencia e impresionantes imágenes verbales de su lengua.*

Los pasajes aquí seleccionados corresponden, el primero al patético anuncio de la derrota de Salamina que hace un men-

sajero en los Persas *a la madre del rey Jerjes. Para los espectadores de la época, esta obra simbolizaba la libertad de Atenas y de Grecia toda del yugo persa; el segundo recoge unas palabras del titán Prometeo, benefactor de la humanidad a la que -a no poco precio- regaló el fuego, la civilización, las artes, la cultura...; el tercero es un breve canto coral del* Agamenón *sobre el castigo de Zeus a la ciudad de Troya.*

1. Liberad a la patria...

MENSAJERO.-Comenzó, señora, el infortunio todo un genio vengador o un demon de desgracia venido de algún sitio. Pues un griego de la armada de Atenas vino y contó a tu hijo Jerjes esto: que en el momento en que llegaran las tinieblas de la noche oscura no quedarían los griegos en sus puestos, sino que lanzándose sobre los bancos de remeros de las naves, cada uno en una dirección, la vida salvarían con fuga oculta. Él, así que lo oyó, sin notar el engaño de aquel griego, anuncia a todos los capitanes de la flota esta orden; que cuando deje el sol de incendiar con sus rayos la tierra y se hagan dueñas las tinieblas del recinto sagrado del éter, formen el grueso de las naves en tres filas para guardar los pasos y los estrechos en que resuena el mar, y otras en círculo en torno de la isla de Ayante, pues si lograban escapar los griegos de un fin infausto furtivamente, hallando con sus naves una huida, estaba sentenciado para todos el perder la cabeza. Esto dijo con ánimo tranquilo: pues no sabía lo que había de venirle de parte de los dioses.

Ellos, no con desorden, sino con calma dócil, prepararon la cena y cada marinero amarraba el mango de su remo al escálamo dispuesto para él. Y cuando se extinguió la luz del sol y la noche llegaba, todo señor del remo marchó a la nave y todo gobernante de armas; una fila a otra fila de remeros lla-

maba en la nave alargada; navegan según la orden que cada uno recibiera y a través de la noche los señores de las naves hicieron que navegara en los estrechos la tropa toda marinera.

La noche adelantaba, pero la armada de los griegos no realizaba en parte alguna una salida oculta, mas cuando, sin embargo, el día con sus corceles blancos ocupó la tierra toda, esplendente de ver, primero un grito resonó con clamor, como un canto, del lado de los griegos y, al tiempo, un eco agudo contestó desde la roca isleña: un terror invadió a todos los bárbaros al fallar en su cálculo; pues no cantaban como para huir los griegos el peán sagrado, sino aprestándose al combate con animoso ardor: la trompeta hacía arder con su grito todo aquello. Al punto, al acordado embate del remo resonante golpearon las hondas aguas al compás de los jefes de remeros y pronto todos estuvieron visibles a los ojos. La división de la derecha marchaba con buen orden la primera, con disciplina, y luego seguía toda la flota y se podía oír al tiempo un gran clamor: «Oh hijos de los griegos; id, liberad a la patria, liberad a vuestros hijos, mujeres, los templos de los dioses ancestrales, los sepulcros de los mayores; es la lucha por todo». De nuestra parte les respondía un clamor en lengua persa, ya no era tiempo de tardarse. Y al punto una nave clavó en otra su broncíneo espolón; la embestida inició una nave griega y arrancó todo lo alto de la proa de una nave fenicia: cada uno dirigía ya su leño contra otro. El río de la flota persa hacía frente primero; mas cuando en un espacio breve se reunió gran número de naves y no podían ayudarse unas a otras y se embestían a sí mismos con las proas de boca armada por el bronce, ya entonces arruinaban el aparejo todo de los remos, y los navíos griegos, muy calculadamente, arremetían en torno, alrededor, se volcaban los cascos de las naves, y el mar no podía verse ya, lleno de restos de naufragio, de sangre de los hombres; las riberas y escollos se llenaban de muertos.

En la huida, sin orden remaba toda nave, cuantas había en la flota bárbara. Y ellos, como a atunes o a alguna otra redada

de peces, con restos de los remos y tablas de los pecios, les herían, el espinazo les quebraban: un lamento acompañado de gemidos se extendía por el mar, hasta que el ojo de la negra noche lo estorbó. La multitud de males, aunque diez días hablara sin parar, no te la diría entera. Porque, sabe bien esto: jamás en un día solo multitud tal de hombres por el número, murió.

Persas 353-432
(F. R. A.)[21]

2. Todas las artes y oficios de los hombres son regalo de Prometeo

PROMETEO.–No penséis que callo por arrogancia o altanería; pero un pensamiento me devora el corazón al verme así tan vilipendiado. En verdad, a estos dioses nuevos, ¿qué otro sino yo les repartió exactamente sus privilegios? Pero sobre esto callo; pues sabéis lo que podría deciros. Escuchad, en cambio, los males de los hombres, cómo de niños que eran antes he hecho unos seres inteligentes, dotados de razón. Os lo diré, no para censurar a los hombres, sino para mostraros la buena voluntad de mis dones. Al principio, miraban sin ver y escuchaban sin oír, y semejantes a las formas de los sueños en su larga vida todo lo mezclaban al azar. No conocían las casas de ladrillos secados al sol, ni el trabajo de la madera; soterrados vivían como ágiles hormigas en el fondo de antros sin sol. No tenían signo alguno seguro ni del invierno, ni de la floreciente primavera ni del estío fructuoso, sino que todo lo hacían sin razón, hasta que yo les enseñé los ortos y ocasos de los astros, difíciles de conocer.

Después descubrí también para ellos la ciencia del número, la más excelsa de todas, y las uniones de las letras, memoria de todo, laboriosa madre de las Musas. Y el primero uncí bajo el yugo a las bestias esclavizadas a las gamellas y a las al-

bardas, a fin de que tomaran el lugar de los mortales en las fatigas mayores, y llevé bajo el carro a los caballos, dóciles a las riendas, orgullo del fasto opulento. Sólo yo inventé el vehículo de los marinos, que surca el mar con sus alas de lino. Y, mísero de mí, yo que he encontrado estos artificios para los mortales, no tengo ardid que pueda librarme del presente infortunio.

CORIFEO.–Sufres un suplicio indigno; privado de razón divagas, y como un mal médico que a su vez ha enfermado, te desanimas y no puedes encontrar para ti mismo los remedios sanativos.

PROMETEO.–Escucha el resto y te admirarás más: las artes y recursos que ideé. Lo más importante: si uno caía enfermo, no había ninguna defensa, ni alimento, ni unción, ni pócima, sino que faltos de medicinas perecían, hasta que les enseñé las mezclas de remedios clementes con los que ahuyentan todas las enfermedades. Clasifiqué muchos procedimientos de adivinación y fui el primero en distinguir lo que de los sueños ha de suceder en la vigilia, y les di a conocer los sonidos de oscuro presagio y los encuentros del camino. Determiné exactamente el vuelo de las aves rapaces, los que son naturalmente favorables y los siniestros, las costumbres de cada especie, los odios y amores mutuos, sus compañías; la lisura de las entrañas y qué color necesitan para agradar a los dioses, y los matices favorables de la bilis y del lóbulo del hígado. Haciendo quemar los miembros cubiertos de grasa y el largo lomo, encaminé a los mortales a un arte difícil de entender y revelé los signos de la llama que antes eran oscuros. Tal es mi obra. Y los recursos escondidos a los hombres debajo de la tierra, bronce, hierro, plata, oro ¿quién podría preciarse de haberlos descubierto antes que yo? Nadie, lo sé bien, a menos que quiera charlar en vano. En una palabra, sabe todo a la vez: todas las artes para los mortales proceden de Prometeo.

Prometeo encadenado 436-506
(F. R. A.)[21]

3. Brilla con fulgor siniestro la culpa

Oh Zeus rey, oh noche amiga de Argos,
de grandes glorias triunfadora,
que de Troya a las torres has lanzado
red que las cubra, en forma que ni el grande
ni el más pequeño pueda saltar fuera
de la gran barredera de esclavitud, de Ate triunfante.
Venero al grande Zeus hospitalario,
al autor de esta hazaña, que tensó
contra Alejandro ha tiempo el arco, a fin
de que ni antes del blanco ni en los astros
la flecha en vano se clavara.

Estrofa A

Pueden decir que es de Zeus la herida:
es fácil rastrear esta verdad.
Su suerte es como Zeus dispuso. Alguien ha dicho
que los dioses desdeñan cuidarse de los hombres
que pisan el respeto de las cosas
más sagradas: no es un hombre piadoso.
La Maldición se ha revelado hija
de aquello que no debe ser osado,
de los que tienen un orgullo mayor que el justo
el día en que desborda su casa de opulencia
más de lo que es mejor. Fortuna sin peligro
tenga, hasta el punto que le baste,
el que posea un alma sabia.

Estribillo

No hay baluarte de defensa
para el que, ahíto de riquezas

derriba con el pie, de la Justicia
el gran altar y lo echa fuera.

Antístrofa A

Le hace violencia Persuasión funesta,
odiosa hija de Ate Consejera.
Es vana toda medicina. No queda oculta
sino que brilla con fulgor siniestro la culpa.
Tal como un bronce de baja ley,
sujeto al uso y a los roces,
así resulta ennegrecido
cuando sufre el castigo:
pues es un niño que persigue pájaro alado
y causa a su ciudad una desgracia infausta.
Ninguno de los dioses sus súplicas escucha;
al que es autor de tales cosas,
al hombre injusto, le aniquila.

Agamenón 355-397
(F. R. A.)[21]

SÓFOCLES

(c. 496-406/5 a.C.) El más clásico de los dramaturgos atenienses. La tradición le hace autor de ciento treinta obras –de las que se conservan siete tragedias–. Obtuvo el premio en los certámenes veinticuatro veces. Incorporó el tercer actor –lo que le iba a permitir desarrollar y enriquecer la función que correspondía a la trama de los personajes– e incrementó de doce a quince el número de coreutas, abandonando finalmente la práctica esquílea de componer trilogías sobre un mismo núcleo temático. Fue desde luego un auténtico maestro en el empleo de la ironía trágica, por la que el hombre que parece haber alcanzado el culmen de su fama se precipita de inmediato en las más míseras desgracias físicas o morales. La nobleza de sus protagonistas, de tallas más humanas que las descomunales figuras de Esquilo, atraen la simpatía del espectador, aunque a veces nos parezca desproporcionada la fatal atracción con que se ven compelidas a ejecutar el destino. También merece la pena destacar como singular en su teatro la soledad con que algunos de sus héroes han de enfrentarse al dolor, a un dolor más frecuentemente moral que físico, y que es para el protagonista inescapable.

De él hemos seleccionado unos versos de Antígona *–la heroína que encarna el ideal de la sororidad, de la hermana decidi-*

da a cumplir con el deber moral de la ley natural, de las «leyes no escritas» que le llevan a desoír las órdenes del tirano (Creonte) y dar sepultura a su hermano Polinices–. A continuación hemos incorporado tres fragmentos de la mejor obra del autor: Edipo Rey; *en ellos asistimos al enfrentamiento Edipo/Tiresias, al mensaje del oráculo de Delfos que vaticina que Edipo cohabitará con su madre y dará muerte a su padre, y finalmente a una escena en la que Yocasta pretende doblegar la tozudez del héroe.*

4. Tus proclamas no podrán pasar por encima de las leyes no escritas e inmutables de los dioses

CREONTE.–A ti, sí, a ti, a la que bajas la cabeza hacia el suelo, ¿afirmas o niegas ser la autora de esto?

ANTÍGONA.–Afirmo que lo he hecho y no lo niego.

CREONTE.–*(Al guardián.)* Tú puedes retirarte adonde quieras, libre de una pesada acusación. *(A Antígona.)* Y tú dime, no por extenso, sino brevemente, ¿sabías que había sido decretado no hacer eso?

ANTÍGONA.–Lo sabía. ¿Cómo no había de saberlo, cuando era cosa pública?

CREONTE.–Entonces, ¿te atreviste a transgredir estas leyes?

ANTÍGONA.–No fue Zeus en modo alguno el que decretó esto, ni la Justicia, que cohabita con las divinidades de allá abajo; de ningún modo fijaron estas leyes entre los hombres. Y no pensaba yo que tus proclamas tuvieran una fuerza tal que siendo mortal se pudiera pasar por encima de las leyes no escritas e inmutables de los dioses. No son de hoy ni de ayer, sino de siempre estas cosas, y nadie sabe a partir de cuándo pudieron aparecer. No había yo de, por temer el parecer de hombre alguno, pagar ante los dioses el castigo por esto, puesto que el que había de morir lo sabía perfectamente –¿cómo no?–, aunque tú no lo hubieses decretado con ante-

rioridad. Y si voy a morir antes de tiempo, por beneficio lo tengo, pues el que como yo vive en medio de numerosos males, ¿cómo ése no saca beneficio con morir? De esta forma, para mí al menos el alcanzar este destino en modo alguno es un pesar; más bien, si el cadáver del nacido de mi madre consintiera yo en dejarlo insepulto, de eso sentiría pesar, pero de esto de ahora no me duelo. Y si a ti te parece que ahora estoy llevando a cabo una empresa loca, quizá en cierto modo para un loco es para quien estoy siendo culpable de locura.

CORIFEO.–Es evidente que la naturaleza recia, de su recio padre le viene a la muchacha. Y no sabe ceder a las desgracias.

CREONTE.–Sin embargo, ten por cosa cierta que las mentes en exceso rígidas caen las que más, y el más fuerte hierro forjado al fuego de forma muy dura puedes ver que se rompe y se parte las más de las veces. Con pequeño freno sé que los más fogosos caballos son domados, puesto que no es posible ser orgulloso a quien es esclavo de los que están a su lado. Ésta ha sabido perfectamente en esta ocasión mostrarse insolente al transgredir las leyes establecidas, pero la insolencia, una vez que ha hecho eso, ahora es otra: ufanarse de ello y jactarse aun a pesar de haberlo hecho. En verdad que ahora yo no soy hombre, y ésta en cambio lo es, si estas atribuciones se van a mantener sin daño para ésta. Sin embargo, aunque es hija de mi hermana o de más parentesco que todos los que están bajo la protección del Zeus de mi hogar, ella y la de su misma sangre no lograrán evitar un destino en extremo funesto, puesto que desde luego también a aquélla en igual medida la acuso de planear este enterramiento. Llamadla también, pues hace un momento la he visto dentro irritada y sin control de su corazón. Suele el ánimo de quienes nada recto en la sombra maquinan ser cogido antes tratando de ocultarlo. Odio en verdad también cuando alguien es cogido en medio del daño y luego quiere volverlo hermoso.

ANTÍGONA.–¿Quieres algo más que matarme, una vez que me has cogido?

CREONTE.–Yo no. Teniendo esto lo tengo todo.

ANTÍGONA.–¿A qué esperas, entonces? Porque para mí de tus palabras nada me es grato, y ojalá que no lo sea nunca, de igual forma que también a ti lo mío te es desagradable. Sin embargo ¿dónde podría haber conseguido una fama más gloriosa que dando enterramiento a mi hermano? A todos los que aquí están podría decirse que esto les agrada, si no fuera que les cierra la boca el miedo. Pero la tiranía, entre otras muchas ventajas, tiene la de poder hacer y decir lo que quiere.

Antígona 441-507
(J. M.ª L.)[22]

5. Ciego de oídos, de mente, y de ojos eres, Tiresias

EDIPO.–Tiresias que todo lo abarcas, lo enseñable y lo prohibido, lo celeste y lo que pisa sobre la tierra, la ciudad aunque no ves, sabes muy bien sin embargo a qué enfermedad está unida. Como defensor y salvador de ella, señor, sólo a ti encontramos. Febo, a no ser que algo hayas oído a los mensajeros, a nuestra embajada nos contestó a su vez diciendo que la liberación de esta dolencia sólo vendría si, tras llegar a conocer con acierto a los que mataron a Layo, les diéramos muerte o los expulsásemos de nuestra tierra en calidad de desterrados. Pues bien, tú no nos deniegues la voz que viene de las aves, ni si alguna otra senda de arte adivinatoria posees, y sálvate a ti mismo y a la ciudad, sálvame a mí, sálvanos de toda impureza de este muerto. En tus manos estamos. El que un hombre preste ayuda con lo que tiene y puede es el más hermoso de los afanes.

TIRESIAS.–¡Ah, ah, qué terrible es saber en los casos en que no aprovecha al que sabe! Yo, aunque claramente había visto este asunto, lo olvidé. De lo contrario no habría venido aquí.

EDIPO.–¿Qué sucede? ¡Con cuán gran desaliento has llegado!

TIRESIAS.–Déjame que vuelva a mi casa. Del modo más fácil soportaremos tú lo tuyo y yo lo mío, si en mí confías.

EDIPO.–Ni dentro de la ley has hablado ni con amor hacia la ciudad esta que te crió, cuando deniegas este augurio.

TIRESIAS.–Es que veo que ni tu voz tiende en una dirección para ti ventajosa. Por lo tanto, a fin de que tampoco yo sufra lo mismo...

EDIPO.–No, por los dioses, no te retires si sabes, puesto que todos ante ti nos arrodillamos aquí suplicantes.

TIRESIAS.–Es que todos sois ignorantes. Pero yo nunca daré a conocer mis infortunios, por no decir los tuyos.

EDIPO.–¿Qué dices? ¿Sabiéndolo no vas a hablar, sino que piensas traicionarnos y destruir la ciudad?

TIRESIAS.–Yo ni a mí mismo ni a ti causaré dolor. ¿Por qué inquieres esto en vano? No obtendrás información de mí.

EDIPO.–¡Ah, de los malvados el peor, incluso la naturaleza de una piedra podrías irritar! ¿No vas a hablar nunca, sino que así de inflexible e inexorable te vas a mostrar?

TIRESIAS.–El afán mío reprochas, pero el tuyo, que en el mismo lugar habita, no lo ves, sino que es a mí a quien censuras.

EDIPO.–¿Quién no se irritaría al oír las palabras tales con que ahora tú deshonras esta ciudad?

TIRESIAS.–Estas cosas sucederán, aunque yo las cubra con mi silencio.

EDIPO.–Está bien. Lo que en efecto va a suceder también es preciso que tú me lo digas.

TIRESIAS.–No iré más lejos en mis palabras. Ante esto, si quieres, encolerízate con la furia que sea más salvaje.

EDIPO.–Está bien, nada al menos de lo que voy entendiendo dejaré de callar, tal como estoy de furioso. Entérate de que a mi juicio participaste realmente en el planteamiento de la empresa, y la cometiste, sólo que no lo mataste con tus manos. Y si pudieras ver, yo diría incluso que la empresa esta fue cosa de ti solo.

TIRESIAS.–¿De verdad? Te conmino a que perseveres en la proclama que públicamente has expuesto, y que desde el día

de hoy no nos dirijas la palabra ni a éstos ni a mí puesto que eres el mancillador impuro de esta tierra.

EDIPO.–¡Hasta este punto de desvergüenza has llevado estas palabras! ¿Dónde piensas que podrás escapar a ello?

TIRESIAS.–Estoy a salvo. En mí llevo la fuerza de la verdad.

EDIPO.–¿De quién recibiste instrucciones? En verdad que no fue a partir precisamente de tu arte.

TIRESIAS.–De ti. Tú me empujaste contra mi voluntad a hablar.

EDIPO.–¿El qué? Dilo de nuevo, para que lo aprenda mejor.

TIRESIAS.–¿No lo entendiste antes? ¿O tratas de hacer que hable?

EDIPO.–No hasta el punto de que pueda al menos decir que está claro. Ea, dilo de nuevo.

TIRESIAS.–Digo que tú eres el asesino de aquel hombre, el asesino al que buscas.

EDIPO.–Sin embargo, de ningún modo impunemente dirás dos veces pesares.

TIRESIAS.–¿Digo, entonces, alguna otra cosa también, para que te irrites más?

EDIPO.–Cuanto quieras. Será dicho en vano.

TIRESIAS.–Digo que no te das cuenta de que con tus seres más queridos tienes el más vergonzoso trato, y no ves en qué punto de desgracia estás.

EDIPO.–¿Acaso ahora crees que impunemente vas a seguir hablando así siempre?

TIRESIAS.–Desde luego, si algo realmente significa la fuerza de la verdad.

EDIPO.–En efecto, tiene un significado, excepto para ti. Para ti esto no significa nada, porque eres ciego en tus oídos, en tu mente y en tus ojos.

TIRESIAS.–Y tú eres en verdad desdichado, porque reprochas lo que ninguno de los que están aquí dejará pronto de reprocharte a ti.

EDIPO.–De una y eterna noche estás envuelto, de forma

que ni a mí ni a ningún otro que ve la luz del sol podrías dañar.

TIRESIAS.–No te derrumbará el destino por obra mía, puesto que se basta Apolo, al que interesa llevar esto a su total cumplimiento.

EDIPO.–¿Son de Creonte o tuyos estos descubrimientos?

TIRESIAS.–Creonte no es ningún daño para ti, sino tú para ti mismo.

EDIPO.–¡Ah, riqueza, poder, sabiduría que a toda sabiduría sobrepasa, contra la vida objeto de muchos celos cuánta es la envidia que a vuestro lado se mantiene vigilante, si es que por este poder, que en mis manos la ciudad depositó en calidad de regalo, no de súplica, por lo que fuera de él Creonte el compañero fiel, el amigo desde el principio, ansía arrojarme deslizándose a escondidas, lanzando subrepticiamente a un impostor tal amañador de tretas, charlatán falaz, que en las ganancias solamente tiene puesta su mirada, pero en su arte es ciego! Porque, ea, di ¿en qué ocasión has sido tú un adivino veraz? ¿Cómo, cuando la perra cantora aquí estuvo, no dijiste algo liberador en bien de estos ciudadanos? La verdad es que el enigma no era propio de un hombre corriente razonarlo, sino que se necesitaba del arte adivinatoria. Y ésta tú no revelaste tenerla como cosa conocida ni proveniente de las aves ni de parte de alguno de los dioses, sino que fui yo, Edipo el que nada sabía, quien a mi llegada le di fin, consiguiéndolo con reflexión y no por aprenderlo de las aves. Y a éste tú ahora intentas arrojarlo fuera con el propósito de ponerte al lado del trono regido por Creonte. Con lágrimas me parece que tanto tú como el urdidor de esto llevaréis a cabo la expulsión purificadora. Y si no pensara que eres un anciano, con tus propios sufrimientos comprenderías qué clase de cosas exactamente estás ideando.

Edipo Rey 300-403
(J. M.ª L.)[22]

6. Te unirás a tu madre y serás el asesino de tu padre

EDIPO.–Mi padre era Pólibo, corintio, y mi madre Mérope, doria. Yo era estimado como el más importante de los ciudadanos aquellos, antes de que sobre mí se cerniese tal destino, digno de causar asombro, pero de mi diligencia no merecedor. En efecto, un hombre en un banquete, sobresaturado de bebida, me llama, mientras bebíamos, como si yo fuese falso hijo de mi padre. Y yo, apesadumbrado, ese mismo día a duras penas logré contenerme, pero al día siguiente acercándome a mi madre y a mi padre los interrogué, y ellos a mal llevaron la injuria contra el que había lanzado el denuesto. Yo por mi parte me alegré de la reacción de ellos dos, pero sin embargo este asunto me aguijoneaba constantemente, porque muy adentro se me había deslizado. A escondidas de mi madre y de mi padre marcho a Pitón, y Febo me devolvió sin el pago de aquello por lo que fui, pero otras cosas terribles y desgraciadas ante mí, desventurado, me puso de manifiesto al decirme que a mi madre sería preciso que yo me uniese, y que una estirpe insufrible mostraría a los mortales, y que el asesino yo sería del padre que me engendró. Y yo al oír esto, tras calcular por los astros para el futuro la situación de la tierra corintia, huí donde nunca viera cumplirse el oprobio de mis funestos oráculos. En mi marcha llego a esos lugares en los que tú dices que pereció este soberano. Y a ti, mujer, te diré la verdad. Cuando en mi viaje cerca estaba de esta encrucijada en ese momento un heraldo y un hombre montado en un carro tirado por potros como el que tú dices, se toparon conmigo, y fuera del camino el guía y el anciano mismo me arrojaron violentamente. Yo por mi parte al que trata de echarme fuera, al auriga, lo golpeo con ira; y el anciano, cuando me ve, desde el carro, tras esperar a que me acercase, en medio de la cabeza me alcanzó con una pica de doble aguijón. No, por cierto, pagó lo mismo, sino que al punto, golpeado con el bastón por esta mano, de espaldas cae rodando inmediatamente del centro del carro, y mato

a todos los que le acompañan. Si en este extranjero hay alguna relación con Layo ¿quién hay ahora incluso más desdichado que este hombre? ¿Qué hombre más odiado por los dioses podría haber? A éste ni de entre los extranjeros ni de entre los ciudadanos nadie es posible que lo acoja en su casa, ni que le dirija la palabra hombre alguno, sino que se le rechace de los hogares. Y esto ningún otro sino yo fui quien contra mí mismo estas maldiciones dispuse. Y el lecho del muerto mancho con estas dos manos mías, por las que precisamente él murió. ¿No soy acaso un malvado?

Edipo Rey 774-822
(J. M.ª L.)[22]

7. De nada valen los venerables oráculos de los dioses

MENSAJERO.–¿Tal vez de vosotros, extranjeros, podría yo enterarme dónde está el palacio del soberano Edipo? O mejor aún, decidme, si lo sabéis, dónde está él.

CORIFEO.–La casa es ésta, y él está dentro, extranjero. Su esposa y madre de sus hijos es ésta.

MENSAJERO.–Pues feliz y acompañada de felices por siempre sea, puesto que de aquél es esposa completa.

YOCASTA.–De igual forma también tú, extranjero, ya que merecedor eres por tus buenas palabras. Pero di qué necesitas y qué es lo que quieres anunciar con tu venida.

MENSAJERO.–Cosas buenas para la casa y para tu esposo, mujer.

YOCASTA.–¿Cuáles? ¿De parte de quién llegas?

MENSAJERO.–De Corinto. Y respecto a la noticia que voy a decir al punto... te alegrarás –¿cómo no?– y te apenarás de igual forma.

YOCASTA.–¿De qué se trata? ¿Cómo puede tener ese doble poder?

MENSAJERO.–Soberano piensan erigirlo los habitantes de la región del Istmo, según se decía allí.

YOCASTA.–¿Qué? ¿No está ya en el poder el anciano Pólibo?

MENSAJERO.–No, puesto que la muerte lo tiene en la tumba.

YOCASTA.–¿Cómo dices? ¿Está muerto Pólibo?

MENSAJERO.–Si no digo efectivamente la verdad, sea merecedor de la muerte.

YOCASTA.–Criada, ¿no irás al punto a decir esto a tu señor? Oráculos de los dioses, ¿dónde estáis? Antaño, ante el temor de matar a este hombre, Edipo huyó, y ahora aquél a manos del destino ha muerto y no bajo el golpe de éste.

EDIPO.–Mi muy querida esposa Yocasta, ¿por qué me envías recado de que salga aquí fuera de palacio?

YOCASTA.–Escucha a este hombre y, tras prestarle oído, considera dónde han llegado los venerables oráculos del dios.

EDIPO.–Y éste, ¿quién es y qué tiene que decirme?

YOCASTA.–Viene de Corinto para anunciarte que tu padre, Pólibo, ya no existe, sino que está muerto.

EDIPO.–¿Qué dices, extranjero? Sé tú personalmente quien me lo comuniques.

MENSAJERO.–Si esto es preciso que sea lo primero que yo anuncie con toda certeza, sábete bien que aquél está ya en el reino de la muerte.

EDIPO.–¿Acaso por obra de engaños, o con intervención de una enfermedad?

MENSAJERO.–Pequeño es el quebranto necesario para rendir los cuerpos ya viejos.

EDIPO.–Por obra de dolencias el infortunado se ha consumido, según parece.

MENSAJERO.–Sí, y también tras haber contabilizado un largo período de vida.

EDIPO.–¡Ah, ah! ¿por qué, entonces, habría uno de prestar atención a la sede profética de Apolo, o a las aves que en lo

alto resuenan, cuyas indicaciones eran que yo había de dar muerte a mi propio padre? Él, una vez muerto, oculto está bajo tierra, mientras que yo aquí estoy sin tocar espada alguna, a no ser que en alguna medida haya muerto por causa de la nostalgia de mi persona, y de esa forma sí sería yo el causante de su muerte. En consecuencia, Pólibo yace en el Hades llevándose consigo los presentes oráculos de ninguna consideración merecedores.

YOCASTA.–¿No es cierto acaso que yo te venía diciendo esto desde hace rato?

EDIPO.–Lo decías, pero yo me dejaba llevar del miedo.

YOCASTA.–Ahora ya nada de esto lances contra tu corazón.

EDIPO.–¿Y cómo el lecho de mi madre es preciso que yo no tema?

YOCASTA.–¿Por qué habría de sentir miedo el hombre, cuando por lo que a él respecta son los acaeceres del azar quienes tienen poder, y su previsión de nada es clara conocedora? Lo mejor es vivir al azar, en la medida que uno pueda. Tú ante las bodas con tu madre no sientas temor. Muchos ya entre los mortales han compartido el lecho con su madre también en sueños. Sin embargo, aquél para el que estas cosas nada valen, ése con absoluta facilidad lleva adelante su vida.

EDIPO.–Bien habría sido dicho todo esto por tu parte, si no siguiera en vida la que me engendró. Pero en cambio, puesto que aún vive, absoluta necesidad hay de sentir miedo, aunque bien hables.

YOCASTA.–Sin embargo, gran ayuda al menos es la muerte de tu padre.

EDIPO.–Grande, sí. Pero por lo que respecta a la que aún vive siento miedo.

MENSAJERO.–¿Y cuál es la mujer respecto a la que sentís ese miedo excesivo?

EDIPO.–Respecto a Mérope, anciano, con la cual Pólibo vivía.

MENSAJERO.–¿Qué es lo que de ella os lleva al temor?

EDIPO.–Un terrible oráculo enviado por los dioses, extranjero.

MENSAJERO.–¿Se puede decir, o no es lícito que otro lo sepa?

EDIPO.–Por supuesto que sí. Loxias dijo un día que era preciso que yo me uniera con mi propia madre y que la sangre paterna con mis manos la cogiera. Por causa de ello alejado de Corinto vivo hace ya mucho tiempo. Y con suerte propicia, a pesar de que, no obstante, lo más dulce es contemplar constantemente la semblanza de los progenitores.

MENSAJERO.–¿Acaso por temer esto estuviste desde entonces alejado de la ciudad?

EDIPO.–Porque de ningún modo quería ser el asesino de mi padre, anciano.

MENSAJERO.–¿Por qué no te he librado yo de este temor, dado que he venido bien dispuesto?

EDIPO.–Y en verdad que agradecimiento digno alcanzarías de mi parte.

MENSAJERO.–Y en verdad que sobre todo por esto he venido, para que, cuando vuelvas a tu casa, me vaya bien en alguna medida.

EDIPO.–No, nunca iré al lado de quienes me engendraron.

MENSAJERO.–Hijo, bien claro está que no sabes lo que haces.

EDIPO.–¿Cómo, anciano? Por los dioses, explícamelo.

MENSAJERO.–Si por estos motivos rehuyes ir a tu casa...

EDIPO.–Es que temo que Febo me resulte verdadero.

MENSAJERO.–¿No vaya a ser acaso que alcances contaminación de tus padres?

EDIPO.–Eso mismo, anciano. Eso es lo que una y otra vez me aterra.

MENSAJERO.–¿No sabes, entonces, que en lo que atañe a la justicia no tienes motivo alguno de temor?

EDIPO.–¿Y cómo no, si hijo en efecto soy de estos padres?

MENSAJERO.–Porque contigo Pólibo nada tenía que ver en ascendencia.

EDIPO.–¿Cómo has dicho? ¿Acaso no me engendró Pólibo?

MENSAJERO.–No más que aquí yo, sino igual.

EDIPO.–¿Y cómo el que me engendró por igual que el que no?

MENSAJERO.–En efecto. A ti no te engendró ni aquél ni yo.

EDIPO.–¿Pero, por qué, entonces, me llamaba hijo?

MENSAJERO.–Tras recibirte como regalo un día, sábetelo, de mis manos.

EDIPO.–¿Y sin embargo, a pesar de venir de otras manos, llegó a amarme en tan gran medida?

MENSAJERO.–Es que su anterior carencia de hijos le convenció.

EDIPO.–¿Tras comprarme o tras encontrarme me entregas a él?

MENSAJERO.–Tras encontrarte en los boscosos desfiladeros del Citerón.

Edipo Rey 924-1026
(J. M.ª L.)[22]

EURÍPIDES

(c. 485-406 a.C.) Influido por el movimiento racionalista de la Sofística, se ha dicho de él que es el «filósofo de la escena». Durante su vida no estuvo especialmente vinculado a la participación en la política de su ciudad, y desde luego no acudió a ninguna campaña militar, actitud que se ha intentado explicar por su postura antibelicista, a la que llegó de manos del pesimismo de ver a Atenas embarcada en una guerra que cada año tomaba un cariz más siniestro. En torno al 408, algo hastiado de su Atenas natal y denostado por algunos de los autores de comedias, acudió a la corte de Arquelao de Macedonia, donde representó algunas de sus últimas obras. Del total de noventa y dos que le atribuye la tradición, se nos han conservado diecinueve. A su teatro -excesivamente moderno para su tiempo- le interesan singularmente los conflictos psicológicos en que se debaten sus personajes. Con Eurípides aparecen en escena las pasiones humanas, los elementos irracionales de la persona, aunque el autor -a diferencia de los sofistas que abjuraban de todo lo irracional- sabe encontrar en estas facetas de la personalidad determinados elementos positivos que pueden conducir al protagonista de sus obras a los más nobles actos de abnegación, altruismo, generoso sacrificio, etc. Características de su teatro

son también el antibelicismo (Hécuba, Suplicantes, Troyanas), *los conflictos amorosos* (Hipólito), *el tema de la mujer* (Alcestis, Medea, Ifigenia), *el teatro religioso* (Bacantes), *la intriga y la truculencia* (Helena, Ión), *etc.*

Los textos que presentamos corresponden, el primero, a la esquizofrenia en que vive Medea que, repudiada por Jasón, maquina, duda, calcula -según la conveniencia que le dicta su razón o el impulso de sus sentimientos- asesinar o no a sus propios hijos. Luego hemos incorporado un bello canto de un coro del Hipólito a la diosa del amor, la cipria Afrodita. A continuación el relato de los Doce Trabajos de Hércules; un par de textos sobre el pacifismo de Eurípides y finalmente unos versos de Bacantes *en los que asistimos al castigo divino del impío Penteo.*

8. No, alma mía, no ejecutes tú eso

MEDEA.-¡Oh, hijos míos, ya tenéis ambos una ciudad, y una morada, en la que, después de haberme abandonado, viviréis para siempre, privados de vuestra madre. Yo, en cambio, ya parto desterrada a otro país, antes de haber disfrutado de vosotros dos y haberos visto felices; antes de haber dispuesto vuestra boda, una esposa y el lecho conyugal, y haber sostenido en alto la antorcha nupcial! ¡Oh, desdichada de mí, por mi orgullo!

En vano, oh hijos, os he criado, en vano padecí y en fatigas me consumí, soportando los terribles dolores del parto. En verdad que tenía puestas, desdichada de mí, muchas esperanzas en vosotros: que me alimentaríais en mi vejez, y que una vez muerta, con vuestras manos me amortajaríais; lo que es un envidiable deseo para los mortales. Ahora, en cambio, ha muerto esa dulce pretensión. Pues privada de vosotros dos, entre penas y dolores transcurrirá mi vida. Vosotros ya no volveréis a ver a vuestra madre con esos queridos ojos; a otra clase de vida partiréis.

¡Ay, ay!, ¿por qué volvéis hacia mí la mirada, hijos? ¿Por qué me sonreís con una sonrisa postrera? ¡Ay, ay!, ¿qué haré? Pues mi corazón desfallece, mujeres, al ver el brillo de los ojos de mis hijos.

No podría. ¡A paseo mis anteriores planes! Sacaré de esta tierra a estos hijos míos. ¿Por qué tengo que, a fin de hacer sufrir a su padre con la desgracia de ellos, procurarme yo misma un mal que es el doble? No, yo no. ¡A paseo mis planes!

¡Pero bueno! ¿Qué es lo que pasa? ¿Es que quiero ser el hazmerreír de mis enemigos por haberlos dejado impunes? ¡Hay que atreverse a ello! ¡Ay, de mi cobardía! ¡Dar cabida en mi alma a blandos propósitos! Entrad en casa, hijos.

Y a quien no le esté permitido asistir a mi sacrificio, que actúe en consecuencia ¡Mi mano no desfallecerá! ¡Ay, ay! ¡No, corazón, no ejecutes tú eso! ¡Déjalos tú, desgraciada criatura, absténte de tocar a tus hijos! ¡Aunque no vivan conmigo, serán tu alegría! ¡No, por los dioses vengadores que viven en el Hades! nunca será posible que yo entregue a mis propios hijos a mis enemigos para que sean ultrajados. [Es totalmente necesario que mueran, y ya que así lo es, les daré muerte yo misma que les di la vida.] Totalmente decidido está esto, y no hay escapatoria. Y ahora mismo, con la corona sobre su cabeza, y envuelta en los peplos la regia novia perece, estoy totalmente segura. Mas, ya que voy a emprender el más desgraciado viaje y también hacérselo emprender a éstos, quiero dirigir la palabra a mis hijos.

Dadme, hijos, dad a vuestra madre para que la bese vuestra mano derecha. ¡Oh queridísima mano, y queridísima boca, figura y noble rostro de mis hijos! ¡Ojalá que ambos seáis felices, pero allá! La felicidad de aquí os la ha arrebatado vuestro padre. ¡Oh dulce abrazo, oh delicada piel y aliento, el más agradable, de mis hijos! Partid, partid. Ya no puedo dirigir mi mirada hacia vosotros, sino que soy vencida por las desgracias. Comprendo qué clase de crimen voy a llevar a cabo, pero mi pasión es superior a mis reflexiones, como que

ella resulta ser la causante de las mayores calamidades para los hombres.

Medea 1021-1081
(A. G. G.)[23]

9. Eros encanta a aquel sobre cuyo enloquecido corazón se lanza alado

CORO.–*Tú guías, Cipris, el indoblegable corazón de dioses y de hombres, y contigo, el de alas variegadas, cercándoles con el más raudo vuelo. Revolotea por la tierra y el sonoro salino mar. Eros encanta a aquel sobre cuyo enloquecido corazón se lanza alado, brillante como el oro: a la estirpe de las criaturas monta-*
[races y de los mares,
y a cuantas la tierra nutre,
y a las que el ardiente sol contempla,
así como a los hombres.
Poder real sobre todos ellos, oh Cipris,
tú eres la única que lo ejerces.

Hipólito 1268-1282
(A. G. G)[23]

10. De Heracles quiero cantar... sus trabajos

CORO.–*Canto de duelo tras feliz canción entona Febo, tocando con plectro de oro: mas yo a aquel que del infierno llegó a la oscuridad, al hijo*
ya le llame de Zeus ya retoño de Anfitrión,
quiero cantar como corona de sus trabajos con elogios.
Triunfos de hazañas gloriosas son gloria de los muertos.

De Zeus primero el bosque
liberó del león,
con las rojas cubrióse su rubia cabeza y sus hombros
fauces de voraz fiera.
La montaraz de los salvajes
centauros raza un día
derribó con mortífero arco,
con flechas aladas matándolos.
Lo sabe el Peneo de bellos remolinos, las vastas,
asoladas llanuras,
también las cabañas del Pelion,
las cuevas vecinas de Homola
donde en sus manos pinos
blandiendo arrasaban Tesalia
bajo sus cabalgadas.

Y a la de cuernos de oro,
la cierva moteada
azote de los rústicos,
matándola, a la cazadora diosa de Enoe honra.

La cuadriga rigió y con el freno gobernó las yeguas
de Diomedes que en pesebres ensangrentados,
libres de bridas, devoraban
pienso sangrante con sus bocas,
para el placer de humano pasto
banqueteando impías; lejos
cruzó de los montes que fluyen con la plata del Hebro,
por servir al tirano de Micenas.

Y en la costa de Mélide
al lado del río Anauro
a Cicno el asesino mató con dardos, de Anfanea
al cruel habitante.

Llegó hasta las cantoras
doncellas y su huerto de Occidente
para coger el fruto de oro de las manzanas,
de entre las hojas, con su mano;
y a aquel dragón de lomo rojo
que lo guardaba inaccesible
curvado en espiras, dio muerte;
y a los abismos de los mares
bajó, para los remos
del hombre trayendo la calma.

Y del cielo en el centro
puso sus manos yendo a la morada de Atlas:
la casa estrellada sostuvo,
con su hombría, de los dioses.

Y de las amazonas el ecuestre escuadrón
en torno a la Meotis rica en ríos
fue a buscar, cruzando un mar no hospitalario,
¿qué tropa desde Grecia de amigos no trayendo
de la doncella de Ares para apresar
la prenda adornada de oro,
-del ceñidor funesta caza-?
Recibió Grecia la ilustre presea
de la extrajera, la que ahora
se conserva en Micenas.

Y a la de mil cabezas,
mortal perra, de Lerna
a la hidra abrasó
y envenenó las flechas
con que mató al de tres cuerpos,
al pastor de Eritea.

De otras expediciones los felices trofeos
se trajo en sucesión y al lacrimoso

Hades fue navegando, su último trabajo,
donde halla el fin, el triste,
de su vida y no vuelve.
No hay ya amigos en la casa
y él, sin retorno de los hijos,
el remo de Caronte aguarda,
fin de la vida que es impío, injusto;
sólo a ti mira ya la casa
estando aquél ausente.

Si un fuerte joven fuera
yo y blandiera la lanza,
con los cadmeos amigos
habría ya defendido
a éstos: pero quedó atrás
la juventud feliz.

Heracles loco 348-441
(F. R. A.)[24]

11. No consideréis feliz a nadie de los poderosos hasta el momento de su muerte

CORIFEO.–Siervas de la anciana Hécuba. ¿No veis que vuestra señora se ha desplomado y está sin habla, fuera de sí? ¿No vais a recogerla? ¿O dejaréis, malas siervas, a una anciana abatida? ¡Levantad su cuerpo!

HÉCUBA.–Dejad que siga caída –no me agrada lo que no deseo, muchachas–. Sufro, he sufrido y todavía sufriré males dignos de esta postración. ¡Oh dioses...!

A flacos aliados invoco, mas con todo no carece de dignidad el invocar a los dioses cuando uno de nosotros recibe un revés de la fortuna.

En primer lugar quiero desahogarme cantando mis bienes, pues así produciré mayor lástima con mis males. Era reina y casé con un rey; luego engendré hijos excelentes, no sólo por el número, sino los más sobresalientes de los frigios. Ninguna mujer troyana, griega o bárbara, podrá jactarse de haber parido tales. Mas los vi caer bajo la lanza helena y mesé mis cabellos ante sus tumbas. A Príamo que los engendró lo lloré no porque conociera su muerte de otros labios, sino que yo misma –con estos ojos– vi cómo lo degollaban sobre el fuego del hogar y cómo destruían mi ciudad. Mis hijas, a quienes eduqué con esmero en la virginidad para honra y prez de sus esposos, para otros las eduqué, las han arrancado de mis brazos. Y ni ellas tienen esperanza de volver a verme ni yo misma las veré ya jamás. Y lo último, la cornisa de mis lamentables males: yo que soy una anciana voy a llegar a la Hélade como esclava.

Esto es lo más desventurado para una anciana: me encargarán de que guarde las llaves como portera –¡a mí, que parí a Héctor!– o de fabricar pan. Me acostaré en el suelo con la espalda arrugada –que viene de un lecho real–, con mi arrugado cuerpo vestido con jirones de peplos arrugados, una deshonra para los poderosos. ¡Pobre de mí, qué cosas me han tocado en suerte, y me seguirán tocando, por la boda de una sola mujer!

¡Hija mía, Casandra, compañera de los dioses en el éxtasis báquico, con qué infortunio has destruido tu pureza! Y tú, oh paciente Políxena, ¿dónde estás? ¡Que no pueda ayudar a esta desgraciada ningún hombre ni mujer, con los muchos que me nacieron! Por ello, ¿a qué levantarme? ¿Con qué esperanza? Conducid mis pies –que un día fueron delicados en Troya, mas ahora son esclavos– hacia un jergón de paja tendido en tierra o a un lecho de piedra. Allí me dejaré caer y moriré consumida por el llanto.

No consideréis feliz a nadie de los poderosos hasta el momento de su muerte.

Las Troyanas 463-510
(F. R. A.)[25]

12. Sencillo es el relato de la verdad y no requiere rebuscados comentarios

POLINICES.–Sencillo es el relato de la verdad y no requiere además rebuscados comentarios. Porque los hechos mismos le dan oportunidad. En cambio el discurso injusto, al ser enfermizo de por sí, necesita de sabios medicamentos.

En cuanto a mí, antepuse en mi consideración sobre la casa de mi padre mi vida y la de éste, con el deseo de rehuir las maldiciones que Edipo invocó en cierta ocasión contra nosotros. Me salí por mi propia decisión fuera de esta tierra dejándole a éste ser rey en la patria por el plazo de un año con la condición de que yo tomaría a mi vez el poder por turno y así no incurriría en enemistad y rivalidad con él para hacer y sufrir cualquier mal, como suele suceder. Pero él, después de haber aprobado esto y de prestar juramento a los dioses, no hizo nada de lo que había prometido, sino que retiene él el poder real y mi parte de la herencia. Incluso ahora estoy dispuesto, si recibo lo que es mío, a reenviar el ejército fuera de esta tierra, y a vivir en la casa familiar cumpliendo mi turno, y a cedérselo de nuevo a él por el mismo plazo; y a no arrasar la tierra patria ni a aplicar a las torres los asaltos de las firmes escalas, lo que, de no obtener justicia, trataré de conseguir. Como testigo de esto a los dioses invoco, de que en todo obro con justicia, y sin justicia estoy privado de mi patria, del modo más impío. Los hechos, uno a uno, madre, los he expuesto resumiéndolos sin florituras retóricas, sino de forma ajustada tanto para los doctos como para los simples, según me parece.

CORIFEO.–A mí, si bien no he sido educado en tierra de griegos, sin embargo, me parece sensato, desde luego, lo que dice.

ETEOCLES.–Si a todos les pareciera la misma cosa buena y sabia a la vez, no existiría entre los hombres la discordia de ambiguo lenguaje. Pero en realidad no hay nada idéntico ni

ecuánime para los mortales, al margen de los nombres de hecho no existe tal realidad.

Conque yo, madre, hablaré sin ocultar nada. Llegaría hasta las salidas de los astros del cielo y bajaría al fondo de la tierra, Si fuera capaz de realizar tales acciones, con tal de retener a la mayor de las divinidades: la Tiranía. Así, pues, ese bien, madre, no estoy dispuesto a cederlo a otro en lugar de conservarlo para mí. ¡Cobardía sería, en efecto, que uno, perdiendo lo más, recogiera lo menos!

Además de eso, me avergonzaría de que éste, que viene por las armas y devastando el país, consiguiera lo que pretende. Eso sería para Tebas un oprobio, si yo cediera mi cetro ante el terror de la lanza micénica para que él lo detentara. Hubiera debido, madre, tratar él de conseguir la reconciliación sin acompañamiento de armas, ya que la palabra razonable lo conquista todo, al igual que puede someterlo el hierro de los enemigos. Conque si quiere vivir en este país de algún otro modo, ¡sea! Pero lo otro no lo voy a permitir de buen grado; siéndome posible ejercer el poder, ¿voy a ser alguna vez esclavo suyo?

Ante esto, ¡venga el fuego, vengan las espadas, uncid los caballos, llenad la llanura de carros de guerra! Que no dejaré a éste mi poder real. Pues si hay que violar la justicia, por la tiranía es espléndido violarla. En lo demás conviene ser piadoso.

CORIFEO.–No conviene hablar a favor de hechos no buenos. Pues eso no es hermoso, sino amargo para la justicia.

YOCASTA.–¡Oh hijo, no son males todo lo que aporta consigo la ancianidad, Eteocles! Sino que la experiencia tiene algo que decir más sensato que los jóvenes. ¿Por qué te abandonas a la peor de las diosas, hijo mío, a la Ambición?

¡No, tú no! Es injusta esa divinidad y en ciudades felices se introduce y acaba con la destrucción de los que la albergan. Por ella cometes una locura. Es mejor lo otro, hijo mío, honrar la Equidad, que siempre a los amigos con los amigos, las ciudades con las ciudades y los aliados con los aliados une.

Porque la equidad es garantía de estabilidad entre los hombres, mientras que contra el Más de continuo se alza como enemigo el Menos, y da comienzo a los días de odio. Porque incluso las medidas y las unidades de peso entre los hombres las fijó la Equidad, y estableció la numeración. El ojo oscuro de la noche y la luz del sol ecuánimemente recorren el ciclo anual, y ninguno de ellos guarda, vencido, rencor al otro. Tanto el sol como la luna se someten en favor de los mortales, ¿y tú no vas a consentir en tener tu equitativa porción de la herencia y compartirla con éste? Entonces ¿dónde está la justicia?

¿Por qué a la tiranía, una injusticia próspera, la estimas en extremo y la consideras magnífica? ¿Porque te vean con grandes honores? Bien vano es. ¿Es que acaso quieres penar mucho con tal de tener mucho en tu palacio? ¿Qué es eso de más? Sólo un nombre. Puesto que lo suficiente para la vida les basta a los sensatos.

Fenicias 470-554
(C. G. G.)[26]

13. Compadéceme, madre, no mates a tu hijo por mis yerros

MENSAJERO.–... La madre, la primera, comenzó como sacerdotisa el sacrificio y cae sobre Penteo. Él arrancó de sus cabellos el gorro para que al reconocerlo la desdichada Ágave no le diera muerte y le dice, tocando su mejilla: «Soy yo, madre, tu hijo Penteo, al que pariste en el palacio de Equión; compadéceme, madre, no mates a tu hijo por mis pecados».

Pero ella, echando espuma y girando sus pupilas extraviadas, no en uso de razón cual debería, por Baco estaba poseída y su hijo no lograba persuadirla. Tomando por el codo el brazo izquierdo y apretando el pie contra el costado del infor-

tunado, arrancó el hombro, no usando la fuerza, sino que el dios hizo fácil el trabajo de sus manos. Ino entretanto en el otro lado trabajaba desgarrando las carnes y Autónoe y la tropa entera de las ménades se le echaba encima. Había al tiempo toda clase de clamores, gimiendo él mientras alentaba todavía y ellas lanzando gritos de victoria. Se llevaba una un codo, otra los pies junto con las botas y eran desnudados sus costados, desgarrados; y todas, ensangrentadas en sus manos, se arrojaban unas a otras cual pelota la carne de Penteo. Yace esparcido el cuerpo, parte bajo las rocas escarpadas, parte entre la espesura de los árboles del bosque, la búsqueda no es fácil: la cabeza miserable que acertó a coger su madre con las manos, tras clavarla en la punta de un tirso la lleva cual si fuera la de un león del monte por en medio del Citerón, dejando a sus hermanas en los coros de las ménades. Y viene, ufana por esa caza infortunada, hacia dentro de estas murallas, mientras invoca a Baco cual compañero de caza, cual colaborador en la captura, cual vencedor: ¡el que le da premio de lágrimas!

Bacantes 1114-1147
(F. R. A)[24]

ARISTÓFANES

(c. 445-c. 385) Poeta cómico ateniense, representante de la llamada Comedia Antigua. Se nos han conservado once de sus obras, aunque conocemos además una treintena de títulos y *algunos fragmentos. De entre los rasgos más destacables de Aristófanes como comediógrafo destacan el colorido de su fantasía y de su imaginación, a cuyo servicio utiliza el humor, la ironía y la parodia cómica. Distorsionando la realidad, se burla de ella con un propósito casi siempre didáctico* (prodesse et delectare). *Su antibelicismo parece connatural al género literario que cultiva, y cuando llega a hastiarse de los defectos de la incorregible sociedad de su época (lo que en ocasiones le valió ser etiquetado de tibio simpatizante de la democracia) se evade al mundo de la utopía, buscando solaz en las artísticas creaciones de su fantasía. No pudiendo adherirse de lleno a las ideas que representa la forma en que la democracia/demagogia de la época se ejecuta, manifiesta su estima por algunos de los valores tradicionales bajo la forma de evasión cómica. Se ha dicho -con razón- que la comedia es una mezcla de realismo, fantasía y crítica política: tres buenos ingredientes para llevar a la escena la lucha de sexos* (Lisístrata *y* Tesmoforias), *los conflictos entre la antigua y la nueva educación* (Las Nubes), *la crítica al*

sistema político y judicial (Caballeros, Avispas), *el antimilitarismo de los pacifistas* (Acarnienses, Paz), y *hasta la crítica literaria* (Ranas), *etc.*

A guisa de ejemplos hemos reproducido ahora un pasaje de Aves, *bella comedia de evasión, en la que dos atenienses fundan, ellos mismos transformados en aves, una ciudad en el éter, en la que los pájaros se reputan los más antiguos señores del universo, obligando a que el propio Zeus tenga que negociar y pactar con ellos. En segundo lugar, unos versos de* Lisístrata *en la que las mujeres de toda Grecia se las ingenian pícaramente para conseguir que sus necios maridos lleguen a firmar la ansiada paz. Finalmente, en un breve pasaje de* Tesmoforias *se ironiza sobre la misoginia de Eurípides.*

14. Las aves somos los dioses más antiguos... de amor las herederas

CORO.–*Ave, querida y rubia,*
más amada que todas,
amiga de mis cantos,
mi vieja compañera,
has venido, te he visto,
trayendo tu gorjeo.
Tú que tocas la flauta
tan dulce en primavera,
abre mis anapestos.

CORIFEO.–*Hombres de vida en las tinieblas, hojas que caen,*
[cual dijo Homero,
seres sin fuerza hechos de barro, raza de sombras sin aliento,
tristes, efímeros, sin alas, en todo iguales a los sueños
prestad oído a vuestros dioses, a los que nunca envejecemos,
los inmortales de los aires, los que tenemos ser eterno,

para que oyendo de nosotros toda la ciencia de los cielos,
-aves, origen de los dioses, de los ríos, Caos y Erebo-
digáis a Pródico el sofista que rabie mucho, que me alegro.
El Caos, la Noche, el negro Erebo y el ancho Tártaro existieron,
y aún no había tierra, aire ni cielo, cuando del Erebo en el seno
puso la Noche de alas negras, antes de nada, un huevo huero.
De éste nació, pasando el tiempo, Amor, objeto de deseo,
brillante el torso con sus alas, turbión más rápido que el viento.
Se unió el Amor al Caos alado en el Tártaro vasto y negro,
y así dio el ser a nuestra raza y la sacó a la luz primero.
Pues no existían aún inmortales: Amor unió los elementos
más tarde sólo y al unirse nació el Océano y el Cielo,
nació la Tierra con los dioses felices todos, nunca muertos.
Somos los dioses más antiguos, somos de Amor los herederos.
Es claro: véis, tenemos alas y a los amantes protegemos.
A muchos jóvenes hermosos que un día hicieron juramento
contra el Amor, logró hacer suyos su enamorado por mis méritos:
gallo, oca, polla o codorniz, hace el regalo un gran efecto.
Nuestros favores a los hombres son más que todos soberanos.
Les anunciamos el otoño, la primavera y el verano:
deben sembrar cuando la grulla marcha hacia África volando;
quite el marino su timón, duerma colgándolo en un clavo;
que teja Orestes una capa, no haya de usar de lo robado.
Luego ya viene otra estación: su mensajero es el milano.
Es el momento de esquilar, ya es primavera, el vellón blanco,
la golondrina nos avisa para cambiar el grueso manto.
Somos Amón, Delfos, Dodona, somos Apolo y todo oráculo.
Antes de obrar en cualquier cosa venid aquí a consultarnos,
si hacéis comercio, adquirís bienes o, en fin, si es que intentáis
[casaros.
Todo lo que es signo de augurio los hombres llaman siempre
[pájaro:
sea un rumor o un estornudo, un pájaro es denominado;
decís que es pájaro un encuentro, una voz, criado... o asno.
Somos Apolo el adivino: ¿no veis ahora esto bien claro?

(Más rápido)

Si creéis que somos dioses
tendréis en nosotros Musas
y adivinos, tendréis brisas,
invierno, la primavera
y un verano sin bochorno;
no huiremos a los cielos
ni, sentados en las nubes,
nos haremos los gloriosos
como Zeus; aquí presentes
os daremos a vosotros
y a vuestros hijos y nietos
salud y riqueza, vida,
paz, juventud, risa, danzas,
fiestas y leche de pájaro.
Podréis cansaros de bienes,
seréis ricos en tal grado.

CORO (estrofa)

Musa de los bosques
(tío, tío, tío, tío, tío tinx).
Musa siempre nueva
con la que en los valles, con la que en las cumbres
(tío, tío, tío, tinx)
posado en un fresno frondoso
(tío, tío, tío, tinx)
mi rubia garganta
entone sus himnos
a Pan y a la Madre del monte
sus ritmos solemnes de danza
(tó tó tó tó tó tó tó tó tó tinx).
De allí, cual abeja,

Frínico el divino libaba sus himnos;
una dulce oda
siempre se llevaba
(tío, tío, tío, tinx).

CORIFEO.–Si alguno de vosotros, oh espectadores, quiere llenar en adelante su vida de alegrías, que venga con nosotros. Cuantas cosas son consideradas vergonzosas en la tierra y las prohíbe la ley, aquí entre nosotros los pájaros son dignas de elogio. Pues si en Atenas es infamante, según la ley, golpear a un padre, aquí entre nosotros es honroso; así, si uno corre hacia su padre y golpeándole le dice: «Levanta el espolón si quieres lucha». Si alguno de vosotros es un esclavo fugitivo y ha sido marcado a fuego, entre nosotros se le llamará el francolín, de plumaje moteado. Si alguno es tan frigio como Espíntaro, éste será el frígilo o pinzón, de la familia de Filemón. Si es un esclavo y un cario como Ejecéstides, que engendre unos abuelos en nuestra ciudad y aparecerán enseguida sus compañeros de fratría. Y si el hijo de Pisias quiere entregar por traición a gente indigna las puertas de la ciudad, que se haga perdiz, polluelo de su padre, pues para nosotros no es vergüenza alguna huir como una perdiz.

Aves 685-768
(F. R. A.)[27]

15. Las mujeres hemos decidido salvar la ciudad

LISÍSTRATA.–Nosotras, en las primeras fases de la guerra y durante un tiempo, aguantamos, por lo prudentes que somos, cualquier cosa que hicierais vosotros los hombres –la verdad es que no nos dejabais ni rechistar–, y eso que agradarnos no nos agradabais. Pero nosotras estábamos bien informadas de lo vuestro y, por ejemplo, muchas veces, estando

en casa, nos enterábamos de una mala resolución vuestra sobre un asunto importante. Y después, sufriendo por dentro, os preguntábamos con una sonrisa: «¿Qué cláusula habéis decidido, hoy, en la Asamblea, añadir en la estela en relación con la tregua?» –«¿Y eso a ti, qué?», decía el marido de turno. «¿No te callarás?»– y yo me callaba.

CLEONICE.–Pero yo no me callaba nunca.

COMISARIO.–Habrías llorado, si no te callabas.

LISÍSTRATA.–Yo, cierto que me callaba. Pero cada vez nos enterábamos de una decisión vuestra peor que la anterior. Y, luego, preguntábamos: «Marido, ¿cómo es que actuáis de una manera tan disparatada?». Y él, echándome una mirada atravesada, me decía enseguida que si yo no me ponía a hilar, mi cabeza iba a gemir a gritos. «De la guerra se ocuparán los hombres.»

COMISARIO.–Bien dicho lo de aquél, por Zeus.

LISÍSTRATA.–¿Cómo que bien, estúpido, si ni siquiera cuando vuestras decisiones eran malas nos estaba permitido sugeriros nada? Y cuando ya oíamos a las claras por las calles: «¿Es que no queda ni un hombre en este país?». «Desde luego que no, por Zeus» –decía otro–; después de esto acordamos ya sin más salvar a Grecia todas juntas, reuniéndonos las mujeres. Pues, ¿de qué hubiera valido esperar? Así es que si queréis atendernos ahora a nosotras que os hablamos cuerdamente, y callaros como antes nosotras, podríamos enderezaros.

COMISARIO.–¿Vosotras a nosotros? Tremendo es lo que dices; no lo aguanto.

LISÍSTRATA.–Cállate.

COMISARIO.–¿Callarme yo porque tú lo digas, hija de perra, y eso que tú llevas un velo en la cabeza? Primero me muero.

LISÍSTRATA.–Pues si eso te sirve de obstáculo, coge este velo mío, tenlo y póntelo en la cabeza, y después cállate. *(Le da el velo.)*

CLEONICE.–También este canastillo. *(Se lo entrega.)* Luego ponte un ceñidor y dedícate a cardar, devorando habas, que «de la guerra se ocuparán las mujeres».

LA CORIFEO.–Apartaos de los cántaros, mujeres, para que también nosotras por nuestra parte ayudemos a nuestras amigas.

CORO DE MUJERES:

Yo nunca me cansaría de bailar,
ni la agotadora fatiga podrá apoderarse de mis rodillas.
Dispuesta estoy a realizar cualquier cosa
junto a éstas, por su valor, en ellas
hay dotes naturales, gallardía, coraje,
sabiduría, y valor
patriótico y prudente.

LA CORIFEO.–Hala, tú, la más valiente de las abuelas y de las fructíferas ortigas hembras, avanzad con bravura y no os ablandéis, que todavía ahora corréis con viento favorable.

LISÍSTRATA.–Si Eros de dulce ánimo y Afrodita la Chipriota nos infunden a nosotras deseo en las entrañas y en los muslos, y además hacen crecer en los varones una agradable turgencia y una persistente verga, creo yo que algún día nos van a llamar entre los griegos «Acabaguerras».

COMISARIO.–¿Por haber hecho qué?

LISÍSTRATA.–En primerísimo lugar, si hacemos que dejen de estar con armas en el mercado y de hacer chifladuras.

CLEONICE.–Sí, por Afrodita de Pafos.

LISÍSTRATA.–Pues ahora van y vienen, por el mercado de los cacharros y las verduras, con las armas, como Coribantes.

COMISARIO.–Sí, por Zeus; así tienen que hacer los hombres valerosos.

LISÍSTRATA.–Pues sí que tiene gracia la cosa: un tío con un escudo que representa una Gorgona, va y compra pescaditos.

CLEONICE.–Sí, por Zeus, yo he visto a un capitán montado a caballo, con larga melena, echar en el casco de bronce puré de lentejas que le vendía una vieja. Y otro, un tracio que agitaba su escudo ligero y su jabalina, como Tereo, asustaba a la vendedora de higos secos y se tragaba los maduros.

COMISARIO.–¿Y cómo os las vais a arreglar vosotras para reconciliar y poner fin a tal cantidad de asuntos enmarañados en las ciudades griegas?

LISÍSTRATA.–Muy simple.

COMISARIO.–¿Cómo? Explícamelo.

LISÍSTRATA.–Igual que el hilo, cuando se nos ha enredado, lo cogemos así *(Muestra con gestos lo que está diciendo.)*, y con los husos por un lado y otro, lo traemos a su sitio, así también desenmarañaremos esta guerra, si es que nos dejan hacer, poniendo las cosas en su sitio por medio de embajadas a un lado y a otro.

COMISARIO.–¿Así que con lanas, hilos y husos, os creéis que vais a poner fin a unos asuntos tan terribles? ¡Qué necias!

LISÍSTRATA.–Sí, y también vosotros, si tuvierais una pizca de sentido común, según nuestras lanas gobernaríais todo.

COMISARIO.–¿Cómo? A ver.

LISÍSTRATA.–Primero, a la ciudad como al vellón de lana, después de haberle quitado la mugre lavándola en un baño, habría que ponerla sobre un lecho, apalearla para que eche a los sinvergüenzas y sacarle los abrojos; y a ésos que se reúnen y se aglomeran junto a los cargos públicos, separarlos con el cardador y arrancarles... las cabezas. Después habría que esponjar la buena voluntad común y echarla en un cestito, mezclando a todos, a los metecos, a los extranjeros que sean amigos nuestros, y a los que tengan deudas con el Estado: también a esos mezclarlos ahí. ¡Por Zeus!, y las ciudades, todas las que son colonias de esta tierra, habría que tener una idea clara de que para nosotros son como los copos de lana que están cada uno por su lado; luego se cogen estos copos que forman cada una de ellas, se reúnen y se juntan en

uno solo, y después se hace una gran bola y, con ella, se teje un vestido para la gente.

COMISARIO.–¿No es terrible que éstas arreglen el asunto dando palos y haciendo bolas, ellas que ni siquiera tomaron parte ninguna en la guerra?

LISÍSTRATA.–Hijo de perra, nosotras la aguantamos más que por partida doble. Lo primero de todo, que damos a luz a nuestros hijos y los enviamos como hoplitas...

COMISARIO.–Calla, deja los malos recuerdos.

LISÍSTRATA.–Además, cuando teníamos que disfrutar y sacarle partido a la juventud, dormimos solas por culpa de las campañas militares. Y aún lo nuestro pase, pero me dan pena las chicas que envejecen en sus habitaciones.

COMISARIO.–¿Es que los hombres no envejecen?

LISÍSTRATA.–Por Zeus, no se parece nada. Pues cuando el hombre regresa, aunque esté lleno de canas, enseguida lo tienes casado con una jovencita. Pero el momento de la mujer es muy breve, y si no lo aprovecha, nadie quiere casarse con ella, y ahí se queda alimentando ilusiones.

Lisístrata 507-598
(E. G. N.)[28]

16. Que las mujeres estemos tan enfadadas con Eurípides, nada tiene de raro

MUJER HERALDO.–Prestad oído. El Consejo de las mujeres ha acordado lo que sigue. Presidió Timoclea, fue secretaria Lisila, hizo la propuesta Sóstrata. Que celebremos una Asamblea en el día del medio de las Tesmoforias, que es en el que tenemos más tiempo, y que en el orden del día figure en primer término Eurípides, qué pena debe sufrir: pues todas estamos de acuerdo en que comete injusticia. ¿Quién pide la palabra?

MUJER 1.ª–Yo.

MUJER HERALDO.–Ponte primero la corona, antes de hablar.

MUJER CORIFEO.–¡Silencio, callad, atención! Pues ya carraspea, como hacen los oradores. Parece que va a hablar largo y tendido.

MUJER 1.ª–No es por ninguna clase de ambición, por las dos diosas, por lo que me he levantado para hablar, oh mujeres. Pero hace ya mucho tiempo que la pobre de mí sufro al ver cómo somos injuriadas por Eurípides, el hijo de la verdulera, y que recibimos de él toda clase de acusaciones. ¿Pues con qué desgracia deja éste de ensuciarnos? ¡Y en qué lugar no nos ha calumniado, con tal de que haya espectadores, tragedias y coros, llamándonos adúlteras, locas por los hombres, charlatanas, pura corrupción, gran desgracia para los varones?

Hasta el punto de que nuestros maridos, tan pronto como entran en casa, viniendo del tablado del teatro, nos miran con sospecha y se ponen enseguida a buscar si tenemos algún amante escondido. Y ni siquiera podemos hacer ya las cosas que antes solíamos: tales maldades ha enseñado éste a nuestros maridos. Así, si una mujer trenza una corona, dice que está enamorada; y si andando por la casa deja caer al suelo alguna vasija, el marido pregunta: «¿Por causa de quién se ha roto la olla? Bien seguro que del extranjero de Corinto» –recordando la Estenebea de Eurípides–. Está enferma una chica, enseguida dice el hermano: «No me gusta el color de la chica».

Ea, una mujer que no tiene hijos quiere procurarse uno supositicio: ni en esto pasa inadvertida. Pues los maridos ahora están sentados siempre al lado. Y también nos ha calumniado ante los viejos que antes se casaban con chicas jóvenes: ahora ningún viejo quiere casarse, por culpa de ese otro verso: «Para un esposo viejo, la mujer es un amo». Y luego, por su culpa a las habitaciones de las mujeres les ponen ahora sellos y cerrojos para vigilarnos y además crían perros molosos como espantajo para los amantes.

[Y quizá todo esto sea excusable; pero lo que antes podíamos hacer, administrar la casa nosotras mismas y coger antes que nadie harina, aceite, vino, ni siquiera esto podemos ya. Pues nuestros maridos llevan unas llaves secretas, unas malditas llaves laconias de tres dientes. Antes era al menos posible abrir la puerta a escondidas haciéndonos con un anillo de tres óbolos que imitara el sello del marido; pero ahora este Eurípides, ruina de las familias, les ha enseñado a colgarse del cuello unos sellos de manera agusanada imposibles de imitar.] Por todo esto propongo que nosotras amasemos para éste de algún modo su pérdida –para que muera–. Esto es lo que digo en público: lo demás lo dejaré escrito con ayuda de la secretaria.

CORO.–*Yo nunca había escuchado*
a una mujer más trapacera
ni más astuta para hablar.
Es justo todo lo que dice,
todos los temas ha tocado,
todo en su mente ha sopesado y con talento
halló argumentos ingeniosos,
bien estudiados todos.
Y así, si habla después de ella
Jenocles el niño de Cárcino,
va a pareceros, me figuro,
a todo el público
un hombre sin sustancia.

MUJER 2.ª–También yo he subido a la tribuna para deciros unas pocas palabras. En todo lo demás esta otra mujer ha presentado una buena acusación; pero yo quiero decir lo que me ha pasado a mí. Mi marido murió en Chipre y me dejó cinco chiquillos que yo criaba a duras penas trenzando coronas en el mercado de flores. Antes, malamente me ganaba la vida; pero ahora Eurípides, escribiendo sus tragedias, ha convencido a los hombres de que no existen los dioses: así, ya no

vendemos ni la mitad de las coronas destinadas al culto. Por ello a todas os exhorto y pido que castiguéis a ese hombre por muchas cosas: nos está haciendo, mujeres, cosas selváticas, ya que él se crió entre verduras selváticas. Pero me voy a la plaza: tengo que trenzar veinte coronas para unos hombres que me las han encargado.

CORO.–*Aquí tenemos otro espíritu*
que aún más fino que el de antes
se nos ha revelado.
¡Qué cosas ha charlado
no inoportunas, con talento
y con espíritu ingenioso!
Inteligentes, persuasivas.
Es fuerza que por este ultraje
Eurípides reciba
un castigo ejemplar.

PARIENTE.–Que las mujeres estemos tan enfadadas con Eurípides, que ha dicho tantas cosas malas de nosotras, nada tiene de raro, ni que nos hierva la bilis. También yo –así tenga felicidad con mis hijos– odio a ese hombre, si no estoy loca. Pero debemos aclarar las cosas entre nosotras: estamos solas, nadie va a sacar fuera nuestras palabras. ¿Por qué acusamos a ese hombre y nos ponemos furiosas, si se enteró de dos o tres maldades nuestras y las divulgó, cuando hacemos otras infinitas? Yo mismo la primera, para no meter en ello a ninguna otra, tengo sobre mi conciencia muchísimos horrores.

El más horrible es cuando llevaba tres días de casada y mi marido dormía al lado mío. Yo tenía un amigo que me había desvirgado cuando tenía siete años. Éste, echándome de menos, vino y comenzó a arañar la puerta. Enseguida me di cuenta: me bajo de la cama sin decir nada. Mi marido pregunta: «¿Dónde vas?». «¿Que adónde? Tengo retortijones en el vientre, marido mío, y dolores: voy al excusado.» «Ve, pues.»

Y luego él se puso a machacar bayas de enebro, anís y salvia, como remedio para mí; y yo eché agua en los goznes, para que no rechinaran, y salí a reunirme con mi amante: me puse a cuatro patas junto al Apolo de la puerta, agachando la cabeza y agarrándome al laurel.

Pues esto nunca lo contó, fijáos bien, Eurípides; ni que nos dejamos hacer polvo por los esclavos y muleros cuando no tenemos a otro, tampoco lo dice; ni que cuando más puteamos con alguno toda la noche, a la mañana masticamos ajos, para que cuando nos huela el marido al volver de su puesto en la muralla, no sospeche que hemos hecho nada malo. Esto, te das cuenta, nunca lo contó.

Entonces, si se mete con Fedra, ¿eso qué nos importa? Ni tampoco ha contado aquello otro, lo de la mujer que, mientras enseñaba al marido su velo para que lo viera a la luz del sol, hizo salir embozado al amante: todavía no lo ha contado. Y yo sé de otra que estuvo diciendo diez días que tenía dolores de parto... hasta que se compró un bebé. El marido venga a correr de un lado a otro comprando remedios para acelerar el parto: y entre tanto lo metió en la casa una vieja, dentro de una olla, al bebé, con la boca taponada con cera, para que no llorara. En cuanto la vieja le hizo una señal, grita enseguida la mujer: «Sal fuera, sal fuera, marido mío, creo que ya voy a parir». Es que el niño había dado una patadita en el vientre... de la olla. Él salió todo alegre, la otra quitó la cera de la boca del niño, éste rompió a llorar. Y la maldita vieja, la que había traído el bebé, corre toda sonrisas al marido y le dice: «Un león, un león te ha nacido, un vivo retrato tuyo: todo lo demás y también el pito, igualito que el tuyo, redondito como una piña».

¿No hacemos estas maldades? Sí que las hacemos, por Ártemis. Y luego nos enfadamos con Eurípides, «cuando sufrimos menos pena que nuestras culpas».

Tesmoforias 372-519
(F. R. A.)[29]

MENANDRO

Representante de la Comedia Nueva, Menandro (342-292 a.C.) estuvo familiarmente emparentado con Teofrasto, el discípulo de Aristóteles, y frecuentó la amistad del filósofo Epicuro. Autor prolífico, su obra se nos había perdido en buena medida, aunque las favorables condiciones climatológicas de los arenales de Egipto nos han devuelto algunos fragmentos papiráceos de extensión variable que contienen partes del Escudo, *el* Arbitraje, *la* Trasquilada, *la* Samia, *etc. Con todo, el hallazgo más notable lo supuso el llamado Papiro Bodmer que nos ha reintegrado una de sus obras virtualmente completa, el* Misántropo *-también conocida bajo el título del* Díscolo-. *El hecho de no haber utilizado el dialecto ático puro es una de las principales razones que se aducen a la hora de explicar el porqué se dejaran de copiar su obras ya en época antigua. Característica de la Comedia Nueva es que la acción se desarrolla en cinco actos con una escasísima intervención del coro. De otro lado, la trama y argumentos de las obras giran en torno a la vida privada y las múltiples peripecias y enredos familiares de su época, y los personajes prototípicos son en gran medida convencionales: el soldado fanfarrón, el viejo arisco, el esclavo astuto, etc., tan gratos luego para la Comedia latina de Plauto y Terencio.*

El texto que aquí reproducimos corresponde precisamente al comienzo del Misántropo, *obra con la que Menandro obtuvo el primer premio en los certámenes del año 316. Trata de la parodia de un viejo gruñón y cascarrabias que acabará no obstante con un final feliz de integración social y familiar del viejo misántropo Cnemón.*

17. ¡Anda que no era dichoso por partida doble el Perseo aquel!

PAN.–Imaginad que este sitio es File, en el Ática, y que el ninfeo de donde salgo es el famosísimo santuario de los filasios, y de esos que son capaces de cultivar los pedruscos que hay por allí. El campo este que hay a mi derecha es donde vive Cnemón, un ser humano bastante inhumano e insociable con todos y que aborrece a la gente. ¿A la gente, digo? En todo el tiempo que lleva ése de vida, que no es poco, jamás ha dirigido una palabra amable a nadie, ni hablado él el primero a ninguno, salvo a mí, Pan, y esto a la fuerza, porque es mi vecino y pasa por mi lado. Pero enseguida le pesa, bien lo sé. Sin embargo, aun con este carácter, se casó con una viuda a la que se le había muerto el marido hacía poco, dejándole un hijo pequeño. Peleando con ésta, su compañero de yugo, se pasaba el viejo no sólo los días, sino también buena parte de la noche, y vivía de mala manera. Le nació una hijita; todavía peor. Y como la situación era tan desastrosa que ya no cabía otra peor y la existencia se había hecho penosa y amarga, la mujer se marchó otra vez con el hijo que había tenido primero. Tenía éste un terruño pequeñajo, aquí al lado, con el que sostiene ahora malamente a su madre, a sí mismo y a un fiel esclavo que lo fue de su padre. Ya el hijo es un mozalbete con mucha sensatez para su edad. Pues la experiencia de las dificultades hace madurar.

El viejo, por su parte, vive solo con la hija y una criada vieja, recogiendo leña y cavando, trabajando sin parar. Empezando por éstos, sus vecinos *(Señala a la casa de Gorgias.)*, y continuando por su mujer, hasta los de Colargo, allá abajo, detesta absolutamente a todos. La muchacha ha crecido conforme a su educación y nada malo ha aprendido. Reverencia y honra tan escrupulosamente a mis compañeras las Ninfas, que nos ha convencido a prodigarle algún cuidado. Y también a un muchacho que vive en la ciudad, cuyo padre es un agricultor muy rico –sus tierras valen mucho dinero– que va de caza con un amigo y que, por casualidad, entra en este lugar y hago que caiga perdidamente enamorado.

Esto es lo principal del asunto, lo restante lo veréis si queréis, pero quered. Precisamente me parece que veo venir a este enamorado y a su compañero de cacería hablando entre sí de todo esto. *(Retírase Pan al ninfeo.)*

(Entran Sóstrato y Quéreas.)

QUÉREAS.–¿Qué dices, Sóstrato? ¿Que viste aquí a una muchacha libre depositando unas coronas a las Ninfas de al lado y te enamoraste de repente?

SÓSTRATO.–De repente.

QUÉREAS.–¡Qué rápido! ¿Es que ya habías decidido enamorarte de alguien al salir de casa?

SÓSTRATO.–Ríete, pero yo, Quéreas, lo paso mal.

QUÉREAS.–No lo dudo.

SÓSTRATO.–Por eso vengo y he pedido tu ayuda en este asunto, porque te considero un amigo y hábil para tratar asuntos así.

QUÉREAS.–En casos como éste, Sóstrato, hago lo siguiente: ¿necesita ayuda un amigo enamorado de una cortesana? Inmediatamente la rapto y la traigo, me emborracho, pego fuego a la puerta, en absoluto atiendo a razones; pues antes de saber quién es, hay que conseguirla, ya que la tardanza hace

crecer mucho la pasión, y la rapidez rápido la aquieta. ¿Me habla uno de casarse y de una muchacha libre? Entonces yo soy otro. Me entero de la familia, de su hacienda, de sus costumbres. Para todo el tiempo que le quede de vida le dejo yo recuerdo al amigo de cómo manejo estas cosas.

SÓSTRATO.–Muy bien. *(Aparte.)* Pero a mí no me gusta nada.

QUÉREAS.–Ahora, por lo menos, hace falta que nos pongas al corriente de toda la historia.

SÓSTRATO.–Con el alba despaché desde mi casa a Pirrias, mi compañero de caza...

QUÉREAS.–¿Adónde?

SÓSTRATO.–Para encontrar al padre de la chica o al dueño de la casa, cualquiera que él sea.

QUÉREAS.–¡Por Heracles! ¡Qué dices!

SÓSTRATO.–He hecho mal, porque quizá un asunto como éste no es adecuado para un esclavo. Pero no es fácil que un enamorado tenga conciencia de lo que conviene. Y me extraña todo el tiempo que tarda, pues le dije que volviera enseguida a casa en cuanto supiera lo que me interesaba.

(Entra Pirrias corriendo.)

PIRRIAS.–¡Paso! ¡Cuidado! ¡Fuera todos de en medio! ¡Un loco me persigue, un loco!

SÓSTRATO.–¿Qué es esto, chico?

PIRRIAS.–¡Huid!

SÓSTRATO.–¿Qué pasa?

PIRRIAS.–Me está tirando pellas de barro y piedras. ¡Estoy perdido!

SÓSTRATO.–¿Que te está tirando cosas? ¿Adónde vas, infeliz?

PIRRIAS.–¿Es que ya no me persigue?

SÓSTRATO.–¡Por Zeus!

PIRRIAS.–Pues yo creía...

SÓSTRATO.–Bueno ¿qué cuentas?

PIRRIAS.–Larguémonos, te lo suplico.

SÓSTRATO.–¿Adónde?

PIRRIAS.–Lo más lejos de aquí, lejos de esta puerta. Porque debe de ser hijo del Dolor, un poseso o un atrabiliario el hombre que vive en esta casa de aquí, al que me mandaste ir a ver. ¡Qué desastre más grande! Pues casi me he roto todos los dedos de los pies de tanto tropezar.

SÓSTRATO.–(?) Dime, fuiste < y ¿qué? >.

PIRRIAS.–¿Qué? Me ha tratado de mala manera. ¡Venga!

SÓSTRATO.–(?) Es evidente < que se ha metido contigo >.

PIRRIAS.–Por Zeus que estoy perdido, Sóstrato, así me muriera. Estáte con ojo. Pero no puedo hablar, me falta el aliento. Cuando llamé a la puerta de la casa, dije que buscaba al dueño. Se me acercó una pobre vieja, y desde el mismo sitio en que ahora estoy yo hablando, me lo enseñó allí, en el montezucho, podando unos perales silvestres; de veras, estaba recogiendo una buena carga para echársela a los lomos como un yugo.

QUÉREAS.–*(Irónico. Aparte.)* ¡Qué salvajada! *(A Pirrias.)* ¿Por qué, amigo?

PIRRIAS.–*(A Sóstrato.)* Yo me metí en su cercado y me dirigí a él –desde muy lejos–, pues quería mostrarme muy cortés, y amable le hablé: «Vengo –dije– a tu casa, padre, para verte y exponerte un asunto que te interesa». Y de repente dice: «¡Maldito! ¿Cómo se te ha ocurrido entrar en mi campo?».

Agarra una pella de tierra y me la tira a la mismísima cara.

QUÉREAS.–¡Al infierno!

PIRRIAS.–«Qué Posidón te...!», le dije mientras cerraba los ojos. Agarra, entonces, una estaca, diciendo mientras me sacudía con ella: «¿Qué asunto tenemos que tratar tú y yo? ¿Es que no conoces el camino real?». Vociferando a gritos.

QUÉREAS.–Por lo que dices está loco de remate el campesino.

PIRRIAS.–Para acabar, huyendo, me ha perseguido casi durante quince estadios. Primero, dando vueltas a la colina, luego, así, cuesta abajo, hasta esta espesura, disparándome pellas, piedras y peras silvestres cuando ya no le quedaba otra cosa. Es algo completamente salvaje, el maldito viejo. Largaos, te lo ruego.

QUÉREAS.–Es una cobardía lo que dices.

PIRRIAS.–No sabéis lo malo que es. Éste nos come.

QUÉREAS.–Quizá es que precisamente ahora le duela algo, por eso me parece que hay que aplazar la visita, Sóstrato. Sábete bien esto: en cualquier asunto lo más eficaz es ser oportuno.

PIRRIAS.–¡Prudencia!

QUÉREAS.–El campesino pobre es muy agrio de carácter, no es éste el único, casi todos lo son. Mañana bien temprano me acercaré a verlo yo solo, pues ya conozco la casa. Y ahora vuelve a la tuya y espera, esto irá a su aire.

PIRRIAS.–Hagámoslo así.

SÓSTRATO.–*(Aparte.)* Éste está contento por haber encontrado un pretexto. Enseguida vi claro que no venía conmigo a gusto y que no estaba muy de acuerdo con mi intención de casarme. *(Volviéndose hacia Pirrias.)* ¡Y a ti, maldito, que todos los dioses te hagan perecer de mala manera, sinvergüenza!

PIRRIAS.–¿Qué ha hecho mal, Sóstrato?

SÓSTRATO.–Seguro que algo malo hiciste en su campo.

PIRRIAS.–¡Por Zeus, no robé!

SÓSTRATO.–¿Pero es que alguien te iba a azotar sin hacer nada malo?

PIRRIAS.–Por lo menos ya está aquí el mismo que me atizó. Me largo, majo. Habla tú con él. *(Vase.)*

SÓSTRATO.–No podría, nunca soy persuasivo al hablar. ¿Qué decir ante un tipo como éste? Su aspecto no me parece nada amable. ¡Por Zeus! ¡Viene derecho! Me alejaré un poco de la puerta. *(Se aparta.)* Mejor así. Pues ahí viene él solo, gri-

tando. Me parece que no está cuerdo. De verdad que le tengo miedo, por Apolo y los dioses. ¿Por qué no iba a decir uno la verdad?

(Entra Cnemón, habla solo, sin ver a Sóstrato.)

CNEMÓN.–¡Anda que no era dichoso por partida doble el Perseo aquel! Primero, porque tenía alas y no se topaba con ninguno de los que andan por la tierra, y luego, porque era dueño de un talismán tal que con él petrificaba a todos los que le molestaban. ¡Ojalá lo tuviera yo ahora!, pues nada abundaría más que estatuas de piedra por todos sitios. ¡Y es que ahora no se puede vivir, por Asclepio! Ya hasta te invaden el campo para hablar. Pues ¡por Zeus!, será que me he acostumbrado a perder el tiempo al lado de este camino, yo que ni siquiera trabajo esta parte del campo y he huido de ella por culpa de los que pasan. Pero ya es que me persiguen hasta arriba en las colinas. ¡Ag, qué cantidad de chusma! *(Descubre a Sóstrato.)* ¡Horror! Otra vez hay un tío delante de mi puerta.

SÓSTRATO.–*(Aparte.)* ¿Me irá a pegar?

CNEMÓN.–No hay manera de encontrar soledad por ningún lado, ni aun para ahorcarse uno si quisiera.

SÓSTRATO.–*(Aparte.)* Gruñe por mí. *(A Cnemón.)* Estoy esperando a uno aquí, padre, pues tenemos una cita.

CNEMÓN.–¿No lo decía yo? ¿Os habéis creído que esto es un pórtico o la plaza del pueblo? Si queréis ver a alguien, disponed la manera de encontraros delante de mi puerta: poned un banco o, si tenéis sentido común, mejor una sala de reuniones entera. ¡Ay, pobre de mí! la insolencia, creo que es la causa de mi desgracia. *(Entra en casa.)*

Misántropo 1-178
(P. B.)[30]

IV. HISTORIADORES Y GEÓGRAFOS

HERÓDOTO

Debido a la amplitud de miras y a la peculiar concepción de su relato, «como investigación para que las grandes realizaciones de los griegos y de los bárbaros no se olviden», Heródoto (c. 490-425 a.C.) ha merecido sin duda el epíteto ciceroniano de «padre de la Historia». El periodo por él historiado es sólo una generación anterior a su propia época, y él mismo se hace eco de las dificultades metodológicas con que hubo de toparse debido a que la mayor parte de sus fuentes eran de carácter oral y no escrito. Al hombre moderno su relato puede antojársele en exceso ingenuo y acrítico, a la vista sobre todo de los detalles ficticios con que Heródoto adorna su obra, así como por la perspectiva moralizante desde la que parece justificar el transcurso de los acontecimientos históricos. Pero también es posible percibir en su investigación una curiosidad científica basada en un intento de explicar por causas racionales los acontecimientos por él relatados. Tradicionalmente su obra se ha distribuido -quizás desde época alejandrina- en nueve libros, cada uno de ellos bajo la advocación de una de las Nueve Musas. Escrita en dialecto jónico con un estilo sencillo y verdaderamente encantador, comprende los primeros enfrentamientos entre «Oriente y Occidente» entre Grecia y Asia, desde la época de

Creso (mediados del siglo VI) hasta la retirada de Grecia de Jerjes (478 a.C.).

De su obra hemos espigado tres pasajes: el primero se refiere a la famosa anécdota -de tintes moralizantes- en la cual se cuenta la historia de los primeros reyes de Lidia, y de cómo Giges se hizo con el reino de Candaules; en el segundo se recoge una de las primeras alusiones históricas a la primitiva Iberia, en concreto, al reino de Tarteso, bajo la égida de Argantonio; y el tercero narra las construcciones de las tres célebres Pirámides de Egipto.

1. Giges, prueba a verla desnuda

Resulta que el tal Candaules estaba enamorado de su mujer y, como enamorado, creía firmemente tener la mujer más bella del mundo; de modo que, convencido de ello y como, entre sus oficiales, Giges, hijo de Dascilo, era su máximo favorito, Candaules confiaba al tal Giges sus más importantes asuntos y, particularmente, le ponderaba la hermosura de su mujer. Y, al cabo de no mucho tiempo -pues el destino quería que la desgracia alcanzara a Candaules-, le dijo a Giges lo siguiente: «Giges, como creo que, pese a mis palabras, no estás convencido de la belleza de mi mujer (porque en realidad los hombres desconfían más de sus oídos que de sus ojos) prueba a verla desnuda». Giges, entonces, exclamó diciendo: «Señor, ¿qué insana proposición me haces al sugerirme que vea desnuda a mi señora? Cuando una mujer se despoja de su túnica, con ella se despoja también de su pudor. Hace tiempo que los hombres conformaron las reglas del decoro, reglas que debemos observar; una de ellas estriba en que cada cual se atenga a lo suyo. Además, yo estoy convencido de que ella es la mujer más bella del mundo y te ruego que no me pidas desafueros».

Con estas palabras Giges trataba, claro es, de negarse, por temor a que el asunto le ocasionara algún perjuicio, pero Candaules le contestó en estos términos: «Tranquilízate, Giges, y no tengas miedo de mí, pensando que te hago esta proposición para probarte, ni de mi mujer, por temor a que ella pueda ocasionarte algún daño; pues yo lo dispondré todo de manera que ella ni siquiera se entere de que tú la has visto. Te apostaré tras la puerta de la alcoba en que dormimos, que estará entreabierta; y en cuanto yo haya entrado, llegará también mi mujer para acostarse. Junto a la entrada hay un asiento, en él colocará sus ropas conforme se las vaya quitando y podrás contemplarla con entera libertad. Finalmente, cuando desde el asiento se dirija a la cama y quedes a su espalda, procura entonces cruzar la puerta sin que te vea».

En vista de que no podía soslayarlo, Giges accedió a ello. Cuando Candaules consideró que era hora de acostarse, llevó a Giges al dormitorio y, acto seguido, acudió también su mujer; una vez estuvo dentro, y mientras iba dejando sus ropas Giges pudo contemplarla. Y cuando, al dirigirse la mujer hacia el lecho, quedó a su espalda, salió a hurtadillas de la estancia. La mujer le vio salir, pero, aunque comprendió lo que su marido había hecho, no se puso a gritar por la vergüenza sufrida ni denotó haberse dado cuenta, con el propósito de vengarse de Candaules, ya que, entre los lidios –como entre casi todos los bárbaros en general–, ser contemplado desnudo supone una gran vejación hasta para un hombre.

Por el momento, pues, sin ninguna exteriorización, se mostró así de tranquila. Pero en cuanto se hizo de día, alertó a los servidores que sabía le eran más leales e hizo llamar a Giges. Éste, que no pensaba que ella estuviera al tanto de lo sucedido, acudió a su llamada, pues ya antes solía, cuando la reina lo hacía llamar, presentarse a ella. Y cuando Giges llegó, la mujer le dijo lo siguiente: «Giges, de entre los dos caminos que ahora se te ofrecen, te doy a escoger el que prefieras seguir: o bien matas a Candaules y te haces conmigo y con el reino de los lidios, o

bien eres tú quien debe morir sin más demora para evitar que, en lo sucesivo, por seguir todas las órdenes de Candaules, veas lo que no debes. Sí, debe morir quien ha tramado ese plan, o tú, que me has visto desnuda y has obrado contra las leyes del decoro». Por un instante, Giges quedó perplejo ante sus palabras, pero, después, comenzó a suplicarle que no le sumiera en la necesidad de tener que hacer semejante elección. Sin embargo, como no logró convencerla, sino que se vio realmente enfrentado a la necesidad de matar a su señor, o de perecer él a manos de otros, optó por conservar la vida. Así que le formuló la siguiente pregunta: «Ya que me obligas –dijo– a matar a mi señor contra mi voluntad, de acuerdo, te escucho; dime cómo atentaremos contra él». Ella, entonces, le dijo en respuesta: «La acción tendrá efecto en el mismo lugar en que me exhibió desnuda y el atentado se llevará a cabo cuando duerma».

Después de haber tramado la conspiración, al llegar la noche, Giges (dado que no tenía libertad de movimientos, ni quedaba otra salida, sino que él o Candaules debía morir) siguió a la mujer al dormitorio. Ella, después de entregarle un puñal, lo ocultó detrás mismo de la puerta. Y, al cabo, mientras Candaules descansaba, Giges salió con sigilo, le dio muerte y se hizo con la mujer y con el reino de los lidios. Precisamente Arquíloco de Paros, que vivió por esa misma época, mencionó a Giges en un trímetro yámbico.

Historia I 8-12
(C. S.)[31]

2. Se hicieron muy amigos del rey de los tartesios, cuyo nombre era Argantonio

Los habitantes de Focea, por cierto, fueron los primeros griegos que realizaron largos viajes por mar y son ellos quienes descubrieron el Adriático, Tirrenia, Iberia y Tarteso. No nave-

gaban en naves mercantes sino en penteconteros. Y, al llegar a Tarteso, se hicieron muy amigos del rey de los tartesios, cuyo nombre era Argantonio, que gobernó Tarteso durante ochenta años y vivió en total ciento veinte. Pues bien, los foceos se hicieron tan grandes amigos de este hombre que, primero, les animó a abandonar Jonia y a establecerse en la zona de sus dominios que prefiriesen; y, posteriormente, al no lograr persuadir a los foceos sobre el particular cuando se enteró por ellos de cómo progresaba el medo, les dio dinero para circundar su ciudad con un muro. Y se lo dio a discreción, pues el perímetro de la muralla mide, efectivamente, no pocos estadios y toda ella es de bloques de piedra grandes y bien ensamblados.

Historia I 163
(C. S.)[31]

3. La construcción de las pirámides

Pues bien, hasta el reinado de Rampsinito hubo en Egipto, al decir de los sacerdotes, una estricta legalidad y el país gozó de gran prosperidad, pero Quéops, que reinó tras él, sumió a sus habitantes en una completa miseria. Primeramente cerró todos los santuarios, impidiéndoles ofrecer sacrificios, y, luego, ordenó a todos los egipcios que trabajasen para él. En este sentido, a unos se les encomendó la tarea de arrastrar bloques de piedra, desde las canteras existentes en la cordillera arábiga, hasta el Nilo y a otros les ordenó hacerse cargo de los bloques, una vez transportados en embarcaciones a la otra orilla del río, y arrastrarlos hasta la cordillera llamada líbica. Trabajaban permanentemente en turnos de cien mil hombres, a razón de tres meses cada turno. Asimismo, el pueblo estuvo por espacio de diez años penosamente empeñado en la construcción de la calzada por la que arrastraban los bloques de pie-

dra, una obra que, en mi opinión, no es muy inferior a la pirámide; su longitud, en efecto, es de cinco estadios; su anchura de diez brazas y su altura, por donde la calzada alcanza su mayor elevación, de ocho brazas, además está compuesta de bloques de piedra pulimentada que tienen figuras esculpidas. Diez fueron, como digo, los años que se emplearon en la construcción de esa calzada y de las cámaras subterráneas de la colina sobre la que se alzan las pirámides, cámaras que, para que le sirvieran de sepultura, Quéops se hizo construir -conduciendo hasta allí un canal con agua procedente del Nilo- en una isla. Por su parte, en la construcción de la pirámide propiamente dicha se emplearon veinte años. Cada uno de sus lados -es cuadrada- tiene una longitud uniforme de ocho pletros y otro tanto de altura; está hecha de bloques de piedra pulimentada, y perfectamente ensamblada, ninguno de los cuales tiene menos de treinta pies.

Esta pirámide se construyó sobre la colina en una sucesión de gradas, que algunos denominan *repisas* y otros *altarcillos;* después de darle esta primera estructura, fueron izando los restantes sillares mediante máquinas formadas por maderos cortos, subiéndolos desde el suelo hasta la primera hilada de gradas; y una vez izado el sillar al primer rellano, lo colocaban en otra máquina allí instalada y, desde la primera hilada, lo subían a la segunda y lo colocaban en otra máquina; pues el caso es que había tantas máquinas como hiladas de gradas, a no ser que trasladasen la misma máquina -que, en ese caso, sería una sola y fácilmente transportable- a cada hilada una vez descargado el sillar; pues, tal y como se cuenta, debemos indicar la operación en sus dos posibilidades. Sea como fuere, lo primero que se terminó fue la zona superior de la pirámide, luego ultimaron las partes inmediatamente inferiores y, finalmente, remataron las contiguas al suelo, es decir, las más bajas.

En la pirámide consta, en caracteres egipcios, lo que se gastó en rábanos, cebollas y ajos para los obreros. Y si recuerdo

bien lo que me dijo el intérprete que me leía los signos, el importe ascendía a mil seiscientos talentos de plata. Si ello es así ¿cuántos talentos debieron invertirse en las herramientas metálicas con que trabajaban y en provisiones e indumentaria para los obreros? Pues construyeron esas obras en el tiempo que he dicho, pero a él hay que añadir el que supongo debieron emplear en cortar y transportar los sillares y en construir la galería subterránea, que no debió de ser poco.

Quéops llegó a tal grado de maldad, que, viéndose falto de dinero, colocó a su propia hija en un burdel y le ordenó que se hiciese con una determinada cantidad (los sacerdotes no me dijeron exactamente cuánto). Ella, entonces, se hizo con la suma que le había fijado su padre y, además, resolvió dejar por su propia cuenta un monumento conmemorativo suyo; así, a todo el que la visitaba le pedía que le regalara un bloque de piedra. Y los sacerdotes aseguraban que con esos bloques de piedra se construyó, delante de la gran pirámide, la que se alza en medio de las otras tres, cada uno de cuyos lados tiene pletro y medio.

Los egipcios decían que el tal Quéops reinó cincuenta años y que, a su muerte, heredó el reino su hermano Quefrén. Este rey se comportó, en general, igual que su antecesor y también mandó construir una pirámide que, sin embargo, no alcanza las dimensiones de la de Quéops (pues, como en el caso de aquélla, también realizamos su medición personalmente) ya que en su subsuelo no hay cámaras subterráneas, ni llega hasta ella un canal procedente del Nilo, como el que penetra en la otra pirámide por un conducto artificial que, en su interior, rodea una isla, en la que, según dicen, yace el propio Quéops. Hizo construir la primera grada de piedra etiópica moteada y dejó su altura cuarenta pies por debajo de la otra pirámide, la grande, en cuyas cercanías la construyó. Ambas, por cierto, se alzan en la misma colina, que tiene unos cien pies de altura.

Según los sacerdotes, Quefrén reinó cincuenta y seis años. Así, resultan ciento seis años, en el transcurso de los cuales los

egipcios sufrieron una absoluta miseria; y durante todo ese tiempo los santuarios, que habían sido clausurados, no fueron abiertos. Por el odio que sienten contra esos reyes, los egipcios no quieren ni tan siquiera mencionar su nombre e, incluso, a las pirámides las llaman «pirámides del pastor Filitis», quien, por aquel entonces, apacentaba sus rebaños en aquellos parajes.

Tras Quefrén reinó en Egipto, al decir de los sacerdotes, Micerino, hijo de Quéops. Este monarca, como la conducta de su padre no le agradaba, abrió los santuarios y dejó que el pueblo, oprimido hasta la extrema miseria, volviese a sus quehaceres y sacrificios, siendo, de entre todos los reyes, quien dictó a los egipcios más justas sentencias. Por esta actitud, precisamente, es el rey a quien más alaban de todos los que ha habido en Egipto hasta el presente, pues juzgaba con rectitud todos los litigios y, además, si alguien se quejaba de una decisión suya le daba algún tipo de indemnización de su propio peculio para satisfacer su indignación. Sin embargo, pese a que Micerino era bondadoso con sus súbditos y observaba esa conducta, la primera desgracia que sufrió se consumó en la muerte de su hija, la única descendencia que tenía en su hogar. Entonces, sumamente apenado por la desdicha que sobre él se había cernido y deseoso de dar a su hija una sepultura más suntuosa que las de costumbre, mandó hacer, hueca, una vaca de madera, darle un baño de oro y luego enterrar en su interior a la hija que acababa de perder.

Esta vaca, por cierto, no recibió sepultura, sino que todavía era visible en mis días; se halla en la ciudad de Sais y está situada en una sala primorosamente decorada del palacio real. Ante ella queman toda suerte de substancias aromáticas todos los días y, cada noche, a su lado una lámpara arde permanentemente. Cerca de esa vaca, en otra sala, se alzan unas estatuas que, según me dijeron los sacerdotes de la ciudad de Sais, pertenecen a las concubinas de Micerino; en dicho lugar hay, efectivamente, unos colosos de madera, en número de

unos veinte aproximadamente, que representan a unas mujeres desnudas; no obstante, aparte de lo que he dicho, no puedo determinar quiénes son esas mujeres.

A propósito de esa vaca y de los colosos, algunos cuentan, sin embargo, la siguiente historia: Micerino se prendó de su propia hija y, pese a la resistencia de la muchacha, acabó por forzarla. Y dicen que, entonces, ella se ahorcó de pena, que el rey la enterró en esa vaca y que la madre de la muchacha hizo amputar las manos a las sirvientas que la habían entregado a su padre; y ahora sus estatuas siguen sufriendo el mismo castigo que sufrieron en vida. Pero, en mi opinión, los que cuentan esta historia desbarran en toda ella y, especialmente, en lo que se refiere a las manos de los colosos; en efecto, nosotros pudimos constatar personalmente que dichas estatuas habían perdido las manos por la acción del tiempo, ya que todavía en mis días se las veía caídas a sus pies.

La vaca, por su parte, está en su totalidad cubierta con un manto de púrpura, salvo el cuello y la cabeza, que aparecen bañados con una lámina de oro muy espesa. Entre los cuernos lleva una representación en oro del disco solar y no está de pie, sino hincada de rodillas, siendo su tamaño el de una vaca viva de grandes proporciones. La sacan de la sala todos los años con motivo de las ceremonias en que los egipcios, con sus golpes, se conduelen por el dios cuyo nombre no estoy mencionando en circunstancias similares. En esa ocasión es cuando sacan la vaca a la luz, pues dicen que, en el preciso instante de su muerte, la muchacha pidió a su padre Micerino poder ver el sol una vez al año.

Después de la pérdida de su hija a este rey le sucedió una segunda desgracia; fue la siguiente: le llegó un oráculo de la ciudad de Buto, según el cual iba a vivir sólo seis años y al séptimo moriría. Entonces, lleno de indignación, despachó emisarios al oráculo con denuestos hacia el dios por respuesta, reprochándole que mientras su padre y su tío -que habían clausurado los santuarios, que no se habían acordado de los

dioses y que, además, oprimían a sus súbditos– habían vivido largo tiempo, él, que era piadoso, iba a morir tan pronto. Pero del profético santuario le llegó un segundo oráculo asegurándole que ésa era, precisamente, la razón de que acortara la duración de su vida, pues no había hecho lo que debía hacer, ya que era menester que Egipto fuera asolado por espacio de ciento cincuenta años y los dos reyes que le habían precedido lo habían comprendido, pero él no. Al oír esta respuesta, Micerino, como si estas palabras le hubiesen ya sentenciado, se hizo fabricar gran cantidad de lámparas y, cuando llegaba la noche, las hacía encender y se dedicaba a la bebida y a la buena vida, sin cesar ni de día ni de noche, vagando por las marismas, por los bosques y por donde oía decir que había lugares de muy refinado placer. Y puso en práctica esta idea –en su deseo de demostrar que el oráculo estaba equivocado– para tener doce años en lugar de seis al convertir las noches en días.

Este rey también dejó una pirámide, aunque mucho menor que la de su padre; cada uno de sus lados –es cuadrada– tiene tres pletros menos veinte pies y es de piedra etiópica hasta su mitad. Algunos griegos, por cierto, pretenden que pertenece a Rodopis, una cortesana, pero no tienen razón; en realidad, me da la impresión de que esos sujetos hablan sin saber siquiera quién era la tal Rodopis (pues, de lo contrario, no le hubieran atribuido la construcción de semejante pirámide, en la que se gastaron, por así decirlo, miles y miles de talentos); además de que fue durante el reinado de Amasis cuando floreció Rodopis y no en el de Micerino.

Historia II 124-134.2
(C. S.)[31]

TUCÍDIDES

Autor de la Historia de la Guerra del Peloponeso, *en 8 libros, fue el mayor historiador ateniense de la Antigüedad (c. 460-c. 399). Plenamente contemporáneo de los acontecimientos de su Historia, participó incluso en ciertos episodios de la misma. De ahí que con él adquieren especial valor los conceptos de «autopsia y de autourgía», es decir, el ser testigo ocular y copartícipe de los avatares históricos. Alejado de cualquier tonalidad teocrática, se ha dicho que su obra es esencialmente racionalista y científica, como cabe esperar del talante «ilustrado» de alguien que frecuentaba los círculos de los principales sofistas. Confiere extraodinaria importancia al papel del método historiográfico, hasta el extremo de que su afán por distinguir entre las causas auténticas y los ocasionales pretextos, le conduce a buscar sólo en las leyes naturales una explicación racional -desde una óptica puramente humana- del decurso de los hechos. Todo ello -junto con el análisis político de la situación que vive a la sazón Grecia- confiere a su obra una modernidad incuestionada. Su estilo, que jamás hace concesión a la galería, es muy pregnante y abstracto, en especial el que emplea en los «discursos», donde su prosa poética alcanza el alto nivel de la prosa poética de los grandes sofistas.*

Tucídides pretende que su Historia sea una «adquisición para siempre, antes que una obra de concurso para un auditorio circunstancial», y ello lo consigue sabiendo extraer de cada caso particular y concreto (los diversos acontecimientos bélicos protagonizados en esta guerra por atenienses y lacedemonios) ciertas categorías de carácter universal. Sólo así es posible transmitir unos conocimientos políticos de valor perdurable. En cuanto al análisis político que hace de la Historia, nuestro autor cree hallar que es la ambición del ser humano (individual y social) la que estimula y genera los conflictos entre comunidades. De otra parte, Tucídides está convencido de que la historia es irrepetible, y que no cabe interpretar unos acontecimientos como garantía segura para conocer cómo se producirán situaciones futuras; en cambio, la Historia sí vale para encontrar en los sucesos del pasado una ayuda que ilumine situaciones venideras.

Los cinco textos aquí reproducidos representan –a nuestro juicio– los perfiles principales de la obra de Tucídides. El primero recoge unas reflexiones sobre la importancia del método historiográfico. En el segundo asistimos al discurso que pronunciaron los embajadores de la ciudad de Corinto ante los espartanos haciendo ver cuál es la idiosincrasia de la ilimitada ambición de Atenas. El tercero se dedica a exponer magistralmente las consecuencias funestas de una guerra civil: atropellos, abusos, pérdida de valores, desesperación, ruina y desolación generalizadas. El cuarto ofrece con harta crudeza el pragmatismo político del fuerte (ajeno a los códigos morales y éticos) frente a quienes se encuentran en situación de inferioridad. La isla de Melos pretende permanecer neutral, sin adherirse a ninguna de las dos potencias hegemónicas en conflicto. Sin embargo, el imperialismo de Atenas no puede tolerar este gesto de insubordinación por parte de unos simples isleños, pues sus demás súbditos lo interpretarían como síntoma de debilidad. El pasaje también es digno de estima porque refleja un alto grado de autocrítica ateniense ante lo que fue

un claro ejemplo del ejercicio de su prepotencia imperialista. Finalmente, el último texto recoge la exhortación del estratego Nicias a sus hombres cuando la situación se ha vuelto muy apurada.

4. El método historiográfico

Tales fueron, en lo que he podido averiguar, los acontecimientos antiguos, dominio en el que es imposible dar crédito a cada uno de los testimonios sin distinción, pues los hombres aceptan unos de otros sin mayores indagaciones las noticias de sucesos ocurridos hace tiempo, incluso tratándose de su propio país. Por ejemplo, la mayoría de los atenienses creen que Hiparco era tirano cuando fue asesinado por Harmodio y Aristogitón, e ignoran que Hipias, por ser el mayor de los hijos de Pisístrato, era el que ostentaba el poder; y que Hiparco y Tésalo eran sus hermanos; y que sospechando Harmodio y Aristogitón que en aquel mismo día y a última hora uno de sus conjurados había revelado algo a Hipias, evitaron atacarle, en la idea de que estaba ya sobre aviso; pero como en todo caso querían, antes de ser arrestados, realizar algo importante y luego exponerse a cualquier peligro, habiéndose topado con Hiparco, que andaba organizando la procesión de las Panateneas en las inmediaciones del llamado Leocorio, le dieron muerte.

Muchas otras cosas, incluso de hoy día, y que por tanto no se han podido olvidar porque haya pasado tiempo, las creen equivocadamente los demás griegos...

Sin embargo, no se equivocaría el que creyera, a partir de los indicios expuestos, que las cosas fueron más o menos tal como he contado, y no diera crédito ni a lo que han contado los poetas acerca de ellas, que las han embellecido exagerándolas, ni a cómo las compusieron los logógrafos, que busca-

ban más agradar a la audiencia que la auténtica verdad. Son hechos inverificables y que en su mayoría han sido trasladados de manera inverosímil al terreno de la fábula a causa del largo tiempo transcurrido; no se equivocaría, en cambio, si pensara que han sido investigadas por mí de un modo muy satisfactorio para ser tan antiguas a partir de los indicios más claros.

Y esta guerra de ahora, a pesar de que los hombres siempre consideran la más importante aquella en la que luchan, y una vez que la concluyen vuelven a admirar más las antiguas, mostrará a quienes examinen el asunto a partir de los hechos reales que ha sido, con todo, mayor que aquéllas.

Por cuanto concierne a los discursos que unos y otros pronunciaron, sea antes de la guerra, sea estando ya en ella, resultaba imposible rememorar la exactitud de lo que se dijo, tanto a mí de lo que yo mismo oí, como a quienes me suministraban informaciones de cualquier otra parte. Y según a mí me parecía que cada cual habría expuesto lo más apropiado en cada situación, así los he narrado, ateniéndome lo más estrictamente posible al espíritu general de lo que verdaderamente se dijo. Y en cuanto a los hechos que tuvieron lugar durante la guerra, estimé que no debía escribir sobre ellos informándome por un cualquiera, ni según a mí me parecía, sino que he relatado hechos en los que yo mismo estuve presente o sobre los que me informé de otras personas, con el mayor rigor posible sobre cada uno de ellos. Muy laboriosa fue la investigación, porque los testigos presenciales de cada uno de los sucesos no siempre narraban lo mismo acerca de idénticas acciones, sino conforme a las simpatías por unos o por otros, o conforme a su memoria. Para ser oída en público, la ausencia de leyendas tal vez la hará parecer poco atractiva, mas me bastará que juzguen útil mi obra cuantos deseen saber fielmente lo que ha ocurrido, y lo que en el futuro haya de ser similar o parecido, de acuerdo con la naturaleza humana; constituye una conquis-

ta para siempre, antes que una obra de concurso para un auditorio circunstancial.

Guerra del Peloponeso I 20-22
(A. G. G.)[32]

5. ¡Qué clase de hombres son los atenienses y los espartanos!

Son, en efecto, amigos de lo novedoso y vivos para imaginar y llevar a cabo lo que planean; de vosotros, en cambio, es propio conservar lo que tenéis, no inventar nada, y no llevar a la práctica ni lo más indispensable. Además, son osados más allá de sus fuerzas, aman el peligro en contra de lo que la prudencia aconseja, y son optimistas ante situaciones de riesgo; lo vuestro, en cambio es hacer cosas inferiores a las que podéis, no confiar ni en las más seguras reflexiones, y creer que nunca saldréis airosos de las situaciones de peligro. Todavía más, ellos son decididos, frente a vosotros, indecisos; viajeros, frente a unos sedentarios: pues piensan ellos que al salir fuera podrían adquirir algo nuevo; vosotros, en cambio, que, al salir, seríais perjudicados incluso en lo vuestro.

Si vencen a sus enemigos, explotan el éxito al máximo, y si son vencidos, lo mínimo se abaten. Aún más, usan sus cuerpos en la defensa de su patria como si fueran de extraños, mientras que se sirven de su inteligencia de la forma más individual si hay que hacer algo por ella. Y si han planeado algo y no lo logran, se consideran frustrados en algo propio; y en cambio, si adquieren algo después de haberlo perseguido, lo estiman en poco comparado con sus logros futuros. Y si en alguna ocasión fracasan en su intento, conciben nuevas esperanzas para compensar esta pérdida. Pues son los únicos para quienes es lo mismo tener que esperar lo que proyectan, en razón de que ponen rápidamente en práctica sus planes. Y se esfuerzan en todo esto

a lo largo de toda su vida, entre esfuerzos y peligros, y disfrutan poquísimo de lo que poseen, por el afán de adquirir continuamente más, y no consideran día festivo sino a hacer lo que deben, y desgracia es para ellos no menos la inactividad ociosa que la laboriosa actividad.

De suerte que sería correcto decir, resumiendo, que ellos han nacido para ni tener tranquilidad ellos mismos, ni permitírsela a los demás hombres.

Guerra del Peloponeso I 70
(A. G. G.)[32]

6. La guerra es una maestra de modales violentos

Recayeron sobre las ciudades con motivo de las revueltas muchas y graves calamidades, como las que se suceden y sucederán siempre, mientras la naturaleza humana siga siendo la misma, con violencia mayor o menor y cambiando de aspecto de acuerdo con las alteraciones que se presenten en cada circunstancia.

En efecto, en tiempos de paz y en situación de prosperidad, tanto las ciudades como los individuos tienen mejores disposiciones de ánimo, porque no deben hacer frente a necesidades ineluctables. En cambio, la guerra, al eliminar las facilidades de la vida cotidiana, es una maestra de modales violentos y modela el comportamiento de la mayoría de los hombres en consonancia con la situación del momento. Por consiguiente, la situación en las ciudades era de guerra civil; y aquellas en las que tardaba en prenderse, fuera donde fuera (como ya tenían conocimiento de lo que pasaba), llevaban mucho más lejos la búsqueda de nuevos expedientes y recurrían a iniciativas de una ingeniosidad extraordinaria y a represalias inauditas. Se modificó, incluso, en relación con los hechos, el significado habitual de las palabras, con tal de dar

una justificación: la audacia irreflexiva pasaba por ser valiente lealtad al partido; una prudente cautela, cobardía enmascarada; la moderación, disfraz de cobardía; la inteligencia para comprender cualquier problema, una completa inercia. La precipitación impulsiva se contaba como cualidad viril; la circunspección al deliberar, como un pretexto para sustraerse a la acción. Los descontentos siempre eran considerados dignos de crédito, y quienes se les oponían aparecían como sospechosos. Quien tenía éxito en tramar alguna intriga era un inteligente; y aún más agudo quien la sospechaba.

En cambio, quien tomaba precauciones a fin de no tener necesidad de tales manejos, era considerado un elemento subversivo para su grupo, atemorizado por los enemigos. En suma, quien tomaba la iniciativa en llevar a cabo cualquier fechoría era elogiado, así como quien incitaba al mal a alguien que no pensaba en ello.

Y en realidad, los lazos de sangre pasaron a ser menos sólidos que los de partido, pues en el ámbito de éste se estaba más dispuesto a ser osado sin reserva alguna. En efecto, tales asociaciones no estaban constituidas de acuerdo con las leyes vigentes con vistas al bien común, sino que las violaban por mor de la ambición de poder. Las garantías de fidelidad recíproca se confirmaban no tanto por las leyes divinas como por la cómplice violación de las leyes. Las buenas propuestas de los adversarios se aceptaban con precaución realista, cuando se estaba en situación ventajosa, pero no con espíritu generoso. El tomar venganza uno a su vez contra alguien se estimaba más que no haber sufrido ofensa inicial alguna. Y si en alguna ocasión se prestaba juramento a propósito de una tregua, tenía validez sólo momentáneamente, en tanto que se había prestado ante una situación apurada, y carecían de cualquier otro apoyo. Y cuando se presentaba la ocasión propicia, el primero en recobrar ánimos, al ver a la otra parte indefensa, obtenía mayor placer de tomar venganza violando su compromiso que si lo hiciera abiertamente. Calculaba a la vez

no sólo la seguridad, sino además la gloria que su inteligencia conseguía, por añadidura, en caso de triunfar gracias a su astucia. En efecto, la mayoría de los hombres prefieren que se les llame hábiles, siendo no más que unos canallas, a que se les considere necios siendo honestos: de esto se avergüenzan, de lo otro se enorgullecen.

La causa de todo esto fue la ambición de poder y de gloria; y de ellos se derivan, una vez que la rivalidad comienza las fuertes pasiones. En efecto, los jefes de los partidos de las distintas ciudades, utilizando de uno y otro bando hermosas palabras (según sus preferencias por la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley o por la sabiduría de la aristocracia), y pretendiendo de palabra servir al interés público hacían de él botín de sus luchas. Y en sus luchas por prevalecer con cualquier medio sobre su respectivo enemigo osaron las más terribles acciones, persiguiendo venganzas aún más crueles ya que no las ejecutaban dentro de los límites de la justicia y del interés público, sino que las fijaban según el capricho que en cada ocasión tenía en uno u otro bando. Fuera por una condena injusta, fuera por apoderarse del poder a la fuerza, siempre estaban listos para saciar su afán de pelea.

En consecuencia, ni los otros observaban una conducta respetuosa con la piedad, sino que, gracias a las bellas palabras, aquel a quien correspondía ejecutar una empresa alentada por la envidia, era quien más fama obtenía. Respecto a los ciudadanos que ocupaban una posición intermedia, perecían a manos de una y otra facción: bien porque no participaban en sus luchas, bien por envidia de que pudieran sobrevivir.

Fue así como a causa de las guerras civiles, la depravación bajo todas sus formas se expandió por el mundo griego; y la sencillez, de la que tanto participa la nobleza de sentimientos, desapareció en medio del escarnio, mientras que pasaron a un primer plano los antagonismos y los sentimientos descon-

fiados. Efectivamente, no existía ningún medio de pacificación, dado que ninguna palabra era segura, ni ningún juramento inspiraba temor. Los que estaban en posición de superioridad, al calcular lo incierta que era su seguridad, se preocupaban siempre más de no sufrir daños a manos de otros que de poder confiar en nadie. Por lo general eran los hombres de más mediocre inteligencia los que solían salir favorecidos: habituados, en efecto, a temer su propia cortedad y la inteligencia de sus adversarios (ante el miedo de ser derrotados en el campo de las palabras, y les aventajara la versatilidad de espíritu para tramar intrigas de sus adversarios) pasaban audazmente a la acción. En cambio, los otros, contando despectivamente con poder prever las cosas y con no tener necesidad alguna de procurar con la acción lo que podían conseguir con su inteligencia, perecían en su mayor parte indefensos.

Guerra del Peloponeso III 82-83
(A. G. G.)[32]

7. Nosotros no hemos establecido esta ley, ni la hemos aplicado los primeros

[Atenienses]:
«Ya que el presente debate no se desarrolla ante el pueblo (evidentemente para que la muchedumbre no se deje engañar al oír de nosotros en un solo discurso seguido argumentos sugestivos e irrefutables) –pues sabemos que es eso lo que significa el que se nos haya traído ante sólo unos pocos–, vosotros, los que aquí tenéis asiento, actuad con mayor seguridad aún: tomad vuestras decisiones, por tanto, punto por punto y no con un único discurso sino interrumpiendo inmediatamente cada vez que digamos algo que no os parezca bien. Y, antes de nada, decid si os place el modo que os proponemos».

Y los delegados de los melios respondieron:

«No es reprochable la generosa oportunidad de darnos explicaciones los unos a los otros con toda tranquilidad. Pero la guerra, que es algo que está aquí ya presente y no algo futuro, se muestra como algo bien distinto de esa propuesta. Pues vemos en efecto, que habéis venido en calidad de jueces de cuanto aquí se vaya a decir y que la conclusión en consecuencia y como es natural, será para nosotros si logramos triunfar en el campo del derecho (y por tanto no cedemos), la guerra; y si nos dejamos convencer, la esclavitud».

[Atenienses]:

«¡Basta, pues! Si habéis venido para hacer suposiciones sobre el futuro o para cualquier otra cosa que no sea deliberar sobre la salvación de vuestra patria (a partir de la situación presente y de lo que ante vuestros ojos tenéis), acabáramos. Pero si es sobre esto, podemos proseguir».

[Melios]:

«Es natural y comprensible que quienes se encuentren en una situación como la nuestra se desvíen con frecuencia en sus palabras e impresiones. Sin embargo, cierto es que esta reunión tiene por objeto nuestra salvación; que el debate, pues, se desarrolle, si os parece, en la forma que habéis propuesto».

[Atenienses]:

«¡Y bien!, nosotros no vamos a recurrir por nuestra parte a un largo y poco persuasivo discurso (proclamando que es justo nuestro imperio porque derrotamos al medo, o que hemos emprendido esta expedición de ahora contra vosotros por habernos agraviado); pero tampoco esperamos que creáis que nos vais a convencer diciendo que, por ser una colonia de los lacedemonios, no os sumasteis a nuestro bando o que no nos habéis causado daños. Más bien se trata de que alcancemos lo que es posible sobre la base de los sinceros sentimientos de parte y parte. Lo sabemos igual que lo sabéis vosotros: en el cálculo humano, la Justicia sólo se plantea entre fuerzas iguales. En caso con-

trario los más fuertes hacen todo lo que está en su poder y los débiles ceden».

[Melios]:

«Según nosotros al menos creemos, es útil (ya que es necesario usar este término, puesto que vosotros propusisteis hablar de lo útil en vez de lo justo) que no destruyáis un bien común, sino que aquel que llegue a estar en alguna ocasión en peligro disponga de lo que es equitativo y justo y que pueda obtener algún beneficio si logra persuadir a alguien con algo, aunque no sea estrictamente riguroso. Y esto es algo que no recae en menor grado en beneficio vuestro, en cuanto que en caso de sufrir una eventual derrota, dada la amplitud de la venganza, llegaríais a servir de ejemplo para los demás».

[Atenienses]:

«Pero por nuestra parte, no nos angustiamos por el final de nuestro imperio, si es que llega alguna vez a ser destruido. Pues no son los que ejercen el imperio sobre otros (como los propios lacedemonios) los que resultan temibles para los vencidos (aparte de que no estamos ahora en lucha con los lacedemonios), sino que lo son los súbditos, si alguna vez atacan ellos solos y derrotan a sus dominadores. De modo que sobre eso, déjesenos correr ese peligro.

»Y ahora demostraremos que hemos venido aquí por el bien de nuestro imperio y que nuestras propuestas irán encaminadas a la salvación de vuestra ciudad, pues queremos, de una parte, someteros sin grandes trabajos y asegurarnos, de otra parte, una salvación que sea de utilidad para unos y otros».

[Melios]:

«¿Pero cómo podría resultar útil para nosotros ser esclavos y para vosotros dominarnos».

[Atenienses]:

«El caso es que a vosotros os acontecería, en vez de sufrir lo peor, ser vasallos; y nosotros saldríamos ganando si nos ahorramos vuestro exterminio».

[Melios]:

«¿De modo que no aceptaríais que, siendo nosotros neutrales fuéramos amigos en vez de enemigos vuestros, pero no aliados ni de unos ni de otros?».

[Atenienses]:

«No. Porque no nos perjudica tanto vuestra declaración de hostilidad como vuestra amistad. A ojos de nuestros súbditos, ésta se interpretará como prueba de debilidad, mientras que vuestro odio sería una prueba de nuestro poderío».

[Melios]:

«¿Es así como vuestros súbditos consideran lo que es verosímil poniendo en una misma situación a los que no tienen con vosotros ningún lazo de parentesco y a cuantos pueblos os están sometidos? (que en su mayoría son colonias vuestras, aunque algunos hayan hecho defección)».

[Atenienses]:

«Sí. Porque están seguros de que ni los unos ni los otros carecen de motivos. Los unos se mantienen libres gracias a su fuerza y nosotros por miedo no les atacamos. En consecuencia (aparte de que mandaremos sobre más súbditos) también vosotros nos proporcionaríais mayor seguridad al someteros, especialmente dado que sois unos isleños, menos fuertes sin duda que otros, que quedaríais sometidos ante los amos del mar».

[Melios]:

«¿Y no consideráis que haya seguridad también en aquello otro? Pues también es preciso que por nuestra parte (al igual que vosotros nos habéis hecho abandonar los argumentos basados en la justicia e intentáis que nos dobleguemos a vuestro interés) enseñándoos lo que es útil para nosotros (por si acontece que también eso mismo lo es para vosotros) intentemos persuadiros.

»Pues, respecto a cuantos en la actualidad no son aliados ni de unos ni de otros, ¿cómo no os los vais a enemistar, cuando al observar vuestro comportamiento, tengan por seguro que también algún día los atacaréis a ellos? Y con eso, ¿qué otra cosa hacéis sino acrecentar el número de los que son enemigos vues-

tros y atraeros como tales, en contra de su voluntad, a quienes ni siquiera pensaron en llegar a serlo?»

[Atenienses]:

«No. Porque no consideramos más peligrosos para nosotros a los pueblos que viven en cualquier parte del continente, pues por gozar de libertad, se tomarán mucho tiempo antes de ponerse en guardia contra nosotros; sino a los isleños que (en cualquier parte) no nos están sometidos, como vosotros, y a los que ahora ya están exasperados por un dominio que les es ineludible. Ésos sí que, confiándose frecuentemente a un comportamiento irracional, podrían abocarse a sí mismos y también a nosotros a un peligro evidente».

[Melios]:

«Pues entonces, si en verdad vosotros hacéis frente a tan gran peligro para que vuestro imperio no acabe y los que ya son vasallos para liberarse de él, para nosotros (que todavía somos libres) sería una extraordinaria vileza y cobardía el no acudir a todo antes que ser esclavos».

[Atenienses]:

«No. Al menos si deliberáis con prudencia. Porque en vuestro caso no se trata de una lucha en igualdad de condiciones para demostrar el valor (esto es, para no sufrir un deshonor). Más bien se trata de una deliberación sobre el modo de salvaros, esto es: no hacer frente a quienes son mucho más fuertes».

[Melios]:

«Pero nosotros sabemos que hay veces en que los avatares de la guerra toman unos derroteros más imparciales de lo que cabría esperar según la disparidad numérica de cada bando. Además, para nosotros, ceder significa automáticamente la desesperación; en cambio, con la acción todavía siguen vivas las esperanzas de mantenernos en pie».

[Atenienses]:

«¡La esperanza! Es un consuelo en el peligro: a los que recurren a ella desde una situación de abundancia, aunque les dañe no los arruina. En cambio, quienes arriesgan en ella todo

cuanto tienen (y ella es pródiga de su natural), llegan a conocerla justo en el momento del fracaso, cuando ya no queda recurso para precaverse de ella, ahora que ya la conocen.

»No queráis vosotros, que sois débiles y os halláis a merced de una sola inclinación de la balanza, probarlo ni asemejaros a tantísimos que (cuando aún podían salvarse por medios humanos) abandonados por la esperanza de lo tangible, cuando se hallan en apuros, se inclinan hacia las esperanzas menos claras: la adivinación, los oráculos y cuantas cosas semejantes (con sus expectativas de esperanzas) causan estragos».

[Melios]:

«Difícil, sabedlo bien, también consideramos nosotros luchar contra una potencia como la vuestra y contra la fortuna si ésta no ha de repartirse por igual. Sin embargo, en cuanto a la suerte, confiamos en no ser peor agraciados por la divinidad (pues, hombres piadosos, nos enfrentamos a quienes no son justos) y en cuanto a la inferioridad de nuestras tropas, confiamos en que la alianza de los lacedemonios estará de nuestra parte, que se verán obligados, si no por otro motivo, por causa del parentesco y del honor. De modo que nuestra confianza no es tan irreflexiva».

[Atenienses]:

«Bien; en cuanto a la divina benevolencia, tampoco nosotros creemos quedar en inferioridad, pues ni exigimos ni hacemos nada que esté fuera del juicio que los hombres tienen de las cosas divinas, ni de los deseos en que basan sus relaciones recíprocas. En efecto, creemos que los dioses y los hombres (en el primer supuesto se trata de una opinión, y en el segundo, de una certeza) imperan siempre, en virtud de una ley natural sobre aquellos a los que superan en poder. Nosotros no hemos establecido esta ley, ni la hemos aplicado los primeros, ya existía cuando la recibimos, y habremos de dejarla como legado a la posteridad. Y sabemos que también vosotros, y cualquier otro, de llegar a estar en la misma situación de poder que nosotros, haríais lo mismo. Así que, por lo que respecta a la divina protección, no tememos, verosímilmente, sufrir menoscabo.

»Y en cuanto a la opinión que tenéis sobre los lacedemonios (que a causa de su concepto del honor confiáis que van a venir a socorreros) os felicitamos por vuestra inexperiencia del mal, pero no envidiamos vuestro simplismo. Los lacedemonios, en efecto, usan en gran medida el honor en sus relaciones mutuas y en sus instituciones patrias, pero cuando se trata de su comportamiento con los demás (y podría uno decir muchas cosas de cómo proceden), lo aclararía diciendo, en resumidas cuentas, que de todos los pueblos que conocemos son los que del modo más claro consideran honorable lo placentero y justo lo útil. Y en verdad, tal manera de pensar no favorece esa vuestra actual e irracional esperanza de salvación».

[Melios]:

«Pero precisamente por eso mismo, confiamos nosotros de manera especial en que no querrán, por su propio interés, traicionar a los melios (que somos colonos suyos), hacerse indignos de crédito ante los griegos que les son favorables y prestar en cambio un servicio a sus enemigos».

[Atenienses]:

«¿Es que no os convencéis de que lo útil reside en donde está la seguridad, y que en cambio lo justo y honorable comportan siempre peligro, cosa que los lacedemonios suelen usar por lo general muy rara vez?».

[Melios]:

«Sí. Pero nosotros creemos que por nuestra causa ellos arrostrarán incluso esos peligros, y que los considerarán menos graves que los que corran por causa de otros, dado que para una intervención nuestra patria está cerca del Peloponeso, y porque somos más dignos de confianza que otros, a causa de nuestro emparentado modo de pensar».

[Atenienses]:

«Sin embargo, no es la buena voluntad de quien solicita la ayuda la que garantiza la seguridad de quienes la prestan, sino el hecho de que posea realmente una fuerza superior. Y esto es algo que los lacedemonios cuidan bastante más que los demás

(al menos, por desconfianza de su propia preparación, atacan a sus vecinos con gran número de aliados) de suerte que no es verosímil que crucen hasta aquí, hacia una isla, siendo nosotros los amos del mar».

[Melios]:

«Pero ellos podrían enviar también a otros, pues el mar de Creta es muy amplio y, en consecuencia, la captura de un enemigo es más difícil por parte de quien lo domina, que llevar a cabo una travesía por parte de quien desea pasar desapercibido. Y si fracasaran en esto, podrían volverse hacia vuestros territorios y contra vuestros restantes aliados, a cuantos no se llegó Brásidas. Y en tal caso, vuestros esfuerzos ya no serán por una alianza y un territorio que en nada os conciernen, sino por el vuestro propio».

[Atenienses]:

«Podría ser que algo de eso nos ocurriera (a una gente que ya tenemos experiencia al respecto), y a vosotros no os sorprendería sin saber que los atenienses jamás se han retirado de ni un solo asedio por miedo a otros.

»Por lo demás, nos estamos dando cuenta de que aunque habéis dicho que ibais a deliberar sobre vuestra salvación, en toda esta larga conferencia no habéis dicho nada basándose en lo cual los hombres creerían poder llegar a salvarse. Por el contrario, vuestros apoyos más fuertes están en esperanzas futuras; en cambio, los recursos de que ahora disponéis para salvaros son escasos comparados con las fuerzas que ya están desplegadas frente a vosotros. Daréis prueba de que vuestros planes son muy insensatos si, después de que nos hayáis despedido, no decides algo más sensato. Porque no iréis a refugiaros ahora en ese sentimiento del honor, que las más de las veces arruina a los hombres en momentos de peligros manifiestos y vergonzosos. De cierto que a muchos que aún discernían hacia dónde se encaminaban, el llamado deshonor (por la fuerza de este nombre seductor) los atrajo (vencidos por esa palabra) a caer voluntariamente de hecho en desgracias incurables y a adquirir enci-

ma una vergüenza que es mayor porque se deriva de su insensatez más que del azar. Y esto es algo de lo que os guardaréis vosotros, si es que deliberáis cuerdamente.

»Y no consideréis indecoroso ser vencidos por una ciudad, la más poderosa, cuando os propone cosas moderadas: que os convirtáis en aliados suyos, conservando vuestras posesiones de tierra, pagando tributos. Y no obstinaros en adoptar el partido peor, cuando se os da a elegir entre la guerra y la seguridad. Porque quienes precisamente no ceden ante sus iguales, se comportan razonablemente con el más fuerte y tratan al débil con moderación, son los que suelen prosperar.

»Examinadlo, pues, cuando nos hayamos retirado, y reconsiderad que estáis deliberando sobre vuestra patria, que es una sola; y que de una sola deliberación dependerá su prosperidad y su ruina».

Los atenienses se retiraron de las conversaciones y los melios, una vez que estuvieron solos, como su parecer era similar al de antes, o sea, de desacuerdo, contestaron:

«Nuestras opiniones, oh atenienses, no son distintas de las del principio, ni estamos dispuestos a privar de su libertad en un momento a una ciudad que está habitada ya hace setecientos años, sino que vamos a intentar salvarnos, confiando en la suerte que de los dioses proviene (que es la que hasta ahora la ha salvado), en la ayuda de los hombres, y en particular de los lacedemonios. Os proponemos ser amigos vuestros, pero no enemigos, ni de unos ni de otros, y que os retiréis de nuestro territorio después de concertar una tregua que parezca ser conveniente para ambos».

Esto es cuanto respondieron los melios. Los atenienses, por su parte, dando con esto fin a las conversaciones, dijeron:

«En fin, vosotros sois los únicos, a juzgar por esas decisiones, que consideráis más seguro el futuro que lo que está ante vues-

tros ojos, y veis (por desearlo) como ya acontecido lo que aún está oscuro. Confiados totalmente a los lacedemonios, a la suerte y a la esperanza, totalmente también seréis derrotados».

Guerra del Peloponeso V 85-113
(A. G. G.)[32]

8. Una ciudad son sus hombres y no unos muros ni unas naves

En este momento, al ver Nicias el abatimiento de las tropas y el cambio producido en sus ánimos, recorría las filas reconfortándoles y dándoles ánimos en la medida de lo posible. Con su mejor intención, gritaba aún más fuerte que antes a las tropas por las que pasaba y alzaba la voz deseoso de alcanzar más lejos y serles de alguna utilidad.

Incluso en las presentes circunstancias, atenienses y aliados, hay que mantener esperanzas (pues ya ha habido quienes se han salvado de situaciones peores incluso que ésta) y no reprocharos en exceso a vosotros mismos ni las desgracias que hemos sufrido ni estos inmerecidos sufrimientos de ahora. También yo, que a ninguno de vosotros aventajo en fuerza física (veis, en efecto, cómo me encuentro a causa de mi enfermedad), y que en cuanto a fortuna no creo ir por detrás de nadie, ni en mi vida privada ni en lo demás, me encuentro en estos momentos en idéntico peligro que el último de vosotros. Y eso que he pasado mi vida observando escrupulosamente las normas y me he comportado siempre de forma justa e irreprochable con los hombres. Por todo ello y a pesar de la gravedad del momento presente mi esperanza en el futuro permanece firme y las desgracias no me asustan tanto como cabría esperar. Tal vez lleguen incluso a cesar. La fortuna, en efecto, ya ha favorecido suficientemente a nuestros enemigos y aunque hayamos suscitado la envidia de alguna divinidad con nuestra expedi-

ción, ya hemos sido castigados en modo más que suficiente. También otros emprendieron una expedición contra otros pueblos, y por haber cometido errores propios de hombres, sufrieron un castigo soportable. Es natural que podamos esperar de la divinidad ahora un trato más liviano (ahora, en efecto, más dignos somos de su compasión que de su envidia); además, al contemplaros a vosotros -cuántos y qué hoplitas marchando en perfecto orden- no os descorazonéis en exceso; pensad, por el contrario, que vosotros constituís de inmediato una ciudad dondequiera que os asentéis y que ninguna ciudad de Sicilia podría resistiros si la atacarais, ni podría desalojaros si os asentarais en cualquier parte. Preocupaos vosotros mismos de que la marcha se efectúe en orden y seguridad y que cada cual no piense en otra cosa sino que el lugar en que se vea obligado a luchar será -si vence- su patria y su muro. Tanto de día como de noche el ritmo de marcha será vivo, pues los víveres que tenemos escasean. Y si llegamos a alcanzar algún poblado sículo que sea amigo (ya que aún continúan siéndonos fieles debido al miedo que tienen a los siracusanos) pensad entonces que nos hallamos en lugar seguro. Ya se les han enviado unos emisarios con el encargo de que salgan a nuestro encuentro y traigan víveres.

En suma soldados, daos cuenta de que os es forzoso comportaros como hombres valientes, en la idea de que no hay ningún lugar próximo en el que encontrar salvación en caso de que os ablandéis, y que si ahora conseguís escapar de los enemigos, los demás conseguiréis volver a ver todo aquello que anheláis y los atenienses restauraréis el poderío -ahora demolido- de vuestra ciudad. Una ciudad son sus hombres y no unos muros ni unas naves sin hombres.

Guerra del Peloponeso VII 76-77
(A. G. G.)[32]

JENOFONTE

Discípulo y amigo de Sócrates -quien dejaría en él indeleble impronta- el historiador Jenofonte (c. 428-c. 354 a.C.) participó en la expedición de Ciro el Joven y más tarde entró al servicio del rey espartano Agesilao. Por razones diversas sufrió -como tantos otros historiadores- el exilio de su ciudad, aunque volvió a ella ya en sus últimos años de vida. No obstante, además de por sus obras históricas, Jenofonte también se ha conquistado un lugar en la historia de la literatura griega como autor de una serie de tratados de tono más o menos biográfico (Memorables, Apología, *etc.), de escritos de carácter doméstico y de costumbres* (Económico, Cinegético, El comandante de caballería, *etc.). En cambio no es suya, aunque aparezca transmitida entre sus obras, la* Constitución de los atenienses. *Su estilo es el ático sencillo de su propia época lo que le ha valido tradicionalmente un puesto seguro en las antologías escolares de todos los tiempos.*

Aquí reproducimos dos fragmentos, el primero de su obra Anábasis *recoge el emocionante momento en que los primeros vigías del contingente del propio Jenofonte avistan desde un monte el ansiado mar, que les aseguraba finalmente su regreso a Grecia. El segundo trozo pertenece a la obra* Helénicas *(una*

historia de Grecia que -continuación de la de Tucídides- comienza justo a partir del final de la Guerra del Peloponeso). Reproduce los momentos previos a la rendición de Atenas, que acaba de perder la guerra con Esparta (404). Las condiciones impuestas por el vencedor van a ser duras pero inevitables para Atenas: desmantelar los Muros Largos y el Pireo, entregar las naves y aceptar el regreso de los exiliados. Negocian por parte de Esparta, Lisandro, y de parte ateniense Terámenes.

9. Los conducirá a un lugar desde donde verán el mar

Desde este lugar recorrieron, en cuatro etapas, veinte parasangas, hasta una ciudad grande, próspera y habitada, que se llamaba Gimnias. De esta ciudad, el gobernador del territorio envía un guía a los griegos para que los conduzca a través del territorio enemigo. Cuando aquél llega, les dice que los conducirá, en cinco días, a un lugar desde donde verán el mar; si no, se muestra dispuesto a morir. Y mientras los guiaba, desde el momento que irrumpió en tierra enemiga, los animaba a quemar y destruir el territorio, lo que puso de manifiesto que los acompañaba por este motivo, no por benevolencia a los griegos.

Y llegan a la montaña al quinto día. El nombre de la montaña era Teques. Cuando los primeros alcanzaron la cima, se produjo un gran griterío. Al oírlo Jenofonte y los de retaguardia, imaginan que otros enemigos los atacaban de frente, pues les seguían por detrás gente procedente del territorio incendiado. Los de retaguardia mataron a algunos e hicieron prisioneros tendiendo una emboscada, y también capturaron unos veinte escudos de mimbre recubiertos de piel de buey sin curtir y con pelos.

Dado que el griterío se hacía mayor y más cercano, que los que avanzaban ininterrumpidamente se dirigían a la ca-

rrera al encuentro de los que gritaban sin parar y que el griterío se hacía mayor a medida que aumentaba el número de gente, pareció a Jenofonte que se trataba de algo más importante. Montó a caballo y, escoltado por Licio y sus jinetes, acudió en su ayuda. Y pronto oyen a los soldados que gritan: «¡El mar, el mar!», y que lo transmiten de boca en boca. Entonces todos corrieron, incluso los de retaguardia. Las acémilas y los caballos eran azuzados también. Cuando llegaron todos a la cima, entonces se abrazaban los unos a los otros, estrategos y capitanes, llorando. Y de repente, sin importar quién transmitió la orden, los soldados trajeron piedras y levantaron un gran túmulo. Entonces colocaron encima gran cantidad de pieles de buey sin curtir, bastones y escudos de mimbre capturados en guerra, y el guía mismo cortaba los escudos de mimbre y animaba a hacerlo a los demás. Después de esto, los griegos despiden al guía, habiéndole dado como presentes de la comunidad un caballo, una copa de plata, un vestido persa y diez daricos. Él les pedía, sobre todo, anillos y obtuvo muchos de los soldados. Después de haberles indicado un lugar donde acampar y el camino por el que podrían llegar al país de los macrones, regresó por la noche.

Anábasis IV 7.19-8
(R. B.)[33]

10. No hacer pactos con ellos

Los atenienses, sitiados por tierra y por mar, no sabían qué hacer, pues ni tenían naves, ni aliados, ni alimentos. Consideraban que no había ninguna solución más que sufrir lo mismo que habían hecho, no por vengarse, sino que se habían limitado a perjudicar, por pura soberbia, a los habitantes de ciudades pequeñas, y no por ninguna otra causa más que con

motivo de las alianzas. Por eso resistían, tras conceder los derechos a quienes estaban privados de ellos, pero, aunque morían muchos en la ciudad por hambre, no entraban en conversaciones acerca de la reconciliación. Cuando ya el alimento se les había acabado definitivamente, enviaron embajadores a Agis para exponerle su deseo de hacerse aliados de los lacedemonios con tal de conservar las murallas y el Pireo y, sobre estas condiciones, fijar los compromisos. Pero les dijo que fueran a Lacedemonia, pues él en esto no tenía soberanía. Cuando los embajadores se lo comunicaron a los atenienses, los enviaron a Lacedemonia. Una vez que estuvieron en Selasia, cerca de Laconia, y se enteraron los éforos de lo que decían, que era lo mismo que habían dicho a Agis, les ordenaron que se marcharan de allí y, si querían la paz, vinieran después de haber pensado algo mejor. Cuando los embajadores llegaron a casa y se lo anunciaron a la ciudad, cayeron todos en la desesperación, pues pensaban que iban a ser convertidos en esclavos y, de momento, hasta que enviaran a otros embajadores, muchos morirían de hambre. Acerca del desmantelamiento de las murallas nadie quería dar su opinión, pues Arquéstrato, por haber dicho en el Consejo que era mejor hacer la paz con los lacedemonios con las condiciones que reclamaban, había sido encarcelado. Lo que reclamaban era que se desmantelaran hasta diez estadios de cada uno de los dos muros largos. Hubo además un decreto según el cual no se podían hacer propuestas sobre esto.

Así las cosas, Terámenes dijo en la Asamblea que, si querían enviarlo a ver a Lisandro, volvería ya enterado de si la persistencia de los lacedemonios acerca de los muros se debía a que querían esclavizar la ciudad o era sólo una forma de garantía. Pero, cuando fue enviado, Lisandro le hizo aguardar más de tres meses, en espera de la ocasión en que los atenienses, por haber terminado las provisiones, estarían de acuerdo con todo lo que se dijera. Al cuarto mes, a su regreso, informó

en la Asamblea de que Lisandro lo había retenido hasta ese momento y entonces le había dicho que fuera a Lacedemonia, pues quien tenía autoridad para contestar a lo que preguntaba no era él sino los éforos. Después fue elegido embajador plenipotenciario ante Lacedemonia en una legación compuesta por diez miembros. Entretanto Lisandro, junto con una embajada de lacedemonios, envió a Aristóteles, que era exiliado ateniense, a explicar a los éforos que su contestación a Terámenes había sido que la soberanía sobre la paz y la guerra la tenían ellos. Terámenes y los demás embajadores, cuando estaban en Selasia, al preguntarles con qué propuestas venían, dijeron que tenían plenos poderes para tratar de la paz, y entonces los éforos los mandaron llamar. Cuando llegaron, se celebró una asamblea, en que corintios y tebanos principalmente, pero también muchos de los demás griegos, proponían aniquilar a los atenienses y no hacer pactos con ellos. Los lacedemonios, en cambio, dijeron que no someterían a esclavitud a una ciudad griega que había actuado muy positivamente en los momentos de mayor peligro que había tenido Grecia, sino que iban a hacer la paz a condición de que, tras desmantelar los grandes muros y el Pireo, además de entregar todas las naves excepto doce y acoger a los exiliados, compartieran los mismos amigos y enemigos que los lacedemonios y los siguieran por tierra y por mar adonde los condujeran.

Terámenes y los embajadores que iban con él lo comunicaron a Atenas. Al entrar, una gran multitud los rodeaba con el temor de que vinieran con las manos vacías, pues ya no era posible aguantar a causa del número de los que perecían por el hambre. Al día siguiente, los embajadores explicaron sobre qué condiciones estaban dispuestos a hacer la paz los lacedemonios. En nombre de ellos habló Terámenes y dijo que había que ceder a los lacedemonios y desmantelar los muros. Algunos se opusieron, pero fueron muchos más los que estuvieron de acuerdo, por lo que decidieron aceptar la paz. Des-

pués de eso, Lisandro llegó al Pireo, regresaron los exiliados y se pusieron a destruir las murallas al ritmo de los flautistas con mucho entusiasmo, pues consideraban que aquel día era el comienzo de la libertad para Grecia.

Helénicas II 2.10-23
(D. P.)[34]

POLIBIO

Polibio (c. 200-118 a.C.) es un nuevo caso de historiador griego vinculado personal y oficialmente al imperio de Roma. Derrotadas la tropas de Perseo en la batalla de Pidna, el año 168, Polibio fue conducido a Roma, donde entró en contacto con la influyente familia de Emilio Paulo y Publio Escipión. En diversas ocasiones actuó como intermediario entre los intereses de algunas ciudades griegas y los romanos, nuevos amos de la situación política. En sus Historias, *Polibio confiesa como objetivo primordial de su obra analizar y exponer las causas por las que en menos de cincuenta años Roma consiguió someter a su dominio buena parte del Mediterráneo. Es el fundador de lo que ha venido en llamarse historia pragmática, que deja de lado toda explicación emocional o sensacionalista en favor del análisis descarnado de los hechos. Polibio interpreta que Roma debe su éxito a la combinación de dos fuerzas felices: la Fortuna y los propios méritos de los dirigentes del pueblo romano. El estilo de su obra es sencillo, carente de la artificiosidad de otros escritores contemporáneos, aunque su relato carece del vigor y el atractivo de la prosa artística.*

Reproducimos aquí los dos primeros capítulos, que tratan de la utilidad de la historia y de cómo Roma llegó a conquistar el mundo.

11. El ejercicio más seguro en materia de gobierno es la enseñanza a partir de la historia

Si los que han narrado antes que nosotros los hechos históricos hubieran omitido el elogio de la propia historia, sería necesario quizá inclinar a todos a la elección y estudio de obras tales como ésta, porque ninguna educación es más apta para los hombres que el conocimiento de las acciones pasadas. Pero como no algunos, ni incidentalmente, sino todos, por así decirlo, y desde el principio al fin han procedido de esta manera, diciendo una y otra vez que la instrucción y ejercicio más seguro en materia de gobierno es la enseñanza a partir de la historia, y que el método más claro y único de aprender a soportar con entereza las vicisitudes de la Fortuna es el recuerdo de las peripecias ajenas, es evidente que si a nadie parece conveniente repetir lo que bien y por muchos se ha dicho, mucho menos a nosotros. Porque la novedad de los hechos sobre lo que nos proponemos escribir es suficiente por sí misma para invitar y estimular a toda persona, tanto joven como anciana, a la lectura de nuestra obra. Pues ¿qué hombre será tan necio o negligente que no quiera conocer cómo y mediante qué tipo de organización política casi todo el mundo habitado, dominado en cincuenta y tres años no completos, cayó bajo un único imperio, el de los romanos? De tal hazaña no se sabe que haya sucedido antes. Y a su vez, ¿quién habrá tan apasionado por algún otro género de contemplación o enseñanza que lo considere más ventajoso que un conocimiento de este tipo?

Pero cuán extraordinario y grandioso es el argumento de nuestro tema, quedará sobradamente esclarecido si comparamos y cotejamos con la supremacía de los romanos los más famosos imperios que han existido, sobre los que los historiadores han compuesto gran parte de sus trabajos. Son dignos de comparación y cotejo los siguientes: los persas obtuvieron,

por cierto tiempo, un vasto imperio y dominio pero cuantas veces osaron sobrepasar los límites de Asia, no sólo arriesgaron su imperio sino también sus...

Historias I 1-2
(A. D. T.)[35]

ESTRABÓN

Geógrafo y viajero griego (64 a.C.-24 d.C.), fue autor de una extensa Geografía *en diecisiete libros. El propósito que le movió a escribir esta obra fue eminentemente práctico, a fin de que sirviera a los políticos, comerciantes y militares (aunque no se está de acuerdo completamente si sus destinatarios fueron sus paisanos griegos o los romanos) con quienes mantuvo amistosas relaciones. Deudor en ciertas concepciones de su predecesor Eratóstenes, creía que el mundo era una esfera, rodeada del mar Océano en su perímetro externo, con los continentes en el centro. Adolece de ciertas imprecisiones, habituales en este tipo de obras antiguas, pero es sumamente interesante por las anécdotas marginales de carácter etnográfico tan frecuentes en su relato.*

Hemos seleccionado dos breves muestras, relativa la primera a una descripción muy general de nuestra península Ibérica, y la segunda a un detallado relato del tramo de costa que va desde las Columnas de Hércules al Promontorio Sagrado (Cabo de San Vicente), incluyendo las desembocaduras de los ríos Guadiana y Guadalquivir. Son, por tanto, dos fragmentos alusivos a cómo vio nuestro autor esta zona del extremo occidente conocido.

12. Iberia se asemeja a una piel de buey extendida a lo largo de Oeste a Este

Una vez que hemos trazado las primeras líneas generales de la Geografía, es pertinente la exposición que sigue acerca de cada territorio; porque así lo hemos presentado, y parece ser que, hasta ahora, la materia está correctamente distribuida. Y hemos de empezar de nuevo por Europa y por esas partes de ella por las que antes lo hicimos, por las mismas razones.

Su parte primera por Occidente es, como dijimos, Iberia. De ésta, la mayor parte es difícilmente habitable, pues en una gran extensión la pueblan las montañas, bosques y llanuras de suelo pobre que ni siquiera disfruta del agua uniformemente. La parte septentrional es extremadamente fría, a lo que se añade la aspereza, y vecina del Océano, sumando a esto el aislamiento y la falta de lazos con las otras regiones, de modo que presenta pésimas condiciones de habitabilidad. Estas regiones son como decimos, pero en cambio la del Sur es casi en su totalidad fértil, particularmente la de más allá de las Columnas; ello se pondrá de manifiesto en los capítulos referentes a cada territorio, después de que hagamos un esbozo de su configuración y extensión.

Iberia se asemeja a una piel de buey extendida a lo largo de Oeste a Este, con los miembros delanteros en dirección al Este, y a lo ancho de Norte a Sur. De longitud tiene unos seis mil estadios y de anchura cinco mil por su parte más extensa, aunque en algunos puntos mucho menos de tres mil, sobre todo en el Pirene, que constituye el flanco oriental. Porque la cadena, que se extiende ininterrumpidamente de Sur a Norte, separa Céltica de Iberia, y siendo Céltica e Iberia desiguales en anchura, la parte más estrecha de una y otra, desde el Mar Nuestro hasta el Océano, es la que más se aproxima a cada lado del Pirene y forma golfos, uno en el Océano y otro en el Mar Nuestro, siendo mayores los célticos, que también lla-

man Galáticos, que hacen el istmo más estrecho en comparación con el lado ibérico.

Y si el flanco oriental de Iberia lo constituye el Pirene, el meridional lo forma el Mar Nuestro desde el Pirene hasta las Columnas y a continuación el Mar Exterior hasta el Promontorio llamado Sagrado. El tercero es el flanco occidental, casi paralelo al Pirene, que se extiende desde el Promontorio Sagrado hasta el cabo de la región de los ártabros que llaman Neiro, y el cuarto va desde allí hasta los promontorios septentrionales del Pirene...

A continuación se halla el denominado puerto de Menesteo, y el estero de Asta y Nabrissa. Se llaman esteros las depresiones del terreno que son cubiertas por el mar en las pleamares y que, a modo de ríos, permiten su navegación hacia el interior y las ciudades de sus orillas. Luego, inmediatamente, está la desembocadura del Betis, dividida en dos; la isla configurada por las bocas define un litoral de cien, o según algunos, de más estadios. Por allí se encuentra también el oráculo de Menesteo y se alza la torre de Cepión, sobre una roca ceñida por el batir del oleaje admirablemente dispuesta, como el Faro, para auxilio de los navegantes; pues el aluvión arrastrado por el río produce bajíos, y la zona de salida está tan plagada de escollos que hace falta alguna señal bien visible. Partiendo de allí encontramos la corriente del Betis, la ciudad de Ébura y el santuario de la diosa Fósforo, a la que llaman Luz Incierta. A continuación las corrientes de los otros esteros, y más allá el río Anas, también él con dos bocas, y sus corrientes respectivas. Luego por último el Promontorio Sagrado, distante de Gádira menos de dos mil estadios. Algunos afirman que desde el Promontorio Sagrado hasta la boca del Anas hay sesenta millas, desde allí hasta la del Betis cien, y luego hasta Gádira setenta.

Geografía III 1-3 y 9
(M.ª J. M.)[36]

13. Iberia, país minero

Pero, a pesar de estar dotada dicha región de tantos bienes, no se maravillaría uno menos, sino todo lo contrario, al conocer la generosidad de sus minas; porque de ellas está repleta toda la tierra de los iberos, aunque no toda sea tan fértil y próspera, especialmente la que proporciona minerales. Raro es gozar de ambos recursos, pero raro es también que la misma tierra esté llena de minerales diversos en un territorio reducido. La Turdetania y comarcas limítrofes no dejan, a los que quieren ensalzarlas por sus bondades, palabras que las reflejen adecuadamente. Pues ni el oro, ni la plata, ni el cobre, ni el hierro, en ningún lugar de la tierra se ha comprobado hasta ahora que se produzcan en tan gran cantidad ni de tan alta calidad.

El oro no se extrae sólo en las minas, también se recoge en los cursos de agua. Los ríos y torrentes arrastran la arena aurífera, que se da en muchos lugares incluso en sitios sin agua, pero mientras que en éstos es invisible, en los terrenos anegados el polvo de oro refulge. Y cubriendo los lugares secos con agua que acarrean, hacen brillar el polvo, y excavando pozos e ideando otras técnicas separan, mediante lavado, de la arena el oro, e incluso más numerosos que las minas de este metal son hoy los llamados lavaderos de oro. Los gálatas estiman que son parejas sus minas del monte Cemeno y las emplazadas bajo el mismo Pirene, pero en realidad tienen más fama las de aquí. Cuentan que entre el polvo de oro se han encontrado a veces pepitas de media litra, que llaman «palas», que tan sólo necesitan una leve purificación. Dicen también que al partirse las piedras se hallan pepitas semejantes a tetillas, que de la cocción y purificación del oro con un mineral astringente queda como residuo el électron, y que al cocer de nuevo éste, que tiene una aleación de oro y mercurio, se consume el mercurio y subsiste el oro, porque el mercurio es fácil de volatilizar y mineral a la vez. Por ello se derrite mejor el oro

con fuego de paja, porque la llama, al ser suave, es proporcionada a una sustancia que cede y se volatiliza fácilmente, y en cambio el carbón, al derretirlo demasiado y evaporarlo con su violencia, consume gran parte del oro. En las corrientes se recoge y se lava allí cerca en pilas; o bien se excava un pozo y se lava la tierra extraída. Los hornos del mercurio los construyen elevados para que la fulígine que se desprende de los trozos del mineral se eleve en el aire, pues es pesada y nociva. Algunas de las minas de cobre son conocidas como «minas de oro», de lo que se infiere que anteriormente se extraía de ellas oro.

Posidonio, al ensalzar el número de minas y su riqueza, no se aparta de su retórica habitual, sino que se entusiasma con las hipérboles; porque dice que no pone en duda lo que se cuenta de que cuando una vez se incendiaron los bosques, la tierra, que era de plata y oro, se fundió y subió hirviendo a la superficie, porque cada monte y cada colina eran materia de moneda acumulada por un azar generoso; «podría en general afirmarse», continúa, «al contemplar esos lugares, que son los tesoros de una naturaleza inagotable o la banca de un imperio destinado a no tener fin. Porque no solamente es rico el suelo, sino también el subsuelo, y en aquellos parajes qué verdad es que el mundo subterráneo no lo habita Hades, sino Plutón».

Geografía III 8-9
(M.ª J. M.)[36]

JOSEFO

Historiador judío (37-c. 93 d.C.), muy vinculado a la política de Roma. Tras la toma de Jerusalén en el año 70, participó activamente en aminorar las represalias de Roma sobre la ciudad. Sus obras tratan, cuasi monográficamente, la historia del pueblo judío el Bellum Iudaicum *(redactada en arameo y luego traducida al griego) versa sobre los dos siglos anteriores a la revuelta judía del 66. Más ambiciosas son sus* Antiquitates Iudaicae *(en veinte libros) donde examina la historia judía partiendo desde el propio Adán. También escribió una autobiografía* (Vita) *y finalmente su* Contra Apionem, *también conocida bajo otros títulos alternativos:* Apología sobre la antigüedad de los judíos/Contra los griegos.

Es éste uno de esos casos en los que un autor que participa propiamente de unos postulados antihelénicos, escribe –en griego– sus alegatos en defensa del pueblo judío. El pasaje que aquí hemos seleccionado es una muestra de su elocuente defensa del pueblo judío, su pueblo en definitiva, contra las inculpaciones antisemitas de Apión.

14. No hay que fiarse únicamente de los griegos

Creo haber dejado suficientemente claro para quienes lean mi obra *Sobre las Antigüedades,* excelentísimo Epafrodito, la gran antigüedad de nuestro pueblo, los judíos, cuál fue su peculiar origen y de qué manera empezó a habitar la tierra que ahora tenemos. He compuesto en griego una historia que abarca cinco mil años ceñida a los datos de nuestros libros sagrados. Pero veo ahora que muchos atienden a calumnias nacidas del resentimiento de algunos sin dar crédito a lo que he escrito sobre nuestra antigüedad, y consideran prueba de que nuestro pueblo es más reciente la idea de que los historiadores griegos más famosos no lo mencionan. Por eso he pensado que tenía que escribir algo al respecto, aunque fuera brevemente, tanto para rebatir el resentimiento y las falsedades que expresan voluntariamente nuestros detractores como para vencer la ignorancia de otros, instruyendo así sobre nuestra antigüedad a quienes quieren conocer la verdad.

Voy a presentar como testigos de lo que digo a los autores que los griegos juzgan más fidedignos por lo que se refiere a la antigüedad y voy a rebatir con sus propios argumentos a quienes han escrito sobre nosotros calumniosa o falsamente. Intentaré, asimismo, poner de relieve las causas por las que no son muchos los griegos que se han acordado de nuestra nación en sus historias y, más aún, sacaré a la luz para quienes no los conocen o los fingen desconocer a aquellos historiadores que no han dejado de lado nuestra historia.

Lo primero que me viene a la mente es la profunda sorpresa que me causan los que piensan que hay que fiarse únicamente de los griegos por lo que respecta a los acontecimientos más antiguos, e investigan la verdad solamente en sus obras, desconfiando de nosotros y de los demás. Pues bien, yo creo que si lo que nos interesa es extraer la verdadera interpretación de los hechos a partir de los hechos mismos, y no seguir vanas opiniones, lo adecuado es todo lo contrario.

Cualquier persona reconocería que todo lo griego es reciente, de ayer o de anteayer, como si dijéramos. Me estoy refiriendo a cosas como la fundación de las ciudades, la invención de las artes y la redacción de las leyes. Y quizá lo más reciente de todo entre ellos es el interés por escribir la historia.

Sin embargo, los mismos griegos reconocen que la transmisión del recuerdo de los acontecimientos entre los egipcios, caldeos y fenicios -prescindo por ahora de catalogar entre éstos a nuestro pueblo- es antiquísima y muy constante. Todos estos pueblos habitan lugares débilmente sometidos a la destrucción provocada por el ambiente, y han puesto gran cuidado en no dejar olvidado ninguno de los hechos que les habían ocurrido, de manera que sus hombres más sabios los fueron consignando regularmente en inscripciones oficiales. Por el contrario, miles de catástrofes hicieron que Grecia perdiera el recuerdo de los hechos del pasado, al tiempo que los hombres de cada época, al irse estableciendo nuevas formas de vida, pensaban que lo que con ellos empezaba era el comienzo de todo. Quienes pretenden haber usado la escritura desde muy antiguo se vanaglorian de haberla aprendido de los fenicios y de Cadmo.

Contra Apión I i-ii.10
(J. R. B.)[37]

PLUTARCO

Biógrafo –como él mismo se confiesa– más que historiador, nacido en Queronea (Beocia c. 46-c. 120 d.C.) gozó no obstante de la amistad de influyentes personajes romanos de su época. Autor muy prolífico, escribió un conjunto de veintiséis biografías de personajes famosos emparejados (uno griego, otro romano, la mayoría de las cuales lleva anexa una síncrisis o comparación final) a los que él consideraba impostación prototípica de alguna virtud singular. Citaremos de entre ellas, las vidas de Solón, Temístocles, Pericles, Alcibíades, Nicias, Demóstenes o Alejandro *del lado griego, y del lado romano las de* Mario, Sila, Pompeyo, Marco Antonio, Bruto, César y Cicerón. *También conservamos casi ochenta escritos misceláneos de carácter ético, conocidos bajo el título de* Moralia, *en los que aborda los más diversos asuntos: conversaciones filosóficas, especulaciones sobre el cosmos, la religión antigua, tratados de crítica literaria, etc. Quizá merezca la pena citar algunos de sus títulos, que suelen ser suficientemente expresivos:* Cómo distinguir a un adulador de un amigo, Consejos sobre la vida pública, Charlas de sobremesa *(suculentas conversaciones mantenidas durante un banquete entre filósofos, rétores, médicos, poetas, etc., en las que se relatan multitud de anécdotas, curiosidades,*

etc.), Sobre el ansia de saber, Sobre la charlatanería, *etc. Aunque se opuso a ciertos principios de los estoicos, toda su obra rezuma una especial sintonía con esta escuela; en cambio es manifiestamente contrario a las doctrinas epicúreas. A través de diversas traducciones latinas su obra gozó de una extraordinaria difusión e influencia en el pensamiento europeo a partir del Renacimiento.*

Aquí hemos reproducido dos pasajes, el primero pertenece a la política de construcciones y obras públicas de Pericles en Atenas, entre las que destacan la construcción del Partenón, los Propíleos de la Acrópolis, etc., sufragadas en parte con el tesoro común de los griegos, que fue trasladado desde la isla de Delos a Atenas; el segundo corresponde a la síncrisis *o comparación de caracteres que establece Plutarco entre los dos personajes de quienes ha relatado sus vidas en paralelo. En concreto hemos seleccionado la comparación entre el griego Alcibíades y el latino Coriolano.*

15. Fue la edificación de monumentos lo que sus enemigos miraban con peores ojos...

Pero lo que mayor placer dio a los atenienses y más contribuyó al embellecimiento de Atenas, lo que más boquiabiertos dejó a los demás hombres, y lo único que atestigua que no son mentiras aquel famoso poder de Grecia y su antigua prosperidad, es la edificación de monumentos. De todas las medidas políticas de Pericles, esto es lo que sus enemigos miraban con peores ojos y lo que más denigraban en las asambleas. En ellas gritaban que el pueblo tenía mala reputación y era objeto de difamaciones por haber traído a Atenas de Delos el tesoro común de los griegos, y que lo que podía haber sido para él contra los que le acusaban el más decoroso de los pretextos, que por miedo a los bárbaros habían sacado de allí el tesoro

común para custodiarlo en lugar seguro, incluso eso Pericles se lo había quitado: «Y Grecia tiene la impresión de estar siendo víctima de una terrible injuria y de una tiranía manifiesta, porque ve que con los tributos con los que se la fuerza a contribuir para la guerra nosotros recubrimos de oro y embellecemos nuestra ciudad, como una mujer presumida, rodeándola de piedras preciosas, estatuas y templos de mil talentos».

Explicaba, en consecuencia, Pericles al pueblo que del dinero no tenían que dar ninguna cuenta a los aliados, porque hacían la guerra por ellos y tenían a raya a los bárbaros; los aliados no aportaban ni caballos ni naves ni hoplitas, sólo contribuían con dinero, cosa que no es de los que lo dan, sino de quienes lo reciben, con tal de que procuren los servicios en cuyo pago lo han recibido. Era preciso ahora que la ciudad estaba suficientemente provista de las cosas necesarias para la guerra, dirigir sus abundantes recursos a obras que, una vez terminadas, les dieran gloria eterna y que, durante su ejecución, procuraran el bienestar; pues gracias a estas obras, nacerían todo género de industrias y una infinita variedad de empleos, que, despertando todas las artes y poniendo en movimiento todos los brazos, procuraban salarios a casi toda la ciudad, la cual, con sus propios recursos, se embellecería y al mismo tiempo se alimentaría.

Pues a los que tenían edad y vigor para la guerra las expediciones militares les procuraban abundantes recursos procedentes del tesoro común; y para la masa jornalera que no formaba parte de los contingentes militares, Pericles, que no quería que estuviera privada de ingresos, pero tampoco que los recibiera sin trabajar y ociosa, presentó al pueblo la propuesta de grandes proyectos de construcciones y planes de trabajos que requerirían numerosos artesanos y cuya realización exigiría mucho tiempo, para que, no menos que los que navegaban o los que estaban en guarniciones y los que partían en las expediciones, la población que residía siempre en casa tuviera un motivo para sacar provecho de los fondos pú-

blicos y recibir una parte de ellos. Había como materias primas piedra, bronce, marfil, oro, ébano, ciprés; como oficios que trataran y elaboraran estas materias primas, carpinteros, modeladores, herreros, canteros, batidores de oro, ablandadores de marfil, pintores, damasquinadores, cinceladores; como transportistas y proveedores de estos materiales, mercaderes, marineros y pilotos, por mar, y, por tierra, carreteros, propietarios de parejas de tiro, arrieros, cordeleros, hilanderos, talabarteros, peones camineros, mineros. Cada oficio, además, disponía, como un general dispone de un ejército propio, de una masa asalariada de peones, que constituían el instrumento y el cuerpo destinado a su servicio. Gracias a ello, las múltiples ocupaciones distribuían y diseminaban el bienestar, por decirlo en una palabra, entre todas las edades y condiciones.

Los monumentos que se iban elevando eran imponentes por su grandiosidad e incomparables de belleza y elegancia; los artesanos porfiaban por superarse en maestría, pero lo más admirable de todo era la rapidez de las obras. Cada una de ellas pensaban que necesitaría muchos relevos sucesivos y generaciones para llegar por fin a su término, pero todas ellas alcanzaron su final en el período de apogeo de una sola carrera política. Y eso que cuentan que una vez que Zeuxis oyó al pintor Agatarco vanagloriarse de saber pintar rápida y fácilmente figuras de todas las especies, le dijo: «Pues yo necesito mucho tiempo». En efecto, no es la destreza y la rapidez en la ejecución lo que infunden en una obra solidez duradera ni belleza esmerada, sino que es el tiempo invertido en la creación lograda con esfuerzo lo que produce la renta de la persistencia con que se conserva la obra hecha. De ahí que las obras de Pericles merezcan la mayor admiración, porque se realizaron para mucho tiempo en poco. Pues por su belleza cada una de ellas ya entonces nada más acabada, era antigua, y por su carácter de culminación han conservado hasta la actualidad su aspecto de lozanía y de recién hechas. Con tal fuerza

florece en ellas una especie de perpetua novedad, que preserva su aspecto incólume al tiempo, como si estas obras tuviesen en ellas un soplo en constante retoñar y un principio de vida inasequible a la vejez.

Fidias estaba encargado de todas y era quien lo supervisaba todo; y eso que tenían grandes arquitectos y artistas para la realización de las obras. El Partenón de cien pies lo construyeron Calícrates e Ictino, la sala de iniciación en Eleusis la comenzó a edificar Corebo, que fue quien levantó las columnas sobre el basamento y las unió mediante arquitrabes; tras su muerte, Metágenes de Jípete añadió encima de ellos el friso y el piso superior de columnas, y Jenocles de Colarges fue el que culminó el *anáktoron* con la linterna. El muro largo, sobre el que Sócrates afirma haber oído personalmente a Pericles presentar la propuesta ante la asamblea, fue obra de Calícrates. En una comedia, Cratino se burla de la lentitud con que se llevó a cabo la obra:

> «Hace ya tiempo que
> de palabra lo lleva adelante Pericles, pero de hecho
> no avanza nada».

El Odeón, cuya distribución interior tiene muchas filas de asientos y muchas de columnas, y cuyo tejado, redondeado y en pendiente, culmina en un único punto, dicen que se hizo a imagen y semejanza de la tienda del rey de Persia, y fue Pericles quien también presidió su edificación. Por eso es por lo que de nuevo Cratino se mete con él en las *Tracias* cuando dice:

> «Este Zeus de cabeza de cebolla albarrana
> aquí viene con el Odeón encima de la cabeza,
> ahora que se ha librado del ostracismo».

Por deseos de ostentación, Pericles sometió a votación entonces por primera vez la celebración de un concurso musical

en las Panateneas, y fue él quien, elegido director del certamen, tomó las disposiciones oportunas acerca de cómo tenían que tocar la doble flauta o la cítara y cantar los concursantes. En el Odeón se ofrecieron desde entonces y en adelante los espectáculos y concursos musicales.

Los Propíleos de la Acrópolis se realizaron en cinco años a las órdenes del arquitecto Mnesicles. Un suceso maravilloso que tuvo lugar durante la edificación reveló que la diosa no sólo no se desinteresaba, sino que tomaba parte en la obra y ayudaba a terminarla. El obrero más laborioso y activo resbaló y cayó de lo alto, quedando en tan lamentable situación, que los médicos le desahuciaron. Pericles estaba apesadumbrado, pero la diosa se le apareció en sueños y le prescribió un remedio que Pericles puso en práctica y con el que curó al individuo enseguida y con facilidad. Por eso erigió también en la Acrópolis la estatua de bronce de Atenea de la Salud, cerca del altar que ya había antes, según dicen.

Fidias hizo la estatua de oro de la diosa, y en la estela está escrito su nombre como autor de ella. Por otro lado, casi todo estaba a su cargo, y, como ya hemos dicho, gracias a su amistad con Pericles, era el supervisor de los demás artistas. Esta situación atrajo envidias contra el uno y maledicencias contra el otro; se decía que Fidias recibía en secreto a mujeres libres que se citaban con Pericles. Los poetas cómicos acogieron el rumor y esparcieron contra él gran cantidad de infamias, levantando calumnias contra él a propósito de la mujer de Menipo, amigo y general subalterno suyo, y a propósito de Pirilampes, compañero de Pericles y aficionado a la cría de aves, a quien acusaban de enviar en secreto pavos reales a las mujeres con las que Pericles tenía relaciones. ¿Pero qué extrañeza puede causar que unos hombres que tienen temperamento satírico ofrezcan como sacrificio sus maledicencias contra los más poderosos a la envidia de la multitud, como a un genio maléfico, cuando incluso Estesímbroto de Tasos se atrevió a propagar contra Pericles acusaciones de un acto horrible y

abominable de impiedad cometido contra la mujer de su hijo? ¡Tan difícil de captar y aprehender parece ser para la historia la verdad! Los que han nacido mucho después de los sucesos tienen el tiempo, que se interpone al conocimiento de los hechos para taparlos; las historias que relatan acciones y vidas contemporáneas, unas veces por envidia y hostilidad, otras veces por agradar y adular, ensucian y pervierten la verdad.

Vida de Pericles 12-14
(E. C.)[38]

16. La carencia de persuasión

Una vez expuestas las acciones de ellos [de Alcibíades y de Marcio Coriolano] que consideramos dignas de consideración y recuerdo, en cuanto a sus hechos militares se puede ver que no hay nada que incline mucho la balanza ni de uno ni de otro lado. De manera semejante, ambos dieron como soldados numerosas pruebas de audacia y valor, y numerosas también de ingenio y previsión como generales con la única excepción de que alguien quizá querría señalar a Alcibíades, en la medida en que venció y tuvo éxitos en muchos combates por tierra y por mar, como general más consumado. En todo caso, ambos compartieron el hecho de que, mientras permanecieron en su patria y ejercieron el mando, dirigieron siempre los asuntos del país con un éxito manifiesto, y, al contrario, causaron perjuicios más manifiestos aún, cuando se pasaron al enemigo. En cuanto a la conducta política de ambos, la de Alcibíades, por su excesivo descaro y por no estar limpia de groserías y bufonadas para ganarse el favor de la muchedumbre, la aborrecían las personas sensatas; y la de Marcio, por enteramente impopular, orgullosa y oligárquica, se ganó los odios del pueblo romano. Ni una ni otra, pues, merecen elogio, pero el que hace de demagogo y persigue los favores

del pueblo no es tan censurable como los que para no parecer demagogos lo insultan, pues si es vergonzoso adular al pueblo para conseguir el poder, adquirir la fuerza por el terror, la vejación y la opresión, además de vergonzoso, es injusto.

La suposición de que Marcio ha sido por su carácter una persona sin doblez y franca, y Alcibíades un hombre sin escrúpulos en la política y falso, es algo que está fuera de toda duda. Pero por lo que sobre todo le acusan es por la malicia y el engaño con que embaucó a los embajadores lacedemonios, como Tucídides cuenta en su historia, para romper la paz. Sin embargo, aun cuando esta política precipitó a la ciudad de nuevo en la guerra, hizo a Atenas más poderosa y temible gracias a la alianza con Mantinea y Argos, conseguida por mediación de Alcibíades. Que también el propio Marcio mediante el engaño provocó la guerra entre romanos y volscos, acusando con mendaces calumnias a los que habían venido a los espectáculos, es lo que relata Dionisio en su historia; pero el motivo por el que lo hizo hace su acción más ruin que la de Alcibíades. Pues no fue producto de la ambición ni de una lucha o una rivalidad política como aquél, sino por saciar su cólera, pasión con la que Dión afirma que nadie se cobró agradecimiento; por ella arrojó la confusión en muchas partes de Italia y arruinó inútilmente muchas ciudades que no tenían ninguna culpa por el rencor contra su patria. Y eso que también Alcibíades por su cólera fue responsable de grandes desdichas de sus conciudadanos. Pero nada más darse cuenta del arrepentimiento de los atenienses, se mostró bondadoso, y cuando volvieron a arrojarlo de la patria, no se alegró de los errores de los generales ni dejó de importarle que tomaran decisiones equivocadas o se vieran expuestos a peligros; por el contrario, hizo precisamente lo mismo que ha valido a Arístides tantos elogios cuando se entrevistó con Temístocles: presentarse ante los que mandaban en ese momento, aun no siendo amigos suyos, y explicarles y darles las instrucciones precisas. En cambio, Marcio, en primer lugar, hizo daño a la

ciudad entera, aunque no era la ciudad entera la que le había tratado mal, pues la fracción más importante y poderosa había sido objeto de igual ofensa y de los mismos padecimientos; en segundo lugar, al no dejarse ablandar ni ceder ante las numerosas embajadas y peticiones con las que trataban de aplacar la cólera y la insensatez de una única persona, dio buenas pruebas de haber emprendido una guerra tan cruel y sin cuartel, no para recobrar su patria y regresar a ella, sino con el objeto de destruirla y abatirla. Se podrá decir que existe entre ambos la siguiente diferencia: que Alcibíades volvió a pasarse a los atenienses, porque los espartiatas, por el miedo y, al mismo tiempo, el odio que le tenían, estaban tendiendo emboscadas contra él, mientras que para Marcio no era honesto abandonar a los volscos, que le trataban con toda justicia. De hecho le habían nombrado general y habían depositado en él, a la vez que el poder, la máxima confianza, no como Alcibíades, de quien los lacedemonios, más que usar, abusaban, y que después de ir acá y allá en la ciudad y rodar más tarde de un sitio a otro en el campamento, terminó por arrojarse en manos de Tisafernes. A menos que, por Zeus, fuese verdad que le lisonjeaba para evitar la ruina total de Atenas, adonde añoraba regresar.

En cuanto al dinero, de Alcibíades se cuenta que recibió con frecuencia cantidades deshonestas procedentes de sobornos y que dispuso de ellas mal, para sus lujos y licencias; y de Marcio, que cuando los generales trataban de dárselo en premio de su valor, no consiguieron convencerle de que lo aceptara. Por eso precisamente es por lo que se ganó los odios de la muchedumbre en las discusiones con el pueblo acerca de las deudas, pues tenían la impresión de que vejaba a los pobres, no con las vistas puestas en el lucro personal, sino por insolencia y desprecio. Antípatro, en una carta que escribió a propósito de la muerte del filósofo Aristóteles, dice: «Aparte de las demás cualidades, este hombre tenía también el don de la persuasión». La carencia de esta virtud hizo que las haza-

ñas y los méritos de Marcio fueran molestos incluso para los propios beneficiarios, que no podían soportar su soberbia y su petulancia, «compañera de la soledad», según la llamó Platón. En el caso de Alcibíades, que, por el contrario, sabía tratar amistosamente a cuantos se acercaban a él, no era nada de extrañar que en sus éxitos floreciera su gloria, acompañada al abrigo de la simpatía y el honor, cuando incluso algunos de sus errores no pocas veces encontraron aquiescencia y acogida favorable. De ahí que a éste, a pesar de no haber sido pocos ni pequeños los perjuicios que causó a la ciudad, se le designó con frecuencia caudillo y general, mientras que aquél, cuando aspiró a un cargo acorde con sus numerosas condecoraciones y actos de valor, fracasó. Así, al uno sus conciudadanos, ni aun recibiendo males, fueron capaces de odiarlo, y al otro, aunque le admiraban, nunca le fue dado hacerse querer.

De hecho, Marcio no se reveló en absoluto como general de su ciudad, sino como jefe de los enemigos contra su patria, mientras que de Alcibíades los atenienses disfrutaron tanto en calidad de soldado en muchas ocasiones, como en calidad de general. Cuando se encontraba en Atenas, dominaba como quería a sus adversarios, y sólo era coincidiendo con sus ausencias cuando cobraban fuerza las calumnias. Marcio, sin embargo, estaba presente cuando los romanos le condenaron, y entre los volscos estaba cuando éstos lo mataron; bien es verdad que este acto fue injusto e impío, pero es que él mismo había sido quien les dio un pretexto bien fundado, porque después de no aceptar la reconciliación pública con el estado y haberse dejado convencer en privado por las mujeres, no puso término al odio entre ambos pueblos, y al permitir que continuara la guerra, no había hecho más que perder y arruinar la ocasión propicia. Pues tenía que haberse retirado después de haber persuadido a los que habían depositado en él su confianza, si es que realmente tomaba tan en cuenta las obligaciones contraídas con aquéllos. Pero si no le preocupaban en absoluto los volscos y con la intención exclusiva de sa-

ciar su cólera había provocado primero la guerra y luego la había acabado, no estuvo bien perdonar a la patria por la madre, y lo que tenía que haber hecho era perdonar a la madre con la patria; pues tanto su madre como su mujer eran parte de la patria que estaba asediando. Después de haber tratado sin conmiseración las súplicas públicas, los ruegos de los embajadores y las plegarias de los sacerdotes, conceder luego graciosamente la retirada a la madre no fue honrar a su madre, sino deshonrar a la patria, salvada por la piedad y la intercesión de una sola mujer, como si no mereciera salvarse por sí misma. Este favor era odioso y cruel, no se hacía realmente acreedor a ningún agradecimiento y no se ganó el reconocimiento ni de unos ni de otros. Y es que se retiró sin que aquellos contra quienes hacía la guerra le hubieran convencido y sin convencer él a su vez a quienes combatían con él en aquella guerra. La culpa de todo eso fue su carácter insociable y excesivamente soberbio y petulante, que ya de por sí es repugnante para la mayoría, pero que, si se le une la ambición, termina por ser salvaje e implacable. Pues los que son así no tratan de congraciarse con el pueblo, como si no necesitaran honores, pero luego se enfadan si no los obtienen. Porque este carácter de no ser pedigüeños ni aduladores con la masa también lo tuvieron Metelo, Aristides y Epaminondas; pero como éstos despreciaban de verdad lo que el pueblo es dueño y señor de dar o quitar, aunque les castigaran con el ostracismo, perdieran elecciones y se les sometiera a condena muchas veces, no se enfadaban con las desconsideraciones de los ciudadanos, y se contentaban con que más tarde se arrepintieran, y se reconciliaban en cuanto los volvían a llamar. Pues el menos aficionado a adular es el que menos vengativo debe ser con la masa, porque el irritarse con vehemencia por no obtener un honor nace de ambicionarlo con la misma vehemencia.

Alcibíades no negaba ciertamente lo que le gustaban los honores y lo mal que soportaba verse excluido; por eso pro-

curaba ser amistoso con quienes estaba y ganarse su afecto; pero a Marcio su orgullo no le permitía halagar a los que le podían honrar y elevar su posición, y en cambio su ambición le hacía sentir cólera y enfado cuando se notaba desplazado. Y esto es lo único de lo que se podría culpar a este hombre, pues en todo lo demás fue brillante. Por su templanza y continencia en el deseo de dinero, merece que se le compare con los más preclaros y los más puros de los griegos, y no, por Zeus, con Alcibíades, que fue a este respecto el más osado y el más indiferente a la moral.

Vida de Coriolano 40-44
(E. C.)[38]

ARRIANO

Historiador griego nacido en Nicomedia (Bitinia) c. 85-90 d.C. Ejerció diversos cargos en el ejército romano (quizá fuera el procónsul que aparece citado en una célebre inscripción griega encontrada en Córdoba). De entre sus obras destacan los siete libros sobre la Historia *(o* Anábasis) de Alejandro Magno, *un octavo libro sobre la* India, *así como otros tratados menores: el* Cinegético, *el* Periplo del Mar Negro, *y un* Encheiridion o Manual *de las doctrinas filosóficas de su maestro Epicteto, etc. Arriano sigue siendo nuestra principal fuente histórica sobre la figura de Alejandro Magno, pues aunque entre ambos habían transcurrido casi cinco siglos, ha utilizado las fuentes más fidedignas para componer su historia de Alejandro, especialmente los testimonios de Tolomeo y Aristobulo. El estilo de su lengua es sencillo, imitando a su predecesor Jenofonte. Ha utilizado mayoritariamente el dialecto ático, aunque la* India *está compuesta en el dialecto jónico tradicional de los logógrafos.*

En esta ocasión hemos seleccionado dos pasajes que se refieren, el primero a la célebre (aunque falsa) anécdota de cómo Alejandro Magno zanjó con un tajo de su espada la difícil cuestión del nudo gordiano, y el segundo, en el que se nos relatan, siguiendo el testimonio de unos Diarios o Efemérides Reales,

los pormenores y circunstancias que ocurrieron durante los últimos días de la vida de Alejandro, así como su muerte en la ciudad de Babilonia el 10 de junio del año 323.

17. Estaba vaticinado que gobernaría en toda el Asia

Una vez Alejandro en Gordio, se apoderó de él un vivo deseo de subir a la ciudadela, donde se encontraba el palacio de Gordio y de su hijo Midas, para ver su carro y el nudo del yugo de su carro. Existía una leyenda muy difundida entre los habitantes de la región a propósito de aquel carro. Decían, en efecto, que Gordio había sido un antiguo pobre frigio que sólo poseía un puñado de tierra que trabajar y dos yuntas de bueyes; una le servía para arar, y con la otra Gordio llevaba el carro. Encontrándose cierto día arando, un águila se posó sobre el yugo y permaneció posada en él hasta que fue la hora de desuncir los bueyes; Gordio, maravillado ante lo que veía, se puso en marcha a dar conocimiento del prodigio a los adivinos telmiseos, ya que estos telmiseos eran sabios en la interpretación de prodigios, don éste que habían heredado (y que también poseían sus mujeres y niños) de sus mayores. Al acercarse a un poblado telmiseo, se encontró con una joven que estaba sacando agua, y le contó lo que le había sucedido con el águila. Ella (que también era de familia adivina) le ordenó que regresara a aquel sitio e hiciera un sacrificio a Zeus Rey. Pidióle él que le acompañara y le explicara el sacrificio, y Gordio lo celebró tal como ella le había indicado. De sus relaciones con la muchacha les nació un hijo al que llamaron Midas. Llegado a la edad adulta, fue Midas un hombre noble y de buen porte; pues bien, sufrían por aquel entonces los frigios una guerra civil y les había vaticinado el oráculo que un carro les traería un rey que pondría fin a su guerra fratricida. Cuando aún estaban éstos deliberando sobre ello, apareció

Midas acompañado de su padre y de su madre, e hizo detener su carro en plena asamblea. Los frigios, interpretando el oráculo, reconocieron en él a aquel hombre que, según el dios, vendría en el carro. A continuación le hicieron su rey, y fue así como Midas puso fin a la guerra civil. En agradecimiento a Zeus Rey por haberle enviado el águila, depositó el carro de su padre como ofrenda en la acrópolis de la ciudad.

A más de ésta, corría otra leyenda sobre este carro: estaba vaticinado que quien fuera capaz de soltar el nudo del yugo del carro gobernaría en toda el Asia. El nudo era de hilachas de cornejo, y parecía no tener principio ni fin. Alejandro, en vista de lo difícil que resultaba encontrar un modo de desatarlo y como, de otra parte, no podía consentir que quedara atado, no fuera a ser que ello influyera en el ánimo de sus hombres, cercenó –según dicen– el nudo con un golpe de su espada y exclamó: ¡Ya está desatado!

Aristobulo, sin embargo, cuenta que Alejandro, desenganchando la clavija de la lanza del carro (se trataba de una estaquilla que atraviesa de parte a parte la lanza), sujetó simultáneamente el nudo hasta liberar el yugo de la lanza del carro.

Anábasis de Alejandro Magno II 3.1-7
(A. G. G.)[39]

18. Murió, pues, Alejandro, en la 114.ª Olimpíada

Las *Efemérides* de las actividades reales nos relatan lo siguiente: Alejandro acompañó a Medio a la fiesta, donde estuvieron bebiendo, y al salir de ella Alejandro se bañó antes de ir a acostarse. Tras dormir un rato, cenó de nuevo con Medio y continuaron bebiendo hasta muy entrada la madrugada. Al dar por terminado el festejo se bañó de nuevo, a continuación comió algo y se acostó allí mismo, pues ya tenía fiebre.

Al día siguiente, sin embargo, fue conducido sobre una litera a celebrar los sacrificios según la costumbre tradicional, y, una vez cumplido con ellos, se quedó echado en el androceo hasta el anochecer. Con todo, daba órdenes a sus generales sobre la marcha y la expedición en barco, a los que iban a hacer el trayecto a pie les ordenó que estuvieran preparados para salir dentro de tres días, y a los que iban a embarcarse con él que estuvieran preparados para partir dentro de cuatro días. Fue conducido Alejandro desde allí en su litera hasta el río, donde embarcó y cruzó hasta el jardín; allí se bañó de nuevo y se retiró a descansar. Al día siguiente se bañó de nuevo y sacrificó según costumbre. Pasó a su cámara y, recostado, conversaba con Medio, citando a sus generales para el día siguiente muy de mañana. Acabadas estas gestiones, comió un poco y mandó que le llevaran de nuevo a su cámara, donde la fiebre no le abandonó ya durante toda la noche. Al día siguiente se bañó, y después de bañarse, celebró los sacrificios. Encargó a Nearco y los demás generales los preparativos de la expedición, que partiría dentro de dos días. Al día siguiente se bañó de nuevo y sacrificó segun costumbre; tras esta celebración siguió la fiebre sin bajar. Mas, aun así, convocó a sus generales, encargándoles que le tuvieran todo preparado para la expedición. Al atardecer se bañó, sintiéndose ya muy enfermo después de este baño. Al día siguiente lo volvieron a cambiar de sitio, llevándolo a la casa cercana al baño y sacrificó según costumbre. A pesar de encontrarse muy enfermo convocó a sus generales de mayor rango para hacerles de nuevo algunas observaciones a propósito de la expedición. Al día siguiente, a duras penas pudo ser conducido al lugar donde celebraba los sacrificios, aunque no dejó por ello de dar recomendaciones a sus generales sobre la expedición. Al día siguiente ofreció también los usuales sacrificios, a pesar de lo enfermo que estaba.

Ordenó a los generales que le aguardaran en el patio, y a los quiliarcos y pentacosiarcos que lo hicieran a la puerta. En-

contrándose ahora gravemente enfermo, fue conducido desde su residencia del jardín a su palacio. Entraron sus generales y pudo aún reconocerles a todos, aunque no les pudo dirigir la palabra, porque sus facultades ya no se lo permitían, por haber quedado sin voz. Toda esta noche la pasó con fiebre, así como el día, y, al igual, la noche y el día siguientes.

Éste es el relato que se conserva en las *Efemérides* del rey. Se dice, además, que sus soldados estaban ansiosos por verlo; unos, porque querían encontrarlo con vida; y otros, porque (como se había divulgado la noticia de que ya había muerto) sospechaban que su guardia personal ocultara su muerte; esto es lo que a mí al menos me parece. Lo cierto es que la mayoría de sus hombres, llevados de la pena y la añoranza por su rey, presionaban para poder ver a Alejandro. Decían que cuando el ejército había desfilado ante él, estaba ya sin voz, y que saludaba a cada uno de sus hombres alzando la cabeza con dificultad, fijando en cada uno de ellos sus ojos en señal de reconocimiento.

Narran también las *Efemérides Reales* que Pitón, Atalo, Demofonte, Peucestas y Cleómenes, Ménidas y Seleuco estuvieron de guardia toda la noche en el templo de Sérapis para preguntar al dios si era conveniente y mejor traer a Alejandro al templo de la divinidad y suplicar su curación al dios. La respuesta, sin embargo, del dios había sido que no le trasladaran al templo, sino que «lo mejor» era que se quedara donde estaba.

Esto es lo que los Compañeros dieron a conocer, y Alejandro poco después murió, pues esto era ya «lo mejor». Después de esto ni Aristobulo ni Tolomeo continúan su relato, aunque otros historiadores añaden que los Compañeros le preguntaron a Alejandro a quién dejaba su reino, a lo que él había contestado: «Al más capaz». Aún otros dicen que añadió a estas palabras que veía que se iba a celebrar un gran certamen fúnebre a su muerte.

Sé que circulan muchas otras versiones acerca de la muerte de Alejandro; por ejemplo, que Antípatro le envió un vene-

no a resultas del cual murió, veneno que había descubierto Aristóteles precisamente para Antípatro, toda vez que el antiguo preceptor temía a Alejandro después de que éste hubiera dado muerte a Calístenes. El veneno se lo había traído Casandro, el hijo de Antípatro. Otros nos han contado que el veneno vino oculto en la pezuña de una mula y que fue Yolao, el hermano más joven de Casandro quien se lo dio a Alejandro. En efecto, este Yolao era el escanciador del rey y demostró estar molesto con Alejandro poco antes de su muerte. Según otros, el propio Medio, que era amante de Yolao, tuvo que ver en este hecho. Efectivamente, había sido él quien había inducido a Alejandro a la fiesta, y fue tras esta copa cuando le sobrevino un agudo dolor, a resultas del cual tuvo al poco que abandonar la fiesta. Ha habido alguien, incluso, que no sintió vergüenza en escribir que Alejandro, viendo que no podía seguir con vida, pensó arrojarse al río Éufrates y desaparecer así de entre los hombres, dejando para el futuro una fama digna del mayor crédito respecto a que su nacimiento y su desaparición tenían algo de divino y que ver con los dioses. Percatóse, sin embargo, Roxana, su mujer, de que salía y, al impedirle ésta que cumpliera su propósito, dio Alejandro un gran grito lamentándose de que ella sintiera envidia de que su fama se hiciera eterna, como le correspondía por ser de ascendencia divina. Yo he recogido estos relatos, más por no dar la impresión de que no los conozco, que porque los considere dignos de crédito para ser narrados.

Murió, pues, Alejandro en la 114.ª Olimpíada, siendo arconte en Atenas Hegesias. Vivió treinta y dos años y ocho meses, según dice Aristobulo. Su reinado duró doce años y ocho meses.

Anábasis de Alejandro Magno VII 25-28.1
(A. G. G)[39]

APIANO

Apiano de Alejandría (c. 95-c. 160 d.C.) como otros griegos destacados de su tiempo ocupó primero en su patria diversos cargos públicos que culminaron con su traslado a Roma, acogido a la amistad del célebre orador Frontón, amigo del emperador Antonino Pío. Compuso su Historia Romana *dándole una presentación singular. En efecto, ordenó el relato según los diferentes pueblos y tribus con que se fueron encontrando en sus conquistas las legiones de Roma, combinando así el interés geográfico con el de las expediciones militares. De amplia cobertura cronológica, ya que abarcaba desde los orígenes de Roma hasta el año 35 a.C., su obra sólo se nos ha transmitido parcialmente. Los libros de mayor interés en su conjunto son del 13 al 17, que corresponden a las guerras civiles de los años 146-70 a.C. Carece, desde luego, de las reflexiones conceptuales y las categorizaciones de Tucídides, pero constituye una obra bien diseñada y concebida desde un principio por su autor.*

El texto que aquí reproducimos corresponde a la conquista romana de la península Ibérica (libro sexto), en la que caben destacar tres momentos o fases consecutivas; las primeras actuaciones de Aníbal en la Península, que irían a provocar las campañas de Escipión el Africano contra los cartagineses, las

escaramuzas de la guerra celtibérica que concluye con la rendición de Numancia a manos de Escipión Emiliano, y el relato de la guerra contra los lusitanos, acaudillados por su líder Viriato.

19. De los libios pereció un gran número, de los saguntinos en cambio la totalidad

Y se decía también que siendo todavía niño, su padre le había hecho jurar sobre los altares que sería un enemigo implacable de los romanos cuando alcanzara sus plenos derechos cívicos. Por estas razones, en efecto, proyectaba asegurar su posición y las de sus amigos, implicando a la patria en grandes y prolongados problemas y sumiéndola en dificultades y miedos. Así pues, veía que Libia estaba en paz y aquellas partes de Iberia estaban sometidas, pero si volvía a encender de nuevo una guerra contra los romanos, una guerra que deseaba de modo especial, tenía la impresión de que los cartagineses se habrían de ver envueltos en grandes preocupaciones y temores, y él en persona, si es que tenía éxito, alcanzaría la gloria imperecedera, al haber puesto a su patria a la cabeza de la tierra habitada (pues no tenían otros adversarios en esto fuera de los romanos), e incluso si fracasaba, el solo intento también le supondría una gran fama.

Suponiendo que sería un comienzo brillante, si es que lograba cruzar el Ebro, persuadió a los turboletas, que eran vecinos de los saguntinos, para que se quejaran ante él de que los saguntinos hacían correrías contra su territorio y sufrían otras muchas injusticias de su parte. Y ellos se dejaron convencer. Y a sus embajadores Aníbal los enviaba hacia Cartago mientras él, por su parte, les escribía en secreto que los romanos intentaban persuadir a la parte de Iberia sometida a los cartagineses para que hiciera defección de ellos y que los sa-

guntinos colaboraban en esto con los romanos. Y no desistía en absoluto en su engaño enviando numerosos mensajes de tal guisa, hasta que el Senado le ordenó actuar contra los saguntinos en la forma en que estimase oportuna. Y cuando se le presentó la ocasión, éste hizo que de nuevo los turboletas intercedieran ante él contra los saguntinos y mandó venir embajadores de los saguntinos. Y ellos acudieron, pero cuando Aníbal les exhortó a que expusieran ante él los motivos de sus mutuas diferencias, afirmaron que remitirían el juicio a los romanos. Y éste envió fuera del campamento a los que mantenían esta postura y a la noche siguiente, después de cruzar el Ebro con todo su ejército, se puso a saquear su territorio y situó las máquinas de guerra contra la ciudad. Pero como no pudo conquistarla excavó un foso alrededor y después de haber situado numerosos puestos fortificados a intervalos, llevaba a cabo frecuentes incursiones.

Los saguntinos, cuando se vieron abatidos por una desgracia repentina e inesperada, enviaron embajadores hacia Roma. Y el Senado envió con ellos legados que en primer lugar iban a recordar a Aníbal lo acordado, y en caso de que no obedeciera, a navegar hacia Cartago para quejarse contra él. A estos embajadores que habían venido por mar hacia Iberia, en el momento en que desembarcaban desde el mar hacia su campamento, Aníbal les prohibió el acceso al mismo. Y ellos volvieron a partir hacia Cartago junto con los embajadores de los saguntinos y les recordaron los acuerdos. Los cartagineses, por su parte, acusaron a los saguntinos de haber inferido numerosas injusticias contra sus súbditos. Y los embajadores de los saguntinos les remitieron a juicio ante jueces romanos; pero ellos replicaron que no necesitaban juicio, pues eran capaces de tomar venganza. Cuando llegaron a Roma estas noticias, unos incitaban a realizar de forma inmediata una alianza con los saguntinos, otros en cambio se mostraban todavía recelosos, alegando que no habían sido inscritos en los pactos como aliados sino como autónomos y libres, y libres

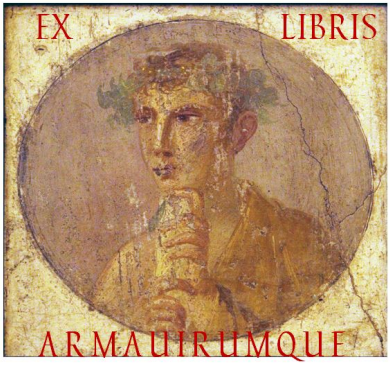
eran todavía a pesar de estar sometidos a un asedio. Y se impuso esta opinión.

Y los saguntinos, cuando desesperaron de la ayuda romana, y el hambre los apremiaba y Aníbal les asediaba sin cesar (pues como había oído que la ciudad era próspera y abundante en oro no cejaba en su asedio), mediante un decreto, mandaron reunir en el ágora el oro y la plata, tanto el que era propiedad pública como el privado, y lo fundieron conjuntamente con plomo y bronce, para que le resultara inservible a Aníbal, y ellos por su parte, tras haber tomado la resolución de morir en combate más que por causa del hambre, irrumpieron cuando todavía era de noche contra los puestos fortificados de los libios, que todavía se hallaban en pleno descanso y no sospechaban nada semejante. Por lo que pudieron dar muerte a algunos cuando se estaban levantando del lecho y a duras penas habían podido armarse e incluso a otros ya en pleno combate. Tras una batalla prolongada, de los libios pereció un gran número, de los saguntinos en cambio la totalidad. Por su parte las mujeres, viendo desde las murallas el fin de sus maridos, unas se arrojaban por los tejados, otras se colgaban, otras incluso degollaban a sus hijos con antelación. Y éste fue el final de los saguntinos, una ciudad que había sido grande y poderosa. Por su parte, cuando Aníbal se enteró de lo ocurrido con el oro, movido por la cólera aniquiló a los que habían sobrevivido y estaban todavía en la edad adulta, después de haberlos sometido a torturas, pero al darse cuenta que la ciudad se hallaba junto al mar, no lejos de Cartago, y tenía bajo su dominio un territorio fértil, la volvió a poblar de nuevo y la convirtió en una colonia de los cartagineses, a la que creo se la llama ahora Cartago Espartagena.

Los romanos enviaron legados a Cartago a los que se ordenó que reclamaran la entrega de Aníbal por parte de los cartagineses por haber violado los pactos, si es que no consideraban el hecho obra común; y si no lo entregaban, que les declararan la guerra de forma inmediata. Y ellos actuaron de esta

forma y les anunciaron la guerra, dado que no les hicieron entrega de Aníbal; y se dice que ocurrió de esta forma. El legado, sonriendo, les dijo, señalando el pliegue de su toga, «os traigo aquí, cartagineses, tanto la paz como la guerra; vosotros por vuestra parte tomad de las dos la que elijáis». Y ellos dijeron: «Danos por consiguiente la que tú quieras». Al haberles propuesto la guerra, todos al unísono prorrumpieron en griterío, «la aceptamos». Y de forma inmediata le mandaron decir a Aníbal que podría hacer correrías por toda Iberia impunemente, dado que los tratados estaban rotos. Y éste en su marcha sometió a todas las tribus de las proximidades, bien mediante la persuasión o infundiéndoles miedo o reduciéndolos por la fuerza, y congregó un ejército numeroso, sin darles a conocer el objetivo, ya que tenía en mente atacar Italia. Envió embajadores entre los gálatas y examinó con cuidado los pasos de los Alpes...

Sobre Iberia I 9-13
(F. J. G. E.)[40]



V. FILOSOFÍA Y CIENCIA

PLATÓN

Con Platón alcanza la prosa griega su madurez y la filosofía se expresa con una incomparable soltura literaria. Mientras que su maestro Sócrates no escribió nada, Platón pasó gran parte de su vida –unos cincuenta años– componiendo por escrito sus Diálogos, *y se cuenta que la muerte le sorprendió a los ochenta ocupado en la redacción definitiva de las* Leyes, *el último y el más largo de éstos. Antes de Platón ya los sofistas habían escrito en prosa sus reflexiones y publicado algunos discursos, pero es Platón quien eleva la escritura filosófica a un nivel literario indiscutible. En sus* Diálogos *adquiere la prosa la soltura del habla cotidiana a la vez que se va esbozando una terminología filosófica que adquirirá luego, ya en Aristóteles, una rigidez formal como léxico especializado. El dramatismo, el humor, la ironía, se combinan en las obras de Platón con la búsqueda de precisión a través de esos coloquios socráticos donde parece percibirse el eco de la propia vida y de la conversación vivaz y fresca. Hay en la obra de Platón una evolución muy clara, desde los primeros diálogos, los llamados «socráticos», a los diálogos de vejez, como el* Parménides *o el* Sofista, o *las* Leyes. *Aquí hemos seleccionado algunos textos muy conocidos de* Diálogos *tempranos como la* Apología de Sócrates *y el* Protágoras, *y*

otros de la época intermedia, la de plenitud literaria de nuestro autor. Hemos procurado que a través de estos breves textos se viera la versatilidad y flexibilidad del diálogo platónico, que incluye discursos, interrogatorios de frases cortas, densos razonamientos y espléndidos relatos míticos, como los de la Caverna, el origen del Amor, o la invención de la escritura, junto a otros sobre el Viaje al Más Allá. Platón es un gran pensador, pero también un escritor de inmenso genio dramático. Una anécdota cuenta que quemó sus ensayos de tragedias al conocer a Sócrates y convertirse a la filosofía. Pero en toda su obra se percibe ese talento para la representación escénica y él es el creador de tantas y tantas figuras inolvidables, retratadas con finos trazos en sus textos. Y la más inolvidable de todas es, claro está, el protagonista de tantas charlas imaginarias, el irónico y sabio Sócrates.

1. Sócrates comienza su defensa

Ciertamente, atenienses, es justo que yo me defienda, en primer lugar, frente a las primeras acusaciones falsas contra mí y a los primeros acusadores; después, frente a las últimas, y a los últimos. En efecto, desde antiguo y durante ya muchos años, han surgido ante vosotros muchos acusadores míos, sin decir verdad alguna, a quienes temo yo más que a Ánito y los suyos, aun siendo también éstos temibles. Pero lo son más, atenienses, los que tomándoos a muchos de vosotros desde niños os persuadían y me acusaban mentirosamente, diciendo que hay un cierto Sócrates, sabio, que se ocupa de las cosas celestes, que investiga todo lo que hay bajo la tierra y que hace más fuerte el argumento más débil. Éstos, atenienses, los que han extendido esta fama, son los temibles acusadores míos, pues los oyentes consideran que los que investigan eso no creen en los dioses. En efecto, estos acusadores son muchos y

me han acusado durante ya muchos años, y además hablaban ante vosotros en la edad en la que más podíais darles crédito, porque algunos de vosotros erais niños o jóvenes y porque acusaban *in absentia,* sin defensor presente. Lo más absurdo de todo es que ni siquiera es posible conocer y decir sus nombres, si no es precisamente el de cierto comediógrafo. Los que, sirviéndose de la envidia y la tergiversación, trataban de persuadiros y los que, convencidos ellos mismos, intentaban convencer a otros son los que me producen la mayor dificultad. En efecto, ni siquiera es posible hacer subir aquí y poner en evidencia a ninguno de ellos, sino que es necesario que yo me defienda sin medios, como si combatiera sombras, y que argumente sin que nadie me responda. En efecto, admitid también vosotros, como yo digo, que ha habido dos clases de acusadores míos: unos, los que me han acusado recientemente, otros, a los que ahora me refiero, que me han acusado desde hace mucho, y creed que es preciso que yo me defienda frente a éstos en primer lugar. Pues también vosotros les habéis oído acusarme anteriormente y mucho más que a estos últimos.

Dicho esto, hay que hacer ya la defensa, atenienses, e intentar arrancar de vosotros, en tan poco tiempo, esa mala opinión que vosotros habéis adquirido durante un tiempo tan largo. Quisiera que esto resultara así, si es mejor para vosotros y para mí, y conseguir algo con mi defensa, pero pienso que es difícil y de ningún modo me pasa inadvertida esta dificultad. Sin embargo, que vaya esto por donde al dios le sea grato, debo obedecer a la ley y hacer mi defensa.

Recojamos, pues, desde el comienzo, cuál es la acusación a partir de la que ha nacido esa opinión sobre mí, por la que Meleto, dándole crédito también, ha presentado esta acusación pública. Veamos, ¿con qué palabras me calumniaban los tergiversadores? Como si, en efecto, se tratara de acusadores legales, hay que dar lectura a su acusación jurada. «*Sócrates comete delito y se mete en lo que no debe al investigar las cosas*

subterráneas y celestes, al hacer más fuerte el argumento más débil y al enseñar estas mismas cosas a otros.» Es así, poco más o menos. En efecto, también en la comedia de Aristófanes veríais vosotros a cierto Sócrates que era llevado de un lado a otro afirmando que volaba y diciendo otras muchas necedades sobre las que yo no entiendo ni mucho ni poco. Y no hablo con la intención de menospreciar este tipo de conocimientos, si alguien es sabio acerca de tales cosas, no sea que Meleto me entable proceso con esta incusación, sino que yo no tengo nada que ver con tales cosas, atenienses. Presento como testigos a la mayor parte de vosotros y os pido que cuantos me habéis oído dialogar alguna vez os informéis unos a otros y os lo deis a conocer; muchos de vosotros estáis en esta situación. En efecto, informaos unos con otros de si alguno de vosotros me oyó jamás dialogar poco o mucho acerca de estos temas. De aquí conoceréis que también son del mismo modo las demás cosas que acerca de mí la mayoría dice.

Pero no hay nada de esto, y si habéis oído a alguien decir que yo intento educar a los hombres y que cobro dinero, tampoco esto es verdad. Pues también a mí me parece que es hermoso que alguien sea capaz de educar a los hombres como Gorgias de Leontinos, Pródico de Ceos e Hipias de Élide. Cada uno de éstos, atenienses, yendo de una ciudad a otra, persuaden a los jóvenes –a quienes les es posible recibir lecciones gratuitamente del que quieran de sus conciudadanos– a que abandonen las lecciones de éstos y reciban las suyas pagándoles dinero y debiéndoles agradecimiento. Por otra parte, está aquí otro sabio, natural de Paros, que me he enterado de que se halla en nuestra ciudad. Me encontré casualmente al hombre que ha pagado a los sofistas más dinero que todos los otros juntos, Calias, el hijo de Hipónico. A éste le pregunté –pues tiene dos hijos–: «Calias –le dije–, si tus dos hijos fueran potros o becerros, tendríamos que tomar un cuidador de ellos y pagarle; éste debería hacerlos aptos y buenos en la condición natural que les es propia, y sería un conocedor de

los caballos o un agricultor. Pero, puesto que son hombres, ¿qué cuidador tienes la intención de tomar? ¿Quién es conocedor de esta clase de perfección, de la humana y política? Pues pienso que tú lo tienes averiguado por tener dos hijos». «¿Hay alguno o no?», dije yo. «Claro que sí», dijo él. «¿Quién, de dónde es, por cuánto enseña?», dije yo. «Oh Sócrates -dijo él-, Eveno, de Paros, por cinco minas.» Y yo consideré feliz a Eveno, si verdaderamente posee ese arte y enseña tan convenientemente. En cuanto a mí, presumiría y me jactaría, si supiera estas cosas, pero no las sé atenienses.

Apología de Sócrates 18a-20c
(J. C.)[41]

2. ¿Qué es un sofista?

-Y tú -le dije-, ¡por los dioses!, ¿no te avergonzarías de presentarte a los griegos como sofista?

-Sí, ¡por Zeus!, Sócrates, si tengo que decir lo que pienso.

-Pero tal vez, Hipócrates, opinas que tu aprendizaje de Protágoras no será de ese tipo, sino más bien como el recibido del maestro de letras, o del citarista, o del profesor de gimnasia, de quienes tú aprendiste lo respectivo a su arte, no para hacerte profesional, sino con vistas a tu educación, como conviene a un particular y a un hombre libre.

-Exactamente; desde luego me parece -dijo- que es algo por el estilo mi aprendizaje de Protágoras.

-¿Sabes, pues, lo que vas a hacer, o no te das cuenta? -dije.

-¿De qué?

-Que vas a ofrecer tu alma, para que la cuide, a un hombre que es, según afirmas, un sofista. Pero qué es un sofista, me sorprendería que lo sepas. Y si, no obstante, desconoces esto, tampoco sabes siquiera a quién entregarás tu alma, ni si para asunto bueno o malo.

–Yo creo saberlo –dijo.

–Dime, ¿qué crees que es un sofista?

–Yo –dijo–, como indica el nombre, creo que es el conocedor de las cosas sabias.

–Pero –contesté– eso se puede decir también de los pintores y los carpinteros, que ellos son conocedores de cosas sabias. Luego si alguien nos preguntara: «¿De qué cosas sabias son conocedores los pintores?», le contestaríamos, sin duda, que de las que respectan a la ejecución de las imágenes y demás cosas por el estilo. Pero si alguno nos preguntara: «¿El sofista en cuál de las cosas sabias es entendido?», ¿qué le responderíamos? ¿De qué actividad es maestro?

–¿Qué podríamos, Sócrates, decir que es éste, sino que es un entendido en el hacer hablar hábilmente?

–Tal vez –dije–, diríamos una verdad, pero no del todo. Porque nuestra respuesta reclama aún una pregunta acerca de sobre qué el sofista hace hablar hábilmente. Sin duda como el citarista, que hace hablar con habilidad sobre lo que es conocedor precisamente, sobre el arte de la cítara, ¿no?

–Sí.

–Bien. ¿El sofista, entonces, sobre qué asunto hace hablar hábilmente? ¿Está claro que acerca de lo que tenga conocimiento?

–Es natural.

–¿Qué es eso en lo que él, el sofista, es conocedor, y lo hace a su discípulo?

–¡Por Zeus! –contestó– ya no sé qué decirte.

Después de esto le dije:

–¿Pues qué? ¿Sabes a qué clase de peligro vas a exponer tu alma? Desde luego si tuvieras que confiar tu cuerpo a alguien, arriesgándote a que se hiciera útil o nocivo, examinarías muchas veces si debías confiarlo o no, y convocarías, para aconsejarte, a tus amigos y parientes, meditándolo durante días enteros. En cambio lo que estimas en mucho más que el cuerpo, el alma, y de lo que depende el que seas feliz o desgracia-

do en tu vida, haciéndote tú mismo útil o malvado, respecto de eso, no has tratado con tu padre ni con tu hermano ni con ningún otro de tus camaradas, si habías de confiar o no tu alma al extranjero ese recién llegado, sino que, después de enterarte por la noche, según dices, llegas de mañana sin haber hecho ningún cálculo ni buscado consejo alguno sobre ello, si debes confiarte o no, y estás dispuesto a dispensar tus riquezas y las de tus amigos, como si hubieras reconocido que debes reunirte de cualquier modo con Protágoras, a quien no conoces, como has dicho, con el que no has hablado jamás, y al que llamas sofista; si bien qué es un sofista, parece que lo ignoras, en quien vas a confiarte a ti mismo.

Entonces él, después de escucharme, contestó:

–Tal parece, Sócrates, por lo que tú dices.

–Ahora bien, Hipócrates, ¿el sofista viene a ser un traficante o un tendero de las mercancías de que se nutre el alma? A mí, al menos, me parece que es algo así.

–¿Y de qué se alimenta el alma, Sócrates?

–Desde luego de enseñanzas –dije yo–. De modo que, amigo, cuidemos de que no nos engañe el sofista con sus elogios de lo que vende, como el traficante y el tendero con respecto al alimento del cuerpo. Pues tampoco ellos saben, de las mercancías que traen ellos mismos, lo que es bueno o nocivo para el cuerpo, pero las alaban al venderlas; y lo mismo los que se las compran, a no ser que alguno sea un maestro de gimnasia o un médico. Así, también, los que introducen sus enseñanzas por las ciudades para venderlas al por mayor o al por menor a quien lo desee, elogian todo lo que venden; y seguramente algunos también desconocerán, de lo que venden, lo que es bueno o nocivo para el alma. Y del mismo modo, también, los que las compran, a no ser que por casualidad se encuentre por allí un médico del alma. Si tú eres conocedor de qué es útil o nocivo de esas mercancías, puedes comprar sin riesgo las enseñanzas de Protágoras y las de cualquier otro. Pero si no, ten cuidado, querido, de no jugar a los dados y arriesgarte en lo más

precioso. Desde luego hay un peligro mucho mayor en la compra de enseñanzas que en la de alimentos. Pues al que compra comestibles y bebidas del mercader o del tendero, le es posible llevárselas en otras vasijas, y antes de aceptarlas en su cuerpo como comida o bebida, le es posible depositarlas y pedir consejo, convocando a quienes entiendan, de lo que pueda comerse y beberse y de lo que no, y cuánto y cuándo. De modo que no hay en la compra un gran peligro. Pero las enseñanzas no se pueden transportar en otra vasija, sino que es necesario, después de entregar su precio, recogerlas en el alma propia, y una vez aprendidas retirarse dañado o beneficiado.

Examinaremos esto luego con otras personas de más edad que nosotros. Pues somos jóvenes para discernir en un asunto tan importante.

Ahora, sin embargo, tal como nos disponíamos, vayamos y escuchemos a ese hombre; después de oírle consultaremos también con otros. Porque, además, no está solo Protágoras aquí, sino también Hipias de Élide. Y creo que también Pródico el de Ceos y otros muchos sabios.

Protágoras 312b-314c
(C. G. G.)[41]

3. La verdadera política según Sócrates

SÓCRATES.–Luego, según parece, eran verdaderas nuestras precedentes razones de que no sabemos que haya existido ningún buen político en esta ciudad. Tú ya estabas de acuerdo en que no lo es ninguno de los actuales; pero no pensabas así de los antiguos, y escogiste estos de los que hemos hablado. Sin embargo, ha resultado que eran semejantes a los actuales, de manera que si fueron oradores no usaron de la verdad retórica –pues no habrían caído– ni tampoco de la retórica de adulación.

CALICLES.–Sin embargo, se está muy lejos, Sócrates, de que alguno de los de ahora lleve a cabo algo semejante a lo que cualquiera de aquéllos dejó hecho.

SÓCRATES.–Amigo Calicles, tampoco yo los censuro en cuanto servidores de la ciudad, al contrario, creo que han sido más diligentes que los de ahora y más capaces de procurar a la ciudad lo que ella deseaba; pero en cuanto a modificar las pasiones y reprimirlas tratando de persuadir a los ciudadanos y de llevarlos contra su voluntad a aquello que pueda hacerlos mejores, en nada superan, por así decirlo, aquéllos a éstos, y, sin embargo, es ésta la única misión de un buen ciudadano. También yo estoy de acuerdo contigo en que aquéllos han sido más hábiles que los de ahora para facilitar la construcción de naves, murallas, arsenales y otras muchas cosas semejantes.

En todo caso tú y yo estamos haciendo algo ridículo en esta conversación. Durante todo el tiempo que llevamos hablando no cesamos de dar vueltas a la misma cuestión, sin enterarse cada uno de lo que el otro dice. Por lo menos, yo creo que tú has admitido y reconocido repetidas veces que hay dos modos de ocuparse tanto del cuerpo como del alma; uno de ellos, de servicio, por el cual se pueden procurar alimentos al cuerpo si tiene hambre, bebidas si tiene sed y, si tiene frío, vestidos, mantas, calzados y otras cosas que el cuerpo necesita –intencionadamente pongo los mismos ejemplos para que comprendas con más facilidad.

Los que facilitan estas cosas son los vendedores, los comerciantes o los artesanos que fabrican alguna de ellas: panaderos, cocineros, tejedores, zapateros y curtidores. No tiene nada de extraño que, al encontrarse en estas condiciones, se crean ellos mismos, y los demás juzguen, que son ellos los que cuidan del cuerpo, excepto quien sepa que, aparte de todas estas artes, existen la gimnasia y la medicina, que son las que, en realidad, cuidan del cuerpo y a las que corresponde dirigir todas estas artes y utilizar sus productos, porque saben qué ali-

mentos o bebidas son buenos o malos para el buen estado del cuerpo, mientras que aquéllas otras lo ignoran. Por esta razón decimos que todas las otras artes son serviles, subalternas e innobles respecto al cuidado del cuerpo, y que la gimnasia y la medicina son, en justicia, las dueñas de ellas.

Que lo mismo ocurre respecto al alma, es cosa que creí habías entendido cuando yo lo dije y prestaste tu asentimiento como comprendiendo lo que decía, pero poco después vienes diciendo que ha habido en esta ciudad excelentes y preclaros ciudadanos, y cuando yo te pregunto quiénes han sido, propones personas, a mi parecer, tan adecuadas respecto a la política como si, por ejemplo, al preguntarte, hablando de gimnasia, quiénes han sido o son hábiles en el cuidado del cuerpo, citaras, completamente en serio, a Tearión, el panadero, a Miteco, el que ha escrito sobre la cocina siciliana, y a Sarambo, el tabernero, diciendo que éstos habían sido extraordinariamente hábiles en el cuidado de los cuerpos, porque el uno proveía de excelentes panes, el otro de guisos y el tercero de vino.

Quizá entonces te molestaras si yo te dijera: no entiendes nada, amigo, acerca de gimnasia; me citas hombres hábiles en servir y satisfacer los deseos, pero que no saben nada noble y bueno acerca de estas cosas; hombres que, si se da el caso, llenando y engordando los cuerpos de la gente y recibiendo las alabanzas de ellos, terminarán por hacerles perder incluso sus antiguas carnes. Los perjudicados, a su vez, por ignorancia, no acusarán a los que les preparaban los festines de ser responsables de sus enfermedades y de la pérdida de su carne original. Al contrario cuando pasando el tiempo aquel hartazgo venga a traerles la enfermedad, puesto que se produjo sin tener en cuenta la higiene, entonces culparán, vituperarán y aun dañarán, si pueden, a los que, por casualidad, estén a su lado y les den algún consejo, pero alabarán a los primeros, a los verdaderos culpables de sus males.

Tú también, Calicles, haces ahora algo muy semejante. Elogias a hombres que obsequiaron magníficamente a los

atenienses con todo lo que éstos deseaban, y así dicen que aquéllos hicieron grande a Atenas, pero no se dan cuenta de que, por su culpa, la ciudad está hinchada y emponzoñada. Pues, sin tener en cuenta la moderación y la justicia, la han colmado de puertos, arsenales, murallas, rentas de tributos y otras vaciedades de este tipo. Pero cuando, como se ha dicho, venga la crisis de la enfermedad, culparán a los que entonces sean sus consejeros y elogiarán a Temístocles, a Cimón y a Pericles, que son los verdaderos culpables de sus males. Tal vez la emprenderán contigo, si no te precaves, y con mi amigo Alcibíades, cuando pierdan, además de lo que han adquirido, lo que ya poseían antes, aunque vosotros no sois los autores de estos daños, sino quizá sólo cómplices.

Sin embargo, veo que sucede en estos tiempos algo absurdo y eso mismo lo oigo referir en relación con las gentes del pasado. Observo, en efecto, que cuando la ciudad procede contra alguno de los políticos por creer que ha cometido una falta, éstos se irritan y se lamentan de que se les trate indignamente, y dicen que, después de haber hecho multitud de beneficios a la ciudad, ésta intenta perderlos injustamente. Pero todo eso es falso; nadie que gobierne una ciudad puede jamás perecer injustamente condenado por la misma ciudad que gobierna. Parece que con los que se jactan de ser políticos sucede lo mismo que con los sofistas. En efecto, los sofistas, que son sabios en todo lo demás, cometen, sin embargo, este absurdo. Aunque afirman que son maestros de la virtud, con frecuencia acusan a sus discípulos de obrar injustamente con ellos, por no pagarles sus remuneraciones ni dar otras pruebas de agradecimiento a cambio de los beneficios recibidos. Sin embargo, ¿qué puede haber más absurdo que estas palabras? Unos hombres que han llegado a ser buenos y justos, a quienes su maestro ha dejado limpios de injusticia, que tienen dentro de sí la justicia, ¿podrían causar daño con lo que no tienen? ¿No te parece que esto es absurdo, amigo? Me

has obligado a hablar como un verdadero orador popular, Calicles, por no querer responderme.

Gorgias 517a-519d
(J. C.)[42]

4. El mito de la caverna

–Y a continuación –seguí– compara con la siguiente escena el estado en que, con respecto a la educación o a la falta de ella, se halla nuestra naturaleza. Imagina una especie de cavernosa vivienda subterránea provista de una larga entrada, abierta a la luz, que se extiende a lo ancho de toda la caverna y unos hombres que están en ella desde niños, atados por las piernas y el cuello de modo que tengan que estarse quietos y mirar únicamente hacia adelante, pues las ligaduras les impiden volver la cabeza; detrás de ellos, la luz de un fuego que arde algo lejos y en plano superior, y entre el fuego y los encadenados, un camino situado en alto; y a lo largo del camino suponte que ha sido construido un tabiquillo parecido a las mamparas que se alzan entre los titiriteros y el público, por encima de las cuales exhiben aquéllos sus maravillas.

–Ya lo veo –dijo.

–Pues bien, contempla ahora, a lo largo de esa parecilla, unos hombres que transportan toda clase de objetos, cuya altura sobrepasa la de la pared, y estatuas de hombres o animales hechas de piedra y de madera y de toda clase de materias, entre estos portadores habrá, como es natural, unos que vayan hablando y otros que estén callados.

–¡Qué extraña escena describes –dijo– y qué extraños prisioneros!

–Iguales que nosotros –dije–, porque, en primer lugar, ¿crees que los que están así han visto otra cosa de sí mismos o

de sus compañeros sino las sombras proyectadas por el fuego sobre la parte de la caverna que está frente a ellos?

–¿Cómo –dijo–, si durante toda su vida han sido obligados a mantener inmóviles las cabezas?

–¿Y de los objetos transportados? ¿No habrán visto lo mismo?

–¿Qué otra cosa van a ver?

–Y, si pudieran hablar los unos con los otros, ¿no piensas que creerían estar refiriéndose a aquellas sombras que veían pasar ante ellos?

–Forzosamente.

–¿Y si la prisión tuviese un eco que viniera de la parte de enfrente? ¿Piensas que, cada vez que hablara alguno de los que pasaban, creerían ellos que lo que hablaba era otra cosa sino la sombra que veían pasar?

–No, ¡por Zeus! –dijo.

–Entonces no hay duda –dije yo– de que los tales no tendrán por real ninguna otra cosa más que las sombras de los objetos fabricados.

–Es enteramente forzoso –dijo.

–Examina, pues –dije–, qué pasaría si fueran liberados de sus cadenas y curados de su ignorancia y si, conforme a naturaleza, les ocurriera lo siguiente. Cuando uno de ellos fuera desatado y obligado a levantarse súbitamente y a volver el cuello y a andar y a mirar a la luz y cuando, al hacer todo esto, sintiera dolor y, por causa de las chiribitas, no fuera capaz de ver aquellos objetos cuyas sombras veía antes, ¿qué crees que contestaría si le dijera alguien que antes no veía más que sombras inanes y que es ahora cuando, hallándose más cerca de la realidad y vuelto de cara a objetos más reales, goza de una visión más verdadera, y si fuera mostrándole los objetos que pasan y obligándole a contestar a sus preguntas acerca de qué es cada uno de ellos? ¿No crees que estaría perplejo y que lo que antes había contemplado le parecería más verdadero que lo que entonces se le mostraba?

–Mucho más –dijo

–Y, si se le obligara a fijar su vista en la luz misma, ¿no crees que le dolerían los ojos y que se escaparía volviéndose hacia aquellos objetos que puede contemplar, y que consideraría que éstos son realmente más claros que los que le muestran?

–Así es –dijo.

–Y, si se lo llevaran de allí a la fuerza –dije–, obligándole a recorrer la áspera y escarpada subida, y no le dejaran antes de haberle arrastrado hasta la luz del sol, ¿no crees que sufriría y llevaría a mal el ser arrastrado y, una vez llegado a la luz, tendría los ojos tan llenos de ella que no sería capaz de ver ni una sola de las cosas a las que ahora llamamos verdaderas?

–No, no sería capaz –dijo–, al menos por el momento.

–Necesitaría acostumbrarse, creo yo, para poder llegar a ver las cosas de arriba. Lo que vería más fácilmente serían, ante todo, las sombras; luego, las imágenes de hombres y de otros objetos reflejados en las aguas, y más tarde, los objetos mismos. Y después de esto le sería más fácil el contemplar de noche las cosas del cielo y el cielo mismo, fijando su vista en la luz de las estrellas y la luna, que el ver de día el sol y lo que le es propio.

–¿Cómo no?

–Y por último, creo yo, sería el sol, pero no sus imágenes reflejadas en las aguas ni en otro lugar ajeno a él, sino el propio sol en su propio dominio y tal cual es en sí mismo, lo que él estaría en condiciones de mirar y contemplar.

–Necesariamente –dijo.

–Y, después de esto, colegiría ya con respecto al sol que es él quien produce las estaciones y los años y gobierna todo lo de la región visible y es, en cierto modo, el autor de todas aquellas cosas que ellos veían.

–Es evidente –dijo– que después de aquello vendría a pensar en eso otro.

–¿Y qué? Cuando se acordara de su anterior habitación y de la ciencia de allí y de sus antiguos compañeros de cárcel,

¿no crees que se consideraría feliz por haber cambiado y que les compadecería a ellos?

–Efectivamente.

–Y, si hubiese habido entre ellos algunos honores o alabanzas o recompensas que concedieran los unos a aquellos otros que, por discernir con mayor penetración las sombras que pasaban y acordarse mejor de cuáles de entre ellas eran las que solían pasar delante o detrás o junto con otras, fuesen más capaces que nadie de profetizar, basados en ello, lo que iba a suceder, ¿crees que sentiría aquél nostalgia de estas cosas o que envidiaría a quienes gozaran de honores y poderes entre aquéllos, o bien que le ocurriría lo de Homero, es decir, que preferiría decididamente «ser siervo en el campo de cualquier labrador sin caudal» o sufrir cualquier otro destino antes que vivir en aquel mundo de lo opinable?

–Eso es lo que creo yo –dijo–: que preferiría cualquier otro destino antes que aquella vida.

–Ahora fíjate en esto –dije–: si, vuelto el tal allá abajo, ocupase de nuevo el mismo asiento, ¿no crees que se le llenarían los ojos de tinieblas como a quien deja súbitamente la luz del sol?

–Ciertamente –dijo.

–Y, si tuviese que competir de nuevo con los que habían permanecido constantemente encadenados, opinando acerca de las sombras aquellas que, por no habérsele asentado todavía los ojos, ve con dificultad –y no sería muy corto el tiempo que necesitara para acostumbrarse–, ¿no daría que reír y no se diría de él que, por haber subido arriba, ha vuelto con los ojos estropeados, y que no vale la pena ni aun de intentar una semejante ascensión? ¿Y no matarían, si encontraban manera de echarle mano y matarle, a quien intentara desatarles y hacerles subir?

–Claro que sí –dijo

–Pues bien –dije–, esta imagen hay que aplicarla toda ella, ¡oh, amigo Glaucón!, a lo que se ha dicho antes; hay que com-

parar la región revelada por medio de la vista con la vivienda-prisión y la luz del fuego que hay en ella con el poder del sol. En cuanto a la subida al mundo de arriba y a la contemplación de las cosas de éste, si las comparas con la ascensión del alma hasta la región inteligible no errarás con respecto a mi vislumbre, que es lo que tú deseas conocer y que sólo la divinidad sabe si por acaso está en lo cierto. En fin, he aquí lo que a mí me parece: en el mundo inteligible lo último que se percibe, y con trabajo, es la idea del bien, pero una vez percibida, hay que colegir que ella es la causa de todo lo recto y lo bello que hay en todas las cosas; que, mientras en el mundo visible ha engendrado la luz y al soberano de ésta, en el inteligible es ella la soberana y productora de verdad y conocimiento, y que tiene por fuerza que verla quien quiera proceder sabiamente en su vida privada o pública.

República VII 514a-517c
(M. F. G.)[43]

5. El mito de Eros

–¿Qué puede ser, entonces, Eros? –pregunté yo–. ¿Un mortal?

–Ni mucho menos.

–¿Qué, pues?

–Igual que en los casos anteriores –contestó–, algo intermedio entre mortal e inmortal.

–¿Qué, Diotima?

–Un gran demon, Sócrates. Pues también todo lo demónico es algo intermedio entre lo divino y lo mortal.

–¿Y qué poder tiene? –dije yo.

–El de interpretar y transmitir a los dioses las cosas de los hombres y a los hombres las de los dioses, de los unos las súplicas y sacrificios y de los otros los mandatos y recompensas por los sacrificios; y, al estar en medio de unos y otros, re-

llena el espacio entre ambos, de suerte que el todo quede unido consigo mismo. A través de él se realiza la adivinación toda y el arte de los sacerdotes que se refiere a los sacrificios y ritos de iniciación, a los ensalmos, a la adivinación toda y a la magia. La divinidad no entra en contacto con el hombre, sino que a través de este demon tiene lugar toda relación y diálogo entre dioses y hombres, tanto cuando están despiertos como cuando duermen. Y quien es sabio acerca de tales menesteres es un hombre «demónico», mientras que quien lo es en cualquier otra cosa, ya sea en las artes o en los trabajos manuales, es un mero artesano. Estos démones, naturalmente, son muchos y de todas clases y uno de ellos es también Eros.

–¿Y de qué padre –pregunté yo– ha nacido y de qué madre?

–Es más largo de explicar –contestó–, pero, sin embargo, te lo diré. Cuando nació Afrodita, celebraron un banquete los dioses y, entre otros, asistía también el hijo de Metis, Poro. Y una vez que hubieron comido, vino a mendigar, como era de esperar al tratarse de un festín, Penía, y aguardaba a la puerta. Poro, mientras tanto, embriagado de néctar (el vino aún no existía), entró en el jardín de Zeus y, entorpecido como estaba, se echó a dormir. Entonces Penía, tramando, por su carencia de recursos, hacerse un hijo de Poro, se acuesta junto a él y concibió a Eros. Por esta razón precisamente Eros es acompañante y servidor de Afrodita, porque fue engendrado en su fiesta de natalicio y, al mismo tiempo, es por naturaleza amante de lo bello, y Afrodita es bella. Así pues, por ser hijo de Poro y Penía, Eros ha quedado en las siguientes condiciones. En primer lugar, es siempre pobre, y dista mucho de ser delicado y bello, como cree la mayoría, sino que es duro y flaco, descalzo y sin hogar, duerme siempre en el suelo y sin mantas, acostado al raso en puertas y caminos, compañero siempre inseparable de la indigencia, por tener la naturaleza de su madre. Pero, por otro lado, de acuerdo con la índole de su padre, está al acecho de los bellos y de los buenos, y es valeroso, intrépido e impetuoso, cazador formidable, que siem-

pre está urdiendo alguna trama, ávido de conocimiento y fértil en recursos, amante del saber a lo largo de toda su vida, formidable mago, hechicero y sofista. Y no es por naturaleza ni inmortal ni mortal, sino que unas veces en el mismo día florece y vive, cuando tiene abundancia de recursos, y otras veces muere, pero vuelve a revivir a causa de la naturaleza de su padre; mas aquello que consigue, siempre se lo va gastando, de suerte que Eros ni carece de recursos nunca ni es tampoco rico, y está, a su vez, en medio de la sabiduría y la ignorancia. Pues ocurre lo siguiente: ninguno de los dioses ama la sabiduría ni desea hacerse sabio (porque ya lo es), ni ama la sabiduría cualquier otro que sea sabio. Por su parte, los ignorantes ni aman la sabiduría ni desean hacerse sabios, pues eso mismo es lo penoso de la ignorancia, el no ser bello ni bueno ni juicioso y creerse uno que lo es suficientemente. Así, quien no cree estar necesitado de una cosa, no desea aquello que no cree necesitar.

-Entonces, ¿quiénes, Diotima -dije yo-, son los que aman la sabiduría, si no son ni los sabios ni los ignorantes?

-Es ya evidente -contestó- incluso para un niño; son los que se encuentran entre ambos extremos, uno de los cuales sería también Eros. En efecto, es precisamente la sabiduría una de las cosas más bellas, y Eros es amor respecto de lo bello, de suerte que es forzoso que Eros sea amante de la sabiduría, y, como es amante de la sabiduría, se halla a medio camino entre sabio e ignorante. Y la causa de esto es también su nacimiento, ya que procede de un padre sabio y fértil en recursos, pero de una madre no sabia y carente de ellos. Así pues, la naturaleza del demon, querido Sócrates, es ésa que se ha dicho. Mas en cuanto a lo que tú creíste que era Eros, no te ha sucedido nada extraordinario. Creíste, según me parece deducir por lo que tú dices, que Eros era lo amado, no lo que ama. Por eso, pienso yo, Eros te parecía absolutamente bello, porque lo susceptible de ser amado es lo realmente bello, delicado, perfecto y digno de ser considerado feliz, mientras que

lo que ama tiene un carácter diferente, tal como yo lo he descrito.

Banquete 202e-204c
(F. G. R.)[44]

6. Un ameno lugar junto al Iliso

SÓCRATES.–¡Por Hera! Hermoso rincón, con este plátano tan frondoso y elevado. Y no puede ser más agradable la altura y la sombra de este sauzgatillo, que, como además, está en plena flor, seguro que es de él este perfume que inunda el ambiente. Bajo el plátano mana también una fuente deliciosa, de fresquísima agua, como me lo están atestiguando los pies. Por las estatuas y figuras, parece ser un santuario de ninfas, o de Aqueloo. Y si es esto lo que buscas, no puede ser más suave y amable la brisa de este lugar. Sabe a verano, además, este sonoro coro de cigarras. Con todo, lo más delicioso es este césped que, en suave pendiente, parece destinado a ofrecer una almohada a la cabeza placenteramente reclinada. ¡En qué buen guía de forasteros te has convertido, querido Fedro!

FEDRO.–¡Asombroso, Sócrates! Me pareces un hombre rarísimo, pues tal como hablas, semejas efectivamente a un forastero que se deja llevar, y no a uno de aquí. Creo yo que, por lo que se ve, raras veces vas más allá de los límites de la ciudad; ni siquiera traspasas sus murallas.

SÓCRATES.–No me lo tomes a mal, buen amigo. Me gusta aprender. Y el caso es que los campos y los árboles no quieren enseñarme nada; pero sí, en cambio, los hombres de la ciudad. Por cierto, que tú sí pareces haber encontrado un señuelo para que salga. Porque, así como se hace andar a un animal hambriento poniéndole delante un poco de hierba o grano, también podrías llevarme, al parecer, por toda Ática, o por donde tú quisieras, con tal que me encandiles con esos dis-

cursos escritos. Así que, como hemos llegado al lugar apropiado, yo, por mi parte, me voy a tumbar. Tú que eres el que va a leer, escoge la postura que mejor te cuadre y, anda, lee.

FEDRO.–Escucha, pues.

Fedro 230b-e
(E. Ll.)[45]

7. La invención de la escritura: Theuth y Thamus

SÓCRATES.–Tengo que contarte algo que oí de los antiguos, aunque su verdad sólo ellos la saben. Por cierto que, si nosotros mismos pudiéramos descubrirla, ¿nos seguiríamos ocupando todavía de las opiniones humanas?

FEDRO.–Preguntas algo ridículo. Pero cuenta lo que dices haber oído.

SÓCRATES.–Pues bien, oí que había por Náucratis, en Egipto, uno de los antiguos dioses del lugar al que, por cierto, está consagrado el pájaro que llaman Ibis. El nombre de aquella divinidad era el de Theuth. Fue este quien, primero, descubrió el número y el cálculo, y, también, la geometría y la astronomía, y, además, el juego de damas y el de dados, y, sobre todo, las letras. Por aquel entonces, era rey de todo Egipto Thamus, que vivía en la gran ciudad de la parte alta del país, que los griegos llaman la Tebas egipcia, así como a Thamus llaman Ammón. A él vino Theuth, y le registraba sus artes, diciéndole que debían ser entregadas al resto de los egipcios. Pero él le preguntó cuál era la utilidad que cada una tenía, y, conforme se las iba minuciosamente exponiendo, lo aprobaba o desaprobaba, según le pareciese bien o mal lo que decía. Muchas, según se cuenta, son las opiniones que, a favor o en contra de cada arte, hizo Thamus a Theuth, y tendríamos que disponer de muchas palabras para tratarlas todas. Pero, cuando llegaron a lo de las letras, dijo Theuth: «Este conocimien-

to, oh rey, hará más sabios a los egipcios y más memoriosos, pues se ha inventado como un fármaco de la memoria y de la sabiduría». Pero él le dijo: «¡Oh artificiosísimo Theuth! A unos les es dado crear arte, a otros juzgar qué de daño o provecho aporta para los que pretenden hacer uso de él. Y ahora tú, precisamente, padre que eres de las letras, por apego a ellas, les atribuyes poderes contrarios a los que tienen. Porque es olvido lo que producirán en las almas de quienes las aprendan, al descuidar la memoria, ya que, fiándose de lo escrito, llegarán al recuerdo desde fuera, a través de caracteres ajenos, no desde dentro, desde ellos mismos y por sí mismos. No es, pues, un fármaco de la memoria lo que has hallado, sino un simple recordatorio. Apariencia de sabiduría es lo que proporcionas a tus alumnos, que no verdad. Porque habiendo oído muchas cosas sin aprenderlas, parecerá que tienen muchos conocimientos, siendo, al contrario, en la mayoría de los casos, totalmente ignorantes, y difíciles, además, de tratar porque han acabado por convertirse en sabios aparentes en lugar de sabios de verdad».

FEDRO.–¡Qué bien se te da, Sócrates, hacer discursos de Egipto, o de cualquier otro país que se te antoje!

SÓCRATES.–El caso es, amigo mío, que, según se dice que se decía en el templo de Zeus en Dodona, las primeras palabras proféticas provenían de una encina. Pues a los hombres de entonces, como no eran sabios como vosotros los jóvenes, tal ingenuidad tenían, que se conformaban con oír a una encina o a una roca, sólo con que dijesen la verdad. Sin embargo, para ti la cosa es diferente, según quién sea el que hable y de dónde. Pues no te fijas únicamente en si lo que dicen es así o de otra manera.

FEDRO.–Tienes razón al reprenderme, y pienso que con lo de las letras pasa lo que el tebano dice.

SÓCRATES.–Así pues, el que piensa que al dejar un arte por escrito, y, de la misma manera, el que lo recibe, deja algo claro y firme por el hecho de estar en letras, rebosa ingenuidad y,

en realidad, desconoce la predicción de Ammón, creyendo que las palabras escritas son algo más, para el que las sabe, que un recordatorio de aquellas cosas sobre las que versa la escritura.

FEDRO.–Exactamente.

SÓCRATES.–Porque es que es impresionante, Fedro, lo que pasa con la escritura, y por lo que tanto se parece a la pintura. En efecto, sus vástagos están ante nosotros como si tuvieran vida; pero, si se les pregunta algo, responden con el más altivo de los silencios. Lo mismo pasa con las palabras. Podrías llegar a creer como si lo que dicen fueran pensándolo; pero si alguien pregunta, queriendo aprender de lo que dicen, apuntan siempre y únicamente a una y la misma cosa. Pero, eso sí, con que una vez algo haya sido puesto por escrito, las palabras ruedan por doquier, igual entre los entendidos que como entre aquellos a los que no les importa en absoluto, sin saber distinguir a quiénes conviene hablar y a quiénes no. Y si son maltratadas o vituperadas injustamente, necesitan siempre la ayuda del padre, ya que ellas solas no son capaces de defenderse ni de ayudarse a sí mismas.

FEDRO.–Muy exacto es todo lo que has dicho.

Fedro 274c-275e
(E. Ll.)[45]

ARISTÓTELES

No hemos conservado aquellos escritos de Aristóteles que publicó con gran cuidado literario, como el Protréptico *o su* Acerca de la Filosofía, *que Cicerón elogía por su claro estilo. Tenemos, en cambio, sus escritos de escuela, los textos que en el Liceo se habían conservado como la gran herencia del maestro. Estos escritos adoptan ya la forma del tratado filosófico y disertan sobre muchos temas. Realmente, el amplio repertorio de conocimientos, investigaciones y preocupaciones del Estagirita nos deja admirados. Desde la* Metafísica *hasta los tratados de lo que hoy llamamos Ciencias Naturales, como la* Investigación de los animales, *y otros afines, y los escritos técnicos sobre* Retórica y Poética, *y los escritos recogidos bajo la etiqueta de* Política, *hay un enorme espectro o abanico de temas, reflexiones, anotaciones e investigaciones que marcaron el rumbo de esos estudios durante muchos siglos. Como escritor, Aristóteles difiere mucho de su maestro, tanto por la forma, siendo la suya la de una prosa seca y austera, como por el estilo, que refleja el de sus lecciones escolares. No olvidemos, sin embargo, que ese carácter de apuntes corresponde, en gran parte, a que se trata justamente de eso, de apuntes para reflexión y consideración posterior. Los escolásticos elogiaron ese estilo docente aristotéli-*

co frente a la elegancia platónica. Los humanistas preferían, como probablemente el lector más aficionado a la literatura que al rigor del texto filosófico austero, a Platón. No hay que olvidar la enorme contribución de Aristóteles a la fijación de una terminología filosófica, tanto en Lógica como en Metafísica, y no hay que pasar por alto el enorme esfuerzo en su catalogación de los animales así como la finura de sus análisis en los campos de la Política, la Ética, la Retórica y la Poética. Los pocos textos que hemos elegido para esta rápida ojeada son testimonios diversos de esa magnífica y extensa obra.

8. La estructura de la sociedad: elementos básicos

Ya que vemos que cualquier ciudad es una cierta comunidad, también que toda comunidad está constituida con miras a algún bien (por algo, pues, que les parece bueno obran todos en todos los actos) es evidente. Así que todas las comunidades pretenden como fin algún bien; pero sobre todo pretende el bien superior la que es superior y comprende a las demás. Ésta es la que llamamos ciudad y comunidad cívica.

Cuantos opinan que es lo mismo regir una ciudad, un reino, una familia y un patrimonio con siervos no dicen bien. Creen, pues, que cada una de estas realidades se diferencia de las demás por su mayor o menor dimensión, pero no por su propia especie. Como si uno, por gobernar a unos pocos, fuera amo de una casa; si a más, administrador de un dominio; si a más aún, rey o magistrado; en la idea de que en nada difiere una casa grande y una ciudad pequeña ni un rey y un gobernante político, sino que cuando uno ejerce el mando a título personal resulta un rey, y cuando lo hace según las normas de un arte peculiar, siendo en parte gobernante y gobernado, es un político. Pero eso no es verdad. Y lo que

afirmo será evidente al examinar la cuestión con el método que proponemos. De la misma manera como en los demás objetos es necesario dividir el compuesto hasta sus ingredientes simples (puesto que éstos son las partes mínimas del conjunto), así también vamos a ver, al examinar la ciudad, de qué elementos se compone. Y luego, al analizarlos, en qué difieren unos de otros, y si cabe recoger alguna precisión científica sobre cada uno de los temas tratados.

Si uno presta atención desde un comienzo al desarrollo natural de los seres, podrá observar también este problema, como los otros, del mejor modo.

En primer lugar es necesario que se emparejen los seres que no pueden subsistir uno sin otro; por ejemplo, la hembra y el macho, con vistas a la generación. (Y esto no en virtud de una previa elección, sino que, como en el resto de animales y plantas, es natural el impulso a dejar tras de sí a otro individuo semejante a uno mismo.) O, por ejemplo, lo que por naturaleza domina y lo dominado, para su supervivencia. Porque el que es capaz de previsión con su inteligencia es un gobernante por naturaleza y un jefe natural. En cambio, el que es capaz de realizar las cosas con su cuerpo es súbdito y esclavo, también por naturaleza. Por tal razón amo y esclavo tienen una conveniencia común.

De tal modo, por naturaleza, están definidos la mujer y el esclavo. (La naturaleza no hace nada precariamente, como hicieran los forjadores el cuchillo de Delfos, sino cada cosa con una única finalidad. Así como cada órgano puede cumplir su función de la mejor manera cuando no se le somete a varias actividades, sino a una sola.) Entre los bárbaros la mujer y el esclavo ocupan el mismo rango. La causa de esto es que carecen del elemento gobernante por naturaleza. Así que su comunidad resulta de esclavo y esclava. Por eso dicen los poetas:

«Justo es que los griegos manden a los bárbaros», como si por naturaleza fuera lo mismo bárbaro y esclavo.

De las dos comunidades, la originaria es la casa familiar y bien lo dijo Hesíodo en su poema:

«Ante todo, casa, mujer y buey de labranza».

Porque el buey hace las veces de criado para los pobres. La familia es la comunidad, constituida por naturaleza, para satisfacción de lo cotidiano, por los que Carondas llama «compañeros de panera», y Epiménides de Creta, «los del mismo comedero».

La ciudad es la comunidad, procedente de varias aldeas, perfecta, ya que posee, para decirlo de una vez, la conclusión de la autosuficiencia total, y que tiene su origen en la urgencia del vivir, pero subsiste para el vivir bien. Así que toda ciudad existe por naturaleza, del mismo modo que las comunidades originarias. Ella es la finalidad de aquéllas, y la naturaleza es finalidad. Lo que cada ser es, después de cumplirse el desarrollo, eso decimos que es su naturaleza, así de un hombre, de un caballo o de una casa. Además, la causa final y la perfección es lo mejor. Y la autosuficiencia es la perfección, y óptima.

Por lo tanto, está claro que la ciudad es una de las cosas naturales y que el hombre es, por naturaleza, un animal cívico. Y el enemigo de la sociedad ciudadana es, por naturaleza, y no por casualidad, o bien un ser inferior o más que un hombre. Como aquel al que recrimina Homero: «sin fratría, sin ley, sin hogar». Al mismo tiempo, semejante individuo es, por naturaleza, un apasionado de la guerra, como una pieza suelta en un juego de damas.

La razón de que el hombre sea un ser social, más que cualquier abeja y que cualquier otro animal gregario, es clara. La naturaleza, pues, como decimos, no hace nada en vano. Sólo el hombre, entre los animales, posee la palabra. La voz es una indicación del dolor y el placer; por eso la tienen también los otros animales. (Ya que por su naturaleza ha alcanzado hasta tener sensación del dolor y del placer e indicarse estas sensaciones unos a otros.) En cambio, la palabra existe para manifestar lo conveniente y lo dañino, así como lo justo y lo injus-

to. Y esto es lo propio de los humanos frente a los demás animales: poseer, de modo exclusivo, el sentido de lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, y las demás apreciaciones. La participación comunitaria en éstas funda la casa familiar y la ciudad.

Es decir, que, por naturaleza, la ciudad es anterior a la casa y a cada uno de nosotros. Ya que el conjunto es necesariamente anterior a la parte. Pues si se destruye el conjunto ya no habrá ni pie ni mano, a no ser con nombre equívoco, como se puede llamar mano a una de piedra. Eso será como una mano sin vida. Todas las cosas se definen por su actividad y su capacidad funcional, de modo que cuando éstas dejan de existir no se puede decir que sean las mismas cosas, sino homónimas. Así que está claro que la ciudad es por naturaleza y es anterior a cada uno. Porque si cada individuo, por separado, no es autosuficiente, se encontrará, como las demás partes, en función a su conjunto. Y el que no puede vivir en sociedad, o no necesita nada por su propia suficiencia, no es miembro de la ciudad, sino como una bestia o un dios.

En todos existe, por naturaleza, el impulso hacia tal comunidad; pero el primero en establecerla fue el causante de los mayores beneficios. Pues así como el hombre perfecto es el mejor de los animales, así también, apartado de la ley y de la justicia, es el peor de todos.

La injusticia es más feroz cuando posee armas, y el hombre se hace naturalmente con armas al servicio de su sensatez y su virtud; pero puede utilizarlas precisamente para las cosas opuestas. Por eso, sin virtud, es el animal más impío y más salvaje, y el peor en su sexualidad y su voracidad. La justicia, en cambio, es algo social, como que la justicia es el orden de la sociedad cívica, y la virtud de la justicia consiste en la apreciación de lo justo. Después de dejar claro de qué partes está constituida la ciudad hay que hablar en primer término de la administración de la casa porque toda ciudad está compuesta por casas. Las partes de la administración son las correspondientes a las partes que constituyen la casa. Y la casa,

completa, se compone de libres y de esclavos. Puesto que hay que examinar cada cosa primeramente en sus componentes menores, y las partes primeras y mínimas de una casa son el señor y el esclavo, el marido y la esposa, y el padre y los hijos, hay que investigar respecto de estas tres relaciones qué es cada una de ellas y cómo deben ser. Son, pues, la relación heril, la matrimonial (el emparejamiento de hombre y mujer carece de una denominación propia), y en tercer lugar, la procreadora (que tampoco se denomina con un vocablo específico). Queden, pues, las tres como las hemos llamado.

Hay otro componente, que para unos se identifica con la administración de la casa y para otros es la parte más importante de la misma. Como sea, habrá que estudiarlo. Me refiero a la llamada crematística.

En primer lugar hablemos del amo y del esclavo, para observar lo relativo a este servicio necesario, por si podemos aprehender algo mejor que las nociones ahora corrientes. A algunos les parece que tal dominación supone una cierta ciencia, y que la administración de una casa, y la potestad señorial, y la política, y la monárquica son lo mismo, como dijimos al comienzo. Para otros tal dominación es un hecho contrario a la naturaleza, pues sólo por convención sería esclavo el uno y señor el otro, pero en nada diferirían por su naturaleza. Por esta razón tampoco sería cosa justa, sino un hecho de violencia.

Política, 1252a-1253
(C. G. G.)[46]

9. Autarquía y amistad

Hay que investigar también acerca de la autarquía y de la amistad, y acerca de las relaciones que se establecen entre ambas significaciones. Pues se podría uno preguntar si alguien,

suficiente en todo, tendrá algún amigo, o bien si se busca un amigo en la necesidad, o si el hombre bueno será el más suficiente. Si el hombre bueno es feliz, ¿en qué tendrá necesidad de un amigo? No corresponde al que se basta a sí mismo tener necesidad ni de amigos útiles ni de amigos que lo diviertan, ni de compañía, porque le basta vivir consigo mismo. Esto resulta evidente sobre todo para la divinidad; está claro que no teniendo necesidad de nada no necesitará un amigo ni lo tendrá, como tampoco tendrá nada de lo que necesita el señor. En consecuencia, el hombre más feliz no tendrá, de ningún modo, necesidad de amigos, salvo en la medida en que le sea imposible ser suficiente. Al que vive la vida mejor le es necesario, pues, tener muy pocos amigos, y que sean cada vez más reducidos y no se esforzará por tenerlos; al contrario, se preocupará poco no sólo de amigos útiles, sino también de aquellos con los cuales elegiría convivir. Parece entonces, sin duda, evidente que no es por la utilidad o el provecho por lo que un amigo existe, sino que el amigo basado en la virtud es el único amigo. Pues cuando no tenemos necesidad de nada, todos buscamos gente que comparta nuestras alegrías, y bienhechores más que favorecidos. Y tenemos un mejor juicio en la suficiencia que en la necesidad, y es entonces, sobre todo, cuando necesitamos amigos dignos de convivir con nosotros.

Hemos de investigar esta dificultad, no sea que, aun cuando lo dicho esté bien, se nos escape algo a causa de la comparación. La cuestión resulta evidente si consideramos qué es la vida en acto y como fin: es patente que la vida consiste en percibir y conocer en común. Pero percibirse y conocerse constituyen lo más deseable para cada uno (y, por esto, el deseo de vivir es innato en todos, pues el vivir debe considerarse como un cierto conocimiento). Si, pues, uno lograra separarse e hiciera posible el conocerse a sí mismo por sí y con relación a otra cosa (pero esto ha quedado oscuro tal como se ha descrito en el discurso, aunque en la realidad no puede permanecer oscuro) sería del todo indiferente que otro

conociera en lugar de uno mismo, y esta situación se parecería a la de aquel que quisiera que otro viviese en su lugar. Pero es racional pensar que percibirse y conocerse a sí mismo es más deseable. Hay que considerar, en efecto, dos cosas al mismo tiempo: que el vivir es deseable y también el bien y, en consecuencia, que es deseable que una tal naturaleza pertenezca a ambos (por la misma). Si, por consiguiente, una de estas series paralelas se encuentra siempre en la posición de lo deseable, lo conocido y lo percibido existen, hablando globalmente, por participar de la naturaleza definida; de suerte que el desear percibir por sí mismo es desear existir de una cierta manera, puesto que, entonces, no somos cada una de estas cosas por nosotros mismos, sino por participar de estas facultades en el percibir y conocer (pues, al percibir, resulta uno mismo percibido en el modo y en el aspecto en que uno lo ha percibido anteriormente y en tanto en cuanto percibe este objeto mismo; y, al conocer, resulta uno mismo conocido); así, es por esta razón por lo que uno desea vivir siempre, puesto que siempre desea conocer, es decir, puesto que uno mismo desea ser el objeto conocido. Por consiguiente, escoger vivir en compañía parecería ser, en cierto sentido, necio: en primer lugar, por lo que el hombre tiene de común con los otros animales, como el comer juntos o beber juntos; pues, ¿qué diferencia hay en que estas cosas se realicen juntas o separadas, si se quita la palabra? Pero, incluso el participar de una conversación al azar, es algo indiferente, y además a los amigos que se bastan a sí mismos no les es posible ni enseñar ni aprender, pues el que aprende no tiene lo que debe, y el que enseña reconoce una deficiencia en el amigo, y la igualdad es la amistad. Sin embargo, según parece, todos encontramos más agradable compartir las cosas buenas con los amigos en la medida en que éstas le suceden a uno, y compartir el bien, lo mejor posible. Pero a uno de estos amigos le interesa el placer corporal, a otro los estudios artísticos, a otro la filosofía; y, así, hay que estar, pues, con el amigo. De ahí el proverbio: «los

amigos distantes son una carga», de modo que hay que evitar el alejamiento en el caso de la amistad. Por esto, también el amor parece ser semejante a la amistad: pues el que ama desea vivir con el amado, aunque no de la manera como debería, sino según sus sentidos.

Así pues, el discurso, al desarrollar la dificultad, afirma estas cuestiones, pero los hechos parecen ir en un sentido tal que, evidentemente, aquel que ha suscitado la dificultad, en cierta manera, nos engaña. Por tanto, hemos de examinar la verdad partiendo de lo que sigue: el amigo quiere ser, como dice el proverbio, «otro Heracles», otro yo. Sin embargo, existe una separación y es difícil que surja la unidad. Pero, según la naturaleza, la semejanza es muy estrecha, y así, uno se parece a su amigo desde el punto de vista del cuerpo, otro desde el punto de vista del alma, y entre ellos, uno se parece según una parte, y otro, según otra. Con todo y pese a ello, un amigo desea existir como un yo separado. Ahora bien, percibir y conocer a un amigo debe ser, en cierto modo, percibirse y conocerse a sí mismo. Por consiguiente, compartir incluso los placeres vulgares y vivirlos con un amigo es racionalmente agradable (pues la percepción de sí mismo se presenta siempre al mismo tiempo), pero más todavía compartir los placeres más divinos, y la causa de ello es que siempre es más agradable contemplarse a sí mismo en posesión del bien superior, ya sea esto una pasión, una acción, u otra cosa distinta. Pero si se debe vivir bien y también el amigo, y vivir en común incluye el actuar en común, la comunidad se centrará principalmente en las cosas incluidas en el fin. Por esto, es conveniente estudiar juntos y deleitarse juntos no en los placeres del alimento y las necesidades de la vida (ya que tales comunidades no parecen ser compañías, sino simples goces), sino que cada uno desea compartir con sus amigos el fin que él sea capaz de alcanzar, o, si esto no es posible, se prefiera principalmente hacer el bien a los amigos y recibirlo de ellos. Es, pues, evidente que hay que convivir, y que todos lo desean en gran ma-

nera, y que esto ocurre, sobre todo, en el hombre que es más feliz y mejor. Pero también es evidente que, de acuerdo con el argumento, no era esto lo que se manifestaba y que ello estaba rectamente deducido, siendo el tal argumento verdadero. En efecto, la solución se encuentra en la síntesis, siendo verdadera la comparación. Pues del hecho de que la divinidad es de tal naturaleza que no tiene necesidad de amigo, el argumento postula que esto vale también para el hombre que es semejante. Sin embargo, según este argumento, el hombre bueno no pensará nada, pues no es así como la divinidad es feliz, ya que es demasiado buena para pensar en otra cosa que en sí misma. Y la razón está en que para nosotros el vivir bien depende de algo distinto de nosotros, mientras que, en su caso, la divinidad es en sí misma su vivir bien.

El buscar para nosotros y pedir muchos amigos, pero decir, al mismo tiempo, que el que tiene muchos amigos no tiene ninguno, son dos afirmaciones correctas. En efecto, si es posible convivir con muchos y compartir las percepciones de muchos a la vez, es lo más deseable que ellos sean el mayor número posible; pero puesto que esto es muy difícil, la comunidad activa de percepción debe necesariamente reducirse a un número muy pequeño de personas, de manera que no sólo es difícil conseguir muchos amigos (pues es preciso someterlos a prueba), sino también servirse de ellos cuando se los posee.

A veces deseamos que el ser querido, si es feliz, esté lejos de nosotros; otras veces deseamos compartir la misma existencia. El desear estar juntos es un signo de amistad, pues todos escogen, si es posible, estar juntos y ser felices; pero si es imposible, entonces uno actuará como la madre de Heracles, que hubiera, sin duda, preferido que su hijo fuera un dios más que ser, en compañía de ella, servidor de Euristeo. Pues uno podría expresarse como lo hizo irónicamente aquel lacedemonio, cuando alguien lo exhortó, en medio del temporal, a que invocara a los Dioscuros.

Parece que es propio del que ama impedir al amado que comparta sus dificultades, y del amado, desear compartirlas. Las dos cosas ocurren razonablemente, pues nada debe ser tan penoso para el amigo como no ver a su amigo; se admite, sin embargo, que no hay que escoger en función de sí mismo. Por eso, uno evita a sus amigos el compartir sus propias dificultades. Basta que uno mismo sufra, a fin de que no parezca, por consideraciones egoístas, que prefiere su alegría a costa del dolor del amigo y, además, que se encuentra más aliviado al no soportar solo las desgracias. Y puesto que es deseable vivir bien y en compañía, es evidente que la convivencia, unida incluso a un bien más pequeño es, de algún modo, más deseable que disfrutar separadamente de un bien mayor. Pero, dado que no resulta claro cuánto vale la convivencia, los hombres difieren en este punto, y unos piensan que es un signo de amistad compartirlo todo juntamente, y dicen, por ejemplo, que es más agradable comer juntos los mismos alimentos; otros, sin embargo, no desean compartirlo todo, pues, si imaginamos los casos extremos, se admitirá que es más agradable ser desgraciados juntos que felices separadamente. Y algo semejante a esto ocurre también en las desgracias: ya deseamos que los amigos estén ausentes y que no sufran cuando no están en condiciones de ayudarnos, ya pensamos que es más agradable para ellos estar presentes. Y la existencia de esta contradicción es completamente racional, pues esta situación se presenta a consecuencia de lo que hemos dicho, y también porque evitamos generalmente contemplar al amigo que sufre o que está en una mala situación, como lo hacemos en nuestro propio caso; pues ver a un amigo es una de las cosas más agradables por la razón ya mencionada, e incluso verlo enfermo si uno tambien lo está. Por consiguiente, cualquiera que sea de estas dos cosas la más agradable, inclinará la balanza en el sentido de desear o no la presencia. Y esto ocurre también entre los peores y por la misma razón, pues ellos se esfuerzan, sobre todo, en que sus

amigos no sean felices y no existan si ellos mismos han de ser desgraciados. Por eso, a veces, algunos se matan con aquellos que aman, pues piensan que van a sentir más su propia desgracia, del mismo modo que si uno, acordándose de que en otro tiempo ha sido feliz, sufriera más que si pensara que siempre ha sido desgraciado.

Ética Eudemia 1244b-1246a
(J. P.)[47]

10. Sobre la composición de las tragedias

Así pues, y ya que es preciso que la composición de la tragedia más bella no sea simple sino compleja, y que sea imitación de hechos que producen temor y piedad (pues esto es lo propio de una mímesis de este tipo), es evidente en primer lugar que no se debe mostrar necesariamente a hombres virtuosos que pasan de la felicidad a la desdicha, pues eso no despierta temor ni piedad, sino repugnancia; ni a los malvados pasando de la desdicha a la felicidad, pues esto es lo menos trágico de todo, y no tiene nada de necesario ni despierta un sentimiento de amor al hombre, ni piedad ni temor; ni el hombre malvado debe caer de la dicha en la desdicha, pues tal composición puede despertar amor al hombre, pero no piedad ni temor, pues aquélla tiene por objeto al que no merece su desdicha, y éste al que nos resulta semejante, de manera que lo ocurrido no hará que sintamos ni piedad ni temor.

Queda, pues, el que tiene una posición intermedia entre éstos. Y es el que no se distingue por su virtud ni por su justicia ni cae en la desdicha por su maldad y perversidad, sino por alguna falta, siendo de los que estaban en una situación de gran prestigio y felicidad, como Edipo y Tiestes, y los hombres ilustres de linajes semejantes.

Es necesario, pues, que la trama, para que sea bella, sea simple más que doble, como algunos dicen, y que no pase de la desdicha a la dicha, sino que, al revés, pase de la dicha a la desdicha, no por perversidad, sino por una falta grave, y de un individuo tal como se ha dicho, y de uno mejor más que de uno peor.

Una prueba es lo que ocurre: al principio, en efecto, los poetas contaban cualquier mito, pero ahora las más bellas tragedias se componen acerca de unas pocas familias. Por ejemplo, en torno a Alcmeón, Edipo, Orestes, Meleagro, Tiestes, Télefo, y a cuantos les tocó sufrir o hacer cosas terribles.

Poética 1452b-1453a
(A. G. P.)[48]

11. El afán de saber. Comienzo de la *Metafísica*

Todos los hombres por naturaleza desean saber. Señal de ello es el amor a las sensaciones. Éstas, en efecto, son amadas por sí mismas, incluso al margen de su utilidad, y más que todas las demás, las sensaciones visuales. Y es que no sólo en orden a la acción, sino cuando no vamos a actuar preferimos la visión a todas –digámoslo– las demás. La razón estriba en que ésta es, de la sensaciones, la que más nos hace conocer y muestra múltiples diferencias.

Pues bien, los animales tienen sensación por naturaleza y a partir de ésta en algunos de ellos no se genera la memoria, mientras que en otros sí que se genera, y por eso estos últimos son más inteligentes y más capaces de aprender que los que no pueden recordar: inteligentes, si bien no aprenden, son aquellos que no pueden percibir sonidos (por ejemplo, la abeja y cualquier otro género de animales semejante, si es que lo hay); aprenden, por su parte, cuantos tienen, además de memoria, esta clase de sensación. Ciertamente, el resto (de

los animales) vive gracias a las imágenes y a los recuerdos sin participar apenas de la experiencia, mientras que el género humano (vive), además, gracias al arte y a los razonamientos. Por su parte, la experiencia se genera en los hombres a partir de la memoria: en efecto, una multitud de recuerdos del mismo asunto acaban por constituir la fuerza de una única experiencia.

Metafísica, 980a-981a
(T. C.)[49]

12. Interés del estudio de los animales

De los seres que existen en la naturaleza, algunos, inengendrados e incorruptibles, subsisten en la eternidad; otros, en cambio, están sujetos a la generación y la destrucción.

Sobre los primeros, que son nobles y divinos, sucede que tenemos menores conocimientos, ya que son poquísimos los hechos recogidos por la observación sensible a partir de los cuales pueda conducirse una investigación sobre tales realidades, es decir sobre cuanto deseamos saber. En tanto que respecto a los seres corruptibles, plantas y animales, nuestro conocimiento es mucho más asequible gracias a que vivimos en medio de ellos, y muchas informaciones puede obtener cualquiera que quiera estudiarlos adecuadamente.

Pero uno y otro campo de estudios posee su propio atractivo. Por escasas que sean las noticias de la realidad incorruptible que podamos alcanzar, no obstante, gracias a la noticia de tal conocimiento, logramos de él mayor alegría que de todo lo que está en torno nuestro, así como una visión, aun fugitiva y parcial, de la persona amada nos es más dulce que una contemplación exacta de muchas otras cosas por importantes que sean.

Las otras criaturas, sin embargo, gracias a la posibilidad de conocerlas de modo más profundo y extenso, dan lugar a una

ciencia más vasta. Por otro lado, ya que están más en nuestra vecindad y nos son más familiares a nuestra naturaleza, compensan el equilibrio frente a la filosofía dirigida a las cosas divinas. Puesto que de estas últimas ya hemos tratado explicando cuanto nos permitían sus apariencias, nos queda por hablar de la naturaleza viviente, sin omitir, en la medida posible, nada de ésta, sea humilde o excelso.

Pues incluso en aquellos seres que no se presentan atractivos a nuestros sentidos, el comprender el espíritu creador de la naturaleza que los diseñó procura, sin embargo, extraordinario goce a quienes saben reconocer sus causas y están naturalmente inclinados a la filosofía. Sería, en efecto, absurdo que, cuando experimentamos placer al contemplar sus imitaciones y a la par admiramos el arte que las ha producido, sea la pintura o la escultura, no apreciáramos todavía más la observación de esos mismos seres reales, tal como están configurados por naturaleza, al menos en tanto que podamos percibir sus causas.

No se debe, por lo tanto, alimentar un disgusto infantil hacia el estudio de los seres vivos más humildes: en todas las realidades naturales hay algo de maravilloso. Así como Heráclito, según se cuenta, habló a aquellos extranjeros que venían a visitarle, pero que vacilaban en avanzar al verle calentándose junto al hogar de la cocina, y les dijo: «Entrad sin temor. También aquí hay dioses». Así conviene afrontar sin disgusto la investigación sobre cualquier tipo de animales, ya que en todos hay algo de natural y de hermoso.

La ausencia de azar y la orientación a un fin está presente en las obras de la naturaleza, y de manera extrema. Y el fin en vista al cual éstas se han constituido o formado ocupa el lugar de la Belleza.

Pero si alguno considerara indigna la observación de los otros animales, de igual modo debería considerar también la de sí mismo. Porque no es posible considerar sin gran disgusto las partes constituyentes del género humano: sangre, car-

ne, huesos, vasos sanguíneos, y lo demás. De igual modo conviene advertir que cuando se discute sobre una parte o un objeto cualquiera no se llama la atención sobre la materia ni se discute en función de ésta, sino de la forma del conjunto; se habla, por ejemplo, de una casa, pero no de los ladrillos, del mortero, o las vigas. Así de igual modo, cuando se trata de la naturaleza, se habla de la totalidad en síntesis de la cosa misma, y no de aquellos materiales que no se presentan por separado del objeto mismo del que dependen.

Sobre las partes de los animales 644b-645a
(C. G. G.)[50]

EPICURO

Sabemos por el testimonio de Diógenes Laercio que Epicuro había compuesto una gran cantidad de escritos –más de trescientos rollos de papiro–, pero la mayoría de éstos se perdieron pronto. Gracias al erudito Diógenes Laercio, de clara simpatía por nuestro filósofo, hemos conservado tres o cuatro cartas, de las que la mejor escrita es la Carta a Meneceo, *que resume los principales puntos de su doctrina ética, y que está compuesta a manera de exhortación al filosofar –lo que solemos llamar con término griego un* Protréptico–. *En forma de carta he aquí una indicación sobre el camino más seguro para la felicidad, según la receta del epicureísmo.*

13. El camino de la felicidad

Epicuro a Meneceo: salud y alegría.

Nadie por ser joven vacile en filosofar ni por hallarse viejo de filosofar se fatigue. Pues nadie está demasiado adelantado ni retardado para lo que concierne a la salud de su alma. El que dice que aún no le llegó la hora de filosofar o que ya le ha

pasado es como quien dice que no se le presenta o que ya no hay tiempo para la felicidad. De modo que deben filosofar tanto el joven como el viejo: el uno para que, envejeciendo, se rejuvenezca en bienes por el recuerdo agradecido de los pasados, el otro para ser a un tiempo joven y maduro por su serenidad ante el futuro. Así pues, hay que meditar lo que produce la felicidad, ya que cuando está presente lo tenemos todo y, cuando falta, todo lo hacemos por poseerla.

Lo que de continuo te he aconsejado, medita y ponlo en práctica, reflexionando que esos principios son los elementos básicos de una vida feliz, considera, en primer lugar a la divinidad como un ser vivo incorruptible y feliz, como lo ha suscrito la noción común de lo divino, y no le atribuyas nada extraño a la inmortalidad o impropio de la felicidad. Represéntate, en cambio, referido a ella todo cuanto sea susceptible de preservar la beatitud que va unida a la inmortalidad.

Los dioses, en efecto, existen. Porque el conocimiento que de ellos tenemos es evidente. Pero no son como los cree el vulgo. Pues no los mantiene tal cual los intuye. Y no es impío el que niega los dioses del vulgo, sino quien atribuye a los dioses las opiniones del vulgo. Pues las manifestaciones del vulgo sobre los dioses no son prenociones, sino falsas suposiciones. Por eso de los dioses se desprenden los mayores daños y beneficios. Habituados a sus propias virtudes en cualquier momento acogen a aquellos que les son semejantes, considerando todo lo que no es de su clase como extraño.

Acostúmbrate a pensar que la muerte nada es para nosotros. Porque todo bien y mal reside en la sensación y la muerte es privación del sentir. Por lo tanto el recto conocimiento de que nada es para nosotros la muerte hace dichosa la condición mortal de nuestra vida, no porque le añada una duración ilimitada, sino porque elimina el ansia de inmortalidad.

Nada hay, pues, temible en el vivir para quien ha comprendido rectamente que nada temible hay en el no vivir. De modo que es necio quien dice que teme a la muerte no porque

le angustiará al presentarse sino porque le angustia esperarla. Pues lo que al presentarse no causa perturbación vanamente afligirá mientras se aguarda. Así que el más espantoso de los males, la muerte, nada es para nosotros, puesto que mientras nosotros somos, la muerte no está presente y, cuando la muerte se presenta, entonces no existimos. Con que ni afecta a los vivos ni a los muertos, porque para éstos no existe y los otros no existen ya. Sin embargo la gente unas veces huye de la muerte como del mayor de los males y otras la acogen como descanso de los males de la vida.

El sabio, en cambio, ni rehúsa la vida ni teme el no vivir. Porque no le abruma el vivir ni considera que sea algún mal el no vivir. Y así como en su alimento no elige en absoluto lo más cuantioso sino lo más agradable, así también del tiempo saca fruto no al más largo sino al más placentero. El que recomienda al joven vivir bien y al viejo partir bien es un tonto, no sólo por lo amable de la vida, sino además porque es el mismo el cuidado de vivir bien y de morir bien. Pero mucho peor es el que dice: «Bueno es no haber nacido, o bien una vez nacido traspasar cuanto antes las puertas de Hades».

Pues si afirma eso convencido, ¿cómo no se aparta de la vida? Pues eso está a su alcance, si es que ya ha deliberado seriamente. Si lo dice chanceándose, es frívolo en lo que no lo admite.

Hay que rememorar que el porvenir ni es nuestro ni totalmente no nuestro para que no aguardemos que lo sea totalmente ni desesperemos de que totalmente no lo sea.

Reflexionemos que de los deseos unos son naturales, otros vanos; y de los naturales unos son necesarios, otros sólo naturales; y de los necesarios unos lo son para la felicidad, otros para el bienestar del cuerpo, y otros para la vida misma.

Carta a Meneceo, 122-127
(Diógenes Laercio, X 122-135)
(C. G. G.)[51]

CLEANTES

Entre los pocos fragmentos largos de los primeros estoicos que tenemos merece un lugar de honor este Himno a Zeus *de Cleantes. Es un testimonio importante de la piedad estoica, al tiempo que una curiosa mezcla de religiosidad tradicional reciclada al servicio de un credo filosófico más abstracto e idealista. El Zeus de los estoicos es el dios supremo, que es Razón y Orden cósmico, inmanente al mundo material y Providencia, y en él el estoico encuentra consuelo y seguridad para enfrentarse sereno al quehacer cotidiano.*

14. La religiosidad del filósofo estoico

¡Oh Tú, el más glorioso de los inmortales, de numerosos nombres, siempre omnipotente, Zeus, principio soberano de la naturaleza, que todo gobiernas de acuerdo con la ley, te saludo! Pues es lícito a todos los humanos invocarte de viva voz. Porque somos de tu estirpe, y somos los únicos que recibimos la imagen de la razón divina de todos cuantos seres viven y se

mueven sobre la tierra. Por eso te celebraré en mi himno y tu poder siempre cantaré.

A ti en verdad todo este universo que en torno a la tierra voltea te obedece en el curso que le asignas y gozoso se somete a tu dominio. ¡Tremendo servidor tienes en tus invencibles manos, con su doble filo, llameante, siempre vivo, el rayo!

Que a sus golpes todas las obras de la naturaleza se estremecen, y con él tú ajustas el balance de la común Razón, que por doquier se extiende mezclándose a los grandes y pequeños destellos de luz.

Ningún hecho acontece en la tierra a tus espaldas, Dios, ni en la divina bóveda del éter, ni en alta mar, de no ser lo que acometen los malvados en arrebatos de inconsciencia.

Pero tú sabes también moderar lo que desborda la mesura, y ordenar lo desordenado. Incluso los contrarios se reconcilian en ti.

Así que en lo Uno has ajustado en armonía todos los bienes y los males, de manera que de todos ellos se origine la Razón siempre existente. Ésa que olvidan y trascuran todos los mortales malvados, ¡infelices!, que, anhelando sin cesar la adquisición de ganancias, ni advierten la Ley Universal de Dios ni la obedecen; pues si la acataran con sensatez mantendrían una vida virtuosa.

Mas ellos por sí mismos se precipitan, necios, a daños diversos, y unos por el ansia de renombre se empeñan en extremada querella, y otros con su afán de lucro se comportan sin ningún miramiento, y otros se dedican a la molicie y a los goces placenteros del cuerpo. De manera que actúan de modo insensato y se azacanean de un lado a otro, fatigándose en que sucedan las cosas más opuestas entre sí.

Pero tú, Zeus, que todo lo das, el de las negras nubes, el del fulgente rayo, protege a los humanos de la funesta ignorancia, y apártala, Padre, de nuestra alma, y permítenos conseguir la cordura, en la que tú te afirmas para regirlo todo con justicia, a fin de que obtengamos tu aprecio y te respondamos con ve-

neración, cantando en himnos incesantes tus obras, como conviene que haga quien es mortal, ya que no hay otro privilegio mayor para los humanos ni para los dioses que celebrar siempre en justicia la Ley Universal.

Himno a Zeus
(C. G. G.)[52]

EPICTETO

De Epicteto nos han llegado sus Disertaciones, *que redactó su discípulo ocasional Arriano y el* Encheiridion *o* Manual, *que, en forma más breve y puntual, recoge las principales máximas y consejos de su filosofía. Epicteto, que fue esclavo y luego exiliado de Roma, tuvo una escuela de filosofía, y para él el estoicismo es ya sencillamente una doctrina ética, como en otros representantes de la Estoa nueva, como Séneca y Marco Aurelio.*

15. Los primeros principios éticos

Capítulo 1

De lo existente, unas cosas dependen de nosotros; otras no dependen de nosotros. De nosotros dependen el juicio, el impulso, el deseo, el rechazo y, en una palabra, cuanto es asunto nuestro. Y no dependen de nosotros el cuerpo, la hacienda, la reputación, los cargos y, en una palabra, cuanto no es asunto nuestro. Y lo que depende de nosotros es por naturaleza libre, no sometido a estorbos ni impedimentos mientras que lo que

no depende de nosotros es débil, esclavo, sometido a impedimentos, ajeno. Recuerda, por tanto, que si lo que por naturaleza es esclavo lo consideras libre y lo ajeno, propio, sufrirás impedimentos, padecerás, te verás perturbado, harás reproches a los dioses y a los hombres, mientras que si consideras que sólo lo tuyo es tuyo y lo ajeno, como es en realidad, ajeno, nunca nadie te obligará, nadie te estorbará, no harás reproches a nadie, no irás con reclamaciones a nadie, no harás ni una sola cosa contra tu voluntad, no tendrás enemigo, nadie te perjudicará ni nada perjudicial te sucederá.

Y cuando tengas ya en el deseo tan grandes cosas, recuerda que no hay que acercarse a ellas con un estímulo moderado, sino que las unas hay que rechazarlas definitivamente y las otras hay que posponerlas, al menos, de momento. Pero si al mismo tiempo quieres esto y quieres también tener cargos y enriquecerte, quizás ni esto último alcances por desear también lo anterior y desde luego fracasarás por completo en conseguir lo que es el único medio para alcanzar la libertad y la felicidad.

Pon al punto tu esfuerzo en responder siempre a toda representación áspera: «Eres una representación y no, en absoluto, lo representado». Y luego examínala y ponla a prueba mediante las normas esas que tienes y, sobre todo, con el primero, ése de si versa sobre lo que depende de nosotros o sobre lo que no depende de nosotros. Y si versara sobre lo que no depende de nosotros, ten a mano lo de que «No tiene que ver conmigo».

Capítulo 2

Recuerda que la promesa del deseo es la consecución de lo que deseas y la promesa del rechazo el no ir a dar en aquello que se rechaza y que el que falla en su deseo es infortunado y el que va a dar en el objeto de su rechazo es desdi-

chado. Si sólo rechazas cosas que no son acordes con la naturaleza y que dependen de ti no irás a dar en nada de lo que rechazas. Pero si rechazas la enfermedad o la muerte o la pobreza, serás desdichado. Aparta, pues, tu rechazo de todo lo que no depende de nosotros y ponlo en lo que no es acorde con la naturaleza y depende de nosotros. Aniquila por completo el deseo, al menos en el momento presente. Y es que si deseas algo de lo que no depende de nosotros, por fuerza serás infortunado; y si algo de lo que depende de nosotros, aun no tienes a tu disposición nada de cuanto sería hermoso que desearas; así que usa solamente el impulso y la repulsión, pero con suavidad, de manera excepcional y sin tensiones.

Capítulo 3

Con cada cosa que te atraiga o te reporte utilidad o a la que seas aficionado, acuérdate de decirte siempre de qué clase es, empezando por lo más pequeño. Si eres aficionado a una olla, di «Soy aficionado a una olla» y no te perturbarás cuando se rompa; si besas a tu hijo o a tu mujer, di que besas a un ser humano y no te perturbarás cuando muera.

Capítulo 4

Cuando vayas a emprender algún asunto recuérdate a ti mismo qué clase de asunto es; si vas a bañarte, ten en mente lo que sucede en el baño: los que salpican, los que empujan, los que insultan, los que roban. Y, así, emprenderás con más seguridad el asunto, si enseguida te dices: «Quiero bañarme y conservar mi albedrío conforme a naturaleza». Y lo mismo en todos los asuntos. Y así, si surge algún impedimento para el baño, tendrás a mano lo de que «Pero no quería sólo eso, sino también

conservar mi albedrío conforme a naturaleza; y no lo conservaré si me enfado por lo que sucede».

Capítulo 5

Los hombres se ven perturbados no por las cosas, sino por las opiniones sobre las cosas. Como la muerte, que no es nada terrible, pues entonces también se lo habría parecido a Sócrates, sino que porque es terrible la opinión sobre la muerte, también ella es terrible, así que cuando suframos impedimentos o nos veamos perturbados o nos entristezcamos, no echemos nunca la culpa a otro, sino a nosotros mismos, es decir, a nuestras opiniones. Es propio del profano reclamar a los otros por lo que uno mismo ha hecho mal; el reclamarse a sí mismo, propio del que ha empezado a educarse; propio del instruido el no reclamar ni a los otros ni a sí mismo.

Manual 1-5
(P. O.)[53]

MARCO AURELIO

Las notas personales (Meditaciones, Soliloquios, *o* Sobre sí mismo), *que dejó a su muerte el emperador Marco Aurelio (120-180 d.C.), son uno de los textos antiguos más impresionantes por su sinceridad y su grandeza moral. Escritos durante los últimos años de su vida, en medio de las campañas contra los bárbaros a orillas del Danubio, en ellos se recogen las reflexiones de este estoico solitario que rigió el vasto Imperio Romano con admirable entereza, siendo a la vez fiel a los preceptos de la Estoa.*

16. Consejos para cada mañana

Al despuntar la aurora, hazte estas consideraciones previas: me encontraré con un indiscreto, un ingrato, un insolente, un mentiroso, un envidioso, un insociable. Todo eso les acontece por ignorancia de los bienes y de los males. Pero yo, que he observado que la naturaleza del bien es lo bello, y que la del mal es lo vergonzoso, y que la naturaleza del pecador mismo es pariente de la mía, porque participa, no de la misma sangre de la

misma semilla, sino de la inteligencia y de una porción de la divinidad, no puedo recibir daño de ninguno de ellos, pues ninguno me cubrirá de vergüenza; ni puedo enfadarme con mi pariente ni odiarle. Pues hemos nacido para colaborar, al igual que los pies, las manos, los párpados, las hileras de dientes, superiores e inferiores. Obrar, pues, como adversarios los unos de los otros es contrario a la naturaleza. Y es actuar como adversario el hecho de manifestar indignación y repulsa.

Esto es todo lo que soy: un poco de carne, un breve hálito vital, y el guía interior. ¡Deja los libros! No te dejes distraer más; no te está permitido. Sino que, en la idea de que eres ya un moribundo, desprecia la carne: sangre y polvo, huesecillos, fino tejido de nervios, de diminutas venas y arterias. Mira también en qué consiste el hálito vital: viento, y no siempre el mismo, pues en todo momento se vomita y de nuevo se succiona. En tercer lugar, pues, te queda el guía interior. Reflexiona así: eres viejo; no consientas por más tiempo que éste sea esclavo, ni que siga aún zarandeado como marioneta por instintos egoístas, ni que se enoje todavía con el destino presente o recele del futuro.

Las obras de los dioses están llenas de providencia, las de la Fortuna no están separadas de la naturaleza o de la trama y entrelazamiento de las cosas gobernadas por la Providencia. De allí fluye todo. Se añade lo necesario y lo conveniente para el conjunto del universo, del que formas parte. Para cualquier parte de naturaleza es bueno aquello que colabora con la naturaleza del conjunto y lo que es capaz de preservarla. Y conservan el mundo tanto las transformaciones de los elementos simples como las de los compuestos. Sean suficientes para ti estas reflexiones, si son principios básicos. Aparta tu sed de libros, para no morir gruñendo, sino verdaderamente resignado y agradecido de corazón a los dioses.

Meditaciones II 1-3
(R. B.)[54]

17. No confíes en la utopía de Platón

Éstas son las rotaciones del mundo, de arriba abajo, de siglo en siglo. Y, o bien la inteligencia del conjunto universal impulsa a cada uno, hecho que, si se da, debes acoger en su impulso; o bien de una sola vez dio el impulso, y lo restante se sigue, por consecuencia... Pues, en cierto modo, son átomos o cosas indivisibles. Y, en suma, si hay Dios, todo va bien; si todo discurre por azar, no te dejes llevar también tú al azar.

Pronto nos cubrirá a todos nosotros la tierra, luego también ella se transformará y aquellas cosas se transformarán hasta el infinito y así sucesivamente. Con que si se toma en consideración el oleaje de las transformaciones y alteraciones y su rapidez, se menospreciará todo lo mortal.

La causa del conjunto universal es un torrente impetuoso. Todo lo arrastra. ¡Cuán vulgares son esos hombrecillos que se dedican a los asuntos ciudadanos y, en su opinión, a la manera de filósofos! Llenos están de mocos. ¿Y entonces qué, buen amigo? Haz lo que ahora reclama la naturaleza. Emprende tu cometido, si se te permite, y no repares en si alguien lo sabrá. No tengas esperanzas en la *República* de Platón; antes bien, confórmate, si progresas en el mínimo detalle, y piensa que este resultado no es una insignificancia. Porque, ¿quién cambiará sus convicciones? y excluyendo el cambio de convicciones, ¿qué otra cosa existe sino esclavitud de gente que gime y que finge obedecer? Ve ahora y cítame a Alejandro, Filipo y Demetrio Falereo. Yo les seguiré si han comprendido cuál era el deseo de la naturaleza común y se han educado ellos mismos. Pero si representaron tragedias, nadie me ha condenado a imitarles. Sencilla y respetable es la misión de la filosofía. No me induzcas a la vanidad.

Contempla desde arriba innumerables rebaños, infinidad de ritos y todo tipo de travesía marítima en medio de tempestades y bonanza, diversidad de seres que nacen, conviven y se van. Reflexiona también sobre la vida por otros vivida tiem-

po ha, sobre la que vivirán con posterioridad a ti y sobre la que actualmente viven en los pueblos extranjeros; y cuántos hombres ni siquiera conocen tu nombre y cuántos lo olvidarán rapidísimamente y cuántos, que tal vez ahora te elogian, muy pronto te vituperarán; y cómo ni el recuerdo ni la fama, ni, en suma, ninguna otra cosa merece ser mencionada.

Imperturbabilidad con respecto a lo que acontece como resultado de una causa exterior y justicia en las cosas que se producen por una causa que de ti proviene. Es decir, instintos y acciones que desembocan en el mismo objetivo: obrar de acuerdo con el bien común, en la convicción de que esta tarea es acorde con tu naturaleza.

Meditaciones IX 28-31
(R. B.)[54]

PLOTINO

En sus Enéadas *presenta Plotino la grandiosa visión de la filosofía neoplatónica. Sobre la pauta del idealismo de Platón Plotino ha construido un sistema metafísico donde se expone su idealismo trascendente que concluye en una especie de mística cuyo objetivo final es la unión con la divinidad. Con un estilo propio, Plotino representa la última gran figura de filósofo griego.*

18. Ascender hacia el Bien y la Belleza

Y es que, según la doctrina antigua, «la morigeración, la valentía» y toda virtud es «purificación, y la sabiduría misma lo es». Y por eso los ritos mistéricos tienen razón al decir, con misterioso sentido, que quien no esté purificado, yendo «al Hades, yacerá en el cieno». Porque lo impuro, por su maldad, es amigo del cieno, lo mismo que los cerdos, inmundos como son de cuerpo, se recrean en lo inmundo. Porque la verdadera morigeración, ¿en qué puede consistir sino en no tener trato con los placeres del cuerpo, antes bien rehuirlos como impuros e impropios del puro? La valentía consiste en no temer

la muerte; mas ésta, la muerte, consiste en que el alma esté separada del cuerpo. Ahora bien, esta separación no la teme quien gusta de quedarse a solas. La magnanimidad consiste en el desdén por las cosas de acá; y la sabiduría, en la intelección, que vuelve la espalda a las cosas de abajo y conduce el alma a las de arriba.

Una vez, pues, que el alma se ha purificado, se hace forma y razón, se vuelve totalmente incorpórea e intelectiva y se integra toda ella en lo divino, de donde nacen la fuente de lo bello y todas las cosas de la misma estirpe parecidas a lo bello. Un alma subida a la inteligencia realza, por tanto, su belleza. Ahora bien, la inteligencia y las cosas derivadas de la inteligencia son la belleza propia, que no ajena, del alma, ya que entonces es realmente sólo alma. Y por eso se dice con razón que, para el alma, el hacerse buena y bella consiste en asemejarse a Dios, porque de él nacen la Belleza y la otra porción de los seres. Mejor dicho, los Seres son la Beldad, y la otra naturaleza la fealdad, que es lo mismo que el mal primario; luego también en Dios son la misma cosa bondad y beldad, o mejor, el Bien y la Beldad.

Y, por tanto, la investigación de lo bello debe ir paralela a la de lo bueno; y la de lo feo, a la de lo malo. Y así, lo primero de todo hay que colocar a la Beldad, que es lo mismo que el Bien. De éste procede inmediatamente la Inteligencia en calidad de lo bello. El Alma, en cambio, es bella por la Inteligencia, mientras que las demás cosas son ya bellas por obra del Alma, porque las conforma, tanto las que entran en el ámbito de las acciones como las que entran en el de las ocupaciones. E incluso los cuerpos, cuantos son calificados de bellos, es ya el Alma quien los hace tales. Porque como el Alma es cosa divina y una como porción de lo bello, cuantas cosas toca y somete las hace bellas en la medida en que son capaces de participar.

Hay que volver, pues, a subir hasta el Bien, que es el objeto de los deseos de toda alma. Si alguno lo ha visto, sabe lo que digo; sabe cuán bello es. Es deseable, en efecto, por ser bueno,

y el deseo apunta al Bien; mas la consecución del Bien es para los que suben hacia lo alto, para los que se han convertido y se despojan de las vestiduras que nos hemos puesto al bajar (como a los que suben hasta el sanctasanctórum de los templos les aguardan las purificaciones, los deshojamientos de las vestiduras de antes y el subir desnudos), hasta que, pasando de largo en la subida todo cuanto sea ajeno a Dios, vea uno por sí solo a él solo incontaminado, simple y puro, de quien todas las cosas están suspendidas, a quien todas miran, por quien existen y viven y piensan, pues es causa de vida, de inteligencia y de ser.

Si, pues, uno lograra verlo, ¡qué amores sentiría!, ¡qué anhelos, deseando fundirse con él, ¡qué sacudida tan deleitosa! Porque lo propio de quien no lo ha visto todavía, es el desearlo como Bien; pero lo propio de quien lo ha visto, es el maravillarse por su belleza, el llenarse de un asombro placentero, el sentir una sacudida inofensiva, el amarlo con amor verdadero y con punzantes anhelos, el reírse de los demás amores y el menospreciar las cosas que anteriormente reputara por bellas. Le sucede como a los que toparon con figuras de dioses o démones: que ya no acogerían del mismo modo bellezas de otros cuerpos. «¿Qué pensar si uno contemplara la Belleza en sí autosubsistente y pura, que no está inficionada de carnes ni de cuerpo y no reside ni en la tierra ni en el cielo», para poder ser pura? Porque todas estas bellezas de acá son adventicias, están mezcladas y no son primarias, sino que proceden de aquél.

Enéadas I 6.6-7.25
(J. I.)[55]

HIPÓCRATES Y EL «CORPUS HIPPOCRATICUM»

Los médicos hipocráticos formaron una escuela profesional y confeccionaron la primera biblioteca de escritos médicos en torno a la figura de su fundador, el famoso Hipócrates (450-370 a.C., aproximadamente). Aunque casi todos sus escritos aparecen adjudicados al maestro, no sabemos cuántos redactó él personalmente. La temática de esos textos -algo más de una cincuentena de títulos- es muy variada, desde escritos de cirugía, dietética, medicina interna, hasta otros de carácter muy general, como los que tratan de la condición de la medicina científica, o del instrumental médico, de historias clínicas -como las recogidas en las Epidemias- o *de las influencias del medio ambiente, y algunos breves textos de carácter ético profesional como el famoso* Juramento médico *(que, dicho sea entre paréntesis, no responde enteramente a los principios generales de la escuela, pero revela bien la dignidad moral de la misma). Es muy interesante no sólo el contenido, sino también el estilo, claro, preciso, escueto, de la mayoría de estos breves tratados.*

19. El juramento médico

Juro por Apolo médico, por Asclepio, Higiea y Panacea, así como por todos los dioses y diosas, poniéndolos por testigos, dar cumplimiento en la medida de mis fuerzas y de acuerdo con mi criterio a este juramento y compromiso:

Tener al que me enseñó este arte en igual estima que a mis padres, compartir con él mi hacienda y tomar a mi cargo sus necesidades si le hiciera falta; considerar a sus hijos como hermanos míos y enseñarles este arte, si es que tuvieran necesidad de aprenderlo, de forma gratuita y sin contrato; hacerme cargo de la preceptiva, la instrucción oral y todas las demás enseñanzas de mis hijos, de los de mi maestro y de los discípulos que hayan suscrito el compromiso y estén sometidos por juramento a la ley médica, pero a nadie más.

Haré uso del régimen dietético para ayuda del enfermo, según mi capacidad y recto entender; del daño y la injusticia le preservaré.

No daré a nadie, aunque me lo pida, ningún fármaco letal, ni haré semejante sugerencia. Igualmente tampoco proporcionaré a mujer alguna un pesario abortivo. En pureza y santidad mantendré mi vida y mi arte.

No haré uso del bisturí ni aun con los que sufren del mal de piedra; dejaré esa práctica a los que la practican.

A cualquier casa que entrare acudiré para asistencia del enfermo, fuera de todo agravio intencionado o corrupción, en especial de tratos sexuales con las personas, ya sean hombres o mujeres, esclavos o libres.

Lo que en el tratamiento, o incluso fuera de él, viere u oyere en relación con la vida de los hombres, lo que no debe trascender jamás, lo callaré teniéndolo por secreto.

En consecuencia, séame dado, si a este juramento fuera fiel y no lo quebrantare, el gozar de mi vida y de mi arte, siempre

celebrado entre todos los hombres. Mas si lo transgredo y cometo perjurio, sea de esto todo lo contrario.

Juramento
(D. L.)[56]

20. La mirada del médico

Que el médico se ejercite en la previsión me parece excelente. Pues si conoce de antemano y predice ante los enfermos sus padecimientos presentes, los pasados, y los futuros, y si les relata por completo incluso los síntomas que los pacientes omiten contar, logrará una mayor confianza en que conoce las dolencias de los pacientes, de manera que las personas se decidirán a encomendarse a sí mismas al médico. Y así dispondrá del mejor modo el tratamiento, al haber previsto lo que va a ocurrir a partir de la situación actual.

Desde luego que el devolver la salud a todos los enfermos es imposible. Esto sería mucho mejor, en efecto, que el predecir lo que va a suceder. Pero el hecho es que los hombres mueren –unos fallecen antes de llamar al médico, a causa de la violencia de su enfermedad, otros en seguida, después de haberlo llamado, algunos sobreviviendo un día, y otros un breve tiempo más–, antes de que el médico se enfrente a combatir con su ciencia contra la enfermedad que sea. Hay que conocer, pues, las características naturales de estas dolencias, en qué medida están por encima de la resistencia de los cuerpos humanos, y, al mismo tiempo, si hay algo divino en estas enfermedades, y aprender a prever estos casos. De esa manera conseguirá uno un justo prestigio y se hará un buen médico. Respecto de aquellos que tienen posibilidad de recobrarse, podrá atenderlos con más garantía cuanto más tiempo tenga de antemano para sus decisiones en cada caso; y, conociendo previamente y prediciendo quiénes van

a morir y quiénes van a salvarse, se eximirá de responsabilidad.

En las enfermedades agudas hay que observar atentamente esto: en primer lugar, el rostro del paciente, si es parecido al de las personas sanas, y sobre todo si se parece a sí mismo. Esto sería lo mejor, y lo contrario de su aspecto normal lo más peligroso. Puede presentar el aspecto siguiente: nariz afilada, ojos hundidos, sienes deprimidas, orejas frías y contraídas, y los lóbulos de las orejas desviados, la piel de la frente dura, tensa y reseca, y la tez de todo el rostro amarillenta u oscura.

Si al comienzo de la enfermedad el rostro está así, y todavía no es posible hacer predicciones por los demás síntomas, hay que preguntar si el paciente ha tenido insomnios, o si tenía la tripa muy suelta, o si tiene hambre. En el caso de que la respuesta sea afirmativa a cualquiera de estas cuestiones, se puede considerar menor el peligro. El caso se resuelve en un día y una noche, si el rostro estaba así por esas causas. Si ninguna de ellas se confirma, ni se restablece en el tiempo antes dicho, hay que saber que esto es un indicio mortal.

Pero si la enfermedad ya tiene más de tres días y el rostro tiene ese aspecto, preguntar acerca de lo que antes he indicado, y examinar los demás síntomas, en todo el cuerpo y en los ojos. Si acaso rehúyen la luz, o lagrimean involuntariamente, o bizquean, o el uno se hace más pequeño que el otro, si lo blanco se mantiene rojo o lívido, o si aparecen venillas negras en ellos, o legañas en torno a las órbitas, o están inquietos, saltones o fuertemente hundidos, o si la color del rostro en general está alterada, todo eso son indicios malos y funestos.

Hay que observar también los resquicios de los ojos durante el sueño. Pues si se deja ver algo del blanco por debajo de los párpados cerrados, no siendo por efecto de una diarrea o de una purga, o que sea costumbre del paciente el dormir así, el síntoma es maligno y bastante mortal.

Si se ponen curvos o lívidos los párpados, o los labios, o la nariz, junto con alguno de los demás síntomas, hay que saber

que se avecina la muerte. [También es indicio de muerte el tener los labios entreabiertos, colgantes, fríos y muy blanquecinos.]

Pronóstico 1-2
(C. G. G.)[56]

21. Atención al medio ambiente

Quien quiera estudiar perfectamente la ciencia médica debe hacer lo siguiente: en primer lugar, ocuparse de los efectos que puede ocasionar cada una de las estaciones del año, pues no se parecen en nada mutuamente, sino que difieren mucho no sólo entre sí, sino también en sus cambios. Después, ha de conocer los vientos, calientes y fríos, especialmente los que son comunes a todos los hombres, y, además, los típicos de cada país. También debe ocuparse de las propiedades de las aguas, pues, tal como difieren en la boca y por su peso, así también es muy distinta la propiedad de cada una.

Así, cuando se llega a una ciudad desconocida, es preciso preocuparse por su posición: cómo está situada con respecto a los vientos y a la salida del sol. Pues no tiene las mismas propiedades la que mira al Norte que la que da al Sur, ni la orientada hacia el sol saliente, que la que mira al Poniente. Hay que ocuparse de eso de la mejor manera, y, además, de qué aguas disponen los habitantes: si consumen aguas pantanosas y blandas, o duras y procedentes de lugares elevados y rocosos, o saladas y crudas.

Respecto del suelo, hay que saber si es pelado y seco, o frondoso y húmedo, y si está encajonado y es sofocante, o elevado y frío. Además, hay que enterarse de qué tipo de vida gozan los habitantes: si son bebedores, toman dos comidas al día y no soportan la fatiga, o si aman el ejercicio físico y el trabajo, comen bien y beben poco.

Partiendo de estos puntos, hay que ocuparse de cada dato por separado. Pues si uno los conociera perfectamente –mejor todos, pero, si no, los más posibles–, no ignoraría, al llegar a una ciudad que desconoce, ni las enfermedades locales, ni cuál es la naturaleza de las afecciones comunes, de suerte que ni andaría confuso en el tratamiento de las enfermedades, ni cometería errores, cosa que es natural que suceda, si se medita en los datos concretos, sin conocerlos de antemano.

Según transcurre el tiempo y pasa el año, podrá decir cuántas enfermedades generales van a atacar la ciudad en verano o en invierno, y cuántas enfermedades particulares es de temer que le ocurran a cada uno a causa de un cambio en su dieta. Pues bien conoce los cambios de las estaciones y la salida y ocaso de los astros, a la vista de cómo ocurre cada uno de esos hechos, podrá prever cómo va a ser el año. Al reflexionar y prever de este modo, conocerá perfectamente la ocasión oportuna de cada caso, conseguirá curar en la mayor parte de las ocasiones y obtendrá un éxito grandísimo en la ciencia médica.

Si alguien pensara que esos datos son propios de la meteorología, en caso de cambiar de criterio, sabrá que la astronomía contribuye a la medicina, no en poquísima, sino en grandísima medida. En efecto, los órganos internos les cambian a los hombres juntamente con las estaciones.

Sobre los aires, aguas y lugares 1-2
(J. A. L. F.)[57]

ARQUÍMEDES DE SIRACUSA

Arquímedes, nacido en Siracusa, estudió en Alejandría y murió en el asedio de su ciudad natal, en el siglo III a.C. Nos ha llegado una parte de su obra, que muestra la justicia de la extensa fama de que gozó ya en su tiempo. Cálculos matemáticos para resolver problemas de Física y Mecánica, sobre todo. Fueron famosas en la Antigüedad las máquinas de guerra que ayudó a construir. Y también algunas frases, como esa de «dadme un punto de apoyo y moveré la tierra».

22. Comienzos de un tratado metódico

A Eratóstenes: método de Arquímedes relativo a las proporciones mecánicas.

Arquímedes a Eratóstenes, salud.

Te envié anteriormente algunos teoremas que había descubierto invitándote a que, tras haber formulado yo sus enunciados, hallaras las demostraciones que aún no te había indicado. Los enunciados de los teoremas eran los siguientes:

Del primero: si en un prisma recto que tiene como base un paralelogramo (es decir: cuadrado, en este contexto), se inscribe un cilindro que tiene las bases situadas en dos paralelogramos opuestos y los lados en los restantes planos del prisma, y se traza un plano por el centro del círculo que es la base del cilindro y por un lado del cuadrado situado en la cara opuesta, el plano trazado cortará del cilindro un segmento limitado por dos planos y la superficie del cilindro, siendo uno (de los planos) el trazado y el otro aquel en que está la base del cilindro, y siendo la superficie (cilíndrica) la comprendida entre dichos planos; el segmento cortado del cilindro es la sexta parte del prisma entero.

El enunciado del segundo teorema era: si en un cubo se inscribe un cilindro que tiene las bases situadas en dos paralelogramos opuestos y la superficie tangente a los cuatro planos restantes, y se inscribe en el mismo cubo otro cilindro con las bases en otros dos paralelogramos y la superficie tangente a los cuatro planos restantes, la figura comprendida por las superficies de los cilindros e inserta en ambas es dos tercios del cubo entero.

Pero ocurre que estos teoremas difieren de los anteriormente descubiertos. Pues en aquellos comparábamos los volúmenes de las figuras de conoides y esferoides, y sus segmentos, con los volúmenes de las figuras de conos y cilindros, sin que ninguna de ellas resultara ser igual a una figura sólida limitada por planos; mientras que cada una de estas figuras (comprendidas) entre dos planos y superficies cilíndricas resulta igual a una figura sólida limitada por planos.

Pues bien, habiendo formulado en este libro las demostraciones de estos teoremas, te las envío.

Reconociendo, como digo, tu celo y tu excelente dominio en materia de filosofía, amén de que sabes apreciar, llegado el caso, la investigación de cuestiones matemáticas, he creído oportuno confiarte por escrito, y explicar en este mismo libro, las características propias de un método según el cual te será posible abordar la investigación de ciertas cuestiones matemáticas por medio de la mecánica. Algo que, por lo de-

más, estoy convencido, no es en absoluto menos útil en orden a la demostración de los teoremas mismos. Pues algunos de los que primero se me hicieron patentes por la mecánica, recibieron luego demostración por geometría, habida cuenta de que la investigación por ese método queda lejos de una demostración; como que es más fácil construir la demostración después de haber adquirido por ese método cierto conocimiento de los problemas, que buscarla sin la menor idea al respecto. <... Por esta razón, aun en el caso> de los teoremas referentes al cono y a la pirámide, cuya demostración fue Eudoxo el primero en hallar, a saber: que el cono es la tercera parte del cilindro y la pirámide es la tercera parte del prisma, con la misma base e igual altura, conviene atribuir buena parte del mérito a Demócrito, el primero que enunció esto sin demostración acerca de dichas figuras. También en mi caso sucede que el descubrimiento de los teoremas que ahora doy a conocer ha tenido lugar de modo semejante al de los precedentes. Y he querido publicar el método una vez perfilado para que no den en pensar algunos que hablaba por hablar al haberme referido a él anteriormente y, al mismo tiempo, porque estoy convencido de que puede representar una contribución no poco provechosa a la investigación matemática. Pues supongo que algunos de mis contemporáneos o sucesores llegarán a encontrar por el método expuesto otros teoremas que a mí todavía no se me han ocurrido.

Así pues, expongo en primer lugar el resultado que también fue el primero en manifestarse por vía mecánica, a saber: que todo segmento de una sección de cono rectángulo es cuatro tercios del triángulo que tiene la misma base e igual altura, y seguidamente, uno por uno, los resultados tratados de la misma manera. Al final del libro formulo las demostraciones geométricas de los teoremas cuyos enunciados te había enviado con anterioridad.

El Método. Prólogo
(M.ª L. P.-L. V.)[58]

EUCLIDES

De la persona de Euclides no sabemos nada. Es sólo un nombre -de un matemático que debió de escribir en Alejandría en el siglo III a.C.- esa obra ejemplar, en trece libros, de los Elementos de Geometría, *o simplemente* Elementos *-que ha sido básica en los estudios de matemática fundamental hasta nuestros días-. Sus formulaciones de los primeros axiomas son un claro ejemplo del escueto estilo de este género de tratados.*

23. Definiciones

1. Un punto es lo que no tiene partes.
2. Una línea es una longitud sin anchura.
3. Los extremos de una línea son puntos.
4. Una línea recta es aquella que yace por igual respecto de los puntos que están en ella.
5. Una superficie es lo que sólo tiene longitud y anchura.
6. Los extremos de una superficie son líneas.
7. Un superficie plana es aquella que yace por igual respecto de las líneas que están en ella.

8. Un ángulo plano es la inclinación mutua de dos líneas que se encuentran una a otra en un plano y no están en línea recta.

9. Cuando las líneas que comprenden el ángulo son rectas el ángulo se llama rectilíneo.

10. Cuando una recta levantada sobre otra recta forma ángulos adyacentes iguales entre sí, cada uno de los ángulos iguales es recto y la recta levantada se llama perpendicular a aquella sobre la que está.

11. Ángulo obtuso es el (ángulo) mayor que un recto.

12. Ángulo agudo es el (ángulo) menor que un recto.

13. Un límite es aquello que es extremo de algo.

14. Una figura es lo contenido por uno o varios límites.

15. Un círculo es una figura plana comprendida por una línea [que se llama circunferencia] tal que todas las rectas que caen sobre ella desde un punto de los que están dentro de la figura son iguales entre sí.

16. Y el punto se llama centro del círculo.

17. Un diámetro del círculo es una recta cualquiera trazada a través de centro y limitada en ambos sentidos por la circunferencia del círculo, recta que también divide el círculo en dos partes iguales.

18. Un semicírculo es la figura comprendida entre el diámetro y la circunferencia por él cortada. Y el centro del semicírculo es el mismo que el del círculo.

19. Figuras rectilíneas son las comprendidas por rectas, triláteras las comprendidas por tres, cuadriláteras las comprendidas por cuatro, multiláteras las comprendidas por más de cuatro rectas.

20. De entre las figuras triláteras, triángulo equilátero es la que tiene los tres lados iguales, isósceles la que tiene sólo dos lados iguales, y escaleno la que tiene los tres lados desiguales.

21. Además, de entre las figuras triláteras, triángulo rectángulo es la que tiene un ángulo recto, obtusángulo la que tiene un ángulo obtuso, acutángulo la que tiene los tres ángulos agudos.

22. De entre las figuras cuadriláteras, cuadrado es la que es equilátera y rectangular, rectángulo la que es rectangular pero no equilátera, rombo la que es equilátera pero no rectangular, romboide la que tiene los ángulos y lados opuestos iguales entre sí, pero no es equilátera ni rectangular; y llámense trapecios las demás figuras cuadriláteras.

23. Son rectas paralelas las que estando en el mismo plano y siendo prolongadas indefinidamente en ambos sentidos, no se encuentran una a otra en ninguno de ellos.

Geometría. Libro I
(M.ª L. P.)[59]

TEOFRASTO

Fue, como su maestro Aristóteles, un polígrafo, interesado en muy diversos campos del saber, desde la Física y la Metafísica, hasta la Botánica, como muestran sus libros sobre la Investigación de las plantas *y* Sobre las causas de las plantas. *También escribió un precioso libro* Sobre los caracteres, *y otros textos misceláneos, como un tratado* Sobre la melancolía, *que hemos perdido.*

24. Descripción de una planta: la zarzaparrilla

La zarzaparrilla es parásita, pero el tallo es espinoso y, a decir verdad, las espinas son rectas. La hoja es hederácea, pequeña y angulosa y, en la conjunción con el tallo, tiene una especie de orejitas. Es característica de ella poseer como una especie de nervadura central suave, que la divide en dos, y que las ramificaciones filiformes no proceden de ella como en otras hojas, sino que forman círculos alrededor de ella procedentes de la unión de la parte gruesa del pecíolo con la hoja. Y de los nudos del tallo y en los espacios que hay entre las hojas,

arranca del mismo tronco que ellas un zarcillo delgado en espiral. La flor es blanca y perfumada como la de la azucena. Tiene un fruto parecido al de la hierba mora y al de la brionia (nueza) y, sobre todo, parecido a la baya llamada «uva silvestre».

Los racimos son colgantes como los de la hiedra, pero la colocación regular de las bayas recuerda mucho a la de los racimos de la vid; porque los tallos portadores de las bayas arrancan de un solo punto. El fruto es rojo y tiene, por lo general, dos cuescos, los más grandes tres y los pequeños uno. El cuesco es muy duro y negro por fuera. Una peculiaridad de los racimos es que están colocados en hileras a lo largo de los lados del tallo, y el racimo más grande aparece en el extremo del mismo, como en el espino cerval y en la zarza. Es evidente que el fruto se origina en el extremo del tallo y en los dos lados.

Historia de las plantas III 18, 11-12
(J. M.ª D. R.)[60]

ARTEMIDORO DE DALDIS

Artemidoro escribió uno de los tratados más curiosos que nos han legado los antiguos. Sus dos libros sobre La interpretación de los sueños *son un manual profesional para el practicante de esta pseudociencia, que tuvo en la Antigüedad numerosos adeptos, primero entre los sacerdotes especializados y luego entre los especialistas profesionales, como el propio Artemidoro, quien escribió el texto para su hijo, continuador suyo en el gremio. Cientos y cientos de sueños, con sus temas y sus símbolos, bien ordenados y catalogados, reciben aquí su atención crítica, prescindiendo de las hipótesis de influjos divinos. El texto es muy interesante por los datos que da sobre aspectos de la vida cotidiana de la época. Esta* «clave de los sueños» *mereció elogios de uno de sus mejores lectores modernos: Sigmund Freud.*

25. Soñar con coronas significa muchas cosas

Ceñirse una corona con flores propias del tiempo constituye un presagio favorable de validez universal y, en cambio, desfavorable si se trata de ejemplares de otras estaciones. Mas

como es conveniente mencionar cada tipo por un afán de precisión, al punto me dispongo a hacerlo. Las coronas confeccionadas con narcisos son funestas para todos, aunque el sueño se tenga en período de floración y, en particular, para los que se ganan la vida gracias al agua o a través de ella y, también, para los que se disponen a emprender un viaje por mar. Las hechas con violetas en su estación resultan beneficiosas, pero fuera de la época perjudiciales. De éstas, las de flores blancas anuncian incomodidades manifiestas y señaladas; las de tono azafranado daños más difusos y las purpúreas hasta la muerte, puesto que el color violáceo tiene cierta afinidad con ella. Las coronas de rosas en su estación son un buen augurio para todos, salvo para los enfermos y los que intentan pasar inadvertidos. A aquéllos los extingue por su pronta marchitez, a éstos los delata a través de su perfume. En las regiones en las que florecen rosas incluso durante el invierno, hay que establecer siempre una interpretación de carácter positivo.

Las coronas de amaranto son beneficiosas para todos y, en particular, para los que sostienen un proceso, puesto que esta flor conserva su color todo el tiempo como indica su nombre. En cambio, para el que está mal de salud dicha planta es desfavorable, pues se suele ofrecer a los muertos, a los dioses y, raras veces, a los vivos. Las coronas realizadas con lirios aplazan los negocios a ocasiones más esperanzadoras. Ponerse coronas de jaramago, almoraduz, romaza, énula, anémonas o mejorana es negativo para todos, pues la mayoría de las veces estas plantas presagian dolencias. La flor de la malva y del rododendro son una buena señal únicamente para los jardineros y campesinos, a los demás les auguran fatigas y viajes. Idéntico significado encierran el tomillo, el santónico y el meliloto, excepto para los médicos: para éstos, en efecto, resulta favorable. Una corona de apio causa la ruina a los que tienen un padecimiento y, en particular, a los hidrópicos debido a su

frialdad y humedad, y también porque este tipo de corona es el apropiado en un certamen fúnebre. Sólo para los atletas es un buen vaticinio, para los restantes llega a ser nefasto. Las coronas de palma y de olivo favorecen los matrimonios con mujeres libres a causa de su entramado y anuncian una descendencia longeva por ser plantas de hoja perenne. La palmera equivale al varón y el olivo a la hembra. También son beneficiosas para los deportistas y los pobres. A estos últimos los enriquece, a los primeros los hace famosos. Igualmente conceden la libertad a los esclavos, pues estos ornamentos son propios de hombres libres, y revelan las cosas ocultas por el hecho de ser las coronas portadoras de fama. Idéntico valor tienen las realizadas con hojas de encina y de laurel. Las de mirto simbolizan lo mismo que las de laurel, pero son particularmente provechosas para los campesinos por causa de Deméter y para las mujeres en virtud de Afrodita: ciertamente, esta planta es común a ambas diosas. Las coronas de cera tienen efectos perjudiciales para todos y, en especial, para los enfermos, ya que los poetas llaman con este nombre a la muerte. Las coronas hechas de lana por su complejidad presuponen sortilegios y vínculos mágicos. Las de sal o de azufre pronostican que el sujeto de la visión soportará una grave carga de parte de sus superiores, pues las dos sustancias son pesadas por naturaleza y no resultan gratas.

Soñar que se tiene una corona de oro es un mal indicio para un esclavo, a no ser que también tenga los atributos que le acompañan, me refiero a la púrpura y al séquito. Igualmente es desfavorable para el pobre, pues supera su condición. En consecuencia, el primero sufrirá tormentos; el segundo será sorprendido en el acto de cometer graves faltas y, verosímilmente, será torturado. Al que sufre un mal le predice un próximo fin: en efecto, el oro es de tono amarillento, pesado y frío; por tal motivo se le asimila con la muerte. Asimismo desvela los secretos, pues el que se exhibe adornado con este

metal atrae hacia sí necesariamente todas las miradas. En cambio, he observado que a los ricos, a los demagogos y a los que aspiran a conseguir el poder esta corona les resulta propicia. Las de pámpanos y de hiedra sólo convienen a los artistas de Dioniso, mientras que a los demás les pronostican la prisión a causa de las espirales y entrelazamientos de esta especie trepadora o bien una dolencia por idéntica razón. A los delincuentes esta visión onírica les vaticina que serán decapitados, porque tales plantas se podan con un utensilio de hierro. Soñar que se tiene ceñida una corona de cebollas es positivo para el propio sujeto, sin embargo perjudica a los que están en su alrededor.

Interpretación de los sueños I 77
(E. R.)[61]

DIOSCÓRIDES

Pedanio (o Pedacio) Dioscórides Anazarbeo fue un médico militar del siglo I d.C., autor de un extenso tratado de botánica y farmacopea cuyo título latino conocemos como De materia medica, *prontuario que en cinco libros recogía las propiedades y cualidades –reales o imaginarias– de casi 600 especies vegetales y minerales. Utilizado durante toda la Edad Media como vademécum de boticarios, fue pronto traducido al latín y a las lenguas vernáculas. Cupo a España, en la figura del judío converso Andrés Laguna, contar –en tiempos de Felipe II– con una elegantísima traducción de esta obra (cuyo venerable texto reproducimos) tan merecidamente celebrada que la recuerda el propio don Quijote: «Tomara yo ahora más aína un cuartal de pan o una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna».*

De otra parte, este célebre texto se nos ha conservado en uno de los manuscritos más bellamente ilustrado e iluminado de toda la tradición griega, escrito en letra uncial.

Como muestra hemos seleccionado un breve fragmento dedicado a la adormidera y las propiedades farmacológicas de su zumo: el opio.

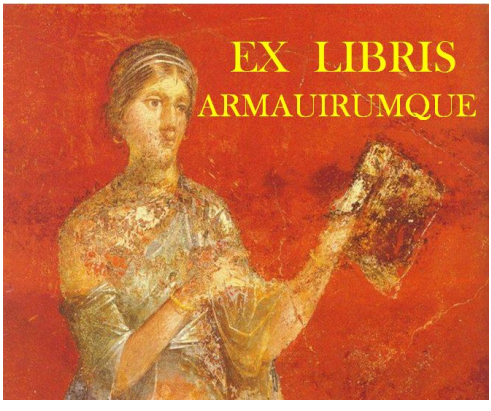
26. La adormidera

Hállase una especie de papáver doméstico, la cual se siembra en los huertos, cuya simiente se suele amasar en los panes, para usar della en salud y mezclarse también con miel, en lugar de alegría. Llámase *thylacitis* aquesta especie, la cual tiene las cabezuelas luengas y la simiente blanca. Otra se halla salvaje y ésta hace las dichas cabezas llanas, y la simiente negra, la cual tiene por nombre *pithitis,* aunque también algunos la llaman *reas,* a causa que destila della un cierto liquor. La tercera diferencia de papáver, es más salvaje que todas, más medicinal y más luenga, cuyas cabezas también son de mayor longura. Tienen común natura de resfriar todas estas especies, por donde el cocimiento de sus hojas y cabezas cocidas en agua, es provocativo de sueño, si se baña la cabeza con él, y dase el mesmo a beber a los que en ningún modo pueden dormir. De sus cabezas majadas y mezcladas con polenta se hacen emplastros útiles a las inflamaciones y al fuego de Sant Antón. Empero conviene majarlas estando verdes, y después de haberlas formado en pastillas, secarlas y guardarlas, para usar dellas. Cuécense también las cabezas por sí solas, en agua, hasta que la mitad se consuma; el cual cocimiento después se torna a hervir con miel, hasta que se vuelva espeso en forma de lamedor. Esta medicina quita totalmente el dolor y refrena los flujos estomacales. La cual obra con mayor fuerza si se mezcla con ella el acacia y el zumo de la hipocístide. Bébese con vino la simiente del negro papáver contra el flujo del vientre y del menstruo, y aplícase con agua sobre la frente y sienes de los que dormir no pueden. El liquor de aqueste mesmo papáver tiene mayor fuerza de resfriar, de engrosar y de desecar. Tomado dél cuanto un grano de yervo mitiga el dolor, provoca sueño madura y sirve a la tos y a las indisposiciones estomacales. Empero tomándose en mayor cuantidad ofende, porque hace letargia y despacha. Mezclado con aceite rosado y puesto, sirve al dolor de cabeza. Mitiga el dolor de

oído instilado con aceite de almendras, con mirra y con azafrán. Aprovecha mucho a las inflamaciones de ojos, aplicado con una yema de huevo asada y con el mesmo azafrán. Aplícase con vinagre sobre el fuego de Sant Antón y sobre las frescas heridas, y con leche de mujer y azafrán contra el dolor de la gota. Metido por el sieso en lugar de cala, hace dormir. Tiénese por excelentísimo el grave y el espeso, el que olido hace luego dormir, el amargo al gusto, el que fácilmente se deshace en el agua, el igual, el blanco, el que ni es áspero ni granado, el que no se cuaja como la cera cuando le cuelan, el que puesto al sol se derrite, y aplicado a la candela se enciende y da de sí una llama no escura, y finalmente el que después de amasado conserva su mesmo olor. Falsifícanle mezclando glaucio con él, o la goma arábiga, o el zumo de las lechugas salvajes. Empero el adulterado con glaucio luego muestra el color de azafrán si le destemplamos con agua. El falsificado con el zumo de la lechuga tiene el olor más débil y muéstrase muy más áspero; y el que tiene mezcla de goma no muestra fuerza ninguna, carece de olor y es transparente. No faltan algunos desvariados que le sofistiquen con sebo. Tuéstase en un tiesto nuevo, hasta que se pare más tierno y más rojo, para las medicinas útiles a los ojos. Diágoras, según cuenta Erasístrato, reprobó el uso del opio en el dolor de oídos, y en la inflamación de los ojos, como cosa que embota la vista y engendra muy graves sueños. Añade Andreas que los ojos que se untaren con opio puro y no adulterado cegarán luego. Mnesidemo dice que debemos solamente usar de su olor por ser provocativo de sueño, y que de si otra arte le administramos, daña. Las cuales cosas son falsas y reprobadas por la experiencia, visto que las fuerzas del opio se declaran por sus efectos. Por tanto no será fuera de propósito declarar el modo en que aqueste liquor se coge. Algunos majan las cabezas del papáver juntamente y las hojas y después de haber sacado el zumo dellas por un tornillo le majan en un mortero y a la fin hacen ciertas pastillas dél. Llámase meconio este zumo y es de me-

nor eficacia que el liquor verdadero llamado opio, el cual se coge en esta manera: después de ser ya exhalado todo el rocío conviene con un cuchillico ligeramente cercenar al derredor aquella estrelluela que se ve en la cabeza del papáver, de suerte que la punta no penetre hasta dentro; lo cual hecho, sajaremos también al soslayo la mesma cabeza, hendiéndola por la superficie con unas cuchilladicas derechas, desde arriba, hasta abajo. Después cogiendo con el dedo la lágrima que destilare por ella, la pondremos en una escudilla y tornaremos presto a hacer lo mesmo, porque continuamente se halla el liquor allí congelado y esto no sólo en el día primero, empero también en el que tras él sigue. Cogido el liquor se tiene de majar en un viejo mortero, y reducido en pastillas guardarse. Empero cuando hendiremos el papáver, conviene que estemos bien retirados atrás, para que no cojamos con los vestidos el liquor que dél destilare.

Materia médica IV 66
(A. F. L.)[62]



VI. ORADORES, RÉTORES Y GRAMÁTICOS

GORGIAS

Nacido en la ciudad siciliana de Leontinos, Gorgias (483-385 a.C.) es junto a Protágoras la figura más señera de la sofística. Fue maestro de retórica y entrenaba a sus discípulos con ejercicios sobre discursos antitéticos en los que debían defender el pro y el contra de un mismo caso. Acuñó ciertas figuras de dicción altamente poéticas, aunque terminaron por desembocar en un efectismo amanerado: frases de miembros simétricos, construcciones isosilábicas, resonancias y ecos verbales, juegos de palabras, etc. Además de los dos discursos suyos conservados, Encomio de Helena *y* Defensa de Palamedes, *se nos han transmitido algunos otros fragmentos.*

La traducción que aquí reproducimos refleja en cierta medida el estilo de Gorgias, aunque en ocasiones nos ha resultado verdaderamente imposible reproducir los juegos fónicos, isosilábicos, ecos y repeticiones verbales, equilibrio frásico, etc., que se encuentran en la prosa poética del original.

1. Yo me propongo liberar a Helena de la mala fama de que es acusada

Armonía es para una ciudad el arrojo de sus héroes; para un cuerpo, la belleza; para la mente, la intuición, para una acción, la destreza; y para un discurso, la verdad. Y falta de armonía son sus contrarios.

A un hombre, a una mujer, un discurso, una acción, una ciudad, es necesario, si se trata de un asunto merecedor de elogio, con elogio alabarlos, y si inmerecedor, cargarlos de reproches. Pues idéntica falta e ignorancia es reprochar lo que es elogiable, cuanto elogiar lo reprochable.

Tarea es de una misma persona proclamar con persuasivo argumento la fuerza de la verdad y refutar a quienes cargaron de reproches a Helena, mujer sobre la cual de forma unívoca y unánime se ha manifestado tanto la infalible sabiduría de los poetas de tradición oral cuanto el mal presagio de su propio nombre: todo lo cual ha prefigurado un recuerdo de desgracias. Sin embargo, yo me propongo, introduciendo cierta lógica en esta tradición, liberarla a ella de la mala fama de que es acusada; y, demostrando de forma elocuente que son mendaces quienes la cargaron de reproches y aclarando la verdad, poner fin a esta ignorancia.

Que por su origen y por su estirpe fuese la primera de entre todos los hombres y mujeres la mujer sobre la que este discurso versa, no es desconocido ni para unos pocos. Bien conocido, en cambio, es que su madre fue Leda y su auténtico padre un dios -aunque se decía que un mortal- (Tíndaro éste, aquél Zeus). De ellos, uno por el hecho de serlo lo pareció; mientras que el otro, por ser así proclamado fue puesto en entredicho. Eran, el uno el hombre más poderoso, el otro, soberano del universo.

Por ser nacida de progenitores tales, le cupo belleza igual a la de una diosa: la obtuvo y no la retuvo oculta. En muchos muchas pasiones de amor levantó, y con su solo cuerpo se

atrajo a muchos cuerpos de héroes por muchos motivos orgullosos. De ellos, unos poseían inmensas riquezas, otros gran fama por su nobleza antigua, otros gran fuerza por su vigor personal, otros, en fin, el poder de una cultura adquirida. Y llegaron todos presos de un amor presto a la emulación y de una ambición invencible.

Encomio de Helena 1-4
(A. G. G.)

LISIAS

Orador ateniense (c. 458-c. 380 a.C.) de hacendada familia procedente de Siracusa (Sicilia). Al llegar al poder en Atenas los Treinta Tiranos (404) confiscan los bienes de algunos ricos, y entre ellos los de la familia de nuestro orador, que ha de escapar al exilio. Para subvenir a estas penurias, Lisias se ve obligado a emplearse como logógrafo y componer discursos forenses de encargo. Los más variados asuntos (de acusación y defensa ante casos de asesinatos, adulterios, fraudes, sobornos, etc.) aparecen en el conjunto de los 35 discursos que se nos han conservado, algunos de ellos apócrifos. Sobre el estilo de Lisias dijo el crítico literario Dionisio de Halicarnaso que fue «el más hábil de los oradores para reflejar la naturaleza de los hombres y atribuirles a cada uno los afectos, las costumbres y las acciones que en cada caso mejor les corresponden».

Los pasajes aquí seleccionados pertenecen al Contra Eratóstenes *(discurso XII -que no debe ser confundido con otro* Contra Eratóstenes, *discurso I-) en el que Lisias acusa al asesino de su hermano, y en el que se recogen ciertos momentos de la amarga experiencia vivida personalmente por nuestro orador durante los años de la Tiranía de los Treinta.*

2. Jueces, no me parece difícil comenzar mi acusación, sino dar término a mis palabras...

Jueces, no me parece difícil comenzar mi acusación, sino dar término a mis palabras. Los hechos de estos hombres son tales en magnitud y tantos en número, que ni con mentiras podría uno acusarlos de acciones más terribles que las que tienen en su haber ni, queriendo decir la verdad, podría enumerarlas todas. Antes bien, es fuerza que el acusador renuncie o que el tiempo falte. Paréceme que nos acontece lo contrario que en tiempos pasados: antes los acusadores tenían que declarar su enemistad -la que tenían hacia los acusados-. Ahora, en cambio, es necesario preguntar a los acusados qué clase de odio tenían hacia la ciudad para atreverse a cometer contra ella semejantes delitos. Con todo, no voy a pronunciar mis palabras como quien carece de odios e infortunios privados, sino en la idea de que todos tenemos motivos sobrados para irritarnos ya sea por asuntos privados o públicos. Pues bien, jueces, yo, que jamás he gestionado ningún asunto ni personal ni ajeno, me veo obligado por las circunstancias a acusar a éste, hasta el extremo de caer frecuentemente en un gran desánimo, no fuera a elaborar la acusación en favor de mi hermano y el mío propio sin dignidad y sin fuerza por mi inexperiencia. Con todo, trataré de informaros, lo más brevemente que pueda, desde el principio.

Pericles persuadió a mi padre Céfalo para que se viniera a esta tierra. La habitó durante treinta años y nunca, ni nosotros ni él, suscitamos juicio contra nadie ni lo afrontamos. Antes bien, de tal manera vivimos bajo la democracia, que ni cometimos delito contra los demás ni lo sufrimos por parte de los otros. Cuando los Treinta, que eran perversos y sicofantas, se instalaron en el poder alegando que era preciso limpiar la ciudad de delincuentes y encaminar a los demás ciudadanos hacia la virtud y la justicia... En diciendo tales cosas, tales cosas no se atrevieron a realizar, como luego de hablar

sobre mi situación, trataré de recordaros sobre la vuestra. Teognis y Pisón andaban diciendo entre los Treinta sobre los metecos que había algunos que estaban disgustados con su régimen; que era, por tanto, la mejor ocasión para castigarlos aparentemente y conseguir dinero de hecho –que la ciudad estaba empobrecida por completo y que el poder necesitaba dinero–. No les fue difícil convencer a sus oyentes: en nada tenían el matar hombres, pero en mucho el conseguir dinero. Decidieron, pues, detener a diez y, entre ellos, a dos pobres para tener frente a los demás la justificación de que no se hacía por dinero sino en interés del régimen –¡como si hubieran realizado alguna otra acción razonablemente!–. Repartiéronse las casas y se pusieron en camino. A mí me encontraron agasajando a unos invitados. Arrojaron a éstos y a mí me pusieron en manos de Pisón. Los demás entraron en el taller e hicieron una lista de los esclavos. Yo pregunté a Pisón si aceptaba salvarme aceptando dinero. Éste contestó que sí, con tal de que fuera mucho. Le dije, pues, que estaba dispuesto a entregarle un talento de plata y él convino en hacerlo. ¡Bien sabía yo que no cree ni en dioses ni en hombres!, sin embargo, debido a las circunstancias, me pareció muy necesario tomarle garantías. Cuando hubo prometido salvarme luego de recibir un talento –imprecando la perdición contra sí y sus hijos–, entro yo en la habitación y abro el cofre. Pisón se entera y entra, y cuando vio lo que había dentro llamó a dos ayudantes y les ordenó echar mano a lo del cofre. Como no había tomado lo acordado, jueces, sino tres talentos de plata, le pedí que me diera para el viaje. Pero él me dijo que me contentara con salvar el pellejo. (...)

Bien, en lo que toca a Terámenes, son suficientes mis acusaciones. Os ha llegado el momento aquel en que perdón y piedad deben estar ausentes de vuestros juicios; en que hay que cobrar retribución a Eratóstenes y a sus compañeros en el poder y no ser superiores al enemigo con las armas e inferiores a los adversarios con el voto. No les tengáis mayor agrade-

cimiento por lo que dicen que harán, que cólera por lo que ya han hecho. No vayáis a intrigar contra los Treinta ausentes y soltar a los aquí presentes. Y no os ayudéis a vosotros mismos peor que la fortuna que los ha puesto en manos de la ciudad.

Quedan, pues, acusados Terámenes y sus amigos, a los cuales referirá su discurso de defensa y con los cuales realizó estas acciones. Ahora bien, el certamen no es parejo para la ciudad y para Eratóstenes: éste fue acusador y juez a un tiempo de los inculpados; nosotros, en cambio, nos hemos sentado para la acusación y la defensa. Además, éstos mataron sin juicio a quienes no habían delinquido; vosotros, en cambio, os dignáis juzgar legalmente a quienes perdieron la ciudad. Y ni aunque ilegalmente quisierais recibir de éstos reparación, podríais recibirla digna de los crímenes que cometieron con la ciudad. Pues ¿qué tendrían que sufrir para pagar una reparación digna de sus actos? ¿Acaso matándolos a ellos y a sus hijos recibiríais suficiente reparación por el asesinato de padres, hijos y hermanos que ellos mataron sin juicio? ¿O, quizá, si confiscarais sus bienes visibles, sería ello bueno para la ciudad, a la que ellos arrebataron numerosos bienes, o para los particulares cuyas casas esquilmaron? Entonces, puesto que ni haciéndolo todo podríais recibir de ellos suficiente reparación, ¿no será vergonzoso que desdeñéis cualquier clase de reparación que cualquiera desee cobrarles? Creo que se atrevería a todo, un hombre que ahora, cuando sus jueces no son otros que sus propias víctimas, se presenta para defenderse ante los propios testigos de su perversidad. Hasta ese punto os desprecia o confía en otros –cosas ambas de las que debéis guardaros, considerando que no habrían podido hacer aquello sin la colaboración de otros, ni tratarían ahora de presentarse si no creyeran que éstos mismos iban a salvarlos, éstos que han venido no para prestarles ayuda, sino porque creen que van a tener completa impunidad tanto en lo que ya hicieron como en lo que quieran hacer en el futuro, si es que ahora que los tenéis, soltáis a los res-

ponsables de los mayores daños–. Mas también son dignos de admiración los que van a prestarles su voz. ¿Acaso suplicarán, como hombres intachables, manifestando que su propia virtud es más meritoria que la maldad de éstos? Me complacería, con todo, que tuvieran la misma diligencia para salvar la ciudad, que éstos para perderla. ¿O es que, como hombres hábiles con la palabra, los defenderán demostrando que las acciones de éstos son muy meritorias? Sin embargo, ninguno de ellos ha intentado jamás hablar en vuestro favor ni en el de la justicia.

Por otra parte, merece la pena ver a sus testigos, quienes, declarando en su favor, se acusan a sí mismos. Os tienen por olvidadizos y simples en demasía, si creen que, por mediación de vuestro pueblo, van a salvar impunemente a los Treinta, cuando, por culpa de Eratóstenes y sus colegas en el poder, era terrible incluso asistir al entierro de los que morían. En verdad, si éstos se salvan, podrían volver a destruir la ciudad; aquellos, en cambio, a quienes éstos mataron, habiendo perdido la vida han pasado el límite de vengarse de sus adversarios. ¿No es, entonces, monstruoso que los amigos de los que perecieron injustamente murieran con ellos y que, en cambio, al entierro de los que perdieron a la ciudad acuda, de seguro, una muchedumbre, ya que hay tantos hombres dispuestos a ayudarles? Pero es más: considero más fácil oponerse a ellos en defensa de lo que vosotros padecisteis, que defender lo que ellos hicieron. Pues bien, dicen que Eratóstenes es quien menos males causó de los Treinta y consideran justo que se salve por ello. ¿Y no creen que tiene que morir porque ha cometido más delitos contra vosotros que el resto de los griegos? Demostrad cuál es vuestro criterio sobre los hechos: si condenáis a éste, será evidente que estáis irritados con sus acciones; pero, si lo absolvéis, se verá que aspiráis a las mismas acciones que ellos y ya no podréis decir que cumplíais las órdenes de los Treinta. Pues ahora nadie os obliga a votar contra vuestra opinión. Conque os aconsejo que no os con-

denéis a vosotros mismos absolviendo a éstos. Y no penséis que el voto es secreto, porque vais a hacer manifiesta vuestra opinión a la ciudad.

Contra Eratóstenes XII 1-11 y 79-91
(J. L. C.)[63]

ISÓCRATES

Como hijo de un acaudalado ateniense, Isócrates (436-338 a.C.) recibió una esmerada educación de los afamados preceptores de su época (Pródico, Gorgias, Tisias). Instaurado el régimen oligárquico de los Treinta Tiranos al finalizar la Guerra del Peloponeso, nuestro autor emprende el exilio a la isla de Quíos, donde se dedica a impartir clases de retórica. Más tarde regresa a Atenas y abre una escuela antes que la propia Academia de Platón, cuyos nuevos métodos pedagógicos (exigencia del esfuerzo personal, fomento del rigor intelectual e inculpación de principios morales a los alumnos dentro de lo que se concebía como enkuklios paideia) *se apartaban del relativismo moral de la corriente sofística.*

También ejerció la actividad de escritor político, inclinándose por la defensa del panhelenismo o unidad de todos los griegos, aun cuando fuera bajo la hegemonía de algún líder no ateniense (el lacedemonio Agesilao, el macedonio Filipo u otros).

Conservamos veintiún discursos en los que trata asuntos muy diversos: escritos políticos como el Panegírico, *el* Filipo *(invitación a que el rey macedonio encabece una confederación panhelénica),* Sobre la paz, *el* Areopagítico *–sobre la degeneración de la democracia de su época–, etc.; discursos forenses de*

carácter más privado; discursos epidícticos como el Encomio de Helena; *discursos sobre el tema de la educación, como* Sobre la antídosis *y* Contra los sofistas.

Hemos seleccionado unos capítulos del discurso Contra los sofistas, *en los que Isócrates dibuja los rasgos generales de su método de enseñanza: selección de un tema noble, adquisición y dominio de los principales puntos del asunto del debate, y cómo disponerlos y adornarlos adecuadamente con palabras eurítmicas y armoniosas.*

3. No es muy difícil dominar la ciencia de los discursos

Si todos los que intentan educar quisieran decir la verdad y no se comprometieran a más de lo que pueden cumplir, no les tendrían en mal concepto los ciudadanos comunes, pero ahora, los que se atreven a fanfarronear muy irreflexivamente, han hecho parecer que deciden más sensatamente quienes eligen la molicie que quienes se ocupan de la filosofía.

Porque ¿quién no odiaría y despreciaría, en primer lugar a los que pasan el tiempo en discusiones y pretenden buscar la verdad, pero nada más comenzar su propósito intentan mentir? Creo, en efecto, que está claro para todos que conocer de antemano el porvenir no es propio de nuestra naturaleza; sino que estamos tan lejos de esta capacidad que Homero, el que ha conseguido mayor renombre por su sabiduría, ha hecho que incluso los dioses deliberen sobre ello, no porque conociera su manera de pensar, sino con la intención de demostrarnos que esto es una de las cosas imposibles para los hombres.

Y estos individuos han llegado a tal atrevimiento que intentan convencer a los jóvenes de que, si tienen trato con ellos, sabrán lo que se debe hacer, y por medio de esta ciencia, serán felices. Y establecidos como maestros y dueños de bie-

nes tan importantes, no se avergüenzan de pedir por ellos tres o cuatro minas.

Me maravillo cuando veo que son considerados dignos de tener discípulos quienes, sin darse cuenta ellos mismos, aportan una técnica fija como ejemplo de una actividad creadora. Porque, ¿quién no sabe, salvo ellos, que los signos gráficos son invariables y permanecen siempre igual, de forma que seguimos siempre usando los mismos para lo mismo, y, en cambio, a las palabras les ocurre todo lo contrario? Pues el discurso pronunciado por uno no es igualmente útil para el que habla a continuación. Antes bien, parece que es más experto el que habla de manera apropiada a los asuntos, y puede encontrar otros términos y no los mismos.

Y la mayor prueba de su diferencia es lo siguiente: que los discursos no pueden ser hermosos si no se dan en ellos la oportunidad, lo adecuado y lo nuevo, y en cambio a los signos gráficos nada de esto les hace falta. Por eso sería mucho más justo que los que se sirven de ejemplos semejantes pagaran dinero en lugar de recibirlo, porque intentan educar a los demás cuando son ellos mismos los que necesitan educarse con mucho cuidado.

Y si es preciso no sólo criticar a los demás, sino aclarar mi propia manera de pensar, creo que todos los bienintencionados dirán conmigo que muchos de los que dedican su tiempo a la filosofía acabaron siendo simples aficionados, mientras que otros, sin tener nunca trato con sofistas, han llegado a ser hábiles en la oratoria y la política. Pues la capacidad de hacer discursos y de todas las demás empresas reside en los bien dotados y en los que se han adiestrado mediante la práctica.

Y a los que son así, la educación los hizo más expertos y hábiles para la investigación; pues ella les enseñó a comprender lo que encontraban en sus divagaciones a partir de una mayor preparación, y a los de inferiores cualidades, no les haría buenos litigantes ni creadores de discursos, pero sí les hará avanzar y comportarse con mayor prudencia en muchas cosas.

Quiero, ya que llegué a este punto, hablar de ello con más claridad aún. Yo sostengo que no es muy difícil llegar a dominar la ciencia de los procedimientos con los que pronunciamos y componemos todos los discursos, si uno se confía, no a los que prometen con facilidad, sino a los que saben algo sobre ello; pero elegir los procedimientos que convienen a cada asunto, combinarlos entre sí y ordenarlos convenientemente, y además no errar la oportunidad, sino esmaltar con habilidad los pensamientos que van bien a todo el discurso y dar a las palabras una disposición rítmica y musical, eso requiere mucho cuidado y es tarea de un espíritu valiente y capaz de tener opinión propia; es necesario que el discípulo, además de tener una naturaleza adecuada, haya aprendido las figuras retóricas y se haya ejercitado en sus usos, y que el maestro explique esto de la manera más precisa posible y no omita nada de lo que debe enseñar, y que, de lo restante, se presente a sí mismo como un ejemplo de tal calidad, que los formados por él y capaces de imitarle, aparezcan pronto como oradores más floridos y gratos que los demás. Y si todo esto llega a coincidir, los que se dedican a la filosofía llegarán a su meta; pero si quedara olvidado algo de lo dicho, necesariamente en ese punto estarían peor los que estudian.

Contra los sofistas 1-3 y 12-18
(J. M. G. H.)[64]

DEMÓSTENES

El orador griego por antonomasia, Demóstenes (384-322 a.C.) ejerció una doble actividad: como hombre público participó denodadamente (aunque sin gran éxito) como destacado opositor a Filipo de Macedonia, y en la esfera privada se dedicó a redactar discursos como logógrafo para quienes tenían que defender pleitos privados ante los tribunales. Sin embargo, el propio Demóstenes iba a sufrir personalmente la condena de los tribunales atenienses, acusado de haber aceptado sobornos de Hárpalo, el tesorero de Alejandro Magno que se había fugado hasta Atenas con grandes sumas de dinero. Buena parte de su vida pública condicionó su carrera y su producción literaria. Así, ya en su Primera Filípica, *del año 352, aboga pugnazmente por resistir al expansionismo del macedonio. Nuevas muestras de su postura nos ha dejado también en sus* Olintíacos. *Sin embargo, la suerte estaba echada, y tras la victoria de Queronea (338) –en la que participó directamente nuestro orador– quedó definitivamente expedito el camino a Filipo. Sus enfrentamientos con Esquines (otro gran orador, aunque militante del partido promacedonio) quizá haya sido el motivo de que Demóstenes compusiera una de sus más definitivas obras, el discurso* Sobre la corona. *Otros discursos (de los sesenta conserva-*

dos como genuinos) se relacionan con los pleitos que el propio Demóstenes tuvo que emprender contra sus tutores, quienes le habían arrebatado al quedar huérfano la mayor parte de la herencia paterna.

El primer fragmento que ahora reproducimos, de la Filípica tercera, critica lo que para Demóstenes es pasividad ateniense y griega en general frente a los planes expansionistas de Filipo. Su conclusión es que si Atenas saliera de su letargo, podría mantener su libertad. Igualmente hemos seleccionado los primeros capítulos del discurso Sobre la corona, *en que trata de defenderse contra la acusación de ilegalidad que le había planteado Esquines.*

4. Lo peor del pasado resulta precisamente la mejor arma de cara al futuro

A pesar, atenienses, de los muchos discursos que se suelen pronunciar en cada Asamblea acerca de los agravios de que sois objeto por parte de Filipo desde que se selló la paz, no sólo vosotros sino también los demás; aunque sé que todos afirmarían, pese a que no lo hacen, que es preciso pronunciar discursos y adoptar medidas tendentes a que Filipo cese en su arrogancia insolente y reciba su castigo, estoy viendo hasta qué extremo de deterioro ha llegado la situación que temo hacer daño con palabras, por más que sean verdades como puños. Y a pesar de que todos los oradores y vosotros mismos hubierais propuesto someter a votación toda una serie de medidas que hubieran abocado a una situación límite, pienso que difícilmente el panorama fruto de vuestra actuación habría podido ser más desastroso que el actual.

Quizás son muchos los motivos, pero no ha llegado la situación a este punto por una o dos razones. Si de verdad os fijáis bien, encontraréis que la culpa debe achacarse a aquellos

que han sido más proclives a agradaros que a deciros lo que mejor convenía; de entre los cuales, atenienses, algunos, pendientes tan sólo de sacar a flote cuanto puede reportarles fama y poder, no tienen previsión de futuro ni creen, a su vez, que vosotros debáis tenerla. Otros, acusando y calumniando a los que ocupan cargos públicos, no consiguen nada de nada, más que obligar a la propia ciudad a imponerse a sí misma los castigos que le corresponden y a enfrascarse en esos menesteres, en tanto Filipo tiene carta blanca para decir y hacer lo que le venga en gana.

Tal politiqueo os resulta ya familiar, y es, por cierto, factor que acarrea calamidades. Os pido, pues, atenienses, que aunque os diga la verdad con franqueza no se derive de ello ningún rencor vuestro contra mí. Fijaos lo que voy a deciros ahora. Creéis necesario que en los demás asuntos todos los ciudadanos tengan una libertad de expresión semejante hasta el punto de que hacéis partícipes de ella incluso a los extranjeros y a los esclavos, y cualquiera puede ver en nuestra ciudad a muchos criados que dicen lo que desean con mucha más libertad aquí que los ciudadanos en algunas de las demás ciudades; pero la habéis desterrado por completo de las deliberaciones políticas.

Así que los resultados son que en las Asambleas estáis pasivos y no prestáis oídos más que a todo cuanto vaya encaminado a daros gusto, en tanto que en los asuntos políticos y en los acontecimientos que están ocurriendo últimamente estáis ya sumidos en los mayores peligros. Si de verdad permanecéis todavía en esta actitud, no tengo nada que deciros. Pero si queréis escuchar sin halagos lo que os conviene, estoy dispuesto a hablar, pues aunque la situación política es nefasta y se han abandonado muchas cosas, es posible aún, si queréis actuar como es debido, enderezar toda esta situación.

Tal vez sea una paradoja lo que voy a decir, pero es verdad: lo peor del pasado resulta precisamente la mejor arma de cara al futuro. ¿Que qué es ello? Pues que la situación es muy mala

porque vosotros no habéis hecho ni poco ni mucho de lo que debíais, ya que si se hallase así habiendo realizado vosotros todo lo que había que hacer, no existiría ni siquiera la esperanza de que pasara a ser mejor. Mas ahora Filipo ha vencido nuestra desidia y despreocupación, pero no ha vencido; vosotros no habéis sido derrotados; es que ni siquiera os habéis movido.

Filípica III 1-5
(J. L. N.)[65]

5. Escuchar con placer las injurias y las acusaciones e irritarse contra los que se alaban a sí mismos

Ante todo, atenienses, suplico a todos los dioses y diosas que pueda obtener de vuestra parte, en el curso de este proceso, la misma buena voluntad que yo vengo observando para con la ciudad y todos vosotros; y después, que os inspiren una norma que afecta sumamente a vuestra virtud y buena reputación, y es que no aceptéis como consejero a mi adversario acerca de cómo escucharme, pues esto sería lamentable, sino a las leyes y al juramento, en cuyo texto, además de otras justas disposiciones, se estipula también que hay que escuchar por igual a ambas partes. Esto significa no sólo no tener ningún prejuicio y conceder a los dos la misma buena voluntad, sino también permitir que cada uno de los litigantes siga en su defensa el plan que haya elegido y preferido.

Desde luego yo tengo muchas desventajas en este proceso con relación a Esquines, pero hay sobre todo, atenienses, dos de ellas que son importantes: una es que no lucho en igualdad de condiciones; pues no es lo mismo para mí perder ahora vuestra benevolencia que para él no ganar la causa; antes bien, para mí... No quiero decir nada desagradable al empezar mi discurso, pero éste me acusa impunemente. La otra es

que es una propensión innata en todos los hombres el escuchar con placer las injurias y las acusaciones y, en cambio, irritarse contra los que se alaban a sí mismos.

Pues bien, de estos dos papeles le ha correspondido a él el que causa placer y a mí me ha quedado el que molesta a todos, por decirlo así. Si, por querer evitarlo, no hablo de mi actuación, parecerá que no soy capaz de refutar las acusaciones ni demostrar por qué me creo merecedor de recibir honras; y si paso a mis actividades anteriores y a mi política, me veré obligado a hablar de mí mismo muchas veces. Intentaré, pues, hacerlo lo más modestamente que pueda. En cuanto a lo que el propio asunto me obligue a decir, de ello es justo que tenga la responsabilidad éste, quien ha entablado el proceso.

Yo creo, atenienses, que todos vosotros reconoceréis que este proceso me afecta a mí tanto como a Ctesifonte y que merece de mi parte no menor diligencia; pues es triste y dura toda pérdida, sobre todo si le ocurre a uno por culpa de un enemigo, pero especialmente la de vuestra benevolencia y afecto, por cuanto que obtenerlos es el mayor bien. Y ya que se trata de ellos en el presente debate, os pido y suplico a todos vosotros por igual que escuchéis mi defensa contra las acusaciones conforme a derecho, como ordenan las leyes que Solón, el que las promulgó en un principio, hombre bien dispuesto hacia vosotros y demócrata, creyó que debían tener fuerza no solamente por el hecho de estar escritas, sino también en virtud del juramento prestado por los jueces, no porque desconfiara de vosotros, me parece a mí, sino porque se daba cuenta de que el acusado no podría escapar a las acusaciones y a las calumnias que tanta fuerza dan al acusador, por el hecho de hablar primero, a menos que cada uno de vosotros, los jueces, mostrando piedad hacia los dioses, acogiese tambien benévolamente los alegatos del que habla el último y, después de haberse comportado como auditor igual e imparcial para ambos, dictase así un veredicto sobre toda la causa.

Como yo voy a dar cuenta ahora, según parece, de toda mi

vida privada y política, quiero invocar de nuevo a los dioses y rogarles en vuestra presencia, primero, que obtenga de vosotros en este proceso una benevolencia igual a la que yo no ceso de mostrar para con la ciudad y con todos vosotros; y después, que os inspiren a todos el decidir en esta causa lo que más vaya a convenir a la buena reputación y a la piedad de cada uno.

Si Esquines me hubiera acusado solamente del asunto por el que me denuncia, también yo habría comenzado por defender la resolución provisional; pero ya que éste ha dedicado no pequeña parte de su discurso a exponer otras cosas ajenas y me ha calumniado en muchas ocasiones, yo pienso, atenienses, que es forzoso y justo a la vez que yo diga ante todo unas breves palabras sobre este asunto, para que ninguno de vosotros, influido por argumentos ajenos a la causa, escuche de forma hostil mi justa defensa ante la acusación.

Sobre las injurias y difamaciones que ha proferido sobre mi vida privada, mirad qué sencillas y justas son mis palabras. Si sabéis que yo soy tal cual éste me ha descrito en su acusación (pues yo no he vivido en otro sitio más que aquí), no escuchéis ni siquiera mi voz, por muy excelente que haya podido ser mi política anterior, sino levantaos y condenadme ya. Pero si pensáis y reconocéis que soy mucho mejor que éste e hijo de mejores padres, y que los míos y yo no somos inferiores a ninguna persona de tipo medio, para no decir nada que pueda ofender, no hagáis caso a éste tampoco en los demás extremos (porque está claro que habrá inventado todo de igual manera), y a mí prestadme ahora la misma buena voluntad que me habéis demostrado siempre en tantos procesos anteriores.

Aunque eres malicioso, Esquines, en esto has sido muy inocente, al creer que iba a abandonar la defensa de mis actos y de mi política para dedicarme a las injurias lanzadas por ti. Pero no haré eso; no estoy tan loco; examinaré, en cambio, tus mentiras y calumnias sobre mi vida pública y más tarde

recordaré, si éstos lo quieren, ese desenfrenado aluvión de injurias.

Muchas son, ciertamente, las acusaciones, y para algunas de ellas las leyes asignan graves castigos e incluso la pena máxima; pero la elección de esta causa precisamente, si bien revela a la vez afán de dañar a un enemigo, insolencia, espíritu de injuria e insulto y todas las cosas semejantes, no permite, sin embargo, a la ciudad, ni mucho menos, castigarme con la pena que merecerían, de ser ciertos, los delitos de que se me ha acusado.

Pues no se debe privar a nadie de presentarse ante el pueblo y tomar la palabra, aunque ello se haga por motivos de enemistad o envidia; esto no está bien, por los dioses, ni es democrático ni justo, atenienses; y en cambio sí lo sería el recurrir, en el momento mismo del delito, a las penas que impone la ley si me veía cometer tales crímenes contra la ciudad como los que ahora exponía tan teatralmente y denunciarme, si mi actuación le parecía merecedora de denuncia, haciéndome con ello comparecer en juicio ante vosotros, o acusarme de ilegalidad si me hubiese visto proponer algo ilegal; pues desde luego no es de suponer que quien se permite acusar a Ctesifonte por culpa mía hubiese renunciado a acusarme a mí si pensaba que iba a lograr mi condena.

Y si veía que yo cometía contra vosotros alguno de los delitos que acaba de enumerar calumniosamente o cualquier otro, hay leyes y castigos para todos, y procesos y sentencias que llevan consigo penas severas y graves, y podía haber recurrido a todos estos medios, y cuando le hubiéramos visto actuando así y empleando estos procedimientos contra mí, la acusación estaría de acuerdo con sus actos.

Pero ahora, desviándose del camino recto y justo y habiendo evitado presentar las pruebas en el momento de los hechos, después de tanto tiempo declama todas juntas sus acusaciones, burlas e injurias; pero además, aunque me acusan a mí, a quien está procesando es a éste y con ello pone al frente

de todo este proceso su enemistad contra mí, pero, sin haberse enfrentado nunca conmigo para solventar nuestras diferencias, aparece como intentando privar a otro de sus derechos civiles.

De modo, atenienses, que, además de todos los otros argumentos que se podrían aducir en favor de Ctesifonte, hay uno que me parece a mí muy razonable, y es que lo justo sería que pasáramos revista entre nosotros a nuestras enemistades en vez de buscar a un tercero a quien perjudicar dejando pasar la ocasión de luchar el uno contra el otro; pues esto es el colmo de la injusticia.

Esto bastaría para demostrar que todas sus acusaciones son igualmente contrarias a toda verdad y justicia; pero quiero examinarlas una por una, sobre todo cuantas calumnias me ha lanzado con motivo de la paz y la embajada, atribuyéndome a mí lo que llevó a cabo él con Filócrates. Es necesario, atenienses, y también oportuno recordar cuál era la situación en aquella época para que consideréis cada hecho de acuerdo con las circunstancias que lo rodearon.

Sobre la corona 1-17
(E. F. G.)[66]

DIONISIO DE HALICARNASO

Rétor e historiador griego que vivió en Roma desde el 30 a.C. En la historia de la literatura destaca, no obstante, como crítico literario de las obras de los principales oradores griegos: Lisias, Isócrates, Iseo y Demóstenes. Es autor también del tratado Sobre la composición literaria, *en el que estudia el orden de palabras, la eufonía de las formas, etc. Como historiador redactó, en veinte libros, sus* Antigüedades romanas, *sólo parcialmente conservadas.*

En realidad el texto que ahora presentamos traducido se refiere más a aspectos gramaticales, métricos o filosóficos -como el propio autor reconoce- que a cuestiones literarias; en todo caso, hemos creído que también debían tener cabida en una selección como la presente ciertas reflexiones sobre la lengua a propósito de la clasificación de los sonidos en vocales, semivocales y consonantes.

6. Llaman vocales a las que pueden sonar de modo independiente o con otros...

Las primeras partes constitutivas de la voz humana articulada, más allá de las cuales no es posible la división, las llamamos elementos y letras. Se llaman letras porque se señalan

con ciertos trazos, y elementos porque todo sonido articulado halla su origen primero en ellos y su análisis último en ellos acaba. La naturaleza de elementos y letras no es la misma; la primera diferencia existente entre ellos, como muestra el músico Aristóxeno, es que unos representan sonidos vocales y otros ruidos, los sonidos vocales son los llamados propiamente «vocales», los ruidos, el resto. La segunda diferencia es que de los no vocálicos, unos pueden producir por sí mismos esa especie de ruidos tal cual, ronroneo, siseo, murmullo, representativos de algunos de tales sonidos, pero otros carecen de cualquier tipo de realización vocal o ruido y son incapaces de sonar por sí mismos. Por esta razón a las últimas algunos las llaman mudas y a las otras «semivocales». Los que hacen una clasificación triple de las más primitivas y elementales esencias de la voz, llaman vocales a las que pueden sonar de modo independiente o con otros y representan sonidos acabados; semivocales a las que se pronuncian mejor en compañía de vocales, peor de manera independiente y no acabada en sí misma; mudas son las que no poseen en sí mismas sonido acabado ni semiacabado, sino que se pronuncian con ayuda de otros.

Cuál es su número exacto, no es fácil de precisar, pues ya a nuestros antepasados este asunto les planteaba dificultades. Los había que creían que los elementos de la voz eran trece y el resto estaba compuesto de éstos, otros incluso más de los veinticuatro que nosotros aceptamos. Su estudio corresponde sobre todo a la gramática y a la métrica, y si se me apura, también a la filosofía. A nosotros nos basta con admitir que son veinticuatro ni más ni menos los principios constitutivos de la voz y con referirnos a sus características, empezando por las vocales.

El número de éstas es de siete; de ellas dos son breves, la *e* y la *o*, otras dos largas la *ē* y la *ō*, y las otras tres *anceps*, la *a* y la *i* y la *ü*, dado que pueden ser largas y breves; como decía, unos las llaman *anceps* y otros comunes. Se realizan éstas al resonar

el aire a lo largo de la tráquea, sin que adopte la boca una forma determinada y sin que la lengua desempeñe ninguna función precisa si no es quedándose quieta. Ahora bien, las largas y las anceps pronunciadas como largas mantienen el canal fónico distendido y sin obstáculos, mientras que las breves y las pronunciadas como breves se ajustan de repente y con un solo golpe del aire actuando en la tráquea en un período muy breve. Entre las vocales, las más fuertes y las que producen un sonido más agradable son las largas y de las anceps las que se alargan en la pronunciación, debido a que resuenan durante un mayor espacio de tiempo y no se interrumpe la tensión del aire; menos agradables son las breves y las pronunciadas como breves porque resuenan muy poco tiempo y de manera insuficiente. A su vez, de las largas la más eufónica es la *a* cuando es larga, pues entonces se pronuncia con la boca muy abierta e impulsando el aire hacia arriba, hacia el cielo de la boca. Después viene la *ē* porque se emite el sonido por la base de la lengua, no por arriba, con la boca medio abierta. En tercer lugar la *ō*, en ella la boca se redondea, los labios se retraen y el aire produce el golpe en la parte más externa de la boca. Un poco menos que la «omega» lo es la *ū:* al producirse una considerable contracción en los labios mismos, el sonido queda sofocado y se expulsa por una estrecha abertura. En último lugar viene la *ī:* el choque del aire se produce en los dientes, la boca poco abierta y sin que los labios esclarezcan el sonido. De las breves, ninguna posee bellas sonoridades, sólo que la *o* es menos desagradable que la *e;* en la primera la boca está más abierta que en la segunda y el golpe se produce más hacia la tráquea.

Tal es la naturaleza de las vocales. La de las semivocales es como sigue: son ocho, de las cuales cinco son simples, la *l,* la *m,* la *n,* la *r,* y la *s;* y tres dobles, la *ds,* la *x* y la *ps.* Se llaman dobles por ser compuestas, al realizar el propio sonido de una fusión: la *ds* de *s* y *d,* la *x* de *k* y *s,* la *ps* de *p* más *s;* o bien por durar cada una en su realización un tiempo doble en las síla-

bas de que forman parte. De estas semivocales, las dobles aventajan a las simples por ser más extensas que éstas y parecen acercarse más a los sonidos perfectos; las simples son inferiores por limitar el sonido a duraciones más insignificantes. La realización fónica de cada una de ellas es como sigue: en la *l* la lengua se apoya en el cielo de la boca al tiempo que la tráquea produce el sonido; en la *m* los labios cierran la cavidad bucal y el aire se reparte por las fosas nasales; en la *n* la lengua interrumpe el paso del aire y cambia su curso hacia las fosas nasales; en la *r* la punta de la lengua agita el aire y lo despide contra el paladar cercano a los dientes; en la *s* la lengua toda avanza hacia el cielo de la boca pasando el aire entre ambos y arrancando en torno a los dientes un débil y ligero silbido. Las tres semivocales que quedan realizan el sonido mediante la fusión de una de las semivocales, la *s*, y de las otras tres mudas, la *d*, la *k* y la *p*.

Éstas son las formas de las letras semivocales. No pueden todas ellas, claro está, impresionar el oído de la misma manera; así, la *l* resulta agradable y es de las semivocales la más dulce; la *r* es áspera y es la más auténtica de las de su clase; en cierto modo, en un lugar intermedio se sitúan la *m* y la *n* que resuenan a través de las fosas nasales y producen los sonidos semejantes a los de un cuerno; fea y desagradable, la *s*, si se repite demasiado llega a resultar sin duda molesta, pues el silbido que produce parece más propio de bestias salvajes que sonidos racionales. De los antiguos, algunos la usaban rara vez y siempre con cautela y hasta los hubo que compusieron poemas enteros sin sigmas. Testimonio de esta idea es Píndaro cuando dice:

> *En otros tiempos se deslizaba rectilíneo el canto de los ditirambos, y la ese de mala ley para los humanos...*

De las otras tres letras llamadas dobles, la *ds* resulta más grata al oído que las otras, ya que la *x* por la *k* y la *ps* por la *p* producen silbido a pesar de que una y otra son sordas, mien-

tras que aquélla, la *ds*, queda muy suavizada por el escape lento del aire y es la más noble de sus semejantes. Esto en cuanto a las semivocales.

Las llamadas mudas son nueve: tres sordas, tres aspiradas y otras tres intermedias. Sordas son la *k*, la *p* y la *t*; aspiradas la *th*, la *ph* y la *k*, comunes o intermedias la *b*, la *g* y la *d*. La realización fónica de cada una es como sigue: tres de ellas en la punta de los labios, cuando el aire impulsado desde la tráquea libera un obstáculo por estar con la boca apretada. De éstas, sorda es la *p*, aspirada la *ph* y media entre ambas la *b*, pues es más sorda que una y más aspirada que la otra. El de las tres mudas es un conjunto uniforme, pronunciadas según una figura fónica semejante y diferenciándose por la sordez y aspiración. Las tres siguientes se pronuncian con la lengua apoyada contra la parte final de la boca a lo largo de los dientes superiores, luego desplazada por el aire y dejándole paso por debajo en torno a los dientes. Se diferencian en aspiración y sordez, de ellas la *t* es sorda, la *th* aspirada y la *d* intermedia o común. Éste es el segundo conjunto de las tres letras mudas. Las tres que quedan se pronuncian con la lengua elevada hacia el paladar cerca de la garganta a la vez que la tráquea resuena con el aire, sin diferenciarse nada una de la otra en su configuración si no es que la *k* es sorda, la *kh* aspirada y la *g* equilibrada e intermedia entre ambas. De ellas las preferibles son las que se pronuncian con más volumen de aire, en segundo lugar vienen las de volumen medio y las más desagradables son las sordas, pues éstas disponen sólo de su propia capacidad, mientras que a las aspiradas se les añade el aire de la aspiración de suerte que se aproximan bastante más a la perfección que aquéllas.

Sobre la composición literaria 14
(V. B.)[67]

«LONGINO»

Más que presentar en este caso al autor, procederá introducir la obra, pues aunque la tradición manuscrita atribuye el tratado literario Sobre lo sublime *a un tal Longino, no se sabe quién pueda ser este autor. No es desde luego, por ciertos indicios de la propia obra, Longino Casio. Existe el convencimiento de que este texto debe datarse en el 1 d.C. Nos hallamos ante un tratado de crítica literaria que trasciende la pura formalidad de la tradición retórica y que nos ayuda a comprender mejor el espíritu y la belleza que palpita en la auténtica obra literaria. Para su autor, algunos requisitos del carácter sublime son el pensamiento elevado «la sublimidad es el eco de una mente noble» y el empleo de la imaginación, la nobleza de dicción «las palabras bellas son en realidad la verdadera luz del pensamiento», y la composición, es decir: el orden de palabras, el ritmo, la eufonía. Recomienda, de otra parte, evitar algunos de los principales vicios o faltas en que suelen incurrir los escritores menos atinados.*

La buena selección de los textos con que «Longino» ejemplifica sus ideas, así como su claridad expositiva hacen todavía útil y sugestiva la lectura de este breve tratadito. He aquí una breve muestra de ello, en la que el autor recomienda al escritor,

diríamos hoy novel, que sea autocrítico antes de enviar sus originales a la editorial.

7. Si yo escribo, ¿cómo lo recibirá la posteridad?

También es bueno que nosotros, cuando estemos trabajando en un pasaje que exija sublimidad en la expresión y grandeza en los pensamientos, nos representemos en nuestras almas, si fuera necesario, cómo hubiese dicho eso mismo Homero, cómo lo hubieran hecho sublime Platón o Demóstenes o en su historia Tucídides. Pues, al presentarse ante nosotros como objetos de emulación aquellos grandes personajes y al aparecer ante nuestros ojos de forma sobresaliente, elevarán nuestras almas hacia las medidas ideales de perfección que hemos imaginado. Y, aún más, si damos a nuestra imaginación esta sugerencia: ¿Cómo habrían escuchado este pasaje mío Homero y Demóstenes si hubieran estado presentes? ¿Cuál habría sido su actitud ante él? Supone un gran esfuerzo, en realidad, imaginar tal tribunal y una audiencia tal de nuestras propias palabras, y el pensar que tenemos que rendir cuentas ante tales héroes como jueces y testigos de nuestros escritos. Un estímulo más poderoso sería añadir: si yo escribo, ¿cómo lo recibirá la posteridad? Si un autor desde un principio teme decir algo que dure más allá de su propia vida y época, entonces, las cosas producidas por un espíritu tal serán necesariamente imperfectas y ciegas como abortos, pues no serán capaces de llegar a la perfección para asegurarse renombre en la posteridad.

Por otra parte, puesto que el pensamiento y el lenguaje de un discurso están la mayoría de las veces entrelazados entre sí, vamos a examinar si existe todavía alguna otra posibilidad [...] en el campo del lenguaje. Digamos que la elección de palabras justas y elevadas atrae maravillosamente y fascina al

auditorio; que constituye por excelencia la preocupación principal de todos los oradores y escritores, porque por ella misma proporciona grandeza, belleza, sabor clásico, peso, fuerza, poder y, además, un cierto brillo a nuestras palabras, como si fueran las estatuas más bellas, y porque comunica a los hechos algo así como un alma parlante; pero desarrollar esto ante personas que ya lo conocen, me temo que sería sin duda superfluo. Pues las palabras bellas son en realidad la verdadera luz del pensamiento. No obstante, su esplendor no es provechoso en todas partes, ya que el aplicar un lenguaje grande y pomposo a asuntos insignificantes parecería lo mismo que si uno aplicara una gran máscara trágica a un niño pequeño.

Sobre lo sublime 14 y 30
(J. G. L.)[68]

APOLONIO DÍSCOLO

Aun cuando cabría clasificar a Apolonio (s. II d.C.) más como autor técnico, al que debemos el más amplio y mejor tratamiento científico de la gramática griega, hemos preferido incorporarlo a este apartado, por no prescindir al menos de su importante contribución a la sintaxis griega (y general). Apolonio reflexiona en su obra sobre el origen del lenguaje, llegando a la conclusión de que éste es el resultado de un proceso de creación individual por parte de un ser pensante (sea una persona; la sociedad o un personaje divino) pues aparece como sujeto de verbos de pensamiento: así en IV 10 nos dice, «tuvieron que idear la doble acentuación de las preposiciones».

Por otra parte, la difícil obra del «díscolo» Apolonio no había sido traducida nunca al castellano, de ahí que hayamos querido también aprovechar el pretexto de esta Antología para presentarla. En el fragmento que reproducimos Apolonio reflexiona sobre las voces verbales (activa, pasiva, media).

8. También hay (verbos) que significan una disposición mental o física

A continuación vamos a tratar de la voz, inherente a cada forma modal, a la que ni el infinitivo es ajeno, debido a la obligatoriedad de todos los tiempos de expresarse en activa, pasiva y también en media. Por tanto, para empezar, hemos de detenernos a considerar si es propio de todo verbo esa dualidad de la voz, junto con la susodicha media (de la misma manera que, hablando de la distinción del género nominal, si a todos les sucedía el adoptar las formas de femenino y neutro), o bien algunos verbos sólo presentan formas modales: indicativo, optativo y demás, pero no voces activa o pasiva, o bien otros sólo pueden expresar la voz activa en el indicativo y el resto de los modos, pero no admiten la pasiva. Lo que quiero decir es lo siguiente:

Si un verbo está en indicativo o cualquier otro modo, no tiene por qué ser necesariamente en voz activa, pues hay que tener en cuenta que la actividad es algo que pasa hacia algún objeto, por ejemplo, «corta», «golpea», y semejantes a éstos; y de esta voz activa previa se deriva la pasiva: «es levantado», «es desollado», «es golpeado». Pero hay verbos que no son iguales a éstos: «existir», «vivir», «respirar», «pensar», y semejantes.

La pasiva correspondiente a estos verbos no podrá formarse, puesto que en la activa no presentan entidades que reciban la acción y que puedan aparecer como objetos pacientes. (Desde luego que si de *phronô [pensar]* se forma un compuesto *kataphronô [despreciar]*, la acción de *phronô [pensar]* ya puede pasar a un objeto, así en *kataphronô sou [te desprecio]* por lo que no hay impedimento en la formación de la pasiva correspondiente: *kataphronoûmai hypò soû [soy despreciado por ti].*) Así pues, los que admiten la flexión pasiva de tales verbos (intransitivos) es evidente que lo hacen por puro ejercicio gramatical, no porque la

conjugación sea real ni posible, igual que si alguien dijese el masculino de «histérica», o «abortada», o cualquier otra cosa que cupiera en cuanto a la forma, pero no fuese admisible por la razón. Los verbos mencionados, por tanto, son los que significan sólo una declaración de que se participa de algo: «vivir», «pensar», «envejecer»; y los relativos al ser, como «existir»; y los que significan posesión de algo externo a la persona: *plouteîn [ser rico] kerdaínein [sacar provecho].*

También los hay que significan una disposición mental o física, en los que tampoco cabe una conjugación pasiva, puesto que ya indican pasividad, a pesar de su desinencia activa. Así, tenemos *aniô [molestar],* cuya acción pasa de una a otra persona, que podrá formar una pasiva *aniômai [ser molestado],* cosa que no sucedería con *kopiô [estar cansado]* o con *ophthalmiô [padecer de la vista],* pues tales verbos significan pasividad intrínseca. Y como la pasividad es tanto de cosas deseadas como de las que no lo son, se reconocerá que no puedan formarse las pasivas de *páschō [sufrir], chaírō [alegrarse], eruthriô [ruborizarse], thnéiskō [morir], gerô [envejecer], thállō [florecer], ouretiô [tener ganas de orinar], gauriô [estar orgulloso],* pues sucedería como si alguien pretendiese buscar el masculino de un masculino o el femenino de un femenino. Luego nadie puede encontrar la pasiva de un verbo pasivo....

Podemos decir, más en general todavía, que aquellos verbos que se construyen sólo con un nominativo-sujeto y no requieren un caso oblicuo tampoco admitirán la forma pasiva; por el contrario, los que requieren un caso oblicuo pueden siempre transformar la activa en pasiva acompañándose de un genitivo (agente) con la preposición *hypó [por]:* «soy golpeado por Trifón», «soy honrado por Teón». Ésta es la única construcción posible de los verbos en pasiva; tratándose de verbos en activa, también puede construirse con un genitivo, pero no acompañado de la preposición *hypó,* por ejemplo,

kyrieúō soú [soy dueño de ti] con dativo: *palaíō soí [lucho contigo]*, y con acusativo: *timô sé [te honro]*.

Sintaxis III 147-150 y 157
(V. B.)[69]

VII. PROSA DE FICCIÓN Y NOVELESCA

LUCIANO DE SAMÓSATA

Entre las numerosas obras de Luciano –que vivió entre 120 y 180 d.C., en la época de la Segunda Sofística, en ese siglo II *retórico y mimético en que resurge la prosa griega con renovada vitalidad– destacan sus diálogos, piezas breves de humor corrosivo y perspectiva cívica, como sus* Diálogos de los dioses, Diálogos de los muertos, Diálogos de las heteras, *y algunos relatos de ficción, donde muestra su extraordinaria fantasía, como los cuentos de terror reunidos en su* Philopseudes, o *los fabulosos episodios viajeros de los* Relatos verídicos. *Nacido en el interior de Siria, precursor de los cuentistas de las* Mil y una noches, *Luciano sabe combinar el humor, la sátira, y el pastiche literario con un estilo claro. No en vano ha sido un autor extraordinariamente influyente en la posterioridad, en Rabelais, Cyrano, Swift, Voltaire, y otros. Retoma muchos motivos de larga tradición para parodiarlos y criticarlos, como hace con famosas escenas míticas y con personajes de la filosofía y de la historia, con desparpajo heredado de los cínicos y una prosa de ática claridad.*

1. Diógenes y Alejandro en el Hades

Diógenes y Alejandro

DIÓGENES.–¿Cómo es esto, Alejandro? Has muerto también tú exactamente igual que todos nosotros.

ALEJANDRO.–Ya lo ves, Diógenes. Nada de extraño tiene que haya muerto dada mi condición de hombre.

DIÓGENES.–¿Así que mentía Amón al decir que era tu padre, siendo tú realmente hijo de Filipo?

ALEJANDRO.–De Filipo, más claro que el agua, pues si lo hubiera sido de Amón, no habría muerto.

DIÓGENES.–Pues cosas parecidas se contaban de Olimpiade, que una serpiente tenía trato con ella y que la habían visto en su lecho, de resultas de lo cual habías sido engendrado tú, en tanto que Filipo resultaba engañado creyendo que era tu padre.

ALEJANDRO.–También yo oí esa versión, pero ahora estoy viendo que ni mi madre ni los profetas amonios decían nada saludable.

DIÓGENES.–Sus embustes en cambio no te vinieron mal, Alejandro, para tus empresas, pues muchos se doblegaron creyéndote un dios, pero dime, ¿a quién has dejado un imperio tan inmenso?

ALEJANDRO.–No lo sé, Diógenes, pues no me dio tiempo a tomar medidas al respecto, excepto en este punto, al morir entregué el anillo a Perdicas. Mas... ¿de qué te ríes, Diógenes?

DIÓGENES.–¿De qué va a ser sino de acordarme de lo que hacían los griegos, adulándote luego de haber tomado el mando, eligiéndote alguno a los doce dioses, edificando templos en tu honor y haciéndote sacrificios en la idea de que eras hijo de una serpiente? Pero dime, ¿dónde te enterraron los macedonios?

ALEJANDRO.–Aún yazgo en Babilonia, por trigésimo día, pero Ptolomeo, mi escudero, me tiene prometido que, en

cuanto se vea libre de los problemas que le van saliendo al paso, me trasladará a Egipto y me enterrará allí para convertirme en una de las divinidades egipcias.

DIÓGENES.–¿Cómo no me voy a reír, Alejandro, al ver que hasta en el Hades no paras de decir sandeces al tiempo que albergas la esperanza de llegar a ser Anubis u Osiris? De ningún modo esperes, divinísimo, que eso pueda llevarse a cabo, pues no es lícito que ninguno de los que han atravesado ya la Laguna y han penetrado en el interior, regresen arriba. Que ni Eaco se descuida ni a Cerbero se le burla así como así.

Me gustaría saber de tu boca ¿cómo te sienta cada vez que piensas cuánta felicidad dejaste sobre la faz de la tierra al llegar aquí: guardaespaldas, escuderos, sátrapas, oro en cantidad, pueblos a tus pies, Babilonia, Bactras, fieras enormes, honores, fama, el quedar destacado, estar en el punto de mira al avanzar a caballo con la cabeza ceñida de blanca diadema, bien engalanada con manto de púrpura? ¿No te aflige todo esto cada vez que te viene a la memoria? ¿Por qué lloras, necio? ¿Ni siquiera te enseñó esto el sabio Aristóteles, el no creer que es sólido lo que depara el azar?

ALEJANDRO.–¿Sabio Aristóteles, que era el más rastrero de todos mis aduladores? Permíteme que sea yo el único que conozca la conducta de Aristóteles; cuántas cosas me pidió, qué recomendaciones me daba, cómo abusaba de mi alto aprecio por la cultura, halagándome y elogiándome unas veces por la belleza, como si eso formara parte de la virtud, otras por mis gestas y mi riqueza. Claro que él también pensaba que eran un bien, posiblemente para no sentir escrúpulos de participar en ellas. Un impostor y un maniobrero, Diógenes.

Y a falta de otros el único fruto que he sacado de su ciencia ha sido el afligirme por todos esos supuestos y enormes bienes que poco antes me enumeraste.

DIÓGENES.–¿Sabes lo que vas a hacer? Te voy a sugerir un remedio a tus cuitas. Dado que aquí no se cría el eléboro, con la boca bien abierta échate un buen trago de agua del Leteo y

así una y varias veces. De ese modo por lo menos dejarás de dolerte de los bienes de Aristóteles.

Pero estoy viendo allí a Clito y a Calístenes y a otros muchos que avanzan hacia ti con intención de despedazarte y de vengarse de las afrentas que de ti recibieron. Así que lárgate a otra parte y bebe varios tragos, tal y como te he recetado.

Diálogos de los muertos 13
(J. L. N.)[70]

2. El nacimiento de Atenea

Hefesto y Zeus

HEFESTO.–¿Qué es lo que tengo que hacer, Zeus? Aquí me tienes, como me ordenaste, con el hacha tan afilada que podría partir una piedra de un solo tajo.

ZEUS.–Muy bien, Hefesto. ¡Ea! Descarga un buen golpe sobre mi cabeza y pártemela en dos.

HEFESTO.–¿Estás tratando de probarme, para ver si he perdido el juicio? Vamos, dime qué es realmente lo que quieres que haga por ti.

ZEUS.–Eso mismo, que me partas el cráneo. Y si me desobedeces, no será la primera vez que pruebes mi cólera. Pero tienes que dar el golpe con toda tu fuerza, sin más retrasos, porque me muero de dolor de parto, que me está trastornando el cerebro.

HEFESTO.–Mira, Zeus, no vayamos a hacer una barbaridad, que el hacha es aguda y te ayudará a parir con mucho derramamiento de sangre y no a la manera de Ilitia.

ZEUS.–Tú, Hefesto, limítate a dar el golpe sin miedo, que yo sé lo que me conviene.

HEFESTO.–Aunque sea contra mi voluntad, daré el golpe. ¿Qué otra cosa puedo hacer, si tú lo ordenas?... ¿Qué es

esto? ¿Una doncella armada? Grande era el mal que tenías en la cabeza, Zeus. Con razón estabas tan irritable, puesto que bajo tu cerebro estabas engendrando una doncella tan grande, y armada por añadidura. Sin que tú lo supieras, tenías un campamento por cabeza. Y ella salta, y baila danzas pírricas, agita el escudo, blande la lanza y está llena de furor divino. Y, lo que es más importante, en poco tiempo se ha puesto bellísima y ha llegado a la flor de la edad. Es cierto que tiene los ojos verdes, pero también esto la embellece, haciendo juego con el casco. Por todo ello, Zeus, dámela en matrimonio como pago por mis servicios de comadrona.

ZEUS.–Pides una cosa imposible, Hefesto, porque quiere permanecer eternamente doncella. Pero, en lo que de mí depende, no tengo nada en contra.

HEFESTO.–Eso es lo que yo quería; lo demás es cosa mía y voy a raptarla.

ZEUS.–Hazlo, si es que puedes arreglártelas, sólo que estoy convencido de que pretendes un imposible.

Diálogos de los dioses 8
(J. Z.)[71]

3. Elogio de los relatos de ficción

Del mismo modo que los atletas y quienes se dedican a la preparación de sus cuerpos no sólo prestan atención a la buena disposición física y a los ejercicios de gimnasia, sino también al reposo conveniente en el momento oportuno –pues consideran que ésa es la parte más importante de su entrenamiento–, así también pienso que a quienes tienen preocupaciones intelectuales les conviene, después de la lectura de las obras más serias, relajar su entendimiento y disponerlo más suelto y vivaz para el esfuerzo posterior.

Y les resultaría un descanso si combinaran con esas lecturas suyas aquellas que no sólo les procuraran una diversión refinada y graciosa, sino que también les ofrecieran una cierta perspectiva bastante inspirada, tal cual sospecho que advertirán en estos escritos míos. Porque no sólo les resultará atractivo lo extraño del argumento y lo gracioso de su tema, y el que vayamos ensamblando un montón de pintorescos embustes de modo convincente y verídico, sino además que cada uno de los episodios narrados está figurado cómicamente a la manera de algunos de los antiguos poetas, historiadores y filósofos, que compusieron numerosos relatos prodigiosos y míticos, a quienes también habría citado por su nombre a no ser porque ya a ti mismo en la lectura te van a resultar evidentes.

Ctesias, el hijo de Ctesíoco, de Cnido, compuso su historia sobre el país de los indios y sus prodigios, lo que ni él había visto ni escuchó a otro que se lo contara. Escribió también Yambulo muchas maravillas acerca de lo que pasó en el gran océano, forjando una mentira notoria para todos, pero componiendo un relato, sin embargo, bastante placentero. Muchos otros también escogieron los mismos temas y por escrito han expuesto como propios viajes y peregrinaciones, describiendo los tamaños de las fieras salvajes y el salvajismo de las gentes y la extrañeza de sus modos de vida.

El caudillo de éstos y maestro de ese arte de burlas fue el Ulises de Homero, al contarle a los de Alcínoo la cautividad de los vientos y hablar de hombres de un solo ojo, devoradores de carne cruda, y otros salvajes, y además de animales de muchas cabezas y de las metamorfosis de sus compañeros por efectos de filtros, prodigios numerosos que él se inventó ante los bobos de los Feacios.

Concluí por no reprocharles mucho por todas las mentiras que encontré al leerlos, viendo que eso ya es algo habitual incluso entre los que prometen filosofar. Pero me extraña en ellos lo de que hubieran pensado que pasaría inadvertido que

no escribían la verdad. Por lo que también yo, empeñándome por vanagloria en dejar algo a los venideros, para no ser el único desheredado en la libertad de contar mentiras, puesto que nada verdadero tenía que referir -porque nada digno de mención me había ocurrido- me he dedicado a la ficción de modo mucho más descarado que los demás. Aunque en una sola cosa seré veraz: en decir que miento.

Me parece que así escaparé a la acusación de los otros, al reconocer yo mismo que no cuento nada verdadero. Escribo por tanto, de lo que ni vi ni comprobé ni supe por otros, y es más, acerca de lo que no existe en absoluto ni tiene fundamento para existir. Conque los que me lean no deben creerme de ningún modo.

Relatos verídicos I 1-4
(C. G. G.)[72]

4. Tragados por la gran ballena

Ya antes se habían largado los cabalgabuitres. Después de navegar durante la noche siguiente y todo el día, al atardecer llegamos a la llamada Ciudad de las Lámparas, Licnópolis, prosiguiendo la navegación hacia abajo. Esta ciudad está entre el espacio aéreo de las Pléyades y el de las Hiades, mucho más abajo que el Zodíaco.

Desembarcando allí no encontramos a ningún ser humano, sino a muchas lamparillas que iban y venían por la plaza y por el puerto, en charlas y en tratos, las unas pequeñas y como pobres, y otras, las de los grandes y poderosos, muy brillantes y esplendorosas.

Se habían hecho sus casas y candelabros allí, cada una por su cuenta, y tenían nombres propios, como las personas, y las oímos hablar con su voz, y no nos hicieron ningún daño, sino que nos ofrecían presentes de hospitalidad. Pero nosotros, sin

embargo, les teníamos miedo y ninguno de los nuestros se atrevió a aceptar la invitación para comer o dormir.

Tienen sus edificios de gobierno en el centro de la ciudad, y allí su gobernador está asentado toda la noche y llama por su nombre a cada una. Y la que no se presenta al llamarla, es condenada a morir por haber abandonado su puesto de guardia. Su muerte consiste en ser apagada. Estando allí nosotros vimos los procesos y oímos cómo se defendían algunas lámparas explicando las razones de su tardanza. Allí también reconocí a mi lámpara, y me acerqué a saludarla, y me informé de cómo andaban las cosas en mi casa. Y ella me lo contó todo de cabo a rabo.

Así que permanecimos allí aquella noche y al día siguiente levamos velas y nos lanzamos a navegar ya cerca de las nubes. Entonces, en efecto, nos asombramos al divisar la ciudad de Nubicuculia; no obstante, no desembarcamos en ella. No nos dejaba el viento. Contaban que allí reinaba Cornejo, hijo de Mirlón. Entonces yo me acordé del poeta Aristófanes, autor sabio y veraz, de cuyas noticias en vano se desconfía.

Al tercer día después de aquél vimos ya claramente el océano, pero no tierra por parte alguna, con excepción de las suspendidas en el aire. Justamente esas aparecían ardientes y esplendorosas. Al cuarto día, a mediodía cedió el viento mansamente y, al calmarse, nos posamos sobre el mar.

En cuanto rozamos el agua, nos regocijamos al máximo y exultamos de alegría. E hicimos una fiesta a bordo, y nos salimos del barco y nos echamos a nadar, pues entonces reinaba la calma y estaba el mar sereno. Pero a menudo ocurre que una pronta mejoría resulta el comienzo de mayores desdichas. En efecto, habíamos navegado ya en bonanza durante dos días cuando, al amanecer del tercero, a la salida del sol, vemos de repente unos monstruos, ballenas en gran número, pero sobre todo una grandísima, de un tamaño de mil quinientos estadios. Avanzaba hacia nosotros con la boca abierta, arremolinando el mar en gran trecho ante sí, chapoteando

en la espuma y mostrando unos dientes mucho más largos que los falos de nuestras procesiones, aguzados como postes de cerca y blancos como colmillos de elefante.

Nosotros nos dijimos palabras de despedida unos a otros y, abrazándonos, aguardamos la embestida. Al punto estuvo ante nosotros y de un trago nos zampó, con nave incluida. Pero no llegó a despedazarnos con sus mandíbulas, sino que el barco se precipitó a través de los intersticios de ellas en su interior.

Una vez que quedamos dentro, al principio todo eran tinieblas y no veíamos nada. Pero luego, al reabrir las fauces el monstruo, vimos una enorme cavidad, amplia y espaciosa por todos lados y alta, capaz de albergar una ciudad entera de diez mil habitantes. Por el medio flotaban grandes y pequeños peces y muchos otros bichos desmenuzados y mástiles de navíos y anclas, y huesos humanos y embalajes varios. Pero en el centro había tierra y aun montecillos, sedimentos de barro que habíase tragado. Sobre la tierra había crecido un bosque y árboles de toda clase, y habían brotado hortalizas, y todo daba la impresión de estar cultivado. El perímetro de la isla era de doscientos cuarenta estadios. Allá se veían también aves marinas: gaviotas y alciones que anidaban en los árboles.

Allí lloramos un rato largo y luego, reanimando a nuestros compañeros, varamos la nave, y frotamos palos para el fuego, lo encendimos y nos preparamos una cena con lo que teníamos a mano. Disponíamos como víveres de muchos y diversos pescados, y todavía teníamos agua de la del Lucero del Alba. Cuando nos levantamos al día siguiente, veíamos en los ratos en que la ballena abría la boca; unas veces avistábamos montañas, otras sólo el cielo, y en numerosas ocasiones algunas islas. Así que advertimos que se desplazaba velozmente por cualquier confín del océano.

Cuando ya estuvimos acostumbrados a esta situación, tomé conmigo a siete de mis camaradas y me encaminé hacia el bosque, con la intención de escudriñarlo del todo. Y aún no

habíamos recorrido por entero cinco estadios, cuando encontré un templo de Poseidón, según manifestaba su inscripción, y no muy distante numerosas tumbas y estelas. Cerca manaba una fuente de agua clara y además escuchamos el ladrar de un perro, y se divisaba una humareda a lo lejos, e incluso creímos distinguir una especie de alquería.

Relatos verídicos I 29-32
(C. G. G.)[72]

DE LAS NOVELAS GRIEGAS

La aparición de la novela como género literario es uno de los fenómenos culturales más interesantes de ese primer Renacimiento del mundo griego en los primeros siglos de nuestra Era. Conservamos cinco novelas de amor y aventuras; las de Caritón, Jenofonte de Éfeso, Longo, Aquiles Tacio y Heliodoro. Y también unos cuantos fragmentos de otros textos menos afortunados, que demuestran que existieron muchos otros relatos novelescos como esas Fenicíacas *de un tal Loliano, del que unos papiros nos han ofrecido breves fragmentos, de un sorprendente tremendismo. Los estudios sobre las novelas griegas han mostrado que coinciden en un cierto esquema de fondo folletinesco, con una pareja de jóvenes amantes atribulados por curiosas peripecias en un vasto escenario geográfico, fieles al amor a pesar de todos los peligros, reunidos al final en un* happy end *esperado y convencional. Y también que cada novelista tiene su propio estilo y su programa romántico singular.*

En Quéreas y Calírroe *de Caritón encontramos la primera «novela histórica», con un uso muy logrado de todos los ingredientes del género, con una excelente trama viajera, que va desde Sicilia a Persia, pasando por Jonia, con una corte regia de por medio. En Longo, cuyas* Pastorales o Dafnis *y* Cloe *son el*

texto novelesco más famoso de nuestra colección, encontramos a la pareja de amantes adolescentes en un marco bucólico: el de la Isla de Lesbos; y el descubrimiento del amor se realiza en ese ambiente pastoril representado con elegante estilo. Heliodoro de Emesa, ya del siglo III o tal vez del IV d.C., combina una intriga muy sofisticada con un notable barroquismo narrativo en sus Etiópicas *o* Teágenes y Cariclea, *en ocho libros. El comienzo de la novela* in medias res *muestra ya esa habilidad para el* suspense *y lo espectacular que caracterizan el arte de Heliodoro. Resulta muy explicable el gran prestigio de que gozó en el Renacimiento, y los elogios que le tributaron grandes autores de nuestro Siglo de Oro como Cervantes, Lope de Vega, Gracián, y en Francia, Racine y otros.*

Al margen de esta tradición novelesca –pues si bien la novela no tuvo un nombre propio ni ningún tratadista consideró el género hasta tiempos modernos, podemos hablar de una cierta tradición de esos relatos románticos de amores y aventuras– queda un texto tan pintoresco como la Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia, *atribuido al Pseudo Calístenes, en el que historia, biografía y ficción fantástica se combinan de modo singular. En su fabulosa trama las hazañas históricas del magnánimo Alejandro se entreveran con episodios fantásticos, como la ascensión al cielo en un carro tirado por alados grifos y su inmersión en el océano en una bola de cristal, y el viaje al País de la Sombra en pos de la Fuente de la Inmortalidad. Fue éste un texto de enorme éxito en la Edad Media, del que dependen el* Roman d'Alexandre *francés y nuestro* Libro de Alexandre.

CARITÓN DE AFRODISIAS

5. Los protagonistas del relato romántico

Yo, Caritón de Afrodisias, secretario del orador Atenágoras, voy a contar una historia de amor que tuvo lugar en Siracusa.

Hermócrates, el estratego siracusano que había derrotado a los atenienses, tenía una hija de nombre Calírroe, muchacha admirable y ornato de toda Sicilia, pues era su belleza no humana, sino divina, y no la propia de una Nereida o una Ninfa de las montañas, sino la de la misma Afrodita Virgen.

La fama de su extraordinaria hermosura se extendía por todas partes, y a Siracusa afluían los pretendientes, reyes e hijos de tiranos; no sólo de Sicilia, sino incluso de Italia y del Epiro y de los pueblos del continente. Pero Eros quiso unirla en yugo insoluble a un simple particular.

Había en efecto un muchacho, Quéreas, de hermosa apariencia, que a todos era superior, tal como muestran los escultores y escritores a Aquiles y Niseo, y a Hipólito y Alcibíades. Su padre Aristón era el segundo en Siracusa, tras Hermócrates, y había entre ellos una cierta enemistad política, de suerte que se hubieran aliado por matrimonio a cualquiera antes que uno a otro. Pero Eros es amante de la lucha y se complace

en los éxitos inesperados; y buscó una ocasión como la que sigue.

Era la fiesta pública de Afrodita y casi todas las mujeres salieron al templo. Aquel día llevó su madre a Calírroe, que hasta entonces no había ido, por haber ordenado su padre que fuesen a prosternarse ante la diosa. Y en ese momento volvía Quéreas del gimnasio a casa, radiante como una estrella, pues resplandecía sobre su rostro brillante el rubor de la palestra como el oro sobre la plata. Por azar se encontraron frente a frente en un recodo estrecho, pues el dios había dispuesto el encuentro para que cada uno pudiese contemplar bien al otro; y al punto se produjeron uno en otro un sentimiento de amor, ya que en ambos iban juntas la belleza y la nobleza de linaje.

Quéreas, tras la herida, volvió a casa con gran dificultad, al igual que un guerrero valeroso herido mortalmente en combate, que se avergüenza de caer, pero no puede mantenerse en pie. La muchacha, por su parte, se arrojó a los pies de Afrodita y besándoselos dijo:

–Tú, oh Señora, concédeme a ese varón que me has mostrado.

Cayó sobre ellos una noche terrible, pues el fuego los inflamaba. Pero más terriblemente sufría la muchacha a causa de su silencio, ya que sentía pudor de delatarse.

Quéreas y Calírroe I 1.1-7
(J. M.)[73]

6. Reencuentro en la corte persa

Entonces Mitrídates alzó la voz y como bajo la inspiración divina dijo:

–Dioses reales, celestes y subterráneos, ayudad a un hombre bueno que muchas veces os ha elevado preces como era

justo y os ha ofrecido sacrificios. Dadme la recompensa a mi piedad, a mí, a quien están acusando en falso. Prestadme a Quéreas aunque sólo sea para este juicio. Muéstrate, alma benévola, te llama tu Calírroe. Y, poniéndote entre ambos, Dionisio y yo, dile al Rey cuál de entre nosotros es el adúltero.

Cuando aún estaba hablando (pues así lo habían organizado) avanzó Quéreas en persona, y al verle Calírroe gritó:

–Quéreas, ¿estás vivo?

Y se lanzó a correr hacia él. Pero Dionisio la retuvo y poniéndose en medio no dejó que se abrazasen.

¿Quién sería capaz de describir dignamente el aspecto de aquel tribunal? ¿Qué autor sacó a escena una historia tan extraordinaria? Podría uno pensar que estaba en un teatro lleno de miles de sentimientos, pues había de todo a la vez: lágrimas, alegría, asombro, compasión, incredulidad, ruegos... Felicitaban a Quéreas, se alegraban con Mitrídates, sufrían con Dionisio, y respecto a Calírroe, estaban indecisos. Y ella estaba extraordinariamente turbada y se mantenía en pie sin pronunciar palabra, sólo mirando a Quéreas con ojos que se le escapaban volando hacia él. Y me parece que el propio Rey hubiera deseado ser Quéreas en aquel momento.

Normal y pronta es la guerra entre todos los rivales en amor, y a aquellos los impulsaba aún más a luchar uno contra otro la vista del premio, de tal modo que, si no hubiera sido por respeto al Rey, hubieran llegado a las manos. Pero llegó su lucha a las palabras, y Quéreas dijo:

–¡Yo soy su primer marido!

Y Dionisio:

–¡Y yo el más seguro!

–¡Yo no he repudiado a mi mujer!

–No, pero la enterraste.

–Muéstrame la disolución de mi matrimonio.

–¡Mira la tumba!

–Su padre me la dio a mí.

–Y a mí se entregó ella misma.

–Eres indigno de la hija de Hermócrates.
–Más lo eres tú, que has sufrido las cadenas de Mitrídates.
–Yo reclamo a Calírroe.
–Y yo la retengo.
–Tú ejerces violencia sobre la mujer ajena.
–Y tú mataste a la tuya.
–¡Adúltero!
–¡Asesino!

Así luchaban uno contra otro, y todos los demás los oían no sin placer. Y Calírroe estaba de pie, con la vista baja y llorando, amando a Quéreas, pero llena de respeto hacia Dionisio.

Quéreas y Calírroe V 7.10-8.6
(J. M.)[73]

LOLIANO

7. Un criminal banquete

...Le dijo:

–Avanza, hombre miserable. Pues al muchacho le ha llegado la hora de morir.

Al oírle les dijo:

–Oh hombres, ¿qué utilidad sacaréis de matar al muchacho?

–Tú mismo –le dijeron– eres el más experimentado para darle ánimos, a fin de que se muestre como noble.

–¿Y por qué no iba a hacerlo –dijo otro– si ya muchas veces Andrótimo se le acercó y le dijo palabras de ánimo?

–¡Odioso de mí! –dijo–. ¿Qué he hecho? ¡Pero vosotros moriréis de mala manera!

En ese momento se presentó otro, desnudo, con un cinturón de púrpura en la cintura, y tirando boca arriba el cuerpo del muchacho le abrió de un tajo y le sacó el corazón y lo puso al fuego. Luego, recogiendo el corazón ya asado, lo cortó en dos mitades. La parte de arriba la roció con harina de cebada y la impregnó de aceite, y cuando ya la tuvo suficientemente preparada la repartió entre los iniciados, y cuando todos tu-

vieron su parte les ordenó jurar por la sangre del corazón... que no iban a desertar ni a hacer traición, aunque fueran llevados a prisión ni sometidos a tortura, ni aunque les sacasen los ojos. E ingerir la mitad del corazón que quedaba... y preguntar a Andrótimo, ...a los de en medio... bebiendo... y escanció de beber... y ...

Fenicíacas, Fragm. 2
(J. M.)[73]

8. Dafnis cuenta a Cloe la historia de Eco

Dafnis, que sabía lo que pasaba, tenía toda su atención puesta en el mar, disfrutaba con el barco que corría paralelo a la llanura más rápido que un pájaro e intentaba retener algunos de los cánticos para luego tocarlos con su flauta.

Para Cloe, que tuvo entonces su primera experiencia de lo que llamamos eco, cuando los marineros marcaban el compás miraba hacia el mar, para luego cada vez volverse hacia el bosque en busca de los que daban la réplica a su canto. Y una vez que, pasada ya la nave, quedó el valle igualmente silencioso, le preguntó a Dafnis si detrás del promontorio había también un mar y costeaba otro barco y otros marineros cantaban aires idénticos y todos a una se callaban. Dafnis se echó a reír dulcemente y con más dulzura aún la besó, le puso la guirnalda de violetas y comenzó a contarle la leyenda de Eco, no sin pedirle de paga por su lección otros diez besos.

«Numerosa es, muchacha, la estirpe de las Ninfas: Melias, Dríadas y Eleas, todas hermanas, todas amantes de la música. De una de éstas fue hija Eco, mortal porque mortal era su padre; hermosa porque hermosa era su madre. Su crianza corre

a cargo de las Ninfas y de las Musas aprende a tañer zampoña y flauta, a acompañarse con la lira y con la cítara, y toda clase de cantos. Y así, llegada a la flor de la mocedad participaba en las danzas de las Ninfas y en los coros de las Musas. Pero, por amor a su doncellez, rehuía a todos los varones, tanto hombres como dioses. Pan, por celos de sus dones musicales y por no lograr tal hermosura, llevado de su rencor contra la joven infunde un arrebato de locura en los pastores y cabreros. Éstos la despedazan como perros o lobos, y arrojan por toda la tierra sus miembros, que aún entonan sus canciones. La Tierra, como una gracia a las Ninfas, todos los cubrió. Guardó también su música y, por decisión de las Ninfas, deja escapar su voz y todo lo imita, como antaño la muchacha: a dioses, hombres, instrumentos y animales. Incluso remeda al propio Pan cuando tañe su zampoña, y él al oírla da un brinco y la persigue por los montes, no por el ansia de alcanzarla, sino sólo de enterarse de quién es su discípulo furtivo.»

Al final de esta historia a Dafnis no diez besos solamente, sino muchos más le dio Cloe, pues casi las mismas palabras Eco repitió, como si diera testimonio de que en nada había mentido.

El sol de día calentaba más, porque llegaba a su fin la primavera y el estío comenzaba. Otra vez disfrutaban de diversiones nuevas y propias del verano. Él nadaba en los ríos y ella se bañaba en los veneros; el uno tocaba la zampoña rivalizando con los pinos, la otra cantaba en desafío a los ruiseñores. Daban caza a los parleros grillos, cogían cigarras estridentes, recogían flores, remecían los árboles, comían fruta. Alguna vez ya incluso se echaron desnudos y se taparon con una sola piel de cabra.

Dafnis y Cloe III 22-24
(M. B.)[74]

HELIODORO DE EMESA

9. Un intrigante y patético panorama: piratas y misterios

El día había comenzado a sonreír hacía poco, y el sol aún iluminaba sólo las cumbres. Unos hombres armados como piratas se asomaron por encima del monte que se levanta a lo largo de la desembocadura del Nilo, en la boca que se llama Heracleótica, se detuvieron un momento y comenzaron a recorrer con la vista el mar que se extendía a sus pies. Echaron primero una ojeada hacia alta mar, pero como no se divisaba ningún barco que pudiera prometer botín para los piratas, volvieron su mirada a la ribera cercana. Lo que allí había era lo siguiente: una nave mercante, anclada y sujeta por las amarras, vacía de marinos, pero repleta de cargamento. Esto último, aun desde lejos como estaban, no les era difícil colegirlo así, porque el peso hacía que el agua alcanzara hasta por encima de la tercera línea de flotación. La costa estaba completamente llena de cuerpos, recientemente asesinados; unos, ya muertos, otros, moribundos y con los miembros todavía palpitantes, denunciando que acababa de cesar el combate. Las apariencias no eran las de una batalla en toda regla, pues había también, revueltos en desorden, restos lastimeros de un

banquete que en lugar de llegar a un final feliz había tenido este desenlace: algunas mesas todavía estaban llenas de comida; otras en tierra, en manos de algunos de los que yacían, habían servido de escudos para una batalla trabada de improviso; otras, en fin, ocultaban a quienes al parecer se habían refugiado allí. Había también copas volcadas y caídas de las manos que las sostenían para beber, o para usarlas como piedras: lo súbito de la desgracia había obligado a darles una inaudita función y había enseñado a emplear los vasos como proyectiles. De los que yacían, uno tenía herida de hacha, a otro le habían disparado con guijarros de los que la propia ribera procuraba, a otro le habían abierto la cabeza con un palo, a otro le habían pegado fuego con antorchas: cada uno, en fin, había perecido de distinta manera pero la mayoría, por obra de flechas y arco. Diversidad innumerable de cosas había dispuesto el destino en este pequeño espacio: vino manchado de sangre, guerra encendida entre comensales, asesinatos y bebidas, libaciones y matanzas mezcladas; tal era el espectáculo que el destino puso ante las miradas de los piratas egipcios. Se detuvieron éstos en lo alto de la colina a contemplar la escena, pero no eran capaces de comprenderla: tenían allí a los derrotados, no veían en ningún sitio a los vencedores; la victoria era evidente, el botín no estaba saqueado; la nave se balanceaba sola, vacía, sin que nadie se hubiera apoderado de la mercancía, como si hubiera gran vigilancia o plena paz. Sin embargo, aun en la incertidumbre de lo que había sucedido, veían todo dispuesto para su lucro y pillaje. Así, pues, considerándose ellos mismos los vencedores, se lanzaron hacia allí.

Pero cuando su carrera ya los había conducido cerca de la nave y de las víctimas, he aquí que se tropiezan con un espectáculo todavía más inexplicable que los anteriores. Una muchacha estaba sentada sobre una roca; su belleza era extraordinaria y producía toda la impresión de una diosa; su aspecto revelaba un gran dolor por la presente desgracia, pero en su

pecho aún alentaban el temple y la nobleza. Tenía la cabeza coronada de laurel, una aljaba colgada de su hombro y un arco sobre el que apoyaba su brazo izquierdo, mientras la mano pendía con negligencia. Tenía el codo derecho recostado sobre el muslo, y la mejilla descansaba indolentemente sobre los dedos.

Las Etiópicas o Teágenes y Cariclea I 1-2
(E. C.)[75]

PSEUDO CALÍSTENES

10. Alejandro cuenta su ascensión celeste

Apenas habíamos salido a la luz, se encontraron que habían recogido oro de la mejor calidad y piedras preciosas de gran valor. Ante tal maravilla se arrepintieron los que las habían recogido de no haber cogido más, y los que no habían recogido por no haberlo hecho. Todos ensalzamos entonces al viejo por habernos dado buen consejo.

Después de haber salido de las tinieblas nos refirió el cocinero lo que le pasó en la fuente. Yo, al escucharlo, me sentí abrumado por la pena y me enfurecí terriblemente contra él. Sin embargo me dijo: «¿Qué ganancias obtienes, Alejandro, en apenarte por un hecho pasado?». No sabía entonces que había bebido él de aquel agua ni que se había guardado un poco. Porque esto no lo había reconocido, sino sólo que el pescado en conserva había recobrado vida.

Pero el cocinero se acercó a mi hija, la que se llamaba Hermosa, que había nacido de mi concubina Unna, y la sedujo con la promesa de darle agua de la fuente de inmortalidad. Y así lo hizo. Al enterarme yo –diré la verdad del motivo–, tuve envidia de la inmortalidad de ambos. Mandé llamar a mi hija

y le dije: «¡Toma tus vestidos y aléjate de mi presencia! Mira que al hacerte inmortal te has convertido en un ser divino. Y serás llamada Neraída, porque del agua has recibido la inmortalidad».

Ella, entre sollozos y gemidos, se alejó de mi presencia y se marchó a vivir con las divinidades en lugares solitarios.

En cuanto al cocinero, ordené que le ataran al cuello una piedra de molino y que lo arrojaran al mar. Después de arrojarlo se convirtió en un ser divino y marchóse a habitar en un lugar del mar, que por su nombre fue llamado Andreas.

Y esto es lo que hay respecto de mi hija y el cocinero.

Por todas esas cosas juzgué que por allí andaba el fin de la tierra. Y mandé edificar en aquel lugar un arco muy grande y grabar en él una inscripción con esta leyenda: «Los que quieran llegar al País de los Bienaventurados marchen por la región a mano derecha, para no perderse mortalmente».

Luego de nuevo reflexioné, hablando conmigo mismo, si allí estaba verdaderamente el confín último de la tierra por donde se incurva el cielo, y quise investigar la verdad. Así que mandé capturar dos de las aves de aquel lugar. Eran unas aves blancas, grandísimas, muy poderosas y mansas, que al vernos huían. Algunos de los soldados se habían subido encima de ellas, agarrados a sus cuellos, y las aves habían echado a volar llevándolos sobre sus lomos. Se nutrían de animales muertos, de ahí que la mayor parte de ellas vinieran a nuestro encuentro por causa de los caballos muertos. Habíamos capturado dos de ellas y ordené no darles alimento en un plazo de tres días. Al tercer día dispuse que prepararan un madero con forma de yugo y que se lo ataran a sus cuellos. Luego hice preparar la piel de un buey en forma de cesto, y yo me metí en él. Llevaba en la mano una lanza como de siete codos de larga que tenía en la punta un hígado de caballo. En seguida echaron a volar las aves para devorar el hígado y yo ascendí con ellas por el aire, de tal modo que ya me parecía estar cerca del cielo. Pero me estremecía por la ex-

traordinaria frialdad del aire y por el viento producido por las alas de las aves.

Al rato me sale al encuentro un ser alado de figura humana y me dice: «¡Oh Alejandro!, ¿tú, que no comprendes las cosas de la tierra, intentas conocer las del cielo? ¡Vuélvete ya hacia la tierra a toda prisa, si no quieres convertirte en pasto de estas aves!». Por segunda vez me habla: «¡Atiende, Alejandro, a la tierra, ahí abajo!».

Yo, en medio del espanto, presté atención y miré: Veo una serpiente enorme enroscada y, en medio de la serpiente, un diminuto círculo. Y me dice el ser que había salido a mi encuentro: «Dirige de vuelta ahora tu lanza hacia ese redondel, que es el mundo. Porque la serpiente es el mar que envuelve la Tierra». Yo di la vuelta y, por designio de la Providencia, de lo alto descendí de regreso a la tierra, a siete días de distancia de mi campamento. Al final, estaba cadavérico y moribundo. Por allí encontré a un sátrapa, súbdito de mi reino, y tomando de él una escolta de trescientos jinetes llegué al campamento; y ya no me dediqué más a intentar imposibles. Conservaos bien.

Vida de Alejandro II 41
(C. G. G.)[76]

ÍNDICE DE AUTORES ANTIGUOS

(Los números remiten al Catálogo de textos, págs. 31 y ss.)

ALCEO DE MITILENE: II 14-16
ALCMÁN DE ESPARTA: II 24-26
ANACREONTE: II 22-23
APIANO: IV 19
APOLONIO DE RODAS: I 19-21
APOLONIO DÍSCOLO: VI 8
ARISTÓFANES: III 14-16
ARISTÓTELES: V 8-12
ARQUÍLOCO DE PAROS: II 4-8
ARQUÍMEDES DE SIRACUSA: V 22
ARRIANO: IV 17-18
ARTEMIDORO DE DALDIS: V 25
ASCLEPÍADES: II 60-63
BAQUÍLIDES DE CEOS: II 51
BIÓN: II 55
CALÍMACO: II 56-59
CALINO DE ÉFESO: II 1
CARITÓN DE AFRODISIAS: VII 5-6
CLEANTES: V 14
DEMÓSTENES: VI 4-5
DIONISIO DE HALICARNASO: VI 6
DIOSCÓRIDES: V 26
EMPÉDOCLES DE AGRIGENTO: II 42-44
EPICTETO: V 15
EPICURO: V 13
ESQUILO: III 1-3
ESTESÍCORO DE HÍMERA: II 27-28
ESTRABÓN: IV 12-13
EUCLIDES: V 23
EURÍPIDES: III 8-13
GORGIAS: VI 1
HELIODORO DE EMESA: VII-9
HERÓDOTO: IV 1-3
HESÍODO: I 11-15
HIMNOS HOMÉRICOS: I 16-18
HIPÓCRATES/*CORPUS HIPPOCRATICUM:* V 19-21
HIPONACTE DE ÉFESO: II 13
HOMERO: I 1-10
ÍBICO DE REGIO: II 29-30
ISÓCRATES: VI 3
JENÓFANES DE COLOFÓN: II 34-36
JENOFONTE: IV 9-10
JOSEFO: IV 14

Lisias: VI 2
Loliano: VII 7
«Longino»: VI 7
Longo de Lesbos: VII 8
Luciano de Samósata: VII 1-4
Marco Aurelio: V 16-17
Meleagro de Gádara: II 64-67
Menandro: III 17
Mimnermo de Colofón: II 10-12
Páladas de Alejandría: II 68-73
Píndaro de Tebas: II 48-50
Platón: V 1-7
Plotino: V 18
Plutarco: IV 15-16
Polibio: IV 11
Pseudo Calístenes: VII 10
Quinto de Esmirna: I 22
Safo de Lesbos: II 17-21
Semónides de Amorgos: II 9
Simónides de Ceos: II 45-47
Sófocles: III 4-7
Solón de Atenas: II 31-33
Teócrito de Siracusa: II 52-54
Teofrasto: V 24
Teognis de Mégara: II 37-41
Tirteo de Esparta: II 2-3
Tucídides: IV 4-8

ÍNDICE DE TRADUCTORES

(Los números remiten al Catálogo de textos, págs. 48 y ss.)

BACH, R.: IV 9, V 16, 17
BÁDENAS, P.: III 17
BARÁIBAR, F.: 19
BÉCARES, V.: VI 6, 8
BERNABÉ, A.: I 16, 17, 18
BRIOSO, M.: I 20; VII 8
BUSTO, J. R.: IV 14
CALERO, I.: I 22
CALONGE, J.: V 1, 3
CALVO, J. L.: I 6, 7, VI 2
CALVO, T.: V 11
CRESPO, E.: I 2; IV 15, 16, VII 9
CUENCA, L. A. de: I 1; II 57
DÍAZ REGAÑÓN, J. M.ª: V 24
DÍAZ TEJERA, A.: IV 11
FERNÁNDEZ LAGUNA, A.: V 26
FERNÁNDEZ-GALIANO, E.: VI 5
FERNÁNDEZ-GALIANO, M.: II 54, 55, 56, 58-67; V 4
FERRATÉ, J.: II 9, 24, 31
GARCÍA GUAL, C.: I 13, 19, 21; II 1-8, 10,23, 25-30, 32-47, 50, 51, 68-73; III 12; V 2, 8, 12, 13, 14, 20; VII 3, 4, 10
GARCÍA LÓPEZ, J.: VI 7
GARCÍA NOVO, E.: III 15
GARCÍA ROMERO, F.: V 5
GARCÍA TEIJEIRO, M.-MOLINOS, M.ª T.: II 52, 53
GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: IV 19
GÓMEZ HERMOSILLA, J.: I 4
GONZÁLEZ PÉREZ, A.: V 10
GUZMÁN GUERRA, A.: III 8, 9; IV 4, 5, 6, 7, 8, 17, 18; VI 1
GUZMÁN HERMIDA, J.: VI 3
IGAL, J.: V 18
LARA, D.: V 19
LÓPEZ FÉREZ, J. A.: V 21
LUCAS, J. M.ª: III 4, 5, 6, 7
LLEDÓ, E.: V 6, 7
MEANA, M.ª J.: IV 12, 13
MENDOZA, J.: VII 5, 6, 7
NAVARRO, J. L.: VI 4; VII 1
ORTEGA, A.: II 49

ORTIZ, P.: V 15
PABÓN, J. M.: I 5, 8, 10
PALLÍ, J.: V 9
PÉREZ JIMÉNEZ, A.: I 11, 12, 14, 15
PLÁCIDO, D.: IV 10
PUERTAS, M.ª L.: V 23
PUERTAS, M.ª L.-VEGA, L.: V 22
RODRÍGUEZ ADRADOS, F.: III 1, 2, 3, 10, 11, 13, 14, 16
RUIZ, E.: V 25
SCHRADER, C.: IV 1, 2, 3
SEGALÁ, L.: I 3
SUÁREZ, E.: II 48
ZARAGOZA, J.: VII 2

RELACIÓN DE VERSIONES UTILIZADAS

1. Revista *Poesía*, 1990.
2. Homero. *Ilíada*. Biblioteca Clásica Gredos.
3. Homero. *Ilíada*. Montaner y Simón.
4. Homero. *Ilíada*. Biblioteca Clásica.
5. Homero. *Odisea*. Biblioteca Clásica Gredos.
6. Homero. *Odisea*. Cátedra.
7. Homero. *Odisea*. Biblioteca Clásica.
8. Hesíodo. *Obras y fragmentos*. Biblioteca Clásica Gredos.
9. Carlos García Gual. *Prometeo: mito y tragedia*. Hiperión.
10. *Himnos homéricos. La «Batracomiomaquia»*. Biblioteca Clásica Gredos.
11. Apolonio de Rodas. *El viaje de los Argonautas*. Alianza Editorial.
12. Apolonio de Rodas. *Las argonáuticas*. Cátedra.
13. Quinto de Esmirna. *Posthoméricas*. Ediciones Clásicas.
14. *Antología de la poesía lírica griega (ss. VII-IV a.C.)*. Alianza Editorial.
15. Juan Ferraté. *Líricos griegos arcaicos*. Sirmio.
16. Píndaro. *Obra completa*. Cátedra.
17. Píndaro. *Odas y fragmentos*. Biblioteca Clásica Gredos.
18. *Bucólicos griegos*. Biblioteca Clásica Gredos.
19. *Títiro y Melibea*. Cuadernos de la Fundación Pastor.
20. *Antología palatina*. Biblioteca Clásica Gredos.
21. Esquilo. *Tragedias*. Editorial Hernando.
22. Sófocles. *Áyax. Las traquinias. Antígona. Edipo rey*. Alianza Editorial.
23. Eurípides. *Alcestis. Medea. Hipólito*. Alianza Editorial.
24. Eurípides. *Andrómaca. Heracles loco. Las bacantes*. Alianza Editorial.

25. Eurípides. *Las troyanas.* Ediciones Clásicas.
26. Eurípides. *Tragedias,* vol. III. Biblioteca Clásica Gredos.
27. Aristófanes. *Las avispas. La paz. Las aves. Lisístrata.* Cátedra.
28. Aristófanes. *Las nubes. Lisístrata. Dinero.* Alianza Editorial.
29. Aristófanes. *Los acarnienses. Los caballeros. Las tesmoforias. La asamblea de las mujeres.* Cátedra.
30. Menandro. *Comedias.* Biblioteca Clásica Gredos.
31. Heródoto. *Historia.* Libros I-II. Biblioteca Clásica Gredos.
32. Tucídides. *Historia de la Guerra del Peloponeso.* Alianza Editorial.
33. Jenofonte. *Anábasis.* Biblioteca Clásica Gredos.
34. Jenofonte. *Helénicas.* Alianza Editorial.
35. Polibio. *Historias.* Alma Mater.
36. Estrabón. *Geografía.* Libros III-IV. Biblioteca Clásica Gredos.
37. Flavio Josefo. *Autobiografía. Sobre la antigüedad de los judíos (Contra Apión).* Alianza Editorial.
38. Plutarco. *Vidas paralelas.* Editorial Bruguera.
39. Arriano. *Anábasis de Alejandro Magno.* Biblioteca Clásica Gredos.
40. Apiano. *Sobre Iberia y Aníbal.* Alianza Editorial.
41. Platón. *Diálogos,* vol. I. Biblioteca Clásica Gredos.
42. Platón. *Diálogos,* vol. II. Biblioteca Clásica Gredos.
43. Platon. *La República.* Alianza Editorial.
44. Platón. *El banquete.* Alianza Editorial.
45. Platón. *Diálogos,* vol. III. Biblioteca Clásica Gredos.
46. Aristóteles. *Política.* Alianza Editorial.
47. Aristóteles. *Ética nicomaquea. Ética eudemia.* Biblioteca Clásica Gredos.
48. Aristóteles. «Poética», en Horacio / Aristóteles. *Artes poéticas.* Taurus.
49. Aristóteles. *Metafísica.* Biblioteca Clásica Gredos.
50. Introducción a Aristóteles, *Investigación sobre los animales.* Biblioteca Clásica Gredos.
51. Carlos García Gual. *Epicuro.* Alianza Editorial.
52. Carlos García Gual. *La filosofía helenística.* Cincel.
53. Epicteto. *Manual.* Biblioteca Clásica Gredos.
54. Marco Aurelio. *Meditaciones.* Biblioteca Clásica Gredos.
55. Plotino. *Enéadas.* Libros I-II. Biblioteca Clásica Gredos.
56. *Tratados hipocráticos,* vol. I. Biblioteca Clásica Gredos.
57. *Tratados hipocráticos,* vol. II. Biblioteca Clásica Gredos.
58. Arquímedes. *El método.* Alianza Editorial.
59. Euclides. *Elementos.* Libros I IV. Biblioteca Clásica Gredos.
60. Teofrasto. *Historia de las plantas.* Biblioteca Clásica Gredos.
61. Artemidoro. *La interpretación de los sueños.* Biblioteca Clásica Gredos.

62. Dioscórides. *Materia médica.* Instituto de España.
63. Lisias. *Discursos.* Biblioteca Clásica Gredos.
64. Isócrates. *Discursos,* vol. II. Biblioteca Clásica Gredos.
65. Demóstenes. *Discursos.* Alianza Editorial.
66. Demóstenes. *Discursos escogidos.* Editora Nacional.
67. Dionisio de Halicarnaso. *Tres ensayos de crítica literaria.* Alianza Editorial.
68. Longino. *Sobre lo sublime.* Biblioteca Clásica Gredos.
69. Apolonio Díscolo. *Sintaxis.* Biblioteca Clásica Gredos.
70. Luciano. *Obras,* vol II. Biblioteca Clásica Gredos.
71. Luciano. *Diálogos.* Alianza Editorial.
72. Luciano. *Relatos verídicos.* Alianza Editorial.
73. Caritón y otros. *Quéreas y Calírroe. Efesíacas. Fragmentos novelescos.* Biblioteca Clásica Gredos.
74. Longo. *Dafnis y Cloe.* Biblioteca Clásica Gredos.
75. Heliodoro. *Las Etiópicas o Teágenes y Cariclea.* Biblioteca Clásica Gredos.
76. Pseudo Calístenes. *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia.* Biblioteca Clásica Gredos.

CUADRO CRONOLÓGICO

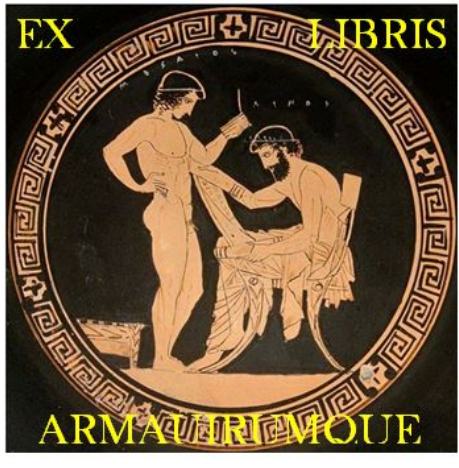
Algunas fechas son aproximadas, en especial las anteriores al 600 a.C. La expresión *fl. (floruit, floruerunt)* a continuación del nombre de un escritor indica la fecha cenital aproximada de su actividad.

Acontecimientos históricos		Literatura
c. 700		Homero y Hesíodo *fl.*
675		Terpandro y Calino *fl.*
660	Fundación de Bizancio	
650		Safo, Arquíloco y Semónides *fl.*
640		Tirteo *fl.*
630		Alcmán y Mimnermo *fl.*
621	Leyes de Dracón	
610	Cerámica de figuras negras	
600		Tales y Alceo *fl.*
594	Reformas de Solón	Poemas de Solón
582	Instauración Juegos Píticos	
581	Instauración Juegos Ístmicos	
573	Instauración Juegos Nemeos	
570-478		Jenófanes
570		Estesícoro *fl.*
560	Pisístrato tirano de Atenas	
560	Creso rey de Lidia	
556-468		Simónides
550		Anaxímenes, Anacreonte y Focílides *fl.*

545	Los persas conquistan Jonia	
540		Hiponacte, Íbico y Teognis *fl.*
533	Tespis obtiene primer premio de teatro	
530	Cerámica de figuras rojas	
518		Nace Píndaro
514	Asesinato de Hiparco	
508	Reformas de Clístenes	
500		Hecateo, Heráclito y Frínico *fl.*
490	Los persas invaden Grecia. Maratón	
490-425		Heródoto
484		Esquilo: primer premio de tragedia.
480	Batalla de Salamina	Parménides *fl.*
470		Baquílides *fl.*
464	Revuelta de los hilotas	
462	Reformas de Efialtes	Anaxágoras en Atenas
461	Ascensión de Pericles Construcción de los Muros Largos	
458		Esquilo *Orestea*
458-380		Lisias
456		Muere Esquilo
450		Empédocles y Zenón *fl.*
447	Comienzan las obras del Partenón	
436		Nace Isócrates
431	Comienza la Guerra del Peloponeso	
430	La peste en Atenas	Demócrito, Hipócrates, Protágoras y Sócrates *fl.*
439	Muere Pericles	
427		Nace Platón; Gorgias llega a Atenas
425		Aristófanes *Acarnienses*
421	Paz de Nicias	
415	Expedición a Sicilia	
411	Revolución oligárquica en Atenas	
406		Mueren Eurípides y Sófocles
405	Batalla de Egospótamos	Aristófanes *Ranas*

404	Rendición de Atenas: los Treinta Tiranos	
403	Restauración de la democracia	
401	Expedición de los Diez Mil	
400		Antístenes y Euclides *fl.*
399		Juicio y muerte de Sócrates. Muere Tucídides
390		Isócrates, Platón y Jenofonte *fl.*
386		Fundación de la Academia en Atenas
384		Nacen Aristóteles y Demóstenes
370-287		Teofrasto
360		Esquines, Aristóteles y Demóstenes *fl.*
356	Nace Alejandro Magno	
347		Muere Platón
342-292		Menandro
338	Batalla de Queronea	
335		Aristóteles funda el Liceo
331	Fundación de Alejandría	
323	Muerte de Alejandro Magno	
322		Mueren Aristóteles y Demóstenes
307		Epicuro funda su escuela en Atenas
285		Zenódoto director de la Biblioteca de Alejandría
283	Ascensión de Tolomeo II Filadelfo	
270		Calímaco, Herodas y Teócrito *fl.*
250		Apolonio de Rodas *fl.*
240		Arquímedes y Eratóstenes *fl.*
200		Aristófanes de Bizancio director de la Biblioteca de Alejandría. Nace Polibio
146	Saqueo de Corinto: Grecia pasa a ser protectorado de Roma	
60-30		Diodoro Sículo compone su *Historia*
60		Nace Dionisio de Halicarnaso

44		Estrabón en Roma
1	Nacimiento de Cristo: nueva era	
81		Josefo *fl.*
c. 85		Nace Arriano
89		Exilio de Epicteto
92-93		Plutarco en Roma
140		Tolomeo (matemático) *fl.*
150		Luciano *fl.*
160		Apiano comienza su Historia
161	Marco Aurelio, emperador	
162-6		Galeno en Roma
174-80		*Meditaciones* de Marco Aurelio
240		Plotino *fl.*
330	Constantinopla, capital del Imperio	
380		Quinto de Esmirna *fl.*
529		Clausura de las escuelas de filosofía en Atenas.



OBRAS DE REFERENCIA

BROARDMAN, J. - GRIFFIN, J. - MURRAY, O.: *Historia Oxford del Mundo Clásico,* vol. I. *Grecia,* Madrid, Alianza Editorial.

DODDS, E. R.: *Los griegos y lo irracional,* Madrid, Alianza Editorial.

EASTERLING, P. E. - KNOX, B. M. W.: *Historia de la Literatura Griega,* Madrid, Gredos.

GUTHRIE, W. K. C.: *Historia de la Filosofía Griega,* 6 vols., Madrid, Gredos.

HIGHET, G.: *La tradición clásica,* 2 vols., México, Fondo Cultura Económica.

HOWATSON, M. C.: *Diccionario de la Literatura Clásica,* Madrid, Alianza Editorial.

JAEGER, W.: *Paideia, los ideales de la cultura griega,* México, Fondo Cultura Económica.

LIDA DE MALKIEL, M. R.: *La tradición clásica en España,* Barcelona, Ariel.

PFEIFFER, R.: *Historia de la filología clásica,* Madrid, Gredos.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 7

CATÁLOGO DE TEXTOS 31

TRADUCTORES 49

TEXTOS 51

I. Épica 53
II. Lírica 115
III. Teatro 211
IV. Historiadores y geógrafos 265
V. Filosofía y ciencia 337
VI. Oradores, rétores y gramáticos 417
VII. Prosa de ficción y novelesca 453

ÍNDICE DE AUTORES ANTIGUOS 481

ÍNDICE DE TRADUCTORES 483

RELACIÓN DE VERSIONES UTILIZADAS 485

CUADRO CRONOLÓGICO 489

OBRAS DE REFERENCIA 493